

APOCALIPSIS



Los eventos del porvenir
según el texto Bíblico

Francisco Lacueva

APOCALIPSIS

***Los eventos
del porvenir
según el
texto bíblico***

Imagen97

Otros libros de Francisco Lacueva

1. Curso de formación teológica 02: Un Dios en tres personas
2. Curso de formación teológica 03: Hombre: su grandeza y su miseria
3. Curso de formación teológica 04: La persona y obra de Jesucristo
4. Curso de formación teológica 05: Doctrinas de la gracia
5. Curso de formación teológica 06: La Iglesia: cuerpo de Jesucristo
6. Curso de formación teológica 08: Catolicismo Romano
7. Curso de formación teológica 09: Escatología II
8. Curso de formación teológica 10: Ética cristiana
9. Curso práctico de teología bíblica
10. Diccionario teológico ilustrado
11. Espiritualidad trinitaria
12. Mensajes de siempre para los hombres de hoy
13. Nuevo Testamento interlineal Griego-Español

Francisco Lacueva

APOCALIPSIS

***Los eventos
del porvenir
según el
texto bíblico***

Editorial CLIE

Galvani, 113

08224 TERRASSA (Barcelona)

E-mail: libros@clie.es

<http://www.clie.es>

APOCALIPSIS

Los eventos del porvenir según el texto bíblico

Francisco Lacueva

© Editorial CLIE, 2001

Depósito legal: B-7.449-2002

ISBN: 84-8267-250-9

Impreso en los Talleres Gráficos de la M.C.E. Horeb,
E.R. nº 2.910 SE - Polígono Industrial Can Trias
C/ Ramon Llull, 20 - 08232 VILADECALLS (Barcelona)

Printed in Spain

Referencia: **22.43.73**

C.T.C. 01-02-0283-16

Clasifíquese: 283 COMENTARIOS DEL NT: Apocalipsis

Índice

<i>Introducción</i>	7
Capítulo 1	19
Capítulo 2	43
Capítulo 3	73
Capítulo 4	97
Capítulo 5	107
Capítulo 6	117
Capítulo 7	131
Capítulo 8	139
Capítulo 9	147
Capítulo 10	155
Capítulo 11	159
Capítulo 12	169
Capítulo 13	181
Capítulo 14	191
Capítulo 15	201
Capítulo 16	207
Capítulo 17	219
Capítulo 18	227
Capítulo 19	239
Capítulo 20	251
Capítulo 21	263
Capítulo 22	275
<i>Bibliografía</i>	285

Introducción

Nombre

Apocalipsis es un vocablo griego (*apokálupsis*), que significa «revelación», donde el prefijo re- no indica «volver a velar», sino «remover el velo» = «desvelar», para dejar a la vista de todos algo que estaba cubierto por ese «velo». Aunque en la Biblia hay muchos pasajes apocalípticos, el Apocalipsis lo es en su totalidad, como lo muestra su comienzo: «*Revelación de Jesucristo, que Dios le dio...*» (1:1).

Dificultad

Es el libro más difícil de toda la Biblia. A la dificultad de todo libro profético, añade la de ser enteramente escatológico. Sin embargo, esta dificultad no debería retraer de su estudio a ningún creyente ni de su predicación y enseñanza a ningún pastor. Esa dificultad puede, y debe, superarse mediante: (a) un espíritu de humildad; (b) un buen conocimiento del contexto general de la profecía; y (c) una recta hermenéutica (cf. 2 Ti. 2:15), basada en los mss. más antiguos y fiables, especialmente en el más antiguo de todos: el sentido común.

Importancia

El estudio y la exposición del Apocalipsis son de suma importancia por las siguientes razones:

1) Es el libro que cierra con broche de oro las Sagradas Escrituras, pues describe el triunfo final del Señor contra el mal, hasta introdu-

cirnos en el Paraíso Restaurado para toda la eternidad. Como dice W. M. Smith (*The Wycliffe Bible Commentary*, p. 1491): «Las Escrituras del Nuevo Testamento habrían quedado incompletas, y sus lectores habrían quedado en un estado de depresión, si este libro no hubiera sido inscrito e incluido en el canon».

2) De entre todos los libros de la Biblia, éste es, sobre todo, el libro por antonomasia para nuestros días. Como hace notar M. Kiddle, citado por W. M. Smith (*o.ci* p. 1492), es digna de tenerse en cuenta «la señalada importancia que tiene para la Iglesia en nuestros días... Cuando un Estado se exalta a sí mismo y demanda de los cristianos una sumisión que no pueden prestarle sin arriesgar sus propias almas, siempre que la Iglesia es amenazada de destrucción, cuando la fe se torna débil y los corazones se enfrían, entonces el Apocalipsis amonesta y exhorta, levanta y anima a cuantos prestan atención a su mensaje». Realmente, el Apocalipsis aporta consolación, demanda preparación y exige responsabilidad a todo cristiano que se halla en tensa expectativa de la Segunda Venida del Señor (cf. 2 P. 3:9-14).

3) Es el único libro de la Biblia que comienza pronunciando una bienaventuranza para *el que lo lea, lo oiga y guarde las cosas escritas en él* (1:3).

4) En este libro, los grandes temas de la Biblia tienen su culminación: (a) la soberanía final de Dios y de su Ungido (cf. Sal. 2); (b) las promesas de una vida eterna gloriosa (cf. Ap. 22:3, 5); (c) el triunfo definitivo del Bien sobre el Mal (cf. Gn. 50:20; Ro. 8:28).

Autor

El hagiógrafo se llama a sí mismo «Juan» (1:1, 4, 9; 22:8). Justino Mártir escribe a mediados del siglo II: «Y con nosotros, un hombre llamado Juan, uno de los apóstoles de Cristo, quien en la revelación (lat. *apocalypsi*) recibida...» Lo confirma el examen interno: (a) llama

a Cristo «el Verbo» (19:13), expresión exclusiva de Juan (cf. Jn. 1:1, 14; 1 Jn. 1:1); (b) también lo llama *arníon* = corderito, expresión de ternura, no de tamaño, aunque en el Evangelio lo llama *ámnos* = cordero; (c) el adj. gr. *alethinós* = *genuino* ocurre diez veces en Apocalipsis, nueve en Juan y cuatro en 1 Juan, frente a una sola vez en las epístolas paulinas; (d) *Níkon* = *el que vence*, es otra expresión favorita de Juan, tanto en 1 Juan como en el Apocalipsis; y (e) el vb. gr. *skenoó* = *habitar en tienda de campaña*, sólo se halla en Juan (Jn. 1:14; Ap. 7:15; 12:12; 13:6; 21:3).

Fecha

Juan fue exiliado durante el reinado del emperador romano Domiciano (81-96 d.C.). La opinión más probable es que el libro fue escrito entre los años 92 y 96; quizás, el 95.

Tema clave: Jesucristo es Vencedor

Versículos clave: 1:10, 17:14 y 19:10

Con base a esto, dice W. W. Wiersbe (*The Bible Exposition Commentary, NT*, vol. 2 p. 566, col. 1): «La profecía de Juan es primordialmente la revelación de Jesucristo, no la revelación de futuros acontecimientos. No se debe divorciar la Persona de la profecía, porque sin la Persona no podría haber cumplimiento de la profecía». Esta Persona se presenta, al comienzo mismo del libro (1:10-18), en gloria majestuosa. Dice W. W. Wiersbe (*o.c.*, p. 570, col. 1): «Lo que la iglesia precisa hoy es una nueva percepción de Cristo y de su gloria. Necesitamos verlo *alto y sublime* (cf. Is. 6:1). Y en la p. 568, col. 1, profiere esta admonición: «Ningún creyente debería estudiar la profecía meramente para satisfacer su curiosidad. Cuando Daniel y Juan recibieron de Dios la revelación del futuro, cayeron como muertos (Dn. 10:7-10; Ap. 1:17) ¡Quedaron abrumados! Necesitamos acercarnos a este libro como admiradores y adoradores, no como estudiantes académicos».

Estilo literario

El libro del Apocalipsis está lleno de símbolos. Este estilo juánico se palpa ya en el 4º evangelio. Pero aquí cabe una importante advertencia: el hecho de que Apocalipsis esté lleno de símbolos no significa que todo haya de ser tomado alegóricamente. El núcleo de los hechos que aquí se describen ha de cumplirse en sentido literal, como se han cumplido literalmente las profecías referentes a la primera Venida del Señor. Voy a poner un ejemplo: en Apocalipsis 20:1-3, leemos: «*Y vi un ángel que bajaba del cielo teniendo la llave del abismo y una gran cadena en su mano. Y sujetó al Dragón... y lo encadenó por mil años. Lo arrojó al abismo, lo encerró con llave y puso encima un sello...*» Aquí se profetiza literalmente *un ángel que sujeta a Satanás y lo encierra en el abismo, teniéndolo allí sujeto e incapaz de hacer ningún daño*. La llave simboliza el poder de Dios para abrir y cerrar, sin que nadie se lo impida (comp. con 3:7, 8); la cadena, la sujeción de la que Satanás no podrá escapar, porque será mucho más fuerte que las mencionadas en Marcos 5:4; y el sello simboliza que ni él ni nadie podrá abrirle la puerta de tal prisión durante un milenio literal (comp. con Mt. 27:65, 66). Pero el hecho de que esos vocablos hayan de ser tomados metafóricamente no significa que todo el pasaje sea una alegoría.

Los simbolismos del Apocalipsis se echan de ver especialmente en los números y en los colores:

(A) Números

(a) Predomina el *siete*, símbolo de perfección (buena o mala, según el contexto): Hay 7 bienaventuranzas (1:3; 14:13; 16:15; 19:9; 20:6; 22:7, 14); 7 mensajes a 7 ángeles de 7 iglesias (caps. 2 y 3); 7 sellos, 7 trompetas y 7 plagas: 7 alabanzas al Cordero en 5:12, y otras 7 a Dios Padre en 7:12; 7 partes en el cap. 14; 7 seres celestiales en ese mismo cap. 14; 7 espíritus delante del trono en 1:4; 7 estrellas

en la diestra de Cristo en 1:16, lo cual denota la autoridad soberana que posee sobre todas las iglesias; el Cordero posee 7 cuernos (símbolo de poder absoluto) y 7 ojos (símbolo de omnisciencia perfecta). También aparece el 7 en las cabezas del Dragón (12:3) y del Anticristo (13:1) y en las 7 diademas que ambos llevan, con la diferencia de que el Dragón las lleva en las 7 cabezas, y el Anticristo en los 10 cuernos (comp. Dn. 7:7). Explicaré esa diferencia en el comentario a 12:3 y 13:1.

(b) Por contraste, *tres y medio* –la mitad de 7– simboliza un tiempo de tribulación. Aparece en este libro en forma de meses, días y años, a fin de que no quepa ninguna duda acerca de su realidad fáctica y literal: 42 meses (11:2; 13:15); 1.260 días (11:3; 12:6) y tres años y medio (12:14, comp. con Dn. 7:25; 12:7). También los dos testigos de 11:9, 11 yacen muertos en la calle por «*tres días y medio*».

(c) El *diez* simboliza la perfección matemática, el desarrollo completo de una cosa, pues el hombre comenzó a contar con los dedos. 10 fue, desde un principio, el número necesario para formar grupo, por lo que los judíos no comienzan el servicio propiamente dicho en la sinagoga hasta que llega el décimo de los miembros (cf. también Gn. 18:32; Rut 4:2). 10 son los mandamientos del Decálogo. El Lugar Santísimo tenía 10 codos por cada lado, con lo que $10 \times 10 \times 10 = 1.000$, el cubo de 10 y suma perfección del Milenio. Al ser 1.000 un número perfecto entra en la numeración de los 144.000 sellados de Apocalipsis 7 y 14, se multiplica por las 12 tribus de Israel y se vuelve a multiplicar por 12 ($10 \times 10 \times 10 \times 12 \times 12 = 144.000$). La décima generación significa «hasta siempre», como puede comprobarse comp. Deuteronomio 23:3 con Nehemías 13:1. 10 plagas fueron la expresión completa de la ira de Dios sobre Egipto.

(d) *Doce* es el número del reino de Dios y del pueblo del Pacto, pues multiplica la cifra trinitaria por los cuatro confines del mundo ($3 \times 4 = 12$). Así tenemos 12 patriarcas de Israel con las correspondientes 12 tribus, diluyéndose después la de Leví entre las demás, para reaparecer en Ap. 7:7b, y desdoblándose la de José en dos: Manasés

y Efraín (la aparente anomalía de la desaparición de Dan y de Efraín –sustituido éste por su padre José– en Ap. 7, se explicará en su lugar). 12 son también los apóstoles del Cordero; 2 x 12 eran las clases sacerdotales y los 24 ancianos que representan ante el trono de Dios a la Iglesia redimida y arrebatada al cielo. $12 \times 4 = 48$ eran las ciudades de los levitas. La mujer de Apocalipsis 12:1 lleva una corona de 12 estrellas. 12 son las puertas y 12 los cimientos de la Nueva Jerusalén en 21:12, 14; y 12 son los frutos del árbol de la vida en 22:2. Las medidas de la Nueva Jerusalén son 12.000 estadios para cada una de las 3 dimensiones: $12 \times 1.000 = 12.000$. Y la medida del muro en 21:17, 144 codos, es decir: $12 \times 12 = 144$. Finalmente, $120 = 12 \times 10$, era el número aproximado de los discípulos reunidos en el Aposento Alto el día de Pentecostés (cf. Hch. 1:15).

(B) Colores

(a) *Blanco* es símbolo de pureza, paz, victoria, perfección moral, falsamente imitadas en 6:2.

(b) *Negro* es símbolo de maldad (tinieblas), aunque en Apocalipsis simboliza hambre, angustia, sufrimiento («pasarlas negras», como solemos decir).

(c) *Rojo vivo, carmesí*, es símbolo de guerra, violencia, sacrificio (sangre).

(d) *Rojo púrpura* es símbolo de realeza, lujo, voluptuosidad.

(e) *Amarillo pálido* es el símbolo de la muerte y del Hades.

También los colores de los metales cuentan: el *amarillo del oro* es lit. el símbolo del mejor dinero, pero también –bien usado– puede ser el del amor perfecto, simbolizado en la resistencia del oro a los ácidos. El dinero malo tiene su símbolo en el *marrón* del cobre, vocablo que se deriva del gr. *kópros = excremento*. El *marrón claro* del bronce es símbolo de pedestal de una autoridad majestuosa, como en 1:15. El *gris plata* del hierro es símbolo de violencia, legítima o ilegítima, la del «palo y tente tieso» en 12:5; 19:15 (comp. Sal. 2:9).

Relación del Apocalipsis con las Escrituras del A.T.

Baste decir que, de los 404 vv. que contiene el Apocalipsis, 265 contienen frases con unas 550 referencias a pasajes del A.T. Por vía de ejemplo, pueden compararse: Apocalipsis 18, con Jeremías 51; Apocalipsis 13, con Daniel 7 y 8; Apocalipsis 11, con Zacarías 4; los 3 tiempos y medio de Apocalipsis 12:14, con Daniel 12:7; los juicios de trompetas, con las plagas de Egipto. Apocalipsis 1, sin ir más allá, contiene referencias a Éxodo 19:6, Isaías 11:4, 38:10, 44:6, 48:12, 49:2, Ezequiel 1:24, Daniel 7:9, 13, 10:5-6 y Zacarías 12:10, 12.

Relación con las Escrituras del N.T.

Hay comentaristas que llaman el discurso escatológico de Jesús (Mt. 24, Mr. 13 y Lc. 21) «la clave del Apocalipsis». En efecto, los acontecimientos predichos en dicho discurso pueden agruparse en tres periodos: pretribulación, tribulación y postribulación. Un somero examen del Apocalipsis, a partir de 11:7, y aun de 6:9-11, nos da una multitud de pasajes paralelos, más o menos explícitos, de lo que el discurso del Monte de los Olivos nos dice acerca del final en cuanto a perturbaciones físicas y económicas; guerras, hambres, pestes, terremotos, testimonios sellados con sangre, la Gran Tribulación, los falsos cristos y los falsos profetas, las perturbaciones celestiales y, finalmente, la Segunda Venida del Hijo del Hombre.

Principio de anticipación

Este principio, también llamado «prolepsis», consiste en que el autor sagrado emplea al principio del libro expresiones típicas que reaparecen después de una forma más desarrollada. Por ejemplo, a Cristo se le llama «*testigo fiel*» ya en 1:5, para repetirlo en 3:14, 17:6 y 20:4; también en 1:5 —«*soberano de los reyes de la tierra*»—, para repetirlo en 17:14; 19:16, como su cumplimiento; «Alfa y Omega» ya en 1:8, para repetirlo al final en 21:6; 22:13; también en 1:8, se llama a Dios «*el Todopoderoso*», así como en 19:6, 15 y 21:22. En 1:6, se dice que Cristo nos ha hecho «*reino y sacerdotes*» (lit.), así

como en 20:6. El mandamiento de cumplir al pie de la letra lo que Dios predice y ordena en este libro sale en 1:3 y 22:7, 10, 18. Resulta también curioso observar cómo las promesas a las 7 iglesias van saliendo en los cuatro últimos capítulos del Apocalipsis. Véase, p.ej., la cuádruple promesa a la iglesia de Filadelfia (3:12), comp. con lo que leemos en Apocalipsis 22:2, 4, 10.

La soberanía de Dios en el Apocalipsis

Todo el libro pone de relieve la soberanía absoluta de Dios y del Cordero, con especial referencia al tiempo de la Gran Tribulación. Esta soberanía se manifiesta: (1) en el conocimiento perfecto que Dios tiene de todo lo que ocurre en este mundo. Donde Dios y el Cordero reinan, todo lo que acontece en la tierra, por inesperado y desconocido que sea para nosotros, es conocido arriba con todo detalle; (2) en el dominio perfecto sobre las personas y las vicisitudes de la historia de la humanidad. Todo ello está bajo el dominio y la dirección de Dios. De este modo, todo acontecimiento terrenal viene a cumplir con exactitud la palabra de Dios. Esta soberanía de Dios, bien enfatizada en el Apocalipsis, se manifiesta en los repetidos «juicios» de Dios a lo largo del libro, hasta el punto de que se le puede apellidar «*el gran libro del juicio de Dios*» (cf. ya en 1:10-16).

Canonicidad del libro

Desde muy temprano fue reconocida su canonicidad en Occidente. En Oriente, únicamente fue reconocida del todo en el siglo IV. Aparece ya en el Fragmento de Muratori (hacia el año 200). Hacia el año 250 es reconocida en Alejandría, mientras que la Vulgata Siria lo omite. También la reconoció el Concilio III de Cartago (año 393). Aparece ya dentro del canon del N.T. en los mss. más antiguos: el Sinaítico, el Vaticano y el Alejandrino. Así como en los papiros más antiguos: los p47 (del siglo III), los p18 (del siglo III al IV) y los p24 (del siglo IV).

Sistemas de interpretación del Apocalipsis

Pueden reducirse a cuatro:

(1) *Espiritualista*. Este sistema sostiene que el Apocalipsis no tiene por objeto instruirnos sobre hechos futuros, sino enseñarnos ciertos principios espirituales fundamentales. Contra esta interpretación hemos de objetar que lo que leemos en este libro sobre la Segunda Venida del Señor, la resurrección final de los muertos, el juicio ante el Gran Trono Blanco, etc., son, sin duda, hechos literales futuros que no se pueden alegorizar espiritualmente, sin más.

(2) *Preterista*. Este sistema defiende que los hechos que Juan describe aquí acontecieron ya en el Imperio Romano en los días mismos en que el autor sagrado escribía el libro. Esta interpretación fue siempre del agrado de la Iglesia de Roma, especialmente después del erudito estudio con que el jesuita Alcázar (s. XVII) intentó de esta forma replicar a los argumentos de Lutero y Calvino, quienes veían en la Iglesia de Roma la Babilonia de los caps. 17 y 18 del Apocalipsis. Este sistema es igualmente insostenible, puesto que, para empezar, niega al libro su carácter esencial de *profecía* (cf. Ap. 22:19). Además, como ya he dicho contra el sistema anterior, es innegable que Apocalipsis describe hechos conectados con el final de los tiempos.

(3) *Historicista*. Este sistema, sostenido por un gran número de autores, ve en el Apocalipsis sucesos más o menos relevantes de la historia mundial, que tienen que ver con la Iglesia, desde el siglo I de nuestra era hasta el tiempo presente. En mi opinión, este sistema es el más improbable y arbitrario de todos, ya que: (a) de poco habría aprovechado a los contemporáneos de Juan, que nada sabían de la futura historia de la humanidad; (b) de poco serviría igualmente a los creyentes de nuestros días que conozcan o no los hechos de la historia, pues no les sería de bendición ni consuelo; (c) la selección que los partidarios de este sistema hacen de los sucesos de la historia no puede ser más arbitraria; (d) en fin, ¿qué hacer, en ese caso, con las bienaventuranzas de 1:3; 22:7, por ejemplo?

(4) *Futurista*. Es el sistema de todos los exegetas que interpretan la profecía en sentido literal, tratando de deslindar lo factual de lo simbólico. Dice W. M. Smith (*ob. cit.*, p. 1.499): «Negar que el Apocalipsis es un libro de profecía predictiva equivale a hacer caso omiso del estilo, del tema y de los acontecimientos futuros registrados en el Apocalipsis. Fuera de toda duda, la Segunda Venida, el conflicto final de Cristo con las fuerzas del mal, el milenio, el juicio postrero, son sucesos pertenecientes todavía al futuro. El esquema futurista de interpretación insiste en que las visiones de este libro, en su mayor parte, se cumplirán hacia el fin y en el fin de la era presente».

División del libro

Para tener, desde el principio, un buen panorama analítico de este libro tan especial, copio la división que se halla en el libro *Manual Bíblico Homilético*, de W. G. Scroggie-Demaray, traducido y adaptado por mí (CLIE, 1984, págs. 519-522):

Prólogo (1:1-8).

- 1) *Sobreescrito* (vv. 1-3).
- 2) *Saludo* (vv. 4-8).

I. La visión de la gracia (1:9–3:22).

- 1) *El Cristo soberano* (1:9-20).
 - (a) La visión se comienza (vv. 9-11).
 - (b) La visión se concentra (vv. 12-16).
 - (c) La visión se consuma (vv. 17-20).
- 2) *Las siete iglesias* (caps. 2 y 3).
 - (a) Éfeso (2:1-7).
 - (b) Esmirna (2:8-11).
 - (c) Pérgamo (2:12-17).
 - (d) Tiatira (2:18-29).
 - (e) Sardis (3:1-6).
 - (f) Filadelfia (3:7-13).
 - (g) Laodicea (3:14-22).

II. La visión del gobierno (4:1–19:10).

1) *La tribuna y el proceso del gobierno (caps. 4 al 11).*

- (a) El trono y el rollo sellado (caps. 4 y 5):
 - 1) El Todopoderoso (cap. 4 –himno de la creación).
 - 2) El león-corderito (cap. 5 –himno de la redención).
- (b) La apertura de los sellos (6:1–8:1):
 - 1) Conquista pacífica (6:1, 2).
 - 2) Guerra (6:3, 4).
 - 3) Hambre (6:5, 6).
 - 4) Peste (6:7, 8).
 - 5) Martirio (6:9-11).
 - 6) Convulsión (6:12-17).

2) *Paréntesis (cap. 7).*

- (a) Los judíos sellados (7:1-8).
- (b) La gran multitud (7:9-17):
 - 7) Silencio solemne (8:1).
- (c) El sonar de las trompetas (8:2–11:19):
 - 1) Fuego y sangre (8:6, 7).
 - 2) La montaña ardiente (8:8, 9).
 - 3) La estrella-Ajenjo (8:10-11).
 - 4) Herida en las lumbreras celestes (8:12-13).
 - 5) Las langostas (9:1-12).
 - 6) Los jinetes (9:13–11:14).
 - 7) La victoria (11:15-19).

2) *Los instrumentos y los efectos del gobierno (12:1–19:10).*

- (a) El conflicto entre el bien y el mal (caps. 12-14):
 - 1) La mujer y el dragón (cap. 12).
 - 2) Las dos bestias (cap. 13).
 - 3) Los seis ángeles (cap. 14).
- (b) Las copas de la ira de Dios (caps. 15 y 16):
 - 1) Preparación (cap. 15).
 - 2) La úlcera maligna (16:1, 2).

- 3) El mar convertido en sangre (16:3).
- 4) Los ríos convertidos en sangre (16:4-7).
- 5) El sol abrasador (16:8, 9).
- 6) La densa oscuridad (16:10, 11).
- 7) Armagedón (16:12-16).
- 8) El gran terremoto y el pesado granizo (16:17-21).
- (c) La caída de Babilonia (17:1–19:10):
 - 1) El juicio (caps. 17 y 18).
 - 2) La victoria (19:1-10).

III. La visión de la gloria (19:11–22:5).

- 1) *El reino milenario (19:11–20:15).*
 - (a) Antes del milenio (19:11–20:3).
 - (b) Durante el milenio (20:4-6).
 - (c) Después del milenio (20:7-15).
- 2) *La nueva Jerusalén (21:1–22:5).*
 - (a) Descenso de la ciudad (21:1-8).
 - (b) Descripción de la ciudad (21:9-21).
 - (c) Delicias de la ciudad (21:22–22:5).

Epílogo (22:6-21).

- 1) *Palabras de ánimo (vv. 6-17).*
- 2) *Palabras de advertencia (vv. 18-21).*

Capítulo

1

He hecho uso del índice analítico presentado anteriormente para estructurar mi comentario al Apocalipsis (véase págs. 16-18)..

Prólogo (1:1-8)

1) Sobreescrito (1:1-3)

Estos versículos contienen el sobreescrito o lema del libro. «*Revelación de Jesucristo, que le dio Dios para mostrar a sus siervos lo que debe suceder en breve. Y lo dio a entender enviando(lo) por medio de su ángel a su siervo Juan, 2 el cual testificó la palabra de Dios y el testimonio de Jesucristo: todo cuanto vio. 3 Dichoso el que lee y los que oyen las palabras de la profecía y guardan lo que está escrito en ella, porque el tiempo (está) cerca.*»

1. «*Revelación de Jesucristo*» significa que es Jesucristo quien hace esta «revelación», quien descubre el velo para que salgan a la luz hechos y verdades que permanecerían ocultas hasta el final si Dios no las revelara. Es cierto que Jesucristo es también el objeto de gran parte del libro, pero aquí no se indica eso. De esta «revelación» dice Juan: (a) que «*la dio a Jesucristo Dios*», es decir, el Padre, ya que el Hijo de Dios, al hacerse hombre, renunció al uso independiente de los atributos divinos y, en cuanto hombre, tenía una mente limitada.

De ahí que tuviera que recibir del Padre la información de lo oculto y de lo futuro (cf. Mr. 13:32; Jn. 3:34-35; 5:20-24; 7:16; 8:28; 12:49; 14:10, 24; 16:15; 17:8; Hch. 1:7). Esta información le era comunicada por medio del Espíritu Santo que le había sido dado sin medida (Jn. 3:34). A fin de cuentas, le fue comunicada a Cristo porque Él es el «exegeta» del Padre, como Verbo de Dios (cf. Jn. 1:18) y, en cuanto hombre, como galardón por su perfecta obediencia hasta la muerte, *¡y muerte de cruz!* (cf. Fil. 2:5-11). (b) Esta «revelación» le fue dada a Jesucristo «*para mostrar* (gr. *deíxai*, en aor. de inf.) *a sus siervos* (gr. *doulois* = *esclavos*, el vocablo de costumbre) *lo que debe suceder en breve*»; el gr. *en tájei* no significa que vaya a suceder inmediatamente, sino que cuando comience a suceder sucederá con rapidez (cf. Lc. 18:8).

2. Añade Juan que Jesucristo «*se lo dio a entender* (gr. *esémanen* –de donde procede el voc. esp. “semántica”) *por medio de su ángel*», es decir, se lo dio en palabras que comunicaban el significado de lo que decían, tanto en lo fáctico como en lo simbólico. Al decir «su ángel» es muy probable que se refiera a Gabriel, como en Daniel 8:16; 9:2, 21-22; y Lucas 1:26-31.

3. De sí mismo dice Juan (v. 2) en 3ª persona que *testificó* (gr. *emartúresen* –aor. retrospectivo) *todo cuanto vio*, que fue: (a) *la palabra de Dios*, ya que toda revelación procede, en último término, de Dios; (b) *el testimonio de Jesucristo*, puesto que Él es el objeto principal de la profecía (cf. 19:10). El aor. *eíden* = *vio* nos indica que la revelación le fue presentada a Juan mediante *visiones*. Dado el carácter simbólico de estas visiones, podemos afirmar que Juan no es aquí un *roéh* = *vidente*, al estilo de Samuel, que veía lo oculto en el tiempo y en el espacio, sino, más bien, un *jozéh* = *que tiene visiones* (cf. Am. 7:12, comp. con Is. 1:1); era un «visionario» en el mejor sentido de la palabra, tan echada a perder por culpa de los falsos videntes.

4. Viene después (v. 3) la 1ª bienaventuranza de las siete que este libro contiene (cf. 1:3; 14:3; 16:15; 19:9; 20:6; 22:7 y 22:14): «*Dichoso el que lee y los que oyen las palabras de la profecía y guardan lo que está escrito en ella, porque el tiempo (está) cerca*». Los 3 primeros verbos de este versículo están en participio (abrev. ptc.) de presente (abrev. pres.); el 4º está en ptc. de pretérito perfecto pasivo –abrev. pf. pas.– (gr. *gegramména* = *cosas que han sido escritas*). “Dichoso”, según la Biblia, es el que disfruta del favor de Dios y recibe bendiciones de lo alto (cf. Stg. 1:17). Toda bienaventuranza bíblica incluye 4 datos: (a) declaración de *dicha*; (b) el destinatario (uno o más); (c) el motivo; y (d) la recompensa. El 1º que aquí aparece como destinatario es «*el que está leyendo*» (gr. *anaginóskon*) la palabra de Dios en la asamblea cristiana; el vb. gr. corresponde al hebr. *qerá*. Ambos indican una lectura *en voz alta*. Agustín de Hipona se extrañaba de que Ambrosio de Milán leyese, incluso a solas, sin mover los labios. Igualmente se declara *dichosos* a *los que están oyendo y guardan de continuo*, según la fuerza del pres. griego (abrev. gr.). Este «guardar» se expresa con el vb. *tereîn*, que implica «interioridad», no una mera «custodia» (gr. *phulássein*) de un depósito, como es el caso en 1 Timoteo 6:20. Motivo y recompensa suficiente es el fruto espiritual copioso y creciente que se saca de una lectura y de una escucha como la que nos presenta este versículo. «*Los que oyen y guardan*» no son dos clases de personas, sino una sola, como lo expresa el único artículo que une ambos ptes. Como dice J. Walvoord (*The Revelation of Jesus Christ*, Chicago, Moody Press, 1966, p. 36): «El libro de Apocalipsis es el único libro de la Escritura que contiene una promesa tan directa de bendición... Parece prever que muchos habrían de descuidar este libro o ignorar su revelación profética. Es extraño que el único libro del Nuevo Testamento que invoca sobre el lector una especial bendición se haya de quedar con frecuencia sin leer».

5. Al decir «*las palabras de la profecía*» (v. 3b) se da a entender que todo el libro es profético. Esto se confirma con 22:18, 19, donde

se habla de «*las palabras de la profecía de este libro*» y «*de las palabras de este libro de la profecía*». La importancia especial del aspecto profético del Apocalipsis se pone de manifiesto en la última frase del v. 3: «*porque el tiempo (está) cerca*». La elipsis del vb. «*está*» sirve como si Juan quisiera aproximar aún más esa cercanía. El vocablo gr. para «*tiempo*» no es *jrónos* = *el tiempo de nuestros relojes*, sino *kairós* = *ocasión, oportunidad, el tiempo del reloj de Dios*, como, p.ej., en Marcos 1:15. Es notable Hechos 1:7, donde aparecen juntos *jrónous* = *tiempos*, y *kairous* = *sazones*. Al decir que esa «*sazón u oportunidad*» especial *está cerca*, Juan no insinúa que el suceso haya de ocurrir de inmediato, sino una «*proximidad*» desde el punto de vista de la revelación profética. Otros pasajes donde aparece *kairós* en un contexto profético son: Daniel 8:17; 11:35, 40; 12:4, 9 (en la LXX) y, en el gr. del N.T. Apocalipsis 11:18; 12:12, 14; 22:10.

2) *Saludo (1:4-8)*

Estos versículos contienen el saludo que el autor sagrado dirige a las iglesias del Asia Menor. «*4 Juan a las siete iglesias que (hay) en el Asia: Gracia a vosotros y paz de parte del que es y que era y que viene, y de parte de los siete espíritus que (están) en presencia de su trono, 5 y de parte de Jesucristo, el testigo fiel, el primogénito de los muertos y el soberano de los reyes de la tierra. Al que nos ama y nos libertó de nuestros pecados con su sangre, 6 e hizo de nosotros un reino, sacerdotes para su Dios y Padre, a él (sea) la gloria y la soberanía por los siglos de los siglos. Amén.*

7 *Mirad, viene con las nubes,*

y lo verá todo ojo

y los que lo traspasaron

y plañirán sobre él todas las tribus de la tierra. Sí. Amén.

8 *Yo soy el Alfa y la Omega, dice el Señor Dios, el que es y el que era y el que viene, el Todopoderoso».*

1. En los vv. 4 y 5, Juan envía un saludo, de parte del Dios Trino, *a las siete iglesias* que estaban ubicadas en la provincia romana *del Asia* proconsular, equivalente de la moderna Turquía. I. E. Davidson (*Readings in Revelation*, Barbican Book Room, 1969, p. 18) observa que «las siete iglesias fueron seleccionadas con el propósito de describir los rasgos salientes de la iglesia profesante en el curso de su historia». Son nombradas siguiendo una vía imperial circular, primera de izquierda a derecha y, después, de derecha a izquierda, en forma de herradura (cf. v. 11), siendo Éfeso la 1ª y como cabeza o capital de las demás. Aunque las cartas van dirigidas a *siete* iglesias, su destino es *universal*, como puede verse por 2:7, 11, 17, 29; 3:6, 13, 22, vv. en que se repite como un estribillo la frase: «*El que tenga oído, oiga qué dice el Espíritu a las iglesias*». Podemos decir que representan 7 tipos históricos y 7 retratos proféticos, tanto de las iglesias del pasado como de las del presente y del futuro. Como dice el fragmento de Muratori: «aunque escribe a siete, lo dice para todos». Por 1:19, podemos asegurar que los caps. 2 y 3, que contienen las cartas a las siete iglesias, pertenecen al tiempo de «*las cosas que son*», es decir, a la época de la Iglesia. Pero, en mi opinión, la aplicación puede hacerse interpretando los mensajes a 3 niveles:

(a) A nivel *horizontal pasado*, el sentido literal gramaticohistórico exige que, a pesar del simbolismo del número 7, los mensajes se entiendan como enviados a las iglesias especificadas por su nombre, y en el tiempo en que Juan escribía esto. Creo que ello es innegable.

(b) A nivel *horizontal continuo*, estas siete iglesias representan siete condiciones distintas en que se hallan las iglesias de cualquier época a partir del siglo I de nuestra era. Como trasfondo de un sentido secundario, que se da en todos los libros de la Biblia, también este sentido debe admitirse (cf. Ro. 15:4); de lo contrario, los mensajes a las siete iglesias no tendrían relevancia para los que vivimos ya en el siglo XXI.

(c) A nivel *vertical histórico*, según el cual cada iglesia representa un determinado periodo de la historia de la Iglesia, se hallaría ésta

ahora, en general, en la condición de la iglesia de Laodicea: fría y autosuficiente. No todos los futuristas admiten este sentido y no sé hasta qué punto se puede dar como suficientemente seguro para inscribirlo en epígrafes en la propia Biblia, como hacen la *Biblia Anotada de Scofield* y la *Pilgrim Edition* inglesa. Sin embargo, no por eso tengo por disparatada o arbitraria tal división, como diré al referirme a cada una de las iglesias en los caps. 2 y 3.

2. El saludo consiste (v. 4c) en una bendición de parte de las tres personas de la Deidad, las cuales aparecen en el siguiente orden: Padre, Espíritu, Hijo. Según W. Hendriksen (*More than conquerors*, p. 53), lo más probable es que Juan, al dirigir la vista a la liturgia celestial, tuviera en cuenta que los grandes símbolos del Lugar Santísimo estaban en este orden: al fondo, el Arca y, sobre ella, la nube de la gloria de Yahwéh (el Padre); delante, el candelabro de los siete brazos (el séptuplo Espíritu); y delante de éste, el altar de los sacrificios, figura del sacrificio del Calvario. El contenido mismo del saludo (v. 4b) es: «*Gracia* (gr. *járis*) a *vosotros y paz* (gr. *eiréne*)». *Gracia* es el favor desmerecido de Dios, y se atribuye al Señor Jesucristo en 2 Corintios 13:14 (cf. Jn. 1:14, 17), mientras que la *paz* representa el cúmulo de bendiciones que nos vienen de Dios (Stg. 1:17), pues el hebr. *shalom* = *paz*, viene de la raíz *shalam* = *estar lleno, tener plenitud*. Por eso, la fórmula corriente de saludo entre los griegos era *jaíre* = *alégrate*, mientras que la del judío es *shalom* = *paz*. En los vv. 4b-7, Juan nos dice que este saludo es de parte de las tres personas de la Deidad: del Padre (v. 4), del Espíritu (v. 4) y del Hijo (vv. 5-7).

(A) Describe al Padre como «*el que es y que era y que viene*», expresión que desdobra en tres tiempos la eternidad del *YO SOY* de Éxodo 3:14. Se destaca así la *relación vital y comprometida* de Dios con la historia del hombre. La redacción gramatical parece incorrecta, pues la preposición *apò* = *desde, de parte de*, rige genitivo; sin embargo, aquí va seguida de artículos y participios en nominativo.

Esta anomalía se presenta también en 4:8; 11:17 y 16:5. La explicación más plausible es que Juan toma la frase como un eslogan estereotipado, fijo e indeclinable en sí mismo, de forma parecida a Éxodo 3:14b: «... *YO SOY me ha enviado a vosotros*». A Juan no le interesan los problemas gramaticales, sino la fuerza del contenido: Los creyentes podemos estar tranquilos, pues tenemos un Dios que gobierna el pasado, el presente y el porvenir.

(B) Así como el candelabro de los 7 brazos estaba entre el Arca y el altar de los sacrificios, así también el E. Santo aparece aquí entre el Padre y el Hijo: «*y de parte de los siete espíritus que (están) en presencia de su trono*». El Espíritu aparece aquí desplegado en 7, número de la perfección espiritual, siguiendo el modelo de Isaías 11:1, 2 (los dones del Mesías) y, sobre todo, si se tiene en cuenta que las 7 tazas de los 7 brazos del candelabro de oro estaban alimentadas por el aceite que servía de pábulo (comp. con Zac. 4) y que en la Biblia es símbolo especial del Espíritu Santo, como se ve por el uso de «ungir» o «derramar» en pasajes en que se habla del Espíritu Santo (cf. Is. 61:1; Hch. 2:33; Ro. 5:5; 1 Jn. 2:20, 27). Hay autores que interpretan *los siete espíritus* como si se tratara de 7 ángeles (o arcángeles) que están en la presencia de Dios. Pero tal explicación: (a) se basa en una tradición que no tiene fundamento en las Escrituras; (b) nunca en la Biblia se sustituye *ángeles* por *espíritus*, a no ser que se trate de los «*espíritus inmundos*»; y (c) los ángeles no pueden comunicar *gracia y paz* a nivel de igualdad con el Padre y el Hijo.

(C) La *gracia y la paz* vienen también *de parte de Jesucristo* (v. 5), al que se describe de distintas formas en los vv. 5-7:

(a) «*el testigo fiel*». *Pistós* = *fiel, fiable, fidedigno*, es un grado mucho más elevado que «*creyente*». Podemos decir que *creyente* es *el que se fía de Dios; fiel es aquel de quien Dios se puede fiar*. En este sentido, nadie tan *fiable* como Cristo. En 3:14, se le añade *alethinós = genuino*, que no puede falsificarse: **no puede engañarse ni engañar**. Jesús dio testimonio fiel durante toda su vida terrenal, a pesar de que se jugaba la vida con dicho testimonio (cf. p.ej. Jn. 18:37);

en su boca no cabía engaño (cf. 1 P. 2:22) y, por otra parte, daba testimonio de cosas que conocía de 1ª mano (cf. Jn. 1:18; 3:11, 31-34; 5:19-20; 7:16-18; 8:38; He. 1:2).

(b) «*el primogénito de los muertos*», frase de doble sentido (cf. 1 Co. 15:20; Col. 1:15, 18): *primero*, Jesús fue el primero en salir para siempre de la tumba. De la tierra salió Adán como ser vivo que había de morir y acarrear la muerte a su descendencia; de la tierra salió Cristo para vivir y ser causa de vida para todos los que creen en Él; *segundo*, lo de «*primogénito*» significa también ser «heredero de toda la hacienda del Padre», según el sentido de Colosenses 1:15. Con Él somos *coherederos* (Ro. 8:17, en la medida en que lo seguimos—cf. 1 P. 2:21).

(c) «*y el soberano (gr. ho árjon) de los reyes de la tierra*». Esta frase enlaza con la anterior a la luz de Salmo 89:27 (v. 28 en el hebr.): «*Yo también lo haré (lit. lo daré) primogénito, el más excelso de los reyes de la tierra*». «*Arjon*» era, entre los griegos, el supremo magistrado de una ciudad; el más excelso del país era llamado «*el arconte de los arcontes*». Pero Jesús es «*el arconte de todos los reyes de la tierra*» (cf. 19:16).

d) “*Al que nos ama y nos libertó de nuestros pecados con su sangre.*” Nótese que *tô agapônti hemâs = al que nos ama*, está en pres. continuo, mientras que *lúsanti hemâs = nos libertó*, está en aoristo (abrev. aor.)—en el pasado y de una vez por todas—. El Textus Receptus (abrev. TR) siguió la variante *lousanti hemâs = nos lavó*, lectura insostenible puesto que: (1) el testimonio de los manuscritos (abrev. mss.) más antiguos a favor de *lúsanti* es abrumador; (2) la fraseología de Juan está también a favor de *libertó* (cf. 5:9 «*con tu sangre nos compraste para Dios*», comp. con Isaías 52:3; Mt. 20:28; Mr. 10:45; Ro. 3:23-25; Gá. 3:13; Ef. 1:7; Col. 1:14; 1 Ti. 2:6; Tit. 2:14; He. 9:12, etc.), pues lo de *lavar* no lo aplica a la obra de la Cruz, sino a la acción de la palabra (cf. Jn. 13:10, comp. con 15:3). Lo de 7:14 «*lavaron sus estolas, etc.*» se explicará en su lugar.

(e) «*e hizo de nosotros (lit. y nos hizo) un reino, sacerdotes para su Dios y Padre*» (v. 6). Es cierto que el v. 6 comienza diciendo lit.

y nos hizo un reino, pero esta expresión implicaría que *nos* fuese un complemento indirecto en dat. (gr. *hemîn*), cuando es complemento directo en acus. (gr. *hemâs*): «*nos hizo (ser) un reino, etc.*». Es preferible la expresión que adoptamos en el texto (*B. de las Am., N.T. Trilingüe*). En la versión Reina Valera (abrev. VRV), aparece el dat. *nos*, del gr. *hemîn* adoptado por el TR, donde algún escriba quiso ser más listo que Juan en gramática gr., cambiando también *reino* por *reyes*, para facilitar la lectura saltándose la evidencia externa de la abrumadora mayoría de mss. que testifican la lectura que adoptamos en el texto y que está en consonancia con 5:10 («*nos hiciste para nuestro Dios reino y sacerdotes*») y con Éxodo 19:6: «*y vosotros me seréis por reino de sacerdotes*». Pedro (1 P. 2:9) usa, en cambio, la expresión *basíleion hieráteuma = regio sacerdocio*, mientras Apocalipsis viene a decir *reino sacerdotal*. Esto nos ayudará a identificar los 24 ancianos de los caps. 4 y 5. En el A.T., el pueblo ejercía la realeza y el sacerdocio mediante un jefe o rey y mediante una casta sacerdotal; sólo el sumo sacerdote tenía acceso, una vez al año, al Lugar Santísimo: En cambio, ahora, cada creyente es rey y sacerdote, como también profeta y juez (cf. 1 P. 2:9-10, comp. con 1 Co. 6:1-4), y, como *sacerdote*, tiene libre acceso a la presencia de Dios. De momento, estas realidades espirituales están ocultas a los ojos de la carne, pero quedarán manifiestas al final (cf. Ap. 20:6; 22:5). Por otra parte, no son meros títulos honorarios, sino que tienen una finalidad excelsa, pues la frase termina diciendo: «*para su (de Jesucristo) Dios y Padre*», es decir, *al servicio del Dios y Padre de Jesucristo*, una *diakonía* muy especial, que brillará y se llevará a cabo por toda la eternidad, según Ap. 22:3-5, donde vemos que *servir a Dios es reinar*. El hecho de que “*Dios*” y “*Padre*” estén unidos en gr. por un solo artículo –abrev. art.– (como en 2 Co. 1:3; Ef. 1:3; 1 P. 1:3), nos da a entender que una misma Persona es el Dios de Jesús-Hombre y el Padre del Verbo-Dios.

(f) El v. 6 termina con una ferviente doxología que Juan dirige a Jesucristo (no al Padre), conforme lo exige el contexto anterior: «*a él (sea) la gloria y la soberanía por los siglos de los siglos. Amén.*».

No me explico por qué lo de *tôn aiónon* = *de los siglos*, aparece entre corchetes en el NTG de las Sociedades Bíblicas Unidas, pues tiene sobrada garantía de autenticidad. La *gloria* (gr. *dóxa*) y la *soberanía* (gr. *krátos*) son las que corresponden a Dios como a soberano Creador y Rector del Universo y Salvador de su pueblo; de ahí, el enlace con el v. 7. Aquí se atribuyen a Jesucristo.

(D) Sigue un anuncio profético: «*Mirad, viene con las nubes y lo verá todo ojo y los que lo traspasaron, y plañirán sobre él todas las tribus de la tierra*».

(a) *Mirad* (gr. *idou*, que corresponde al hebr. *hinnéh*, y suele traducirse por *he aquí*) indica algo solemne que va a suceder. Sale 200 veces en todo el N.T.; de ellas, 26 en Apocalipsis y esta es la 1ª vez de las 26. Aquí señala la Segunda Venida del Señor. «*Viene*», añade Juan, en un pres. ingresivo. No viene a recoger a su Iglesia (el escenario es totalmente distinto del de 1 Ts. 4:13-17), sino a descender al Olivete (cf. Hch. 1:11) y confrontar majestuosamente a todos sus oponentes. Para el vidente de Patmos, esta Venida es tan segura que la ve como inminente: ¡*Viene ya!*

(b) *con* (gr. *metà*, prep. de compañía) *las nubes* (cf. Dn. 7:13, *im 'ananey'*), indicando que Cristo baja a juzgar (cf. Mt. 26:64 –como atributo mesiánico de gloria y majestad).

(c) *y todo ojo lo verá* (cf. Mt. 24:30). Hoy, con la transmisión de imágenes, vía satélite, a las pantallas de TV, podemos imaginar bien esta visión universal. Juan echa mano aquí de lugares como Ez. 1:24;43:2; Dn. 7:13 y Zac. 12:9-14. En el A.T., nadie podía ver la gloria de Dios y permanecer con vida (cf. Éx. 33:20). Ahora, todos verán al Mesías glorioso, ya sea con gozo, ya sea con miedo.

(d) *y los que lo traspasaron* (cf. Zac. 12:10; Jn. 19:37). No se refiere a los soldados romanos que llevaron a cabo la crucifixión, sino a los judíos culpables de la ejecución (cf. Hch. 2:23). Sin embargo, *todas las tribus* (gr. *phulai*), es decir, *todos los linajes de la tierra, plañirán sobre él* (gr. *kópsontai ep' autón* = *se golpearán el pecho por*

él), si bien ese *plañir de los linajes de la tierra* (cf. 9:21) no puede decirse que sea una actitud de verdadero arrepentimiento, sino de remordimiento por miedo al castigo (cf. 6:16). Zacarías 12 profetiza algo que había de cumplirse en los tiempos mesiánicos: de la misma manera que Yahwéh había de aniquilar entonces a los enemigos de su pueblo, así también su pueblo hará duelo como por un hijo unigénito (hebr. *yajid*) a quien habrían traspasado. Juan lo ve cumplido ya, en 1ª instancia, en la crucifixión del Señor (cf. Jn. 19:34, 37), pero en Apocalipsis 1:7 da un paso más, viendo cumplida totalmente la profecía en la Segunda Venida. Es de notar que tanto Jn. 19:37 como Apocalipsis 1:7 siguen el texto hebreo y no los LXX. El aor. gr. *exekéntesan* ocurre únicamente aquí y en Jn. 19:37. El v. 7 termina con «*Nai, Amén.*», una ratificación de absoluta seguridad, sellada en gr. y en hebr., de lo afirmado en el contexto precedente.

(E) El v. 8 dice lit.: «*Yo soy el Alfa y la Omega, dice el Señor Dios, el que es y el que era y el que viene, el Todopoderoso*». La frase «*el principio y el fin*» (gr. *he arjé kai tò télos*) que la VRV añade, siguiendo el TR, falta en los mss. más antiguos y fiables. Está tomada de Apocalipsis 21:6; 22:13. ¿Quién dice estas palabras, el Padre o Jesucristo? Grandes expositores, como Walvoord, Carballosa y Hendriksen, opinan que es Jesucristo. Otros grandes expositores, como Bruce, Newell y Ryrie, opinan que es el Padre, poniendo su sello de garantía a todo lo dicho. Creo que esta es la recta interpretación, por la siguientes razones: (a) «*Yo soy el Alfa y la Omega*» es frase que se atribuye siempre al Padre (cf. Ap. 21:6; 22:13 y comp. con Is. 41:4), aunque lo de «*el principio y el fin*» está bien atestiguado en el v. 17 con referencia a Cristo; (b) «*el Señor Dios*» (gr. *kúrios ho theós*) es la versión lit. del hebr. *Yahwéh Elohim*, que siempre designa al Padre (cf. Ap. 4:8; 11:17; 15:3); (c) «*el que es y el que era y el que viene*» es precisamente la frase descriptiva del Padre en 1:4, lo mismo que en 4:8; (d) «*el Todopoderoso*» se aplica invariablemente al Padre en los otros 9 lugares en que el gr. *Pantokrátor* ocurre en el

N.T (2 Co. 6:18; Ap. 4:8; 11:17; 15:3; 16:7, 14; 19:6, 15 y 21:22).
Quedan dos detalles por analizar:

(1) *Alfa y Omega* son la 1ª y la última letra del alfabeto gr., algo así como la enciclopedia de la verdad divina, correspondiendo así al hebr. *émeth* = *verdad*, vocablo que se forma con la 1ª, la mediana y la última letras del alfabeto hebr. = *alef, mem, tau*. Sin embargo, el sentido recto de la frase, en el presente contexto, es que todas las futuras y posibles vicisitudes de la Historia están previstas por la mente divina y bajo el control de Dios. El Talmud y el Targum hebreos interpretan la frase como significando el compendio de la Ley. Dicen, p.ej., que Adán transgredió toda la Ley desde el *Alef* al *Tau*, que Abraham observó la Ley de *Alef* a *Tau*, que Dios bendijo a Israel de *Alef* a *Tau*.

(2) La frase «*el que es y el que era y el que viene*» ha sido ya estudiada en el v. 4. Aquí se añade «*el Todopoderoso*» (gr. *ho pantokrátor*), título que indica el imperio y la soberanía (gr. *krátos*) absolutos de Dios sobre todo lo creado (cf. Is. 6:3; Os. 12:6; Am. 3:13). El título designa directamente al Padre, aunque en 11:15-18 la glorificación se dirige conjuntamente al Padre y al Hijo. Si vamos al A.T. en busca de un título hebr. que corresponda al gr. *pantokrátor*, vamos a Génesis 17:1, donde las versiones traducen el hebr. *shadday* por «*Todopoderoso*». Los LXX no nos prestan ninguna ayuda, pues vierten «*aní el shadday*» por «*egó eimí ho theós sou*» = «*yo soy tu Dios*», lo cual es una mala versión, porque: (a) la versión de los LXX es aquí claramente defectuosa; (b) el hebr. *shadday* no significa propiamente «*Todopoderoso*», sino «*Todosuficiente*», pues la raíz *shad* significa el pecho materno, donde el niño recibe «todo» lo que necesita para una alimentación sana y abundante, pensamiento que debería emocionarnos; (c) La 1ª vez que aparece «*pantokrátor*» en los LXX es en Amós 3:13, como versión del hebr. *Yahwéh Tsebaóth* = *Yahwéh de las huestes*, con lo que el título adquiere un matiz de militancia y de victoria que le va muy bien a Dios en el «Día de Yahwéh», como ánimo para su pueblo, de que todo ser creado que se oponga a Yahwéh y a su Ungido (cf. Sal. 2:2) habrá de someterse de grado o por la fuerza.

I. La visión de la gracia (1:9–3:22)

1) *El Cristo soberano (1:9-20)*

(a) La visión se comienza (9-11)

En estos versículos, Juan introduce la visión que tuvo en Patmos. Dicen así: «9 *Yo Juan, vuestro hermano y copartícipe en la tribulación y en el reino y en la paciencia en Jesús, estuve en la isla llamada Patmos por causa de la palabra de Dios y del testimonio de Jesús.* 10 *Estuve en espíritu en el día del Señor y oí detrás de mí una voz grande como de trompeta,* 11 *que decía: Lo que ves, escribe(lo) en un rollo y envía(lo) a las siete iglesias, a Éfeso y a Esmirna y a Pérgamo y a Tiatira y a Sardis y a Filadelfia y a Laodicea».*

1. Antes de presentar al Señor, el escritor sagrado se presenta a sí mismo como lo hacían los profetas del A.T (cf. Dn. 7:28; 8:1): «*Yo Juan*». No necesita más credenciales, pues ya era bien conocido en la primitiva comunidad cristiana. Pero aquí no se presenta como «apóstol» ni siquiera como «anciano», sino como «*vuestro hermano*», expresión que designa a los miembros de una misma familia espiritual, que es la Iglesia de Cristo, donde debe imperar una comunión de fe, amor y santidad.

2. Pero todavía es mayor la intimidad indicada en la frase siguiente: «*y copartícipe en la tribulación y en el reino y en la paciencia en Jesús*». El gr. *sunkoinonós*, tras el prefijo de unión *sun*, tiene el mismo vocablo de 2 Pedro 1:4. Juan no compartía con los destinatarios del Apocalipsis honores, riquezas ni placeres materiales, sino tres cosas espirituales muy valiosas:

(a) «*en la tribulación*» (gr. *en té thlípsei*). El gr. *thlipsis* (del vb. *thlibo* = *apretar, estrechar, angustiar*) comporta la idea de presión, de apretura, etc., es decir, de sufrimientos y dificultades de varias clases. Aquí expresa las penas sufridas por causa de la fe cristiana. La Iglesia se hallaba bajo una dura persecución, procedente del impío emperador

Domiciano, y el propio Juan era una de las víctimas de tal persecución. Para la Iglesia de fin del siglo I era un refrigerio saber que *el discípulo a quien Jesús amaba* (Jn. 21:20) era «copartícipe» de la tribulación que ellos sufrían. El cast. «tribulación» procede del gr. *tribo* = *trillar*; también muy expresivo, aunque de distinto matiz que *thlibo*.

(b) «*en el reino*». El gr. *basileía* no significa aquí el lugar en que se reina ni el tiempo del reinado, sino el atributo de la «realeza», condición inherente a la persona del «rey». De esta «realeza» nos hace Cristo partícipes, aunque también nos hará partícipes de su «reino» y de su «reinado» en la culminación de su Segunda Venida.

(c) «*en la paciencia*». El gr. *hupomoné* significa el aguante firme y constante bajo el peso de unas circunstancias que el mundo llama «adversas», aunque para los que aman a Dios, *todas las cosas* (prósperas o adversas) *cooperan para bien* (cf. Ro. 8:28). «*En Jesús*» significa «en comunión con Jesús, con la ayuda de Jesús y por la causa de Jesús». La añadidura «*Cristo*» (*Jesucristo*) que del TR trae la VRV no tiene fundamento en la casi totalidad de mss. más antiguos.

3. Pasa luego a mencionar dónde se hallaba a la sazón: «*Estuve* (gr. *egenómen*, –no, *estaba*) *en la isla llamada Patmos*». Patmos, hoy Patino en la actual Turquía, es una isla desértica y rocosa, a unos 35 kms de la costa asiática; sólo se ven unas parcelas pobres entre las rocas para una población de unos 3.000 habitantes. Más desolada estaba todavía en tiempos de Juan, por lo que era usada como prisión. Puede verse aún una cueva oscura donde es tradición que se guarecía el apóstol. Allí *estuvo* (v. 9b) *por causa de la palabra de Dios*, es decir, por ser fiel al Evangelio con su predicación y conducta, *y del testimonio de Jesús*, esto es, por el testimonio que así dio acerca de su Señor y Salvador Jesucristo.

4. Añade (v. 10a): «*Estuve* (gr. *egenómen* –el mismo verbo de 9b) *en espíritu*», lo cual no significa que fuese llevado del Espíritu Santo, sino, como acertadamente traduce S. Bartina: «*caí en éxtasis*». El

éxtasis o arrobamiento espiritual (cf. también 4:2; 17:3; 21:10) era frecuente también en los grandes profetas del A.T. (cf. p.ej., Is. 6:1; Ez. 1:4). Así se da a entender que el espíritu de Juan fue hecho altamente receptivo a la revelación de Dios, en íntima comunión con el Señor.

5. «*En el día del Señor*» (gr. *en té kuriakê heméra* –lit. *en el día señorial*). Como, por mucho tiempo, la única versión que existía en la Iglesia de Occidente era la Vulgata Latina, que vierte: «*in Dominica die*», ya tenemos lo de «*dominica*» convertido en «domingo» y la equivalencia: *día del Señor* = *domingo*. Estoy convencido de que la frase no se refiere al domingo, sino al Día de Yahwéh, ya que: (a) en el N.T. el domingo nunca es llamado «*el día del Señor*», sino «*el primer día de la semana*», en atención a la resurrección del Señor (cf. Mt. 28:1; Mr. 16:2, 9; Lc. 24:1; Jn. 20:1, 19; Hch. 20:7; 1 Co. 16:2); (b) *el día del Señor* es, en la Biblia, *el día de Yahwéh*, el día señorial en que Yahwéh intervendrá decisiva y definitivamente en la historia de la humanidad, en la consumación de los tiempos, tema que ocupa un 77% del Apocalipsis; y (c) es muy poco probable que todo el contenido del libro fuese observado por Juan en el decurso de unas pocas horas, aunque eso no quita la posibilidad de que la 1ª visión tuviera lugar en domingo.

6. «*Y oí detrás de mí* –añade Juan (v. 10b)– *una voz grande como de trompeta.*» Como en Ezequiel 3:12, aquella gran voz lo sorprende por detrás, a sus espaldas, para herir más fuertemente su atención y dirigirla hacia la solemnidad de lo que Dios le iba a revelar: la final y decisiva intervención de Dios en la historia de la humanidad. Es una voz *grande* (gr. *megálen*), una voz que suena con gran fuerza, como la de un megáfono; «*como de trompeta*» (gr. *sálpingos* –la trompeta larga de sonido muy fuerte), aunque para un judío como Juan, había de sonarle como el *shofar* o cuerno de carnero (cf. Éx. 19:16).

7. Era una voz *que decía* (v. 11): «*Lo que ves, escribe(lo) en un rollo y envía(lo) a las siete iglesias, a Éfeso y a Esmirna y a Pérgamo y a Tiatira y a Sardis y a Filadelfia y a Laodicea.*»

(a) La VRV, con base en el TR, respaldado por mss. que carecen de la antigüedad necesaria (ni los menciona el NTG), añaden, después de *que decía: «Yo soy el Alfa y la Omega, el primero y el último»*, frases tomadas respectivamente de los vv. 8 y 17.

(b) La voz le manda a Juan que *escriba en un rollo* (gr. *biblíon* = *librito* –rollo de papiro o de pergamino) *lo que está viendo* (gr. *blépeis*, en pres. continuo). Este verbo significa, en el griego vulgar a la sazón, «ver con atención». Por el v. 19, se ve que «*lo que estás viendo*» se refiere a todo el contenido del libro. En contraste con este presente, los verbos *grápson* = *escribe*, y *pémpson* = *envía*, están en aor. de imp., como indicando una acción rápida, urgente, que no admite dilaciones.

(c) El escrito ha de enviarlo *a las siete iglesias* que se mencionan a continuación, cuya situación geográfica ya vimos en el punto 1 del comentario a los vv. 4 y 5, y cuyos detalles particulares daremos en el comentario a los caps. 2 y 3.

(d) ¿Por qué sólo a esas 7 iglesias, cuando había muchas otras en la misma región? Además del simbolismo del número 7, quizás es porque esas 7 iglesias estaban bajo el cuidado pastoral de Juan, y no las demás.

(b) La visión se concentra (1:12-16)

En estos versículos describe Juan lo que realmente *vio*. Tanto la figura del Señor como el escenario en que Juan lo vio son de una majestad sobrecogedora. Dicen así: «12 *Y me volví para ver la voz que hablaba conmigo; y, al volverme, vi siete candelabros de oro, 13 y en medio de los candelabros (estaba uno) como Hijo de Hombre, vestido de una túnica talar y ceñido a la altura de los pechos con un fajín de oro. 14 Su cabeza y sus cabellos (eran) blancos como lana blanca, como nieve; y sus ojos (eran) como llama de fuego; 15 y sus pies, semejantes al bronce fundido como hecho incandescente en un*

horno; y su voz como voz de muchas aguas; 16 y tenía en su mano derecha siete estrellas y de su boca salía una espada de dos filos, aguda, y su aspecto como el sol (cuando) brilla con (todo) su poder».

1. La extraña frase: «*Y me volví para VER LA VOZ que hablaba conmigo*» es una figura de dicción muy expresiva para dar a entender que *se volvió para ver quién era el que así le hablaba*. El aor. *epéstrepsa* = *me volví*, que Juan usa aquí, equivale al hebr. *shub*, y ambos se usan para designar la conversión a Dios (cf. p.ej., Hch. 3:19; 2 Co. 3:16; 1 Ts. 1:9; 1 P. 2:25). Aquí sólo conserva el sentido primordial de *darse media vuelta*.

2. Lo primero que apareció a los ojos de Juan no fue una persona, sino: «*siete candelabros de oro*». Entre el altar del incienso y el Arca del pacto, frente al velo que separaba el Lugar Santo del Lugar Santísimo, estaba el candelabro de los siete brazos (cf. p.ej., Éx. 25:31-37). Salomón, conforme a la opulencia de su templo, puso «*cinco candeleros de oro purísimo a la mano derecha, y otros cinco a la izquierda, frente al lugar santísimo*» (cf. 1 R. 7:49). Aquí son *siete candelabros*; por supuesto, de siete brazos cada uno. Recordemos lo de los *siete espíritus* del v. 4 y echemos un vistazo a Éxodo 25:31-40. Es la «*menoráh*», con sus 7 «*neroth*» = lámparas de aceite. Sabido es ya el significado del núm. 7. Por su parte, el oro es símbolo de realeza, de pureza y de santidad, por lo que se le llama «el rey de los metales»: es hermoso, raro e inmune a la acción de los ácidos; el único que le ataca es una mezcla de ácido nítrico y clorhídrico, que por eso es llamado «agua regia». De ahí que toda el Arca y los querubines del Lugar Santísimo estuvieran recubiertos de oro. Israel estaba llamado a ser *luz de las naciones* (cf. Is. 49:6), pero fracasó. La iglesia está ahora llamada a ser *ciudad de luz* (cf. Mt. 5:14-16).

3. Las 7 iglesias son comparadas aquí a 7 candelabros de oro; símil muy apropiado, pues el candelabro tiene estas características:

(a) No tiene luz propia. Todo creyente necesita recibir su luz (así como el poder) del que dijo: «*Yo soy la luz del mundo*» (cf. Jn. 8:12; 2 Co. 12:9-10; Fil. 4:13), y lo mismo digamos de cada congregación cristiana.

(b) Está puesto para alumbrar, para dar luz a los demás, como el Bautista (cf. Jn. 5:35 –nótese los vbs. en pres. continuo); hay que arder iluminando o iluminar ardiendo, que es lo mismo, con el óleo del Espíritu (cf. Zac. cap. 4). La mecha de nuestra vida sólo arde con el aceite de la obediencia al Espíritu Santo (cf. Ef. 4:30; 5:18; 1 Ts. 5:19; 2 Ti. 1:6) y con la llama del testimonio de la gracia.

(c) Aquí tenemos 7 iglesias, luciendo con más o menos brillo, pero *verdaderas* iglesias de Cristo, reflejando en el número 7 toda clase de experiencias espirituales y de vicisitudes temporales: la plenitud espiritual divinoprofética, así como la plenitud del juicio y del castigo. Por eso, en los caps. 2 y 3, Cristo no se presenta como Esposo, sino como Juez, de la Iglesia.

4. «*Y en medio (v. 13) de los siete candelabros, (uno) como Hijo de Hombre*», no porque no sea hombre verdadero (cf. He. 2:14), sino por ser mucho más que un simple hombre mortal. Juan alude aquí a Daniel 7:13. El título («*el Hijo del Hombre*»), frecuente en los evangelios, aparece aquí sin artículos, quizá por ser ya un epíteto propio y exclusivo de Cristo, puesto que expresa su humanidad perfecta, así como su mesianidad. El hecho de que únicamente Jesús aparezca *en medio de los siete candelabros* nos enseña que la Iglesia no necesita de otros intermediarios (sacerdotes, obispos, Papa). Los pastores de las iglesias no son intermediarios entre Dios y los hombres, sino ministros de Dios y siervos de Dios y de su Iglesia (cf. Hch. 20:28; 1 P. 5:1-4). A continuación, Juan describe, haciendo uso de de brillantes símbolos, la figura de Cristo en la forma en la que se le apareció:

(A) «*Vestido de una túnica talar (es decir, que le llegaba hasta los pies) y ceñido a la altura de los pechos con un fajín de oro.*» Se

describe así a Cristo: (a) como sumo sacerdote, pues así era el «mecil» o túnica propia del sumo sacerdote (cf. He. 4:14-15); y (b) como rey, pues la faja de oro es símbolo de la nobleza regia (cf. 19:16); nótese que lo ceñía «a la altura de los pechos» (gr. *pròs toís mastoís*), mientras que los trabajadores (p.ej., los pescadores -cf. 12:35) se ceñían a la altura de los lomos (gr. *hai osphúes* = *los riñones*).

(B) «*Su cabeza* (v. 14) *y sus cabellos, blancos como lana blanca, como nieve*», lo más blanco que el ser humano conoce. Simbolizan aquí la eternidad, pues corresponden a la descripción que del «*Anciano de días*» se hace en Daniel 7:9 del propio Yahwéh. También simbolizan la pureza completa (cf. Is. 1:18).

(C) «*Sus ojos como llama de fuego*», es decir, como fuego llameante que emite continuamente destellos centelleantes, simbolizan una vista clara, penetrante, que juzga y refina (cf. He. 4:12; 12:29), al par que se hace insoportable para los impíos (cf. 6:15-17).

(D) «*Sus pies* (v. 15) *semejantes al bronce fundido* (gr. *jalkolibáno* –lit. *cobre resinoso*).» Los comentaristas vierten de maneras muy diversas el vocablo griego: oriámbur, hialina, electro (cf. Ez. 1:4), azófar (mezcla de cobre y cinz); «*cobre fundido y pulido*» es quizá la mejor versión, a la vista del contexto: «*que se ha hecho como incandescente en un crisol*». Resulta así un símbolo del tremendo poder (simbolizado en el bronce) con que Cristo pisotea (cf. 19:15) a sus enemigos y los consume.

(E) «*Y su voz como el sonido de muchas aguas*» (cf. Ez. 1:24, hebr. *keqól máyim rabím* = *como voz de aguas muchas*), es decir, como el estruendo de una enorme catarata. En el v. 10 había dicho “*como de trompeta*”. Es probable que Juan, acostumbrado a presenciar imponentes temporales frente a las costas del Egeo, allá en Patmos, se refiera más bien al estruendo del mar alborotado. Si la voz del Señor, en su tono normal durante su vida mortal, ya podía ser aterradora (cf. Mt. 25:41, 46; Lc. 23:46; Jn. 5:28-29; 11:43; 18:6), ¿qué será cuando venga a juzgar? (cf. 6:16, 17).

(F) «*Y tenía (v. 16) en su mano derecha siete estrellas.*» La mano derecha es la mano del honor, del poder y de la autoridad (cf. v. 20). No las llevaba en la palma de la mano, como la vida de David cuando estaba en peligro, sino en el puño (el N.T. hebreo dice *beyad* = *en la mano* –como poder– no *bekaph* = *en la palma*). Eso quiere decir que las 7 estrellas están en lugar seguro. Sean quienes sean estas estrellas, baste con decir que estar en la mano de Cristo significa que están a su servicio y son responsables ante Él.

(G) «*Y de su boca estaba saliendo (el vb. *ekporeuoméne* está en ptc. de pres.) una espada aguda de dos filos.*» Es decir, es la espada larga de ataque (gr. *rhomphaía*), en contraste con la *májaira* = *daga corta*, de Efesios 6:17, arma defensiva para el combate cuerpo a cuerpo, que también ocurre en Hebreos 4:12 (aquí, en función como de bisturí *de dos filos* de cirujano). Con esa *espada larga de dos filos, aguda*, no sólo puede descuartizar mejor que un bisturí, sino también juzgar y ejecutar (cf. 2:12, 16; 19:15, 21). Sale de la boca del Verbo y es la que juzga a los rebeldes (cf. Jn. 12:48). Dice Hendriksen: «No destruyamos la unidad del símbolo. Por ejemplo, no interpretemos la espada... como las tiernas y dulces influencias del Evangelio en su misión de convertir» (*o.c.*, p. 59). Otros autores, como S. Bartina, opinan arbitrariamente que «boca» no significa aquí la boca del rostro, sino la escotadura superior del vestido real, de donde pendía la espada con su vaina, de acuerdo con la abertura que aparece en Éxodo 39:23.

(H) Finalmente, de su rostro se dice que «*su aspecto (era) como el sol (cuando) brilla en su poder*», es decir, *en todo su esplendor* = en el cenit y sin nubes. Cristo es el *Sol de justicia* (cf. Mal. 4:2, comp. con Lc. 2:32; Jn. 1:9; 8:12); lo que es el sol para la naturaleza, lo es Cristo para la vida espiritual. Ante esta descripción del aspecto de Cristo, palidecen todos los cuadros, obra de manos humanas, que pretendan representar su figura. Sólo a través de esos símbolos podemos atisbar algo de su gloria y majestad.

(c) La visión se consuma (1:17-20)

En esta última sección, Juan nos describe su reacción personal ante la visión del Señor, junto con el ánimo y el consuelo que Cristo le dio y la orden de poner por escrito las cosas que acababa de ver. «17 *Y cuando lo vi, caí a sus pies como muerto; y puso su diestra sobre mí, diciendo: Cesa de temer; Yo soy el primero y el postrero, 18 y el que vive, y estuve muerto, ¡y mira que estoy vivo por los siglos de los siglos!, y tengo las llaves de la muerte y del Hades. 19 Escribe, pues, las cosas que viste y las cosas que son y las cosas que están a punto de suceder después de éstas. 20 El misterio de las siete estrellas que viste sobre mi diestra, y los siete candelabros, los de oro: las siete estrellas son ángeles de las siete iglesias, y los candelabros son las siete iglesias.»*

1. Reacción de Juan (v. 17): «*Y cuando lo vi, caí a sus pies como muerto*». Los orientales suelen postrarse en actitud de reverencia ante un gran personaje. Juan une a esta actitud humilde el espanto ante lo sobrenatural, ya que un judío se sentía como muerto si veía la gloria de Dios (cf. Gn. 3:8; 17:3; Éx. 3:6; Nm. 22:31; Jos. 5:14; Is. 6:5; Dn. 7:15; 10:9; Ez. 1:28). Quizá nos extrañe que Juan, el discípulo amado, que había recostado su cabeza en el pecho de Jesús durante la última cena, se aterrorice así ante la sola vista del Señor, pero no olvidemos que el aspecto del Señor ya no era el de antes (comp. 2 Co. 5:16), sino de una tremenda y majestuosa gloria. Si así se presenta ante los amigos, ¿qué será ante los impíos? Se equivoca el lector inconverso, si piensa que no le espera ningún terror.

2. Sin hacerse de esperar, el Señor consueta y anima a su fiel discípulo: coloca su mano derecha sobre la cabeza de Juan en señal de amor, protección, fuerza y consuelo (comp. con Hab. 3:2-5, 16, 19) y le dice: «*Cesa de temer*» (gr. *mè phóbou*—pres. de imp.— lo que indica que Juan estaba temiendo, como en Jn. 6:20, entre otros lugares). Le da 3 razones para que cese de temer:

(a) «*Yo soy el primero y el postrero, y el que vive*» (vv. 17c-18a). Comp. con 2:8 y –sólo probable– 22:13, así como con Isaías 44:6; 48:12, donde se aplica a Yahwéh, citas que sonarían fuertemente en los oídos de Juan: Como Yahwéh, también Cristo estaba al comienzo de todo (cf. Pr. 8:22; Jn. 1:1, 3), creándolo todo, y estará también al final como consumidor y vencedor absoluto, cuando todos sus enemigos hayan sido puestos bajo sus pies (cf. Sal. 110:1; 1 Co. 15:25-28; He. 10:13). El original une la 1ª frase del v. 18 con la última del v. 17. «*El que vive*» nos trae una reminiscencia de Génesis 16:14 «*pozo del viviente que me ve*» (hebr. *beér lajay roí*); el Eterno no puede menos de estar perpetuamente *vivo*. Y eso es Jesús como Dios: «*En él había vida*» (Jn. 1:4, comp. con 5:26; 6:51; 11:25; 14:6).

(b) «*Estuve muerto, ¡y mira que estoy vivo por los siglos de los siglos!*» (v. 18b). Si murió, fue por nuestros pecados; su muerte no tenía otra razón de ser para quien no tenía pecado de ninguna clase (cf. Ro. 6:23). Pero resucitó al tercer día, puesto que el sepulcro no podía retener al Autor de la vida (cf. Hch. 2:24, 31) y «*a causa de nuestra justificación*» (Ro. 4:25b). Y todo el que es de Cristo, ha sido sepultado con Él y ha salido con Él a una nueva vida (cf. Ro. 6:3 ss.; Ef. 2:5-6); y por su obra y el poder de su Espíritu, será resucitado físicamente *el día postrero* (cf. Jn. 6:40, 44, 54; 11:25; Ro. 8:11; 1 Cor. 15:20 ss.; Fil. 3:21).

(c) «*Y tengo las llaves de la muerte (del sepulcro) y del Hades (del estado de “sombras” de los espíritus desencarnados) (v. 18c)*». También Cristo bajó al sepulcro, pero venció a la muerte, al poner libremente su vida para volver a tomarla (cf. Jn. 10:18), poder que no tiene ningún otro ser humano. Él tiene esas *llaves*, símbolo de poder, de dominio y de victoria; por eso, los vencidos entregaban a los vencedores las llaves de las ciudades ocupadas, como puede verse en el «cuadro de las lanzas» de Velázquez (la rendición de Breda). ¡Qué consuelo para los cristianos perseguidos, saber que nuestro Salvador es el dueño de la vida y de la muerte y que, si padecemos con Él, también seremos glorificados con Él!

3. A continuación, el Señor profiere una orden (v. 19): «*Escribe, pues, las cosas que viste y las cosas que son y las cosas que están a punto de suceder después de éstas*». De nuevo (cf. v. 11), el mandato de poner urgentemente por escrito (de ahí, el aor. de imp. *grápson*) el contenido de la visión, el cual comprende los tres tiempos: (a) pasado («*las cosas que viste*»), (b) presente («*las cosas que son*») y (c) futuro («*las cosas que están a punto de suceder –gr. *hà méllēi génesthai– después de éstas*»). La expresión gr. *metá taúta* = *después de estas cosas*, aparece aquí por primera vez y se repite en 4:1 (v. donde se abre la visión del futuro); 7:1; 9:9, 12; 15:5; 18:1; 19:1 y 20:3.*

4. El cap. 1 se cierra con la interpretación que el propio Señor le hace a Juan de *las siete estrellas* y de *los siete candelabros* (v. 20): «*El misterio de las siete estrellas que viste sobre mi diestra y los siete candelabros, los de oro: Las siete estrellas son ángeles de las siete iglesias, y los candelabros, los siete, son las siete iglesias*».

(A) En la 1ª parte del versículo, aparecen dos acusativos (*tò mustérion* y *tàs eptà lujnías*) que no están regidos por ningún verbo. Como en gr. no existe el acusativo absoluto, lo más probable es que haya de suplirse «*en cuanto a*»: «*(En cuanto a) misterio... y (en cuanto a) los siete candelabros...*» «*Misterio*» es un término que indica algo escondido, oculto, secreto, que necesita ser desvelado, descifrado, sacado a luz. En cuanto a los siete candelabros, el *misterio* se aclara fácilmente: son *siete iglesias*, y la Iglesia está llamada a ser «*luz del mundo*» (cf. Éx. 25:31; Zac. 4:2; Mt. 5:14; Mr. 4:21; Lc. 8:16; 11:33; He. 9:2).

(B) Más difícil de resolver es lo de «*los ángeles de las siete iglesias*». El término aparece 26 veces en Apocalipsis y, de suyo, significa «mensajero». Tres son las opiniones a este respecto:

(a) Walvoord y Scofield opinan que, en efecto, se trata de *mensajeros* enviados a tales iglesias. Opinión difícilmente sostenible, puesto que aparecen como reprobables en algunas cartas, en solida-

ridad con la congregación respectiva, cosa totalmente extraña para unos personajes que llevan precisamente los mensajes a las iglesias. También Carballosa opina que son *mensajeros*, pero «parecen ser personas designadas por la iglesia local para recibir comunicaciones, aunque no se sabe con exactitud la identidad o el oficio de dichas personas» (*Apocalipsis*, p. 55). Pienso que este matiz de *mensajero*, según lo describe el Dr Carballosa, supone una mejora sobre la opinión de Walvoord y Scofield, pero aun así, no me convence; y todavía convencerá menos a los partidarios de la 2ª opinión.

(b) La mayoría de expositores de muy diversa procedencia, como Bartina, Grau, Barchuk, Hendriksen, Ryrie, Davidson, John Mac Arthur, etc., aseguran que se refiere a los *pastores* de las respectivas iglesias. Contra esto está el hecho de que, en Apocalipsis, el término gr. *ángeles* siempre se refiere a seres puramente espirituales.

(c) Una 3ª opinión, brillantemente defendida por F. F. Bruce y seguida también por el dominico Salguero, el prof. Beasley-Murray y a favor de la cual estoy yo mismo, es que se trata de celestiales contrapartes de las respectivas iglesias, como ángeles tutelares de las mismas, en la línea de Daniel 9:21; 10:13 y 12:1. Dice F. F. Bruce (*Revelation*, en *A Bible Commentary for Today*, Pickering and Inglis, 1979, p. 1683): «Los ángeles de las iglesias deben entenderse a la luz de la angelología del Apocalipsis –no como mensajeros humanos o ministros de las iglesias, sino como celestial contraparte o personificación de las diversas iglesias, cada uno de los cuales representa a su iglesia en el aspecto en que se hace responsable de la condición y conducta de la respectiva iglesia–. Podemos compararlos con los ángeles de las naciones (Dn. 10:13, 20; 12:1) y de individuos (Mt. 18:10; Hch. 12:15)».

Capítulo

2

2) *Las siete iglesias (caps. 2 y 3)*

(a) Éfeso (2:1-7)

«1 *Al ángel de la iglesia (que está) en Éfeso escribe: Esto dice el que tiene asidas las siete estrellas en su diestra, el que camina en medio de los siete candelabros, los de oro: 2 Sé tus obras y tu fatigoso trabajo y tu paciencia, y que no puedes soportar a los malos, y probaste a los que se dicen a sí mismos apóstoles y no (lo) son, y los hallaste mentirosos; 3 y tienes paciencia y soportaste por mi nombre y no te has rendido. 4 Pero tengo contra ti que dejaste tu primer amor. 5 Recuerda, pues, de dónde has caído, y arrepíentete y haz las primeras obras; que si no, voy a ti y moveré de su lugar tu candelabro, a menos que te arrepientas. 6 Pero esto tienes, que aborreces las obras de los nicolaítas, las cuales también yo aborrezco. 7 Quien tenga oído, oiga qué dice el Espíritu a las iglesias. Al que venza, le daré a comer del árbol de la vida, el cual está en el paraíso de Dios.»*

1. Antes de entrar en el análisis de las cartas, conviene advertir que las siete cartas, a pesar de las diferencias, tienen en común siete elementos:

(A) Estos elementos son: (a) una comisión: «*Escribe al ángel de...*»; (b) una presentación del Señor: «*Estas cosas dice el que...*»; (c) una alabanza (o juicio): «*Sé tus obras*», con detalles diversamente

colocados; (d) un reproche: «*Pero tengo contra ti...*»; (e) un consejo: «*Recuerda...*», «*arrepíentete...*», «*Nada temas...*», etc. (f) una llamada: «*Quien tenga oído...*»; y (g) una promesa: «*Al que venza...*», «*El que venza...*».

(B) Las diferencias son notables: (a) Esmirna y Filadelfia son las únicas que no reciben ningún reproche; (b) Laodicea es la única que no recibe ninguna alabanza; (c) La llamada y la promesa se invierten de lugar en las cuatro últimas cartas (Tiatira, Sardis, Filadelfia y Laodicea); (d) Un somero análisis nos indica que las iglesias de Éfeso y Laodicea se hallan en grave peligro; las de Esmirna y Filadelfia, en excelente condición; las de Pérgamo, Tiatira y Sardis, en estado mediocre; (e) Es de notar la clara distinción entre la condición espiritual de la congregación en general, y la individualización de las promesas y de los consejos. Son especialmente dignos de notar los contrastes emocionantes que se perciben precisamente en la carta a la iglesia de Laodicea. Me atrevo a decir que el examen de conciencia al que cada carta invita y la ternura con que el Señor se expresa, a pesar de los reproches, pueden producir en el corazón de los lectores de este libro un provecho espiritual mucho mayor que el que les ocasione el resto del libro, desde 4:1 en adelante.

2. Entramos en el análisis de la 1ª carta. Como en todas, comienza con la comisión y el respectivo destinatario: «*Al ángel (v. 1) de la iglesia (que está) en Éfeso escribe*». Como vemos, las iglesias locales se distinguen esencialmente sólo por su ubicación: «*en Éfeso...*»; no es la iglesia *de* Éfeso, sino la iglesia (que está) *en* Éfeso. Como información historicogeográfica, que repetiré en cada caso, daré ahora los siguientes detalles acerca de Éfeso:

(a) Era la ciudad más importante de la provincia romana del Asia proconsular; centro postal y administrativo, casi tan importante como Antioquía. «Éfesis» significa «deseo ardiente». Según la escuela de interpretación que sostiene un nivel vertical histórico, la iglesia de Éfeso representa la era apostólica hasta el tiempo en que Juan escribe Apocalipsis.

(b) Esta ciudad era llamada «Guardiana del Templo» dedicado a la diosa Artemis (Diana, en latín), «*la gran Diana de los efesios*» (Hch. 19:35), como diosa de la fertilidad, que suele ser llamada *polymastos = de muchos pechos*, por la forma en la que es representada. Las excavaciones de J. T. Wood en 1870 condujeron al descubrimiento de una de las 7 maravillas del mundo antiguo: el famoso templo, cuatro veces mayor que el Partenón de Atenas, adornado con estatuas de los más famosos escultores griegos, como Fidias, Praxíteles y Apeles. Había otros templos dedicados a los emperadores Claudio, Adriano y Severo.

(c) Las monedas descubiertas en distintos países, con la inscripción romana: «Diana Ephesia», muestran que la diosa de Éfeso era venerada en todo el mundo pagano (cf. Hch. 19:27, 34). También había un enorme teatro en el centro de la ciudad, con capacidad para cerca de 50.000 espectadores. Es curioso que, el año 431 de nuestra era, se definiera allí, como «dogma de fe» para la Iglesia de Roma, la divina maternidad de María, hecho celebrado con una imponente procesión de antorchas con las que los marianos efesinos acompañaron a los obispos que habían tomado parte en el Concilio.

(d) Hacia el año 52, penetró en Éfeso el cristianismo por el ministerio de Priscila y Aquila, siendo Pablo el fundador de esa iglesia (había ya una importante colonia judía). Posteriormente (cf. Hch. caps. 18 y 19), Pablo hizo allí una estancia de más de dos años. Otros detalles pueden verse en diccionarios y enciclopedias. Sólo resta añadir que posteriormente se afincó allí el apóstol Juan, teniendo bajo su supervisión tanto esta iglesia como las otras seis que se mencionan a continuación.

3. Volviendo al análisis del v. 1, tenemos, después de la comisión y del destinatario de la carta, la presentación de Jesucristo como «*el que tiene asidas* (gr. *ho kratôn*, en ptc. de pres.), en señal de que es dueño y señor de las iglesias, *las siete estrellas en su diestra, el que camina* (*se pasea*) *en medio de los siete candelabros, los de oro*».

4. A continuación (v. 2), viene una alabanza de parte del Señor: «*Sé tus obras* (las conoce bien por experiencia personal de 1ª mano) *y tu arduo* (o fatigoso) *trabajo* (gr. *kópon*) *y tu paciencia* (gr. *hupomonén* = el aguante bajo circunstancias penosas) *y que no puedes soportar a los malos y que probaste a los que se dicen a sí mismos apóstoles y no (lo) son, y los hallaste mentirosos*» (gr. *epeírasas* = *tuviste de los malos una prueba amarga*). Este verbo es de la misma raíz que «*peirasmós*» = *prueba* o *tentación*, según los casos. No debe confundirse con *dokimázein* = *poner a prueba*. La alabanza continúa en el v. 3: «*Y tienes paciencia y soportaste* (los mismos vocablos del v. 2) *a causa de mi nombre, y no te has rendido de fatiga*» (gr. *ou kekópiakes*, en perfecto. Este verbo es de la misma raíz que el *kópos* del v. 2).

(A) Lo primero que notamos es que los creyentes de Éfeso eran activos, no eran holgazanes; se hacían cosas, se llevaban a cabo planes. No sólo hacían buenas *obras* (gr. *érga*), sino que trabajaban arduamente, aunque la fatiga no los *había rendido* (v. 3b). El propio hecho de probar con amargura a los *falsos y mentirosos apóstoles* les fatigaba, pero no los desmayaba.

(B) Los fieles de Éfeso habían pasado por la amarga prueba del influjo y de la nociva enseñanza de los falsos maestros (cf. p.ej. Hch. 20:29, 30; 1 Jn. 2:18-20, 27), los cuales carecían de las necesarias «cartas de recomendación» (cf. 2 Co. 3:1). Pero, al fin y al cabo, el Señor los alaba porque *no los soportaron*, no cometieron la insensatez de cargar con ellos (gr. *bastásai* = *cargar a cuestas*), tan pronto como *los hallaron mentirosos*, donde el gr. *pseudeís* es probable que indique, más que nada, la hipocresía de quienes aparentan ser piadosos sin la práctica de una piedad eficaz (cf. 2 Ti. 3:5); por eso, los llama *kakóús* = *malos*. Esta era la conducta de los maestros imbuidos de gnosticismo y que, como puede verse en las epístolas de Juan, pululaban en las iglesias, mezclando verdades claras con errores doctrinales.

(C) Además de la repetición del término *hupomoné*, el v. 3 nos ofrece un contraste notable de frases: (a) En el v. 2 se dice que la iglesia

de Éfeso *no puede soportar a los malos*, a los lobos rapaces entrados con piel de oveja (cf. 2 P. 2:1; Jud. v. 4); pero en el v. 3 se nos dice que habían *soportado por causa del nombre de Cristo* la persecución que les había acosado desde fuera; (b) también se nos dice en el v. 2 que *se habían fatigado en el arduo trabajo* (comp. con 1 Ts. 1:3), pero (v. 3) *no se habían rendido*. La fatiga no los había vencido; por lo que continuaban trabajando como «infatigables».

5. Ahora viene el reproche: «*Pero* (v. 4) *tengo contra ti que dejaste* (gr. *aphêkes = dejaste atrás*) *tu amor, el primero*».

(A) El v. se abre con una conj. adversativa fuerte (gr. *allá = pero*), que da un giro de media vuelta a lo anterior e introduce una amarga queja del Salvador: «*Pero tengo contra ti que dejaste tu primer amor*». El vb. gr. está en aor. indicando que tomaron una mala opción, un mal camino, de una vez por todas. La rutina de cada día llega a dar lugar al enfriamiento del amor inicial, del fervor del noviazgo, de la luna de miel del matrimonio. Suele ser un proceso lento, pero desemboca en una crisis tremenda. Ryrie hace notar que «30 años antes, esta iglesia había sido encomiada por su amor (Ef. 1:1, 16)».

(B) ¿Cómo llega a suceder esto? De muchas maneras. El prof. J. Grau aporta uno de los motivos: «La obra de Dios cobra más importancia que el Dios de la obra; la Iglesia de Cristo, más que el Cristo de la Iglesia» (*Estudios sobre Apocalipsis*, Barcelona, EEE 1977, p. 88). El error doctrinal se detecta pronto, antes que el enfriamiento del corazón, el cual no es objeto de deducción, sino de intuición: no se expresa, pero se respira, se palpa, se siente con mayor o menor fuerza según la sensibilidad espiritual de los miembros. Barchuk cita de B. Marsenkovski: «El verdadero cristianismo no consiste en recordar el amor pasado, sino en mantener el mismo amor ardiente a Cristo, esa actitud reverente hacia él. El pan puesto sobre la mesa de oro del templo debía ser fresco, no pasado. Así debe ser el amor del cristiano, siempre nuevo, porque el amor es el alma del cristianismo. Cuando el cristianismo carece de amor hacia Cristo, se torna sin alma, muerto».

Y añade el propio Barchuk: «Supongamos que una mujer le dice a su marido: Tú sabes que por ley estoy atada a ti y, por eso, debo estar contigo. Por lo tanto, cumpliré todo cuanto me incumbe. Te prepararé la comida, lavaré la ropa, mantendré limpia tu casa, pero te advierto que mi corazón no está contigo; ¡yo amo a otro! ¿Estaría contento ese hombre con tal esposa? ¡No! Cualquiera hombre, al descubrir que el corazón de su mujer pertenece a otro, la abandonará». (Más testimonios, en Mt. Henry, págs. 331, 332).

(C) ¿En qué direcciones se manifestaba esa pérdida del primer amor? Seguramente, en dos:

(a) En la dirección de la murmuración y, por ende, de la división. La oposición a los falsos apóstoles y maestros, legítima en principio, los había llevado al otro extremo: al espíritu de constante crítica, con el consiguiente enfriamiento del amor a Dios y al prójimo (comp. Jer 2:2-5; Mr. 12:30-31; 1 Jn. 4:20. ¡Y el diablo, aprovechándose de ese punto flaco! (cf. 1 P. 5:8);

(b) La oposición a los peligros de dentro y de fuera habría favorecido el surgimiento de un falso caudillaje: uno o varios dictadores, al estilo de Diótrefes (cf. 3 Jn. v. 9) habrían dañado el amor fraternal, con el consiguiente daño producido por los *nicolaitas* citados en v. 6.

6. Al reproche sigue (v. 5) el consejo y la amonestación amorosa: «*Recuerda, pues, de dónde has caído...*».

(a) «*Recuerda*» (gr. *mnemóneue*, en pres. de imp.). Es una exhortación a volver en sí (cf. Lc. 15:17); «*de dónde has caído*» (gr. *péptokas*, en perf. como un estado que continúa); «*¡de dónde!*», como diciendo: «*Recuerda* aquel tiempo dichoso en que me amabas, ¡cómo ha bajado el termómetro desde entonces! El largo enfriamiento te ha impedido percatarte del descenso. El caso es que todo lo externo ha quedado, el edificio se mantiene en pie, pero el fundamento ha sido minado por el enemigo».

(b) La exhortación se hace más íntima, más amorosa: «*arrepíentete*» (gr. *metanóeson*, aor. de imp. –de una vez por todas–), date media

vuelta en tu camino de extravío, vuelve a tu primer amor, a la íntima comunión del principio y ¡que se note! *Haz las primeras obras, haz las obras que hacías al principio*. No tienes que hacer otras, sino las mismas, pero como fruto de un amor de la misma calidad que el primero; no se trata de aumentar la *cantidad*, sino de mejorar la *calidad*.

(c) Tras del consejo, la amenaza (v. 5c): «*Que si no, vengo a ti y removeré de su lugar tu candelabro*». El Señor amenaza a esta iglesia con una «visita de juicio». Nuestro Dios es *un Dios celoso* (cf. Éx. 20:5) y de igual modo lo es el Hijo de Dios: exige de su Esposa la Iglesia una fidelidad inquebrantable. Por desgracia, parece ser que esta amonestación cayó en el vacío, pues el candelabro de Éfeso *fue removido*, mientras Esmirna (hoy, Izmir) se conserva en pie, con una comunidad cristiana. Dice Grau (*o.c.*, p. 90): «Regiones antes cristianas, hoy son paganas (norte África, Oriente Medio, en los primeros siglos). En Inglaterra se pueden ver antiguos templos, convertidos en salas de baile o de juego (bingo); en otros países, sirven de museos o mezquitas. En la actualidad, el crecimiento del cristianismo se da en Asia, África y América Latina, no en Europa. ¡Qué terribles perspectivas y posibilidades comporta esto!» Carballosa (*o.c.*, pp. 62, 63) insiste en que el juicio del Señor a la iglesia de Éfeso tiene carácter escatológico, de forma que «el remanente inconverso de dicha iglesia tendrá que pasar por la hora de la prueba que vendrá sobre el mundo entero (Ap. 3:10)». Admito este punto de vista, con tal que se sostenga en el juicio histórico, ya ejecutado, una predicción del cumplimiento pleno en la Segunda Venida.

7. El Señor no quiere terminar con un reproche, sino con algo alentador; y, con otro «*pero*», encabeza una nueva alabanza (v. 6): «*Pero esto tienes (esto tienes a tu favor), que aborreces las obras de los nicolaítas, las cuales también yo aborrezco*».

(A) Lo primero que notamos es que Cristo alaba el odio a las *obras*, no a las *personas*, de los nicolaítas (cf. Sal. 52:3, 4; 97:10).

¡Es tan fácil deslizarse del odio al pecado, al odio al pecador! Todo buen cristiano, a imitación de Dios (cf. 1 Ti. 2:4), debe amar a todos los hombres y desearles lo mejor: ¡que se conviertan y vivan! Pero, en cuanto a las *malas obras*, deben denunciarlas y odiarlas.

(B) Otro detalle notable es que los ojos del Señor no sólo escudriñan lo negativo, sino también todo detalle positivo que hay en nosotros, lo cual nos consuela, nos estimula y nos amonesta. «*Las cuales también yo aborrezco*» —añade—; como diciendo: «En esto estáis en la misma onda que Yo». Al Señor no se le puede engañar con hipocresía, pero nos proporciona consuelo saber que aprecia el detalle más pequeño de bondad sincera, aunque los hombres nos interpreten mal.

(C) ¿Quiénes eran los *nicolaítas*? Hay opiniones para todos los gustos: (a) Seguidores del diácono Nicolás (cf. Hch. 6:5), bajo el falso supuesto de que apostató de la fe y fundó una secta; (b) Como en el caso de la *Jezebel* del v. 20, otros piensan que el gr. *Nikoláos* = *vencedor del pueblo*, sería semejante al hebr. *Balaam* = *señor del pueblo* (del v. 14) y connotaría un afán de dictadura sobre el pueblo, como el aludido Diótrefes; (c) Janson, citado por Bartina, piensa que es un criptograma, haciendo notar que la raíz hebr. *nkl*, que aparece 2 veces en Números 25:18, significa «ser falso, seducir, tentar». Serían, pues, sincretistas que mezclaban los ritos cristianos con los paganos e incitaban a la apostasía = fornicación; (d) Lo más probable es que fuesen gnósticos que pretendían dividir en castas al pueblo de Dios. Mezclando el ceremonialismo judío con la filosofía griega, tenemos ya una secta que combina el entusiasmo espiritual con el relajamiento moral; orgullo de «mística superior» con detrimento del amor fraternal. La propia ortodoxia estaba en peligro, como se nota por 1 Juan, donde a cada paso se nota el ataque a esta herejía. Por la similitud de los vv. 15 y 20, parece ser que todos ellos propugnaban los mismos errores y las mismas prácticas pecaminosas: incitar a comer de lo sacrificado a los ídolos y a la fornicación, probablemente a la «prostitución sagrada», aludida en algunos lugares del A.T.

8. La carta termina particularizando (v. 7): «*Quien tenga oído, oiga qué dice el Espíritu a las iglesias. Al que venza, le daré a comer del árbol de la vida, que está en el paraíso de Dios.*»

(a) El *Espíritu* que habla a las iglesias es el aliento caliente del Padre y del Hijo, esto es, *el Espíritu Santo*. Por ser el que *oye* (cf. Jn. 16:13), exhorta a *oír*. El gr. dice: *Quien tenga oído* (no, *oídos*), porque, aunque tengamos dos orejas, el sentido del oído es uno. Como hace notar Griffith Thomas, no dice: «Oiga lo que la iglesia dice a sus hijos», sino «*oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias*». No es el Papa, sino el Espíritu Santo, el único Vicario de Cristo en la tierra (cf. Jn. 14:16).

(b) El *vencedor* es todo creyente consciente de su condición de soldado de Cristo (cf. Ro. 8:37; Ef. 6:11 ss.; 2 Ti. 4:7; 1 Jn. 2:13, 14; 5:4, 5). La frase se repetirá siete veces más en Ap. (2:11, 17, 26; 3:5, 12, 21; 21:7).

(c) La promesa al vencedor es, en este caso, que el Señor *le dará a comer del árbol* (gr. *ek tou xúloi* –lit. *del madero–*) *de la vida, que está en el paraíso de Dios* (comp. con 22:2, 14). Toda la frase hace referencia al árbol de la vida del que se habla en Génesis caps. 2 y 3, porque este árbol confería el don de la inmortalidad a quien comiera de él (cf. Gn. 3:22, 23). Por el pecado, quedó prohibido el acceso a ese árbol; pero, después que Cristo nos ha recuperado el Paraíso perdido, el cristiano tiene acceso a la inmortalidad que comporta la vida eterna. El gr. *ek tou xílou* indica que nunca se acabará su fruto, pues la prep. *ek* es de origen, no de posesión. El gr. *xílon* = *madero* se aplica a la cruz de Cristo en Hechos 5:30; 10:39; 13:29; 16:24; Gálatas 3:13 y 1 Pedro 2:24, sustituyendo así a *déndron* = *árbol*.

(b) Esmirna (2:8-11)

«8 *Y al ángel de la iglesia (que está) en Esmirna escribe: Esto dice el primero y el postrero; el que estuvo muerto y volvió a vivir:*

9 *Sé tu tribulación y tu pobreza, pero eres rico, y la blasfemia de los que dicen ser judíos ellos mismos y no (lo) son, sino sinagoga de Satanás.* 10 *Nada temas de lo que vas a padecer. Mirad que el diablo va a arrojar (algunos) de entre vosotros a prisión para que seáis probados, y tendréis tribulación durante diez días. Sé fiel hasta (la) muerte y te daré la corona de la vida.* 11 *Quien tenga oído, oiga qué dice el Espíritu a las iglesias. El que venza no sufrirá ningún daño de la muerte segunda.»*

1. Comienza la carta como la anterior, pero aquí el destinatario es *el ángel de la iglesia (que está) en Esmirna* (v. 8a).

(a) *Esmirna* significa en gr. *mirra*, vocablo que cuadra perfectamente con el contexto posterior, ya que la mirra es símbolo de grandes sufrimientos y de muerte; por ello formaba parte de la unción sagrada (cf. Éx. 30:23-33). Suele verse en el don de los magos a Jesús una alusión a su condición de Siervo Sufriente, mientras que el incienso era símbolo de su condición divina, pues sólo a Dios se dirige el incienso, y el oro es emblema de la realeza del Señor (*«el nacido rey de los judíos»* –Mt. 2:2).

(b) *Esmirna* es la única ciudad de las 7 mencionadas en los caps. 2 y 3 que todavía subsiste, como vimos en el comentario anterior (6 c). Fundada por los eolios en el siglo VII a.C., se supone que fue la patria de Homero. Fue destruida en el siglo VI a.C. y reconstruida por Lisímaco a principios del siglo III a.C., hasta llegar a ser una de las ciudades más prósperas del Asia Menor. Quizás aluda a esto la frase del v. 8: *«el que estuvo muerto y volvió a vivir»*. Los romanos la premiaron por su lucha heroica contra Mitrídates y le concedieron numerosos privilegios. Por ello, se levantó allí el año 195 a.C. un templo a la diosa Roma, quizás el 1º del mundo en su género. Durante el reinado de Tiberio (año 26 d.C.) se levantó allí un templo al emperador.

(c) Parece ser que el Evangelio llegó allá desde Éfeso (cf. Hch. 19:10). Como ciudad comercial, abundaban allí los judíos, quienes se

oponían fieramente a la iglesia de Cristo (v. 9, comp. con 3:9). De ello da testimonio Hechos 13:50; 14:2, 5, 19; 17:5; 24:2. Esmirna era la ciudad más bella del Asia Menor. El céfiro que viene del mar la refresca incluso en el caluroso estío de Turquía. En lo alto de la colina Pagos había un grupo de hermosos edificios llamados «la corona de Esmirna». Quizás aluda a esto lo de «*la corona de la vida*» (v. 10).

(d) La reputación de Esmirna como *fiel*, así como su lealtad en el trato social, queda aludida en lo de «*sé fiel*» (v. 10). La comunidad cristiana fue fundada en el tercer viaje misionero de Pablo (años 53-56), pero Juan extendió después a ella su apostólica supervisión. Amigo y discípulo de Juan fue Policarpo, obispo de Esmirna, de cuyo martirio en la hoguera (año 155 / 156) se conserva un fascinante relato, verdadera joya literaria del siglo II (cf. *Padres Apostólicos* –BAC, 1974– págs. 654 ss., versión de D. Ruiz Bueno).

(e) Tras diversos avatares, Esmirna cayó en poder de los turcos en 1417. Grecia la conquistó en 1919, pero en 1922 volvió a ser ocupada por los turcos. Al año siguiente, la población griega tuvo que emigrar, y la ciudad quedó enteramente en poder de los turcos hasta hoy.

2. Después de la comisión, el Señor repite la frase de 1:17b: «*Esto dice el primero y el postrero*» (v. 8b). Cristo es el de siempre (cf. He. 13:8). El *primero* en ser destinado, desde la eternidad, a una muerte violenta (cf. 1 P. 1:20) y el *último* que quedará en pie cuando todos sus enemigos hayan sido puestos bajo sus pies (cf. Sal. 110:1; 1 Co. 15:25-28). Así, el v. 8 empalma con el 10: «*Nada temas de lo que vas a padecer*». «*El que estuvo muerto* (v. 8c) *y volvió a vivir* (lit. *y vivió*)» puede alentar a los suyos, puesto que, si es cierto que murió en obediencia *fiel* al Padre, ahora vive para siempre y domina la situación.

3. A continuación (v. 9a), añade el Señor: «*Sé tu tribulación y tu pobreza*». Sobre el vb. *sé*, cf. lo dicho en el comentario a 2:2. Lo

de «*tus obras*» es una añadidura que del TR aparece en la VRV, sin apoyo alguno en los mss. más antiguos; está traído de 2:2, aunque no cabe duda de que las obras de la iglesia de Esmirna reflejaban el fervor del primer amor. La fidelidad a Cristo comportaba, no sólo tribulación, sino también pobreza (gr. *tèn ptojeían* = *la suma pobreza* –comp. *ptojós*, de Lc. 16:20). Además de que los creyentes solían surgir entre la gente de condición humilde (cf. 1 Co. 1:25-29), al profesar la fe cristiana eran despedidos del trabajo y del oficio secular; con frecuencia eran víctimas de la persecución. Es entonces cuando se pone a prueba la lealtad a Cristo ¡Qué consuelo para los creyentes de Esmirna saber que Cristo lo sabe todo y *comparte con ellos su aflicción!* (cf. Is. 63:9; Hch. 9:4; Fil. 1:29; Col. 1:24; 1 Ts. 2:14-16). En nuestro tiempo han desaparecido las hogueras de la Inquisición y las fieras del circo romano, pero los modernos adelantos de las drogas y del control de la mente por medios físicos y psicológicos harán más temible la persecución de los últimos tiempos, especialmente cuando aparezca en público el Anticristo.

4. Junto al consuelo, esa maravillosa frase (v. 9b) como en paréntesis: «*¡Pero eres rico!*» El reverso completo de Laodicea (cf. 3:17). Ninguna queja, ningún reproche, a Esmirna. Los hombres juzgan por el exterior: ¡Pobres cristianos de Esmirna! Cristo penetra en la realidad interior: ¡Qué riqueza la de estos pobres perseguidos! ¡Qué consuelo para todo creyente fiel!

5. Jesús conoce bien (v. 9c), no solamente la bondad de sus amigos, sino también la maldad de sus enemigos: «... *y la blasfemia de los que dicen ser judíos ellos mismos, y no son, sino sinagoga de Satanás*».

(a) La maledicencia (gr. *blasphemía*, de *blas phemí* = *decir mal*) de esos judíos iba dirigida contra los cristianos y, sin duda, contra el propio Jesucristo. En esto probaban ser «*hijos del diablo*» = *una sinagoga de Satanás*, descendientes y familiares de los que alterca-

ban con el Señor. En efecto, los cristianos de Esmirna informaron más tarde que los judíos se habían unido a los paganos para pedir la muerte del obispo Policarpo, igual que se unieron con Pilato y con Herodes el día de la crucifixión del Salvador.

(b) Por eso dice Jesús que «*no son judíos*»; no son verdaderos descendientes de Judá (hebr. *yehudá* = *alabanza con acción de gracias* –cf. Gn. 29:35), pues, en lugar de alabar a Dios, hablaban mal de los cristianos, mostrando así ser hijos del «*acusador de los hermanos*» (cf. 12:10). En cambio, todo creyente, aun el que era de origen pagano, al convertirse a Cristo, pasaba a ser *circuncidado en espíritu* (cf. Ro. 2:26-29) e *hijo de Abraham* (cf. Ro. 4:16-19). Ésta es también nuestra herencia, pero, ¿cuál es nuestra riqueza?

6. Como la iglesia de Esmirna iba en breve a ser probada severamente, se le recuerda a continuación (v. 10) que su Salvador, el Señor Jesús, es el dueño de la historia y el conquistador de la muerte: «*Nada* (gr. *medèn*, –mucho mejor atestiguado que *mé* = *no*) *temas de lo que vas a padecer. Mira, el diablo...*» Así habla el Señor, porque detrás de los perseguidores paganos estarán *los falsos judíos, sinagoga de Satanás*. Dos detalles de esta prueba aparecen a continuación:

(a) «*Mira, el diablo va a arrojar (a algunos) de entre vosotros a prisión*» (v. 10b). El vb. *bállein* = *arrojar* es muy expresivo, porque las cárceles eran como una cisterna en la que se entraba por un agujero abierto en el techo.

(b) Será una tribulación *por diez días* (v. 10c), es decir, por un periodo breve (comp. Gn. 24:55; Neh. 5:18; Jer. 42:7; Dn. 1:12; Hch. 25:6), sin negar por eso el sentido estrictamente literal. Eso se predice como un estímulo para aguantar mejor (comp. con Is. 26:20; 54:8; Mt. 24:22; 2 Co. 4:17; 1 P. 1:6). Quizá se trate de una persecución localizada. En todo caso, hay que distinguirla de «*la prueba que está para venir sobre toda la tierra*» (3:10). Sabemos que la iglesia de Esmirna sufrió dos grandes persecuciones; en la 1ª murieron mártires 1.500 de sus miembros; en la 2ª, 800.

(c) Según los partidarios del *nivel vertical histórico*, Esmirna representa la época de las persecuciones (años 54-294 aprox.). Sin embargo, no todos los que abogan por esta interpretación ven en esos «*diez días*» las diez grandes persecuciones aludidas.

7. Lo de «*hazte (gr. gínou) fiel hasta la muerte*» (v. 10d) no significa «hasta que te mueras», sino «*aunque tengas que morir*». A los fieles cristianos de Esmirna no les ha de importar la muerte *física*, ya que «*al que venza no le hará ningún daño la muerte segunda*» (v. 11b). Lo que importa es ser *fiel*, que no es lo mismo que ser *creyente*. *Creyente* es el que se fía de Dios; *fiel* es aquél de quien Dios se puede fiar. Pero no se olvide que, si los creyentes podemos ser fieles, es únicamente porque Dios es fiel a su palabra, y el Espíritu Santo nos capacita para dicha fidelidad. La *fidelidad hasta la muerte* requiere mucho amor al Señor, pero puede empañarse con malos modos o imprecaciones impropias de un seguidor del Cordero que no abrió su boca cuando era conducido al matadero (cf. Is. 53:7). Dice a este respecto J. Grau (*o.c.*, p. 97): «Moisés tuvo que soportar mucho del pueblo de Dios, pero, al fin, *habló inconsideradamente con sus labios* y recibió el reproche del Señor. En cambio, el que no haya reproche alguno contra Esmirna demuestra que sufrió sin perder la hermosura de carácter y conducta. A veces sabemos sufrir, pero no sin afear el lenguaje o el espíritu».

8. El v. 10 se cierra con esta promesa: «*y te daré la corona de la vida*»; como si dijera: «te daré una corona que es la misma *vida eterna*»; es una corona *viva* y, por tanto, interior a la persona. El vocablo para «corona» es el corriente: *stéphanos*, que ocurre 18 veces en el NT, pero con variedad de materiales (comp., p.ej. la de Jn. 19:2 con la de Fil. 4:1, la de Ap. 4:4 y la de Ap. 12:1), sirviendo de modelo la guirnalda de laurel (cf. 1 Co. 9:25) que se colocaba en la cabeza de los vencedores de los juegos olímpicos (Esmirna tenía juegos famosos); no se trata aquí de la diadema real de 12:3, 13:1 y 19:12.

Como Pablo en 1 Corintios 9:25, Pedro contrasta implícitamente esta corona *corruptible* con la *herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible reservada para nosotros en los cielos* (cf. 1 P. 1:4).

9. El v. 11, con el que termina la carta, repite el estribillo común a las demás cartas: «*Quien tenga oído, oiga...*». La promesa correspondiente (v. 11b) para *el que venza* es aquí: «*de ningún modo (gr. ou mè) sufrirá daño procedente de (gr. ek) la muerte, la segunda*»; es decir, del infierno (cf. 20:14; 21:8), final de la *muerte primera espiritual*, que es el pecado, del que la muerte física es el salario (cf. Rom. 6:23) y secuela lógica de una depravación que abarca al hombre entero y a todos los hombres (cf. Gn. 2:17; Ro. 5:12 ss.). “*La muerte segunda*” era ya de antiguo una frase rabínica. El Targum de Jerusalén (sobre Dt. 33:6) dice: «¡Que viva Rubén en esa época y no muera de la segunda muerte de la que morirán los malvados en el mundo venidero!» (citado en el *New Bible Commentary*; p. 1.173).

(c) Pérgamo (2:12-17)

«12 *Y al ángel de la iglesia (que está) en Pérgamo escribe: Esto dice el que tiene la espada, la de dos filos, la aguda: 13 Sé dónde habitas, donde está el trono de Satanás; y mantienes mi nombre, y no negaste mi fe aun en los días de Antipas, mi testigo, mi fiel, que fue muerto entre vosotros, donde habita Satanás. 14 Pero tengo contra ti unas pocas cosas, que tienes ahí quienes mantienen la doctrina de Balaam, el que enseñaba a Balac a poner tropiezo delante de los hijos de Israel, a comer de lo sacrificado a los ídolos y a fornicar. 15 Así tienes también tú a quienes mantienen la doctrina de los nicolaítas igualmente. 16 Arrepiéntete, pues; que si no, vengo a ti rápidamente, y pelearé con ellos con la espada de mi boca. 17 El que tenga oído, oiga qué dice el Espíritu a las iglesias. Al que venza le daré del maná, del escondido, y le daré una piedrecita blanca y,*

escrito sobre la piedrecita, un nombre nuevo, que nadie sabe sino el que (lo) recibe.»

1. Ahora le toca a la iglesia de Pérgamo ser el destinatario de la 3ª carta. Veamos primero algunos detalles interesantes acerca de esta ciudad:

(a) Pérgamo estaba situada a unos 70 kms de Esmirna y a unos 30 del mar. Era ciudad grande y próspera a principios del siglo III a.C. El año 133 a.C., el rey Atalo III se sometió a Roma. Su nombre se hizo famoso por la gran biblioteca (unos 200.000 pergaminos –podía competir con la de Alejandría) que los reyes de Pérgamo habían fundado allí y que dio origen a la industria del *pergamino*, que vino a sustituir al papiro en la composición y escritura de libros.

(b) La ciudad estaba asentada en una colina de unos 300 mts de altitud, y se hizo notable por sus monumentos religiosos, entre los que descollaban el templo dedicado a *Zeus Soter* (nombre gr. de *Júpiter Salvador*), asentado sobre una plataforma excavada en la roca, y el dedicado al dios de la medicina Asclepio o Esculapio, cuya insignia era la serpiente que todavía figura como emblema de la Farmacia, y que para los cristianos era el símbolo de Satanás (cf. Gn. 3:1; Ap. 12:9). En la escuela de Esculapio aprendió sus artes curativas Galeno, famoso médico de la antigüedad.

(c) *Pérgamos* significa «ciudadela». Y, como *gámos* significa «matrimonio» (no se sabe, sin embargo, qué significaría ese *per* inicial), podemos –con un poco de imaginación– decir que *pérgamos* = *matrimonio mixto*. Como dicen los italianos, *se non é vero, é bene trovato*. Según la escuela de interpretación que está a favor del nivel *vertical histórico*, esta iglesia representaría el maridaje de la Iglesia con el Estado a partir de la presunta conversión de Constantino a la fe cristiana y la subsiguiente declaración del cristianismo como religión oficial del Estado (aprox., desde el año 313 hasta fines del s. V).

(d) La ciudadela de Pérgamo, sobre la colina mencionada, estaba rodeada por el grandioso valle del Caico. Los romanos la hicieron

capital de la provincia de Asia en 241 a.C. Más que ninguna otra ciudad de Asia da al visitante la impresión de ser la sede de la autoridad (v. 13 «*el trono de Satanás*»). También fue la 1ª ciudad que erigió un templo al emperador (Octavio Augusto) el año 29 a.C. Después surgieron templos a Roma y a los emperadores Trajano y Severo. También Venus, por supuesto, era *venerada*. Todo esto, unido a la superstición curandera, en el emporio mismo de la Medicina. «Era –dice Grau– el Lourdes de la antigüedad.» No es extraño que la situación de los cristianos de Pérgamo fuera especialmente difícil en una ciudad de tales características. Allí los cristianos eran forzados a ofrecer incienso a la imagen del emperador (comp. con Dn. cap. 3) y a decir «*Kaisar Kúrios*» = «¡César es el Señor!» (cf. 1 Co. 12:3). Vamos ya al análisis de la carta:

2. Conforme al contexto peculiar de la carta, el atributo de Cristo que se menciona a la cabeza del mensaje es (v. 12): «*El que tiene la espada aguda de dos filos*» (la misma frase de 1:16; cf. también el v. 16). Cristo se pone en plan de batalla para luchar contra los nicolaítas del v. 15, de forma parecida a lo que leemos en Números 25:1 ss. El original presenta enfáticamente ese atributo de Cristo, descomponiendo en tres fragmentos la frase: «... *la espada, la de dos filos, la aguda*».

3. En el v. 13 hay tres alabanzas a esta iglesia:

(a) «*Sé dónde vives «donde (está) el trono de Satanás*». Lo de «tus obras» (VRV) no tiene soporte en los mss. más antiguos. Hay cierto énfasis en ese repetido «donde», como diciendo: «En medio de un lugar tan peligroso, en medio de las peores circunstancias, sois valientes y fieles». No es difícil dar testimonio en circunstancias favorables, pero el arraigo de la semilla se nota cuando llegan las pruebas. Dice J. MacArthur, en nota a este v.: «La famosa escuela de medicina conectada con su templo mezclaba la medicina con la superstición. Una receta obligaba al adorador a dormir en el suelo del

templo, dejando que las serpientes pasaran sobre su cuerpo y le infundieran su poder curativo» (*The MacArthur Study Bible*, Word Publishing, 1997).

(b) «*y retienes* (gr. *krateîs* = *tienes bien agarrado*) *mi nombre*» = «permaneces fiel a costa de todo». Contra el grito pagano de «¡César es el Señor!», los fieles de Pérgamo se asían firmemente al nombre de Jesús, creyendo en Él y confesando valerosamente: «¡*Jesús es el Señor!*» (cf. 1 Co. 12:3; Fil. 2:10, 11).

(c) «*y no negaste mi fe*» = «la fe en mí»: la fe en el Autor y Consumador de la fe del creyente (cf. He. 12:2). Para el concepto de fe, recomiendo la lectura del punto 3 de la lección 7ª de la Parte Tercera de mi libro *Curso Práctico de Teología Bíblica* (CLIE, Terrassa, 1998).

4. El valor de esa fe se había puesto a prueba duramente, como indica el contexto posterior (v. 13c): «*ni aun en los días de Antipas, mi testigo fiel*» (lit. *mi testigo, mi fiel*). Esa prueba había sido especialmente dura, pero limitada en el tiempo, a diferencia de la prueba por la que estaba pasando la iglesia de Esmirna. Esto nos enseña varias lecciones:

(a) La cultura secular puede ir de la mano de la más fiera persecución. La biblioteca de Pérgamo contaba con unos 200.000 pergaminos, pero reinaban allí la superstición, la idolatría y la persecución de los cristianos. No en vano estaba allí «*el trono de Satanás*» (v. 13a) y desde allí dominaba Satanás todo el Este.

(b) La valentía de los creyentes de Pérgamo era tanto más de notar cuanto que, con la mayor probabilidad, *Antipas* había sido el pastor de la iglesia. Los bolandistas que coleccionaron las Actas de los mártires (muchas de ellas, puras leyendas) colocan su muerte y celebración litúrgica el 11 de abril. Parece ser que padeció bajo Domiciano (poco antes de que se escribiera el Apocalipsis), quemado dentro de un buey de bronce.

(c) También hemos de aprender de aquí a no juzgar precipitadamente a los hermanos débiles, sino a comprender las circunstancias

especiales en que pueden hallarse, ya sea de continuo o en un momento determinado.

5. Luego (v. 14) viene el reproche: «*Pero tengo contra ti unas pocas cosas*». Téngase en cuenta que no dice «pequeñas», sino «*pocas*», que no significa lo mismo. Qué cosas sean ésas se nos dice a continuación:

(A) «*que TIENES ahí a los que RETIENEN la doctrina de Balaam*» (v. 14b). Ambos verbos se repiten en el v. 15. Nótese la diferencia entre ambos: «*tienes* (gr. *éjeis*, como un tumor en medio de ti) a los que *retienen* = *están agarrados fuertemente a* (gr. *kratoúntas*) *la doctrina de Balaam*». Ya vimos en 2:6 la analogía entre los nicolaítas y la doctrina de Balaam, cuyos mantenedores estaban allí, en medio de la congregación, sin que se les aplicase la necesaria disciplina. Y continúa (v. 14c): «*el que enseñaba a Balac a poner tropiezo* (gr. *skándalon*) *a los hijos de Israel*» (cf. Nm. 25:1 ss.; 31:16). Este «tropiezo» era (v. 14d) «*a comer de lo sacrificado a los ídolos y a fornicar*», ya explicado en 2:6. La lección que hemos de sacar de aquí es obvia: ¡Atención a la mundanalidad! No basta con la ortodoxia; ¡también los demonios son «ortodoxos»! (cf. Stg. 2:19). Como dice Grau (*o.c.*, p. 110), «no basta tener la verdad, si no andamos en la verdad». Cuando se halla en peligro la marginación social y amenaza la persecución cruenta, las excusas son fáciles, pero desleales: «Hay que entrar al ambiente de ellos para conocer sus métodos y atraerlos a Cristo... Ya sé que los ídolos son nada... Yo asisto de forma pasiva...».

(B) «*así también tú TIENES a los que RETIENEN la doctrina de (los) nicolaítas*» (v. 15). La añadidura «la que yo aborrezco» (VRV) carece del respaldo necesario en los mss. más antiguos y está traída de 2:6. (a) La diferencia con 2:6 está en que allí dice «*las obras*», y aquí dice «*la doctrina*», con una *enseñanza* (v. 14) que llevaba a la corrupción; (b) pero la diferencia principal con el v. 6 está en que allí la iglesia de Éfeso *aborrecía* tales cosas, mientras que la iglesia de

Pérgamo las consiente: «*tienes*, es decir, no sueltas, no disciplinas, *a los que retienen*, etc.». Dura es la disciplina, pero en tales casos es necesaria (cf. 1 Co. 5).

6. Llega ahora (v. 16) la invitación a cambiar de mentalidad y de conducta: «*Arrepiéntete, pues*», exactamente la misma expresión de 2:5; la misma urgencia de entonces. Ahondemos más:

(a) ¿De dónde arrancaba este descuido en aplicar la disciplina? Hendriksen (*o.c.*, págs. 66, 67) opina que se debía a un exagerado énfasis en la salvación *individual*, descuidando el buen estado de la iglesia como *congregación* y, por tanto, no percatándose de que lo que atañe a un miembro repercute en todos los demás. Y, si se admite que los fieles de Pérgamo no daban demasiada importancia al tinte gnóstico de los nicolaítas, podría pensarse que estaban tocados de antinomianismo.

(b) En todo caso, el Señor anuncia su pronta visita (v. 16b): «*que si no, vengo a ti rápidamente*». Jesús va a llegar con la vara de la disciplina, para purgar de males a su iglesia. No es un castigo, sino una muestra de amor, una invitación a volver en sí. En una palabra, viene a *educar a sus hijos* (cf. 1 Co. 11:32; Ef. 6:4b). Carballosa (*o.c.*, p. 71) lo entiende de la Segunda Venida, como en 2:5. Como allí, pienso que también aquí habría de entenderse en doble plano: histórico y escatológico.

(c) Nótese también el contraste entre lo que dice a la iglesia («*arrepiéntete*») y lo que dice de los falsos maestros (v. 16c): «... *y pelearé con ellos* (gr. *met' autôn*, aunque aquí la prep. *metà* no significa “a favor de ellos”, sino “frente a ellos”) *con la espada de mi boca*». La «*espada*» es la misma de 1:16 y 2:12. «Se señala con esto —dice Bartina (*o.c.*, p. 651)— una calamidad pública. como guerras, facciones o mortandad a espada y lanza.» Lo mismo que en el caso de Acán (cf. Jos., cap. 7), la congregación entera pagaría, por solidaridad, por la aberración de unos pocos falsos profesantes.

7. Después del estribillo común a las siete iglesias (v. 17a), viene la recompensa peculiar para el que venza en las circunstancias en que se hallaban los creyentes de Pérgamo. Es doble:

(A) «*Al que venza, le daré del maná, del escondido*» (v. 17b). Recordemos que el maná estaba escondido en el Arca (Éx. 16:32-34; He. 9:4). Había una expectación general entre los judíos de que, cuando se manifestara el Mesías, descendería maná del cielo (cf. Jn. 6:33, 38). ¡El pan bajado del cielo! —comp. Sal. 78:25-26—; algo muy apropiado para incitarles a abstenerse de comer de los *eidolóthuta* del v. 14. Este *maná* está *escondido* del mundo, pero revelado a los creyentes sinceros de este mundo, especialmente a los fieles de Pérgamo que, por amor a Cristo, se abtenían de los banquetes idolátricos. Según el apócrifo 2 Mac, 2:5 (canónico en la Iglesia de Roma), Jeremías, antes del destierro, había escondido el maná del Arca y se conservaría para los últimos tiempos.

(B) «*Y le daré* (v. 17c) *una piedrecita blanca y, escrito sobre la piedrecita, un nombre nuevo que nadie sabe sino el que (lo) recibe.*»

(a) El gr. *pséphos* = *piedrecita*, ocurre sólo 3 veces en el N.T., en Hch. 26:10 y aquí (2 veces). Se usaba (cf. Hch. 26:10) para votar: blanca, para absolver; negra, para condenar. Pero lo más probable es que Juan se refiera aquí a la *téssera hospitalis* = *contraseña para el huésped*, una piedrecita blanca, oblonga, que el anfitrión partía con la mano en dos mitades; entregaba al invitado la mitad donde estaba inscrito el nombre del propio anfitrión y se guardaba la otra mitad, en la que estaba inscrito el nombre del invitado. Al llegar éste al lugar del banquete, presentaba su mitad y el anfitrión la juntaba con la otra mitad; si coincidían, la identificación quedaba comprobada.

(b) En cuanto al «*nombre nuevo*» inscrito en la piedrecita, lo más probable es que, siguiendo la costumbre romana de la *téssera hospitalis*, se halle el nombre del *vencedor* en la mitad que Jesús guarda, y el nombre de *Jesús* (cf. Fil. 2:10) en la que Él mismo da al vencedor. Es cierto que todos los creyentes genuinos comparten la divina naturaleza (2 P. 1:4), pero cada creyente tiene su peculiar

individualidad. Sería algo así como un nuevo «status»: una especie de «marca» espiritual señalada invisiblemente sobre cada creyente para designar un llamamiento y un servicio peculiares. De la misma manera que Dios cambió los nombres de *Abram* y de *Jacob*, así también cada creyente *vencedor* puede tener un nuevo nombre, propio y valioso, que los demás desconocen. ¡Qué consuelo para un discípulo de Cristo! Aunque seamos unos desconocidos para el mundo, Dios nos ha puesto un nombre nuevo, bien conocido de Él, que es lo que importa.

(c) «*el cual* (v. 17d) *ninguno sabe, sino el que (lo) está recibiendo* (gr. *ho lambánon*, en ptc. de pres. continuo), dice la frase final del v. En la literatura semítica, así como en la egipcia, el que conoce el nombre secreto de una persona tiene un poder absoluto sobre ella. Por eso, no quiso Dios revelar su propio nombre a Moisés y respondió: *YO SOY EL QUE SOY* (Éx. 3:14). Los israelitas tenían bastante con saber (cf. Éx. 3:15 ss.) que su Dios era el «de siempre»: el que había estado con sus padres, había de estar también con ellos. Contra la objeción de que ningún creyente puede tener poder absoluto sobre Jesucristo, respondo con el v. 13: «*retienes* (gr. *krateîs* = *agarras, sujetas*) *mi nombre*». Dios no puede ser dominado ni manipulado, pero se ha hecho tan accesible en Cristo, que los hombres no sólo lo *arrestaron*, sino que lo *mataron*. ¿Y no es una mutua «posesión» la íntima comunión a la que es invitado el creyente en 3:20?

(d) Tiatira (2:18-29)

«18 *Y al ángel de la iglesia (que está) en Tiatira escribe: Esto dice el Hijo de Dios, el que tiene sus ojos como llama de fuego, y sus pies (son) semejantes al oriámbar: 19 Sé tus obras y tu amor y tu fe y tu servicio y tu paciencia, y tus obras postreras más numerosas que las primeras. 20 Pero tengo contra ti que permites a la mujer Jezabel, la que se dice a sí misma profetisa, y enseña y extravía a mis siervos*

a fornicar y comer lo inmolado a los ídolos. 21 Y le di tiempo para que se arrepintiera, y no quiere arrepentirse de su fornicación. 22 Mirad que la voy a postrar en cama; y en gran tribulación a los que con ella adulteran, a no ser que se arrepientan de las obras de ella. 23 Y mataré a sus hijos con (mala) muerte; y conocerán todas las iglesias que yo soy el que escudriño riñones y corazones, y os daré a cada uno según vuestras obras. 24 Mas a vosotros digo, a los (que estáis) en Tiatira, todos los que no tienen esta doctrina, los que no conocieron las profundidades de Satanás, como dicen: no echo sobre vosotros otra carga, 25 sólo que lo que tenéis retened(lo) hasta que (yo) venga. 26 Y al que venza y al que guarde hasta el fin mis obras, le daré autoridad sobre las naciones, 27 y los pastoreará con vara de hierro, como se quebrantan los vasos de barro, 28 como también yo (la) he recibido de mi Padre, y le daré la estrella de la mañana. 29 Quien tenga oído, oiga qué dice el Espíritu a las iglesias.»

1. Ésta es la más larga de las siete cartas a las iglesias. En realidad, es una carta doble; la 1ª parte (vv. 18-23) está dirigida al tema de *Jezebel*; la 2ª (vv. 24-29) tiene que ver con la comunidad entera; en esta 2ª parte, ya no aparece ningún reproche. Como ya dijimos anteriormente, a partir de esta 4ª carta, los dos últimos elementos (estribillo y promesa) se invierten. Veamos algunos detalles de la ciudad misma:

(a) «Tiatira» (gr. *Thiateíroi*) significa «actividades sacrificiales», lo cual representa, para los sostenedores del nivel *vertical histórico*, el error principal en que cayó la Iglesia en este largo periodo (500-1500), al ignorar que el sacrificio de Cristo en la Cruz era suficiente para perdonar los pecados (cf. He. 10:12) y hacer de la Cena del Señor un sacrificio con altar y casta especial de sacerdotes (cf. 1 P. 2:9).

(b) La ciudad, hoy Akhisar, con un censo –ya antiguo– de unos 35.000 habitantes, situada a 65 kms al sureste de Pérgamo, está abierta a una fertilísima llanura, cosa extraña en ciudades antiguas que solían edificarse en alturas para defenderse mejor del enemigo. La fundó

Seleuco I (355-280 a.C.), uno de los cuatro generales entre los que Alejandro Magno repartió sus dominios al morir. Cayó en poder de Roma en 190 a.C. Era célebre por su comercio, sus hilaturas de lana y sus tintorerías. De allí era Lidia, la de Hechos 16:4. Los habitantes de Tiatira tenían, según Plinio, fama de gente deshonrada.

(c) Había allí un templo al dios Apolo, otro a Artemisa, como en Éfeso, así como el famoso *peribolé* = *recinto*, de la sibila oriental Sambata. Todo esto fomentaba la idolatría, la superstición y el ocultismo (*las profundidades de Satanás* –v. 24). Resultaba así muy difícil la posición de los cristianos por la alternativa entre el compromiso de cumplir con sus obligaciones gremiales (cada gremio tenía su dios) y las exigencias de la fe cristiana. El que se mantenía fiel arriesgaba su empleo, su prestigio y, en fin, su vida misma.

2. A esta iglesia se presenta Cristo (v. 18a) como «*el Hijo de Dios*», único lugar de Apocalipsis en que aparece explícita la filiación divina de Jesús, aunque se hallan epítetos equivalentes en 1:6; 2:27; 3:5, 21; 14:1.

3. «*El que tiene sus ojos como llama de fuego*» (v. 18b), expresión que ya vimos en 1:14. Los antiguos creían que, para ver bien, se necesitaba, además de la luz exterior, otra luz emanada del interior de la persona. Así pensaban Platón y Agustín de Hipona. En este contexto cultural, sería fácil para un habitante de Tiatira comprender el sentido de la frase: La vista de Cristo lo penetra todo.

4. «*Y sus pies (v. 18c) semejantes al oriámbur*» (gr. *jalkolibáno* = *bronce fundido*), expresión ya vista en 1:15. Con estos pies puede hollar bien a sus enemigos. Es un gran consuelo para el creyente saber que tiene un Señor que todo lo sabe y todo lo puede. Grau manifiesta (*o.c.*, p. 113): «Lo que tú y yo no hemos contado a nadie, ¡Cristo lo sabe!».

5. A pesar del reproche que viene en el v. 20, la alabanza contenida en el v. 19 es espléndida: *Tus obras actuales, «las últimas», es decir, las más recientes, son más numerosas y mejores (gr. pleíona) que las primeras. Iban en aumento, al revés que las de Éfeso (cf. 2:5). Se detallan los motivos que las informaban: (a) Tu amor, un amor activo, distintivo del verdadero discípulo de Cristo y bien ejercitado en obras de misericordia y beneficencia: (b) tu fe, no como medio de salvación, sino como fidelidad, lealtad constante al Señor; (c) tu servicio (gr. diakonían), del cual dice Grau (o.c., págs. 114, 115): «¿Qué es sino el amor en acción? Servicio es más que trabajo; servir representa algo más que el simple hacer. Requiere comprensión, ternura, disponibilidad, atención, etc., y no simple actividad. Campbell Morgan decía que*

- hacer mucho sin amor no es servicio, sino vanagloria;
- hacer lo que nos gusta, no lo que necesita el prójimo, no es servicio, sino vanidad (yo diría: egoísmo);
- estar dispuesto a dar un banquete, pero no un vaso de agua fresca, no es servicio, sino soberbia».

(d) Finalmente, *tu paciencia* (gr. hupomonén). No es simplemente constancia, sino un espíritu de perseverancia alegre y de paz activa, que se mantiene firme en medio de las dificultades.

6. A continuación (v. 20) viene el reproche: «*Pero tengo contra ti* (la misma expresión de 2:4, 14) *que permites* (gr. apheís = *dejas hacer; dejas tranquila*, lectura mucho mejor atestiguada que “*toleras*” –gr. eás) *a la mujer Jezabel, que se dice a sí misma profetisa*». La evidencia externa está claramente a favor de la lectura «*la mujer*», en lugar de «*tu mujer*»; bastaría el sentido común para inclinar la balanza a favor de la lectura que adoptamos en el texto. Veamos lo que se dice de ella en los vv. 20 y 21:

(A) Es un nombre simbólico, no propio, ya que ningún judío habría puesto ese nombre a una hija suya y, por otra parte, no entraba en el léxico de un pagano. Recuérdesse la historia de esta impía mujer

(cf. 1 R. 16:31; 18:4; 19:2, 21; 21:25; 2 R. 9:22, 30-37), hija del rey de Sidón, que indujo a su marido Acab, rey de Israel, a la idolatría, la injusticia y la corrupción; la que introdujo en Israel el culto a Astarté, a Baal y a otras falsas deidades. Y lo hizo con el apoyo oficial del Estado, de aquel Estado singularmente *teocrático*. Su influencia era más nefasta que la de Balaam, porque éste sólo podía aconsejar, pero Jezabel podía mandar.

(B) Veamos las actividades de esta Jezabel de Tiatira:

(a) «*Se llama a sí misma profetisa*» (v. 20b). Por su «doctrina», no puede decirse que sea una profetisa de Dios, sino del diablo, pues *está enseñando y engañando* (gr. *didáskei kai planá* –ambos en pres. continuo) *a los siervos de Dios*.

(b) ¿Qué les enseña? «*que fornicuen y coman de lo inmolido a los ídolos*» (v. 20c). Arrogándose una *didaskalía* = enseñanza, que compete a los pastores de la congregación, no a ella, la usa para el mal, respaldada –parece ser– por su gran ascendiente social, para hacer tanto daño dentro de la misma congregación.

(c) ¿Cómo seduce a los modestos, pero cristianos, miembros de esta excelente congregación? Se trata de errores prácticos, más bien que doctrinales y, por eso, más terribles: los incitaría a asistir a los festivales idolátricos, con el objeto de *conocer las profundidades de Satanás* (v. 24), con el señuelo de enterarse bien del ocultismo y experimentar la «luz interior» para vencer mejor al pecado; podrían hacerlo sin dejar de ser cristianos; más aún, llegarían a ser cristianos *mejores y más sabios*.

(d) A esto se añade su endurecimiento (v. 21): «*y le di tiempo para que se arrepintiera, y no quiere* (gr. *ou thélei* = no desea, no tiene ganas de tal cosa) *arrepentirse de su fornicación*». Aquí se muestra la infinita longanimidad y misericordia del Señor (comp. Ro. 2:4, 5; 2 P. 3:9). En tres ocasiones sale (vv. 21, 22) el verbo *metanoéin* = *arrepentirse*, y en las tres está en aor., que designa la urgencia del caso. En su arrogancia, diría: «¿Por qué voy a hacer caso a este viejo exiliado?».

(C) El caso era muy grave; el engaño era sutil: se confundía *comunicación* con *comunión* (cf. 1 Co. 8:10). Una cosa era comer viandas sacrificadas a los ídolos, y otra participar en los banquetes idolátricos. Peor aún –sin excusa– entregarse de lleno a la inmoralidad sexual. El antinomianismo gnóstico hallaba así su expresión práctica. No estamos hoy inmunizados contra ese «virus». Muchos que profesan la fe cristiana dicen hoy (u obran como si lo dijeran): «El negocio, la vida social, la política, mis diversiones, etc., no tienen nada que ver con mi fe cristiana». ¿Cómo que *no tienen nada que ver*? ¿Acaso tenemos una *doble vida*? También hubo quienes sacaban conclusiones falsas de un principio legítimo (cf. Ro. 6:15).

7. Ante la impenitencia de Jezabel, el Señor amenaza (vv. 22, 23) con graves castigos:

(a) «*Mirad* (v. 22a) *que la arrojo a un lecho de dolor*» (gr. *klínen*, de donde viene «clínica»). El castigo es justo y apropiado. Ella incitaba a tenderse en el lecho del placer (v. 20); el Señor la castiga a tenderse en el lecho del dolor (v. 22). El verbo *bállo* = *arrojo*, *echo*, *postro*, está en pres., lo que indica que no se va a levantar de ese lecho si no se arrepiente.

(b) «*y a los que* (v. 22b) *adulteran con ella (los arrojo) a una gran tribulación, a no ser que se arrepientan de las obras de ella*». Por Éxodo 21:18 y Jueces 8:3, vemos que «caer en un lecho» (hebr. *nafal lemishcab*) es sinónimo de enfermar gravemente. Nuevamente vemos que el Señor ofrece hasta el último momento la oportunidad de arrepentirse. Este acento de gracia y de misericordia se halla a lo largo de todo el Apocalipsis, hasta el final (cf. 22:17), como si Dios mismo, antes de cerrar para siempre las puertas de la Nueva Jerusalén, saliera a lanzar un último pregón de gracia.

(c) «*y a sus hijos* (los hijos naturales de Jezabel) *mataré* (v. 23a) *con muerte*» (lit.), hebraísmo con el que se suele designar a la muerte por peste (cf. p.ej., Ez. 33:27). Será un castigo correctivo y admonitorio (v. 23b): «*y conocerán todas las iglesias...*» = comprenderán

lo que significa y las consecuencias que trae comportarse vilmente a los ojos del que *escudriña riñones y corazones* (comp. Jer. 17:10, donde es evidente que la lección es valedera para todos los seres humanos de todos los tiempos). Según la mentalidad hebrea, los riñones eran la sede de las emociones, de los afectos ocultos, mientras que el corazón era la sede de los pensamientos que rigen la conducta, de los planes deliberados y de los deseos voluntarios, aunque no siempre sean conscientes (cf. Jer. 17:9). Todas esas cosas podrán estar ocultas a los ojos de los hombres, pero no pueden pasar desapercibidas para el que *tiene sus ojos como llama de fuego* (v. 18).

8. El Señor vuelve (vv. 24-25) a dirigirse a la parte buena de la congregación: «24 *Mas a vosotros digo, a los demás (que estáis) en Tiatira, cuantos no tienen esta doctrina, los que no conocieron las profundidades de Satanás, como dicen: No echo sobre vosotros otra carga, 25 sólo que lo que tenéis retened(lo) hasta que (yo) venga*».

(a) El original habla de «*las profundidades* (gr. *tà bathéa*) de Satanás, como dicen = según las llaman». Son los misterios reservados a los iniciados del ocultismo gnóstico, misterios que implicaban una rotunda emancipación de la moral cristiana, conforme al principio gnóstico: «todo es lícito a los perfectos». Los errores doctrinales del gnosticismo comportaban, en la práctica, libertinaje, independencia de toda autoridad y hasta falso misticismo, mezclado con pretensiones proféticas.

(b) Con ello, el diablo «*sacaba provecho*» (cf. 2 Co. 2:11) por ignorar sus maquinaciones. Dice Grau (*o.c.*, p. 122): «En el mensaje dirigido a Esmirna, el diablo operaba desde la sinagoga (v. 9). En el mensaje dirigido a Pérgamo, se advierte que el diablo tiene su trono en el templo de Esculapio (v. 13), la divinidad pagana. Ahora, en Tiatira, el caso es más grave: el diablo había establecido su base de operaciones dentro de la misma iglesia».

(c) «*Sólo que lo que tenéis retened(lo) hasta que (yo) venga*» (v. 25). Esta es la «única carga» que el Señor impone. El aor. gr. *kratésate*

= *retened*, equivale a «*agarradlo con fuerza, para que nadie os lo arrebate*». Aquí está incluido todo el acervo doctrinal de la revelación, así como las promesas, las esperanzas y los privilegios que comporta la condición cristiana.

9. Llega ya la promesa (vv. 26-28) para «*quien venza y guarde mis obras hasta el fin*», esto es, para el que venza las tentaciones que la impía Jezabel presenta y para el que persevere en hacer lo que agrada al Señor. Los dos verbos tienen por sujeto a una misma persona y están en pres. continuo. Cristo promete dos grandes privilegios:

(A) «*autoridad (gr. *exousían*) sobre las naciones*» (v. 26b), otorgada por el Señor de la Iglesia, *que se pasea entre los siete candelabros* (cf. 1:20). También vencerá al mundo (cf. 1 Jn. 5:4-5) y al demonio (cf. 1 Jn. 2:14; 5:18), sin olvidar que, como dice Grau (*o.c.*, p. 123), «la vida cristiana no es una batalla, sino una campaña». El v. 27 detalla cómo ejercerá el vencedor tal autoridad:

(a) «*Las pastoreará con vara de hierro, como se quiebran los vasos de barro, como también yo (la) he recibido de parte de mi Padre*» (esta última frase figura en el gr. al comienzo del v. 28). El v. 26 extiende a los fieles de Tiatira el privilegio concedido al Mesías en Salmo 2:8. Ahora les aplica el Salmo 2:9 con una variante. El verbo hebr. *ra'áh* (con *áyim*) significa *pastorear*, como en el Salmo 23:1, por lo que los LXX lo vertieron por *poimánein*, de donde lo toma Juan aquí; pero la mención del cetro (*con vara de hierro*) y el contexto posterior nos indican que será un régimen de «palo y tente tieso».

(b) Ya desde Homero (siglos IX/VIII a.C.), los reyes eran llamados *poiménes laón* = *pastores de pueblos*. Así que «*pastorear con vara de hierro*» = *pastorear con firmeza*. Así es como ejercerá Cristo su reinado durante el milenio; los súbditos habrán de sometérsele de grado o por la fuerza. Por eso vuelve a salir la frase en 12:5 y 19:15, porciones que hacen referencia al reino milenar. Lo de «*como se quiebran los vasos de barro*» lo entenderían bien los alfareros de Tiatira. Es cierto que esta autoridad se promete al creyente fiel para

el futuro mesiánico (cf. 11:15). Pero ya desde ahora sabe que todo lo que le suceda está en las manos amorosas de Dios (cf. Ro. 8:28) y nadie puede hacerle daño si se comporta como fiel creyente (cf. 1 P. 3:13).

(B) «*Y le daré la estrella de la mañana*» (gr. *tòn astéra tòn proiínón* –v. 28b). Esta es la 2ª promesa hecha *al que vence y persevera hasta el fin haciendo lo que agrada al Señor*. También es participación en la gloria del Señor resucitado; un don igualmente escatológico (cf. 1:16; 22:16, comp. con 1 Co. 15:41 ss.). Pedro expresa lo mismo (cf. 2 P. 1:19) con una frase que coincide en el significado, no en la fraseología: «*y el lucero* (gr. *phósphoros* –de donde el cast. “fósforo”, en lat. *lúcifer*) *se levante en vuestros corazones*». No se trata aquí de Venus, «el lucero del alba», sino del sol espiritual que es Cristo, «*luz del mundo*» (cf. Jn. 8:12). Por otra parte, el sol es llamado «el Astro-Rey», porque gobierna nuestro firmamento. Por Génesis 49:10, Números 24:17 y Mateo 2:2, vemos que la «estrella» está en conexión con el «cetro», y así es símbolo de la realeza de Cristo. La promesa tiende así a contrarrestar la influencia pagana del culto al sol en los días en que Juan escribía el Apocalipsis. Por todo el libro se observa la *luz*, una luz muy superior a toda luz física; por eso, las iglesias son «*candelabros*» y sus ángeles son «*estrellas*». Como dato curioso, hasta bien entrada la Edad Media, en la liturgia de la Iglesia oficial se llamaba *Lucifer matutino* a Cristo. Sólo a partir de una exégesis más profunda de Isaías 14:12, comenzó a llamarse *Lucifer* a Satanás.

10. Finalmente (v. 29), el estribillo «*Quien tenga oído, oiga qué dice el Espíritu a las iglesias*», aquí en último lugar, lo mismo que en las tres cartas del cap. 3.

Capítulo

3

(e) Sardis (3:1-6)

«1 Y al ángel de la iglesia (que está) en Sardis escribe: Esto dice el que tiene los siete espíritus de Dios y las siete estrellas: Sé tus obras, que tienes nombre de que vives, y estás muerto. 2 Hazte vigilante y consolida los restos que están a punto de morir, porque no he hallado tus obras completas delante de mi Dios. 3 Recuerda, pues, cómo has recibido y oíste, y guarda(lo) y arrepiéntete. Si, pues, no vigilas, vendré como ladrón y de ningún modo sabes a qué hora vendré sobre ti. 4 Pero tienes unos pocos nombres en Sardis que no mancillaron sus vestiduras, y andarán conmigo (vestidos) de blanco, pues son dignos. 5 Quien venza así, se vestirá de vestiduras blancas y de ningún modo borraré su nombre del libro de la vida, y confesaré su nombre delante de mi Padre y delante de sus ángeles. 6 Quien tenga oído, oiga qué dice el Espíritu a las iglesias.»

1. Antes de entrar en el análisis del texto, veamos algunos detalles de la ciudad misma:

(a) Sardis (o Sardes) estaba situada a unos 53 kms al sureste de Tiatira; hoy está en ruinas; sólo queda un villorrio (Sart) al lado de las ruinas. Situada en un saliente del monte Tmolo con su acrópolis a unos 400 mts de la llanura, desde ella se dominaba el valle del Hermo, por el que corre el río Pactol, apellidado «Porta oro», por las

pepitas de oro que arrastraba en su corriente, procedentes de las minas de oro que atraviesan su subsuelo. Fue capital del reino lidio, especialmente próspera bajo el reinado de Cresos (560 a.C.), cuya riqueza llegó a ser proverbial, tanto que el nombre de «Cresos» ha llegado a ser sinónimo de «sumamente rico».

(b) Fue tomada por Ciro el Grande el año 549 a.C. Sus habitantes la creían inexpugnable por estar construida sobre una colina cuyos lados caían perpendicularmente sobre la llanura, pero se olvidaron de fortificar una pequeña quebrada que Ciro aprovechó con sus buenos escaladores para tomar la ciudad por sorpresa durante la noche. El v. 3b parece aludir a esa sorpresa, que no fue la única. Después de tres siglos de oscura historia, fue tomada de nuevo por sorpresa por Antíoco III el Grande (218 a.C.) a pesar de la bravura de sus habitantes.

(c) Se hizo más importante bajo el dominio de Roma, aunque la fundación de Pérgamo le restó importancia. El año 17 d.C. fue destruida casi totalmente por un terremoto (3ª sorpresa), pero el año 27 ya estaba reconstruida, gracias a la generosidad del emperador Tiberio. Agradecidos, quisieron levantar un templo en honor del emperador, pero les fue negado el permiso, y el favor fue concedido a Esmirna. En cambio, se les autorizó a levantar un templo a Livia, la madre de Tiberio. Predominaba allí el culto a Ceres (para los romanos, «Démeter» = madre de los dioses) y a Cibele, otro nombre de Artemis, la Diana de los efesios. De Sardis era el famoso poeta Esopo.

(d) Cuando Juan escribía el Apocalipsis, Sardis decaía rápidamente, abocada a una muerte segura, a lo que parece aludir el v. 2, comparándola con la decadencia espiritual de la iglesia. La ciudad había ganado renombre por sus industrias de lana y tintorería, lo que, unido a su riqueza en oro y a su supuesta inexpugnabilidad, hizo que sus habitantes fueran famosos por su arrogancia y su libertinaje.

(e) La carta a Sardis es la más imprecatoria de todas, incluida la de Laodicea, aunque se citan unas pocas personas («unos pocos nombres» –v. 4) excelentes, lo que no ocurre en el caso de Laodicea. En la opinión de los que sostienen el nivel *vertical histórico*, Sardis

representa la época de la Reforma (aprox. 1517-1800). Ya dije en el análisis de 1:4-8 que yo no doy por seguro dicho nivel, pero tampoco lo tengo por insensato. Extraña a muchos hermanos que la condición de la iglesia de Sardis pueda ser comparada a la del tiempo de la Reforma, puesto que aquello fue el gran reavivamiento de la Iglesia en el siglo XVI. Sí, es cierto que la Reforma del siglo XVI colocó la Biblia en el centro de la Iglesia, pero por escapar de la «*salvación por obras*» de la Iglesia de Roma, el énfasis recayó en la «*justicia imputada por medio de la fe sola*» y así no produjo muchos hombres (hasta la llegada del metodismo) que tomaran a pechos la *santificación personal*. Dice Conrado Grebel (muerto en 1526), verdadero pionero de los bautistas modernos: «Ahora todos quieren salvarse mediante una fe superficial, sin los frutos de la fe, sin el bautismo de la prueba y de la tribulación, sin amor ni esperanza y sin prácticas verdaderamente cristianas» (citado por Justo L. González, *La Era de los Reformadores*, Edit. Caribe, 1980, p. 970).

2. Pasando ya al análisis de la carta, vemos (v. 1b) que Cristo se presenta a esta iglesia como «*el que tiene (tiene y sostiene) los siete espíritus de Dios y las siete estrellas*». La 1ª expresión nos recuerda 1:4 y, como allí, significa los 7 dones del Espíritu que capacitan para reanimar y dar vida –como es el caso aquí– a *los restos que estaban a punto de morir* (v. 2), así como para derribar las estructuras que se han quedado fosilizadas. Con lo «*de Dios*» se enfatiza ese poder soberano. Las «*siete estrellas*» se mencionan aquí porque su brillo debe reemplazar a lo que, en el candelabro de Sardis, está apagándose y hay que *despabilar* (de ahí, el «*hazte vigilante*» con que comienza el v. 2).

3. Y continúa diciendo (v. 1c) el Señor: «*Sé tus obras, que tienes nombre de que vives, y estás muerto*».

(A) Los comentarios católicos, partiendo de la base de que el *ángel* es el pastor de la iglesia y suponiendo que las frases van dirigidas a

él personalmente, discuten si su nombre era Zósimo = «el que vive», o Gregorio = «el que vela», y aseguran que dicho pastor, aunque ortodoxo en doctrina, estaba en pecado mortal. Para los evangélicos no ha de quedar duda de que dichas frases aluden al estado general de la iglesia de Sardis, la cual vivía (como la población pagana en lo material) de las pasadas glorias, de la rutina de unas formas eclesiales huera, de unas estructuras carentes de vida, de una ortodoxia muerta. No se notan anomalías de ninguna clase. Como dice Grau (*o.c.*, p. 130): «acaso su problema era la absoluta ausencia de los mismos». Todo estaba en paz, pero era la paz de los cementerios. Comenta Hendriksen (*o.c.*, p. 73): «*Gozaba* de una buena reputación que no *merecía*» (el énfasis es suyo).

(B) Pero al Señor no se le oculta el estado interior de su Iglesia. Él *sabe* que, a pesar de las apariencias y del buen nombre, *está muerta* (v. 1d). Comenta Grau, en la misma página 130 de su libro: «(a) Muchos que profesan ser cristianos, miembros de iglesia, tal vez por haber hecho una decisión un día (decisión sin arrepentimiento...), no son más que aquellos de quienes escribió Pablo en 2 Timoteo 3:5 que tienen la forma de la piedad, pero han negado la eficacia de la misma (cf. Mt. 7:21-23). (b) ¡Qué terrible posibilidad! Tener nombre de que uno vive, es decir: no sólo creerlo uno mismo, sino los demás. Tener nombre, y sólo el nombre...Tener fama de espiritualidad y que luego el Señor diga: ¡Estás muerto! (c) Cuando hoy Jesús, en medio de la Iglesia, observa, ¿no halla esferas y formas desprovistas de sentido íntimo?... (d) Hemos de confesar constantemente nuestra dependencia del Señor y de su Santo Espíritu. Solamente Él puede renovarnos y capacitarnos para su servicio y una adoración alegre y gozosa».

4. Tras el reproche del v. 1, viene el consejo o exhortación, seguido de una amenaza.

(a) Comienza la exhortación con «*Hazte vigilante*» (gr. *Gínou gregorôn* –dos pres. continuos, el 1º de imp. y el 2º de ptc.)–. Como diciendo: ¡Ponte en vela! ¡Despierta! Así como la ciudad había sido

tomada por sorpresa en dos ocasiones por no estar en vela sus defensores, así también la iglesia de Sardis estaba a merced de Satanás por falta general de vigilancia.

(b) «*Y consolida los restos que están a punto de morir*» (v. 2b). Lo que quedaba, las formas y las estructuras, personas e instituciones organizadas, la ortodoxia misma, estaban a punto de morir por falta de espíritu interior. El Señor expresa el motivo (v. 2c): «*Porque no he hallado tus obras cumplidas (o llenas, –gr. *pepleroména*, en ptc. de pret. perfecto) a los ojos de mi Dios*». Había *obras*, pero vacías de contenido (fe, amor, servicio, etc.), «faltas de peso» (cf. Dn. 5:27). El rabino Kimchi, comentando Salmos 1:2, dice: «Si alguien se aparta del mal camino, pero no obra el bien, *no hace su obra perfecta* (hebr. *hashelim ma 'hasehu*) y no es declarado como bendecido». Estas obras han de ser *perfectas*, no sólo a los ojos de los hombres, sino especialmente *a los ojos de mi Dios*, a quien nada se le oculta. El TR, sin el respaldo de los mss. más antiguos, dice *a los ojos de (VRV, delante de) Dios*.

(c) «*Recuerda, pues, cómo has recibido y oíste*», añade el Señor (v. 3a). Siempre resulta peligroso el olvido, tanto de los beneficios recibidos (entre todos, el mensaje que condujo a la salvación) como de los pecados perdonados (cf. 2 P. 1:9). «*Guárda(lo) y arrepiéntete*», continúa Jesús. Para «*guarda*», el gr. tiene *térei*, en pres. continuo de imp.; este verbo implica una observancia interior, mientras que *phulássein* indica vigilancia desde el exterior. «*Metanóesom*» = *arrepiéntete* es aor., como de costumbre; es algo urgente.

(d) Viene ahora (v. 3b) la amenaza: «*Pues si no velas, vendré como ladrón, y de ningún modo conoces a qué hora vendré sobre ti*». Si la iglesia no despierta y se mantiene en vela, el Señor vendrá de improviso, como lo indica el verbo *éxo*, ya visto en 2:25, sin que se haya percatado de la sorpresa (*gnós* = *conoces*, es aor. de subj.), como le había ocurrido a la ciudad en las dos ocasiones en que fue tomada por el enemigo. No veo ninguna razón para limitar esta visitación al tiempo de la Segunda Venida, como piensa Carballosa. MacArthur

(en la nota a este v.) dice rotundamente: «Aquí la referencia no es a la Segunda Venida de Cristo».

5. Después del reproche, un pequeño consuelo (v. 4): «*Pero tienes unos pocos nombres en Sardis que no mancharon sus vestiduras, y andarán conmigo (vestidos) de blanco, pues son dignos*».

(a) Vemos 1º que el gr. no dice *psujás* = *almas* (cf. Hch. 2:41), sino *onómata* = *nombres*, personas bien conocidas por su propio nombre, conforme al hebr. *shemóth* en Números 1:2, 20. Pero la frase final: *pues son dignos* = *hóti áxioí eisin* lleva *áxioi* en masculino, mientras que *onómata* es neutro, mostrando así que son personas y no meros nombres. Este grupito de personas habían sido fieles al Señor, pues no se habían contaminado con la fornicación idolátrica, *no mancharon sus vestiduras*. Entre ellos estaba, a mediados del siglo II, Melitón, obispo de Sardis, que sobresalió como orador, teólogo y exegeta en toda el Asia Menor. Los miembros de esta iglesia recordarían la industria de lana que salía tan blanca de los talleres de esta ciudad. Ni siquiera los paganos consentían que se tomase parte en sus cultos con vestidos manchados. Y entre los judíos, si caía una mancha en las vestiduras de los sacerdotes, no podían servir a Dios en el templo.

(b) La promesa es de carácter escatológico: «*Andarán conmigo (vestidas) de blanco*» (comp. 6:11; 7:13). Estas personas son «*dignas*», no porque ellas hayan merecido esas vestiduras, sino porque, al convertirse, las blanquearon en la sangre del Cordero y las han guardado limpias de idolatría y de inmoralidad por medio de su obediencia a la Palabra de Dios y capacitados por su gracia y el poder de su Espíritu. Advirtamos que el gr. *áxios*, más que «digno» significa «competente, capacitado», pues *áxis* es el fiel de la balanza, indicando equilibrio entre una conducta santa y el eterno PESO de gloria de 2 Corintios 4:17.

6. La promesa se amplifica en el v. 5: «*El que venza así, se vestirá de vestiduras blancas, y de ningún modo borraré su nombre del libro*

de la vida y confesaré su nombre delante de mi Padre y delante de sus ángeles».

(A) La VRV, con base en el TR, dice: «*El que venciere*», cambiando el adv. *hoútos* = *así* por *hoútos* = *éste*, aunque calla *éste*, quizá porque lo cree una redundancia. «*Así*» tiene el respaldo de los mss. más antiguos.

(B) «*Se vestirá de vestiduras blancas*» hace alusión a las industrias de lana de Sardis. El verbo para *vestir* (*peribaleítai* –lit. *será cubierto*) es mucho más fuerte que el usual: La persona entera aparece *cubierta* de un blanco espléndido, señal de participación en la resurrección de Cristo, en premio por una conducta inmaculada. En efecto, el blanco es símbolo de victoria, de paz, de pureza, de alegría festiva. J. Gill cita a Maimónides, que dice así del examen que el sanedrín hacía a los candidatos levitas para el sacerdocio: «Examinaban a los sacerdotes respecto a sus genealogías y defectos de cualquier clase; cualquier sacerdote en cuya genealogía se hallase algo defectuoso, era vestido y cubierto de negro, y echado del tribunal; pero todo el que era hallado perfecto y recto *era vestido de blanco* y entraba a tomar parte en el ministerio con sus hermanos los sacerdotes».

(C) La 2ª promesa del Señor (v. 5b) a dichas personas es: «*De ningún modo borraré su nombre del libro de la vida y confesaré su nombre delante de mi Padre y delante de sus ángeles*». Esta promesa tiene dos partes:

(a) Ya sabemos que *ou mè* es una negación enfática (cf. Jn. 6:37) que equivale a «*de ninguna manera, jamás, etc.* Lo de *no borraré jamás* (gr. *ou mè exaleípsō*) no significa que quienes han sido inscritos en el libro de la vida *puedan ser borrados de él, perdiendo una salvación adquirida*. La frase ha de entenderse en el contexto historicogeográfico en que se redactó. Igual que en 13:8; 20:12, 15; 21:27; 22:19, se alude aquí a la inscripción personal en los registros de los municipios respectivos; en estos registros se iban añadiendo los nombres de los que nacían o venían a residir en la localidad, y se iban borrando los de quienes se morían o se marchaban a residir en otro lugar. Es

probable que se aluda aquí especialmente al registro del pueblo de Israel, pues los que eran inscritos en él adquirirían derecho a las promesas mesiánicas (cf. Éx. 32:32; Sal. 69:28; Is. 4:3).

(b) «*y confesaré su nombre delante de mi Padre y delante de sus ángeles*». Los nombres de estos héroes de la fe, de estos verdaderos discípulos del Crucificado no serán olvidados; Cristo los reconocerá delante de Dios y de sus ángeles, como lo prometió en Lucas 9:26.

7. El v. 6 contiene el estribillo común, que, en estas 4 últimas cartas, va al final, como dije en 2:29.

(f) Filadelfia (3:7-13)

«7 Y al ángel de la iglesia (que está) en Filadelfia escribe: Esto dice el Santo, el Verdadero, el que tiene la llave de David, el que abre y nadie cerrará, y que cierra y nadie abre: 8 Sé tus obras; mira que he puesto delante de ti una puerta abierta que nadie puede cerrar; que tienes pequeño poder y guardaste mi palabra y no negaste mi nombre. 9 Mira que entrego (algunos) de la sinagoga de Satanás, de los que se dicen a sí mismos ser judíos y no lo son, sino que mienten; mira que haré que vengan y se postren delante de tus pies y conozcan que yo te amé. 10 Puesto que guardaste la palabra de mi paciencia, también yo te guardaré de la hora de la prueba que está a punto de venir sobre el orbe entero para probar a los que habitan sobre la tierra. 11 Vengo pronto; retén lo que tienes, para que nadie reciba tu corona. 12 Al que venza lo haré una columna en el santuario de mi Dios, y ya no saldrá jamás afuera, y escribiré sobre él el nombre de mi Dios y el nombre de la ciudad de mi Dios, de la nueva Jerusalén, la que descende del cielo, del lado de mi Dios, y mi nombre el nuevo. 13 Quien tenga oído oiga qué dice el Espíritu a las iglesias.»

1. Primero, algo sobre la ciudad misma:

(a) Filadelfia (la moderna Alashehir) fue fundada por Atalo II, rey de Pérgamo (159-138 a.C.), cuya lealtad a su hermano Eumenes II, rey de Lidia, le ganó el sobrenombre de «Filadelfo» = «amigo de su hermano». En justa correspondencia, Eumenes dio a la ciudad el nombre de «Filadelfia» = «afecto fraternal» (cf. 2 P. 1:7, donde sale dos veces *philadelphía*).

(b) Situada a unos 45 kms al sureste de Sardis, en un valle fertilísimo, regado por el río Cogamis, afluente del Hermo, tenía la acrópolis colocada sobre un triple montículo. Su envidiable posición en la cabecera de aquel valle tan fértil hizo que Atalo II la destinara a ser un centro de la difusión del lenguaje y de las costumbres griegas en toda la región de Lidia y Frigia. De ahí que fuese una ciudad apta para la acción misionera (cf. el v. 8). Los sostenedores del nivel *vertical histórico* ven en esta iglesia la época de los reavivamientos (1800-1930 aprox.); personalmente opino (precisamente con base en el v. 8) que deberían mencionarse específicamente las numerosas organizaciones misioneras que se fundaron durante esa época, mientras que los avivamientos religiosos comenzaron mucho antes del siglo XIX, especialmente en el siglo XVIII.

(c) La ciudad fue destruida por el terremoto que destruyó también a Sardis (17 a.C.). Tiberio mandó reconstruirla y le prestó su ayuda generosa, como a Sardis, por lo cual levantaron un templo a Germánico, hijo adoptivo del emperador. Ya tenían un templo erigido a Dionisos, el Baco de los romanos, tenido por «dios del vino»: De ahí, el nombre de «bacanales», dado a las fiestas en honor de Baco, con profusión de borracheras. A consecuencia de la protección de Tiberio, cambió su nombre por el de Neocesarea y, más tarde, por el de Flavia, en honor de Vespasiano. A este cambio de nombres parece aludir el triple nombre del v. 12b, así como lo de «*columna*» (v. 12a), frente a la inestabilidad de la ciudad ante los terremotos.

(d) La lealtad de Atalo II hacia su hermano Eumenes es sobrepasada por la lealtad de esta iglesia a Cristo (vv. 8, 10). La *corona*

mencionada en el v. 11 alude a los festivales paganos de la ciudad, en los que los asistentes solían llevar coronas de laurel en honor de los dioses. Como puede verse por el v. 9, había allí un numeroso grupo de judíos.

(e) Ignacio de Antioquía, en su epístola a los fieles de Filadelfia (párrs. 3, 5 y 10) alude a la excelente reputación de que gozaba esta pequeña comunidad cristiana (nótese el «*pequeño poder*» del v. 8b), que él visitó en su viaje desde Antioquía a Roma, donde sufrió el martirio. En la persecución general de Trajano (años 111-112 d.C.), unos 15 años después que se escribió el Apocalipsis, todas las iglesias sufrieron mucho, excepto la de Filadelfia, a lo que parece aludir proféticamente el v. 10.

(f) También quedó intacta cuando el naciente mahometismo exterminó prácticamente todas las iglesias del Asia Menor. Nuevamente fue protegida durante las invasiones de Tamerlán (siglo XIV), mientras todas las iglesias del Asia Menor eran borradas de la faz de la tierra. En la actualidad es una ciudad grande, con unas doce iglesias, pero ninguna de ellas es evangélica.

2. El Señor se presenta a esta iglesia (v. 7a) como *el Santo* (comp. 1 Jn. 2:20), epíteto que, en la Biblia, se aplica a Yahwéh, y como *el Verdadero* (gr. *ho alethinós* = *el genuino*) en contraste con los *falsos judíos* del v. 9. También se presenta (v. 7b) como *el que tiene la llave de David, el que abre y nadie cerrará, y que cierra y nadie abre*. Aquí hay una cita de Isaías 22:22, donde se usa como símbolo de autoridad; se indica así que Cristo tiene la suprema autoridad en el Reino de Dios (cf. 5:5). Dice Carballosa (*o.c.*, p. 89): «La llave era llevada sobre los hombros para demostrar que quien la llevaba poseía absoluta autoridad en la administración de las bendiciones y las posesiones».

3. Viene luego (v. 8) la alabanza:

(a) «*Sé tus obras*», frase usada en todas las cartas, excepto a Esmirna y a Pérgamo. El Señor está bien enterado de todo lo que hace

su Iglesia y lo que deja de hacer. Aquí son obras excelentes, como se ve por el v. 8b. El gr. *idou* = *mira, he ahí*, sale 3 veces en sólo dos vv. (8 y 9) y una vez más, en el TR, en el v. 11, lo que indica admiración ante algo excelente, en contextos como éste (cf. Hch. 9:11).

(b) La «*puerta abierta, que nadie puede cerrar*» significa que el Señor *ha puesto* (lit. *ha dado*) ante la congregación de Filadelfia una magnífica oportunidad para predicar el evangelio. Aunque *tiene pequeño poder* por ser una congregación muy pequeña y de humilde condición social, son ricos en bienes espirituales («*guardaste –gr. etéreas– y no negaste –aoristos ingresivos con fuerza de perfecto– mi nombre*») y el Señor les dará todo el poder necesario para que la gracia divina actúe con ellos a fin de que los oyentes estén atentos al mensaje, como en Hechos 14:27; 16:14. Como dice Carballosa (*o.c.*, p. 90), «el aoristo se refiere a un momento concreto en el pasado cuando, probablemente, los creyentes de Filadelfia fueron conminados a negar su relación con Cristo».

4. El Señor promete a esta excelente iglesia *cuatro* magníficas recompensas, dos particulares (vv. 9-10) y dos generalizadas (v.12); tres, para el tiempo presente, y una para el final:

(A) *Mira que doy* (= *te los entrego* –como enemigos hechos prisioneros por un vencedor) *de la sinagoga de Satanás ... Mira lo que voy a hacer: que vengan y se postren delante de tus pies y reconozcan que yo te amé* (*egápesa*, aor. ingresivo en lugar del perf.). Así que esta pequeña iglesia, no sólo *prevalecerá* contra los falsos judíos que la acosan, sino que los *conquistará*, hasta el punto de que muchos de ellos se convertirán, reconociendo que Yahwéh ama a estos gentiles como al propio pueblo de Israel (cf. Is. 60:14, comp. 1 P. 2:9-11). Este cambio de mentalidad y conducta es más de admirar si se tiene en cuenta que anteriormente eran judíos *falsos* (por no corresponder al nombre de Judá, *Yehudá* = *alabanza agradecida*) y *mentirosos, por alegar que eran judíos* (hijos de Dios –cf. Jn. 8:41-44), *cuando eran, no del qahál de Israel, sino de la sinagoga de Satanás* (hijos del diablo).

(B) Viene luego la 2ª promesa: «*Puesto que guardaste (gr. *etéreas*, aor. ingresivo) la palabra de mi paciencia (= mi consigna de aguantar con paciencia –NVI), también yo te guardaré (gr. *teréso*, en justa correspondencia con el *etéreas* de ellos) de la hora de prueba que está a punto de venir; etc.*». La iglesia de Filadelfia ha sido fiel a la «consigna del discipulado», que comporta el privilegio de compartir los sufrimientos de Cristo (cf. 1:9). Esta promesa apunta al final. Veámoslo:

(a) Contra quienes piensan que la prep. *ek* = *de entre*, en lugar de *apò* = *del lado de*, indica que esta iglesia (y, por tanto, la Iglesia) entrará en la Gran Tribulación, sostengo (con Carballosa y MacArthur) que el próximo contexto posterior, y el de todo el Apocalipsis, indica que *será preservada de la hora de la prueba* que se menciona a continuación.

(b) El original dice: «*te guardaré de la hora de la prueba*». Es cierto que el gr. para *prueba* es *peirasmoû*, no *thlípseos* = *tribulación*, pero el contexto aclara que dicha *prueba* coincide con «*el tiempo de angustia*» de Jeremías 30:7; Daniel 12:1, «*el gran día de Yahwéh*» de Sofonías 1:14, 15, y la «*Gran Tribulación*» de Mt. 24:21. Dice F. F. Bruce (*o.c.*, p. 1686): «Esta es la visitación descrita en las series sucesivas de las visiones de juicio desde 6:1 en adelante, juicio contra los “habitantes de la tierra” –expresión frecuente en Apocalipsis, que excluye al pueblo de Dios». En efecto, el pres. continuo *katoikouúntas* = *habitantes*, tiene siempre el matiz de fuerte apego al lugar donde se reside; son los materialistas, como se ve por 6:10; 8:13; 11:10; 13:8, 12, 14; 17:2, 8, donde se repite la misma expresión de aquí.

(c) Pero el argumento contundente es que esta *prueba* no afectará sólo a una región particular, sino al orbe entero: *epì tês oikouménes* (de donde, «ecumenismo») *hóles*. El vocablo gr. *oikouméne* = *la tierra habitada* (la *casa*, gr. *oikos* –*universal de los hombres*) sale 15 veces (Mt. 24:14; Lc. 2:1; 4:5; 21:26; Hch. 11:28; 17:6, 31; 19:27; 24:5; Ro. 10:18; He. 1:6; 2:5; Ap. 3:10; 12:9 y 16:14) en todo el N.T. y siempre tiene este sentido de universalidad.

(d) La expresión *tês melloúises érsthai* = *que está a punto de venir*; no ha de engañarnos, pues especifica bien el carácter escatológico de la prueba, ya que «el Día de Yahwéh» siempre es presentado con el carácter de «inminencia», a fin de estimular la vigilancia, la oración y una conducta realmente cristiana (cf. Lc. 21:36). Davidson hace este comentario (*o.c.*, p. 81): «Esto parece lo suficientemente claro, que la iglesia no pasará por la tribulación, sino que será guardada de ella».

5. En conexión con este v. 10 se entiende mejor la exhortación general que sigue (v. 11): «*Vengo pronto; retén* (gr. *krátei* = *agárralo bien*) *lo que tienes, para que nadie tome* (gr. *reciba*) *tu corona*».

(A) Como siempre (cf. 2:16; 22:7, 12, 20), *érsjomai tajú* = *vengo pronto*, tiene el tono de urgencia y rapidez. Jesús va a venir a recibir a los suyos en el aire (cf. 1 Ts. 4:16, 17). Dice Davidson (*o.c.*, págs. 81, 82): «Esta es probablemente la razón por la que los poderes satánicos se concentran al presente en el aire, para ser expulsados en breve y arrojados a la tierra para ser causa de la gran tribulación».

(B) La frase «*retén lo que tienes*» es la misma de 2:25, con dos pequeñas diferencias gramaticales: (a) en 2:25, *está* en plural; aquí, en singular; (b) en 2:25, *está* en aor.; aquí, en pres. continuo, para señalar mejor la necesidad de estar siempre firmemente agarrado a lo que se posee. «*Lo que tienes*» es en mi opinión, por el contexto actual, la lealtad que la iglesia de Filadelfia había guardado hasta entonces a su Señor.

(C) «*Para que nadie reciba tu corona*» es una alusión a la corona de los festivales paganos, y ha de ser entendida en la línea de 2 Timoteo 4:8 y 1 Pedro 1:4. No significa el peligro de que otra iglesia pueda arrebatar la corona de Filadelfia, sino que siempre existe el riesgo de que un creyente o una iglesia pierdan la recompensa prometida a los que conservan el primer amor.

(D) Es de notar que también a la iglesia de Sardis se le exhorta a *guardar* (cf. 3:3). El verbo es el mismo en el v. 8, pero no en el

v. 11, y el contexto es diferente: allí va acompañado de reproches y se exhorta a consolidar lo poco bueno que queda; aquí va acompañado de alabanzas y se exhorta a conservar lo mucho bueno que hay.

6. Vienen ahora (v. 12) las dos promesas restantes. Aunque están en forma particularizada, tienen sentido general:

(A) «*Al que venza lo haré columna en el santuario de mi Dios y no saldrá ya jamás de allí.*» Pedro nos dice (1 P. 2:5-7) que somos «*pedras vivas, para ser edificadas... sobre la piedra angular.*» Pero ser «*columna en el santuario de Dios*» es muy superior a ser «*pedra viva*» en una pared. En 1 Reyes 7:15, 21, vemos que el templo de Salomón descansaba sobre dos columnas que sostenían el gran pórtico, y sus nombres significaban respectivamente «*estabilidad*» y «*fuerza*». También la iglesia de Filadelfia tenía fuerza y estabilidad, a pesar de su pequeñez. Por eso, era, con mayor razón que Éfeso (cf. 1 Ti. 3:15), *columna y sostén de la verdad*. De ese santuario *ya no saldrá jamás*, sin que haya terremotos que la puedan destruir o atemorizar, como el ocurrido a la ciudad el año 17 d.C.

(B) «*Y escribiré sobre él (como sobre una columna) el nombre de mi Dios, y el nombre de la ciudad de mi Dios..., y mi nombre, el nuevo.*» En las columnas de los templos había inscripciones referentes a las divinidades que en ellos se adoraban. La comparación con la propia ciudad es algo de notar especialmente, pues había tenido tres nombres diferentes, pero habían caducado al fin, mientras que los nombres que el Señor inscribe en los suyos permanecen gloriosos para siempre.

(a) La «*ciudad de Dios*» es llamada «*la nueva Jerusalén*», donde «*nueva*» es *kainês* = *ciudad ya existente, pero totalmente renovada* (comp. Ro. 12:2, acerca de la *renovación* –gr. *anakainósei*) de nuestra mente.

(b) Como en 21:2, el Señor dice: «*la que está bajando del cielo de parte de mi Dios*», con la única diferencia de que, en 21:2 no aparece ese «*mi*», cosa muy comprensible (cf. comentario a 21:1 ss.).

(c) ¿Qué «*nuevo nombre del Señor*» puede ser ese tercer nombre? Lo más probable es que, tanto aquí como en 2:17, dicho nombre sea el de *Jesús*, que Él recibió del Padre, en su exaltación gloriosa (cf. Fil. 2:10).

7. El mensaje termina (v. 13) como en las otras tres últimas cartas, con el llamamiento común: «*Quien tenga oído oiga qué dice el Espíritu a las iglesias*».

(g) Laodicea (3:14-22)

«14 *Y al ángel de la iglesia (que está) en Laodicea escribe: Esto dice el Amén, el testigo fiel y verdadero, el principio de la creación de Dios: 15 Sé tus obras, que ni eres frío ni caliente. ¡Ojalá fueras frío o caliente! 16 Así, pues eres tibio, y no caliente ni frío, estoy a punto de vomitarte de mi boca. 17 Pues dices: Rico soy y me he enriquecido y de nada tengo necesidad; y no sabes que tú eres el desventurado y miserable y menesteroso y ciego y desnudo. 18 Te aconsejo que compres de mí oro refinado al fuego, para que te hagas rico, y ropas blancas para que te cubras y no aparezca la vergüenza de tu desnudez, y colirio para ungir tus ojos a fin de que veas. 19 Yo, a cuantos quiero (los) reprendo y corrijo; sé, pues, celoso y arrepiéntete. 20 Mira que estoy a la puerta y doy aldabonazos; si alguien oye mi voz y abre la puerta, entraré a él y cenaré con él y él conmigo. 21 Al que venza le daré sentarse conmigo en mi trono, como también yo vencí y me senté con mi Padre en su trono. 22 Quien tenga oído, oiga qué dice el Espíritu a las iglesias.*»

1. Como siempre, veamos primero algunos detalles acerca de la ciudad misma:

(A) Laodicea se hallaba a 65 kms al sureste de Filadelfia, junto al río Lico, en su confluencia con el Menandro. Sus ruinas yacen junto

a la actual Denizli. Era un excelente nudo de comunicaciones. Del noroeste venía una vía por Tróade, Sardis y Filadelfia; por el nordeste, la de Dorilea y el norte de Frigia; y hacia el sureste, partía la que conducía a Atalia, Perge y Siria.

(B) Fue fundada por Antíoco II (261-246 a.C.), quien le puso el nombre de su esposa Laodicea, que significa «justicia del pueblo». Desde el comienzo de la época romana, fue gran centro comercial y administrativo. Sacudida por constantes terremotos durante los años 60 y 61 d.C., no aceptó ninguna ayuda monetaria (cf. v. 17a), pero se le concedió exención de impuestos, a fin de ayudar a sus habitantes a reconstruir la ciudad. La iglesia fue fundada probablemente por Epafras de Colosas. En la ciudad había termas, teatros, estadio y gimnasio. Fue destruida por completo el año 1042 por el guerrero asiático Temur.

(C) Lo más destacable de Laodicea, todo ello aludido en la carta, era: (a) Las fructuosas operaciones bancarias y las numerosas transacciones comerciales, de donde procedía su opulencia; (b) la floreciente industria de tejidos, especialmente en fina lana negra, y sus famosas alfombras; (c) era sede de una prestigiosa escuela de medicina, sobre todo de oculistas como Zeuxis y Alejandro Filetes.

(D) La severidad de la carta, donde todo son reproches, va mezclada, sin embargo, con fina ironía y delicada ternura. Pablo nos informa, en Colosenses 4:16, de una carta enviada a Laodicea, pero muchos comentaristas piensan que se trata de la epístola a los efesios.

2. Entrando ya en el análisis de la carta, vemos (v. 14) que el Señor se presenta con tres títulos:

(a) «*El Amém*», vocablo hebr. derivado del verbo *amán* = *estar seguro, servir de soporte, etc.* De esta raíz se derivan muchos términos interesantes; p.ej.: *amón* = *arquitecto*, *emunáh* = *fe, fidelidad*, *émeth* = *verdad*, *omná* = *columna*, *amná* = *educación*, *amaná* = *decreto, pacto confirmado*. Si comparamos este «*amém*» con el de 2 Corintios 1:19-21, vemos que Cristo es el Hombre en quien la revelación de

Dios halla perfecta respuesta y perfecto cumplimiento: *El Sí y el Amén de Dios* (cf. Is. 65:16). «*Eloey amén = Dios (es) firme, veraz*), mediante el cual se hacen firmes las predicciones y las promesas divinas. Al final de una oración, *amén* significa «*¡así sea!*»», pero en declaraciones directas significa «*¡así es!*» Repetido (*amén, amén*), según aparece numerosas veces en *Juan*, la seguridad toma ya la forma de juramento.

(b) «*el testigo fiel y verdadero*», donde *alethinós = verdadero, genuino*, entraña también la idea de *veracidad*. Cristo es el que conoce perfectamente a Dios y no puede engañarnos en todo cuanto nos dice; son conceptos que ya se incluyen en el vocablo «*amén*»; es el infinitamente sincero, frente a la tremenda hipocresía de esta comunidad de fariseos.

(c) «*el principio de la creación de Dios*». Es un texto del que abusan todos los unitarios, como si la frase significara que Cristo es *la primera criatura salida de las manos de Dios*. Pero el original gr. no dice *prótos = primero*, sino *arjè = principio*. ¿En qué sentido? Con la mayor probabilidad, en el sentido de Juan 1:3 y Colosenses 1:16: Cristo es *Aquel por medio del cual Dios creó todas las cosas*. También podría significar, como en Colosenses 1:15, que Cristo es el *arconte = jefe, soberano*, de toda la creación. Equivale entonces a un énfasis de la autoridad del Señor al dirigirse a esta iglesia que se desprecupaba de Él.

3. Como el Señor no halla en esta iglesia nada digno de alabanza, sigue de inmediato la reprensión (v. 15): «*Sé tus obras...*», las conoce perfectamente, aunque ellos no se den cuenta. Podría pensarse que la «*tibieza*» (gr. *jliarós = tibio*) que Cristo menciona en el v. 16, es mejor que una completa frialdad. Eso es un grave error, de un frío se puede esperar alguna reacción, pero no de un tibio que se cree *caliente*. El Señor alude aquí a las termas de la ciudad. De Hierápolis, por unas cañerías de las que se conservan restos, venían a Laodicea las aguas termales que, poco a poco, al mezclarse con el agua fresca, potable,

procedente de Colosas, se iban entibiando. Esa agua tibia, termal, mineral, es de lo más nauseabundo y mareante: demasiado fría para el baño y demasiado caliente para beberla. En esta carta no se mencionan herejías, contiendas ni inmoralidades sexuales, sino lo que es mucho peor: materialismo, autosuficiencia, orgullo espiritual. De ahí la amarga queja de Cristo: «*¡Ojalá fueses frío o caliente!*» (v. 15b).

4. Viene luego la amenaza (v. 16): «*Así, puesto que eres tibio y no caliente ni frío, estoy a punto de vomitarte de mi boca*». La tibia temperatura espiritual de esta iglesia provocaba las náuseas del Señor. Con todo, es de notar que no dice: «*te vomitaré*», sino «*estoy a punto de vomitarte*», con lo que se ofrece a la iglesia de Laodicea una oportunidad de retornar al buen camino. Comenta Barchuk (*o.c.*, p. 92): «Deberían meditar sobre estas palabras los cristianos de nuestros días, porque estas palabras corresponden a nuestro periodo. Pensáis de vosotros mismos que no sois ateos, pero es que resulta difícil también llamaros hijos de Dios. Parecéis como no estar en el mundo, pero miráis siempre al mundo al igual que la mujer de Lot. Vuestras almas están como divididas en dos; en el templo sois santos, pero fuera de él mundanos». Como puede verse, Barchuk es un decidido defensor del nivel *vertical histórico*, según el cual Laodicea representa nuestra época (desde 1930 aprox.), cuando las masas han caído en una total indiferencia con respecto a la religión y cuando las mismas iglesias, en su mayoría, no parecen contar para nada con el Señor (cf. v. 20).

5. ¿En qué se fundaba el engrèvement de los creyentes de Laodicea? Lo dice expresamente el Señor (v. 17): «*Pues dices: Rico soy y me he enriquecido* (en pr. perfecto, indicando un proceso continuo de enriquecimiento hasta el presente) *y de nada tengo necesidad*». ¿Cabe mayor arrogancia? Como si un mendigo (cf. v. 17b) dijera: «*¡No me dé Vd. una limosna, porque me deshonra!*». Al disfrutar de su opulencia material y de sus comodidades, estos cristianos de Laodicea se creían especialmente bendecidos por Dios en la pros-

peridad de sus negocios y le daban gracias al estilo del fariseo de Lucas 18:12. Vuelvo a Barchuk: «Hay personas en las iglesias que suelen estar completamente satisfechas de sí mismas, por eso nunca están satisfechas de los demás. Este es el peor elemento entre la humanidad. Ellos mismos con frecuencia sorprendidos se preguntan: ¿Por qué es que todos se alejan de ellos y no quieren tener con ellos nada en común? Y esto sucede porque estos suficientes de sí mismos, pero disconformes con los demás, son amadores de sí mismos, y fuera de sí ni aun distinguen el mundo de Dios. Ellos, o bien se alaban a sí mismos, o bien deshonran a los demás. Por eso resultan despectivos a todos».

6. La iglesia de Laodicea se jactaba de *no necesitar de nada* (v. 17a), pero el Señor le descubre su verdadera condición (v. 17b): «*Y no sabes que tú (nótese el énfasis) eres el desventurado y miserable y menesteroso y ciego y desnudo*». Vale la pena analizar cada uno de esos epítetos, unidos por un solo art. definido:

(a) Se creían bendecidos por Dios en sus negocios, en su opulencia, etc. Todo era «ventura», pero el Señor les dice: ¿Tú te crees el bienaventurado? Pues yo, el *Amén*, te aseguro que eres *desventurado* (gr. *talaipóros*, vocablo que sólo sale aquí y en Ro. 7:24).

(b) Se creían autosuficientes, no necesitados de nada ni de nadie, pero son *miserables* (gr. *eleeinós* = *digno de lástima*. Este vocablo sólo sale aquí y en 1 Cor. 15:19).

(c) Se creían ricos hasta la opulencia, pero el Señor los llama *menesterosos* (el gr. *ptojós*, como en Lc. 16:20, 22, no es un *pobre* cualquiera, pues no sólo carece de bienes de fortuna, sino que tiene que mendigar para poder sobrevivir). ¡Qué contraste con la iglesia de Esmirna! (cf. 2:9).

(d) Creían tener «buena vista» espiritual en una ciudad famosa por sus colirios y sus oculistas, pero el Señor les hace notar que se engañan; la triste realidad es que son *ciegos*, pues no se percatan de su lamentable estado espiritual.

(e) En una ciudad famosa también por sus industrias de lana, por lo que podían cubrirse con costosas y rozagantes vestiduras de ese tejido, el Señor les hace ver que están *desnudos* espiritualmente, dejando al descubierto sus vergüenzas (cf. v. 18 y 16:15).

Antes de pasar adelante, debemos preguntarnos: ¿Cuáles son mis riquezas? ¿Dónde está mi tesoro? ¿Me creo autosuficiente? ¿El-todo-lo-sabe? La peor desgracia no es ser ciego, sino creer que se ve cuando no se ve (cf. Jn. 9:39-41).

7. A continuación viene (v. 18) el consejo del Señor: «*Te aconsejo que compres de mí oro refinado al fuego, para que te enriquezcas; ropas blancas para cubrirte, a fin de que no aparezca la vergüenza de tu desnudez; y colirio con que ungir tus ojos para que veas*». Analicemos este versículo:

(a) El consejo viene envuelto en una expresión de ternura. Sin el énfasis del pronombre personal «yo», sin imponer un mandato, dice: «*Te aconsejo*» (como el consejo de un buen Padre, de un buen Maestro, de un buen Amigo).

(b) «*que compres de mí oro refinado al fuego*». Cristo es el único «Productor y Proveedor» (gr. *arjégós*) de la *vida* (cf. Hch. 3:15) y de la *fe* (cf. He. 12:2): de todo lo que necesita un creyente para su riqueza espiritual. Como en Isaías 55:1-2, *comprar* es sinónimo de *adquirir gratis, sin dinero*. El *oro que Cristo ofrece aquí* es espiritual: el oro de la pureza santa, refinada con el fuego de las pruebas y de la disciplina; ésta es la verdadera riqueza (cf. Sal. 18:31; Pr, 30:5; Col. 1:27; 1 P. 1:7). En Laodicea no podía haber disciplina, porque nadie se creía necesitado de ella.

(c) «*y ropas blancas para cubrirte, a fin de que no aparezca la vergüenza de tu desnudez*». Las «*ropas blancas*» son símbolo de la justicia imputada (cf. 3:4, 5; 4:4; 6:11; 7:9, 13, 14), de santidad de vida (cf. 19:8, 14), de paz, de victoria y de alegría festiva, frente a las espléndidas telas de lana negra.

(d) Y, en lugar de los famosos polvos frigios, con los que fabricaban en Laodicea la pomada para las enfermedades de los ojos, Cristo les recomienda un “*colirio*” espiritual para los ojos del corazón, a fin de que así puedan apreciar los verdaderos valores de las cosas (cf. Ef. 1:17, 18).

8. Viene ahora un v. emocionante: «*Yo, a cuantos quiero (los) reprendo y corrijo*» (v. 19a).

(a) Nótese primero el enfático «*Yo*» Como diciendo: «Esos son mis sentimientos, cuando me veo obligado a imponer la disciplina».

(b) «*a cuantos quiero*» (gr. *hósous eàn philó*). Es notable aquí el uso del verbo *phileîn* = *querer entrañablemente, con amor de amistad*, como en Juan 11:3; 21:17. «*los reprendo*» (gr. *elénjo* = *redarguyo, hago entrar en razón*) y *corrijo* (gr. *paideúo* = *disciplino, educo*). Esto nos muestra que, cuando el Señor nos amonesta y corrige es *para educarnos*, para hacernos crecer en la madurez espiritual (comp. Pr. 3:12; He. 12:6).

(c) Y añade el Señor (v. 19b): «*Sé celoso, pues, y arrepiéntete*». El primer verbo está en pres. continuo; el 2º en aor., como de costumbre: aoristo de urgencia y determinación decisiva. Dice F. F. Bruce (*o.c.*, p. 1687): «El arrepentimiento había de implicar la sustitución de la complacencia por una celosa preocupación». Es de notar que el verbo *zéleue* = *sé celoso*, es de la misma raíz que el adj. *zestós* = *caliente*, de los vv. 15 y 16.

9. Sigue (v. 20) una promesa afectuosa, dentro de una amarga queja, aunque sólo insinuada: «*Mira que estoy de pie a la puerta y doy aldabonazos; si alguien oye mi voz y abre la puerta, entraré a él y cenaré con él y él conmigo*».

(A) Este v. se usa mucho en mensajes de evangelismo, como si el inconverso debiera abrir a Cristo la puerta de su corazón. Esta interpretación es incorrecta, porque: (a) es Dios, por medio de su Espíritu, quien abre los oídos y el corazón (cf. p.ej., Hch. 16:14); (b)

el Señor se está dirigiendo, no a inconversos, sino precisamente a alguien realmente *espiritual* dentro de una iglesia cristiana, aunque despreocupada de Cristo.

(B) En realidad, hay que distinguir entre la 1ª frase (*Mira que estoy de pie a la puerta y doy aldabonazos*) dirigida a toda la iglesia, y el resto del v., dirigido a *alguien que no ha perdido la comunión con el Señor*: (a) Ante la iglesia, Jesús se presenta como un peregrino que pide hospedaje: *da aldabonazos, de pie ante la puerta y dice: Mira* (el acostumbrado *idouú = he aquí* –lit.). Apela a la hospitalidad, tan desarrollada y practicada entre los orientales, y desea llegar a una amistad íntima, pues la *cena* aludida en la frase final del v. es símbolo de *comunión* con alguien cuya *unión* con Cristo se supone. (b) Ante los individuos, Jesús busca *alguien que escuche, que tenga todavía los oídos alerta a la voz del Supremo Pastor*.

(C) El Señor de la Iglesia, que debería ocupar el centro de la iglesia, no sólo es dejado de lado, sino que es excluido de la congregación, *fuera de la puerta*, ya que la iglesia se siente autosuficiente, sin necesidad de nada (v. 17). Dice Ryrie (*Ryrie Study Bible*): «¡Cuán increíble es que Cristo haya de ser impedido de entrar en su propia Iglesia! ¡Cuán bondadoso como para estar todavía solicitando entrar!» Y Carballosa, en un admirable contraste paradójico, dice (*o.c.*, p. 100): «¡Un Rey aguarda en espera de un mendigo!».

(D) La llamada se hace, sobre todo, a individuos, como se ve por 20b: «*Si alguno oye...*». Como diciendo: «¿No habrá dentro de esa comunidad cristiana alguien que desee tener íntima comunión conmigo?». A la puerta de una iglesia tan tibia que está a punto de vomitarla de su boca (v. 16b), Cristo llama para ver si hay alguien con el calor espiritual suficiente para escucharle y obedecerle. Para no confundirse en cuanto al tema de la soberanía divina y de la libertad humana, cf. p.ej., Romanos 10:20 y Efesios 2:8-10. Comenta Hendriksen (*o.c.*, p. 78): «Es él (Cristo) el que está llamando, y esta voz del Señor en el Evangelio, aplicada al corazón por el Espíritu, es el poder de Dios para salvación. De ese modo, hallamos que este

pasaje hace completa justicia, tanto a la soberanía de la gracia divina, como a la humana responsabilidad».

(E) La *cena con el Señor*; expresada en términos de mutua comunión (v. 20c): «*cenaré con él y él conmigo*», es una señal de especial amistad y de relación íntima pactada, según el simbolismo oriental. Por consiguiente, indica aquí los dones mesiánicos que Cristo da a sus amigos ya en este mundo, aparte del premio escatológico que se menciona en el versículo siguiente. Dice Morgan (citado por Walvoord en *o.c.*, p. 97): «El único remedio contra la tibieza es la readmisión del Cristo excluido. La apostasía ha de ser confrontada con la fidelidad de Él, la laxitud con la convicción nacida de la autoridad de Él, la pobreza con el hecho de la riqueza de Él, el frío con el poderoso fuego del entusiasmo de Él, y la muerte con la vida divina que hay en Su don».

10. Con el llamamiento común «*Al que venza*» (v. 21), viene la promesa particularizada, de tipo escatológico: «*le dará sentarse conmigo en mi trono, como también yo vencí y me senté con mi Padre en su trono*». Es el trono de Dios y del Cordero (cf. 22:1), que han de compartir los que tengan parte en la 1ª resurrección (cf. 20:4; 22:5). ¡El mendigo elevado a la condición del rey! Con esta comunión íntima entre el creyente y Cristo, que empieza ya en esta vida, pero se hará manifiesta en la Segunda Venida del Señor (cf. 1 Jn. 3:2), se realiza lo que leemos en Juan 14:23, 15:5 y 1 Juan 2:24, etc. Termina el mensaje (v. 22) con el consabido estribillo: «*Quien tenga oído oiga qué dice el Espíritu a las iglesias*».

Como todas las Escrituras (cf. Ro. 15:4), también los caps. 2 y 3 de Apocalipsis *se escribieron para nosotros*. Cada creyente, al llegar aquí, debería hacer un sincero examen de conciencia y rectificar todo lo que se eche en falta en nuestra visión del Señor y en nuestra obediencia a su Palabra. Y, a nivel de congregaciones, haría falta preguntarnos: ¿Son fieles al encargo de Cristo las iglesias de hoy?

¿Retienen de veras el nombre del Señor y llevan en alto sus candelabros en medio de las tinieblas de este mundo? Grandes son los privilegios, así como son graves las responsabilidades.

Capítulo

4

Entramos ya en la tercera parte de las cosas mencionadas en 1:19, en las que apuntan al futuro. Terminó lo del presente en 3:22 con el final de las cartas a las siete iglesias, y se abre un nuevo panorama desde 4:1 hasta el final del libro. Mire el lector al índice para ver cómo está organizada esta tercera parte, y no necesito repetirlo ahora. La palabra clave del capítulo es «trono». Sale 14 veces en este capítulo, y 46 veces en todo el libro. Pase lo que pase en la tierra, Dios está en su trono y lo controla todo. Divido el cap. 4 en tres secciones: (1) 1-3, visión del trono; (2) 4-8, descripción de personajes; (3) 9-11, adoración al Dios Creador.

II. La visión del gobierno (4:1–19:10)

1) *La tribuna y el proceso del gobierno (caps. 4 al 11)*

(a) El trono y el rollo sellados (caps. 4 y 5)

1) El Todopoderoso (cap. 4 –himno de la creación)

«1 Después de estas cosas vi, y ¡mira! una puerta abierta en el cielo, y la voz primera que oí como de trompeta que hablaba conmigo, diciendo: Sube acá y te mostraré las cosas que deben suceder después de éstas. 2 Al punto estuve en espíritu y, ¡mira! un trono estaba puesto en el cielo, y sobre el trono uno sentado. 3 Y el que estaba sentado (era) semejante por (su) aspecto a piedra jaspe y cornalina, y un arco iris en torno al trono, semejante por (su) aspecto a esmeralda.»

1. «*Después de estas cosas*» (gr. *metà taûta*) marca un definido despegue de lo anterior (caps. 1-3). Y llega, para Juan, la primera sorpresa de esta sección con ese *kai idou* = *y ¡mira!* (lit. *y he aquí* –tan conocido ya del lector). ¿Qué ve Juan desde la tierra? «*Una puerta abierta en el cielo*», señal de que viene una importante revelación. En efecto, Juan oye (v. 1b) «*la voz primera como de trompeta* (es decir, la de 1:10b), *que hablaba con él y le decía...*» Es la voz del Señor Jesús, que condesciende de nuevo a hablar con su siervo y le dice: *Sube acá y te mostraré las cosas que deben suceder después de éstas* (v. 1c). Juan no puede saber y, por tanto, no podrá comunicar a sus consiervos lo que ocurre en el cielo, a menos que un ser celestial se lo diga. Para proclamar, hay que aprender; y para aprender hay que ser admitido en el consejo de Dios para ver y oír su palabra (cf. Jer. 23:18-22).

2. Juan obedece y sube al cielo; ¿físicamente? ¡Imposible! Todavía no ha llegado su tránsito a la patria celestial. Sube “*en espíritu*” (v. 2a), es decir, en un nuevo éxtasis como el de 1:10a; 17:3 y 21:10. Y llega la 2ª sorpresa: *kai idou* = *y ¡mira!* (la misma expresión del v. 1a). Sin moverse físicamente del suelo de Patmos, Juan va a ser, en ese renovado éxtasis, espectador privilegiado de una visión en la cual se ve a sí mismo contemplando lo que ocurre y actuando de distintas maneras según la escena que allí se representa.

3. Lo primero que Juan ve en el cielo es *un trono colocado* (v. 2b), es decir, estable, sólidamente fijado, incommovible. No se nos dice el material del que está hecho el trono; no interesa. El trono es siempre símbolo de gobierno y de poder. *Y sobre el trono uno sentado* (v. 2c), en actitud de dar sentencia. El Creador, como el Redentor en los caps. 2 y 3, es esencialmente Juez en este libro. El lector hará bien en leer detenidamente Ezequiel cap. 1, para comparar las semejanzas con Apocalipsis 4:2-8, así como las diferencias.

4. «*Y el que estaba sentado (era) semejante en (su) aspecto a una piedra jaspe y cornalina*» (v. 3a). Ante la imposibilidad de encerrar a Dios en una figura o imagen (cf. Éx. 20:4; Dt. 5:8), la visión muestra al invisible Yahwéh a semejanza de materiales simbólicos bien conocidos de un judío: *Jaspe y cornalina* eran la última y la 1ª de las piedras preciosas engastadas en el pectoral del sumo sacerdote, representando, respectivamente, a Benjamín y a Rubén.

5. «*Y un arco iris en torno al trono, semejante en (su) aspecto a esmeralda.*» (v. 3b). El arcoiris era símbolo del pacto de Dios con Noé (cf. Gn. 9:9-17) después del diluvio, y aparece después de las tormentas. En cambio, aquí aparece antes de la tormenta que se va a desencadenar, para recordarnos que Dios es misericordioso aun en medio de la ira (cf. Hab. 3:2). Dos detalles diferencian a este arco iris del natural: (a) es de un solo color: *verde* –como la esmeralda– y símbolo de la esperanza; (b) no forma un semicírculo, sino un círculo completo (todo es *completo* en el cielo): «*kuklóthen tou̐ thrónou*» = *en torno al trono, rodeando al trono.*

«4 *Y en torno al trono veinticuatro tronos, y sobre los tronos veinticuatro ancianos cubiertos de vestiduras blancas, y sobre sus cabezas coronas de oro. 5 Y del trono proceden relámpagos y voces y truenos; y ardiendo delante del trono siete lámparas de fuego, que son los siete espíritus de Dios; 6 y delante del trono, como un mar de vidrio semejante al cristal. Y en medio del trono y en torno al trono, cuatro seres vivientes llenos de ojos por delante y por detrás; 7 y el primer ser viviente (era) semejante a un león, y el segundo ser viviente (era) semejante a un becerro, y el tercer ser viviente tenía el semblante como de hombre, y el cuarto ser viviente (era) semejante a un águila volando. 8 Y los cuatro seres vivientes, cada uno de los cuales tenía seis alas, están llenos de ojos en torno y por dentro; y no tienen descanso día y noche, diciendo:*

Santo, santo, santo,

(es) el Señor Dios, el Todopoderoso,

el que era y el que es y el que está viniendo»

(vv. 4-8).

1. «*Y en torno (v. 4a) al trono, veinticuatro tronos, seguramente más pequeños que el central, y sobre los tronos (sentados en ellos) veinticuatro ancianos cubiertos de vestiduras blancas, que llevan en la cabeza coronas de oro.*» ¿Quiénes son estos ancianos? Desde luego, no son ancianos de Israel ni de la Iglesia, sino que son llamados así porque forman una especie de «*senado*» (del lat. *senex* = *anciano*) de Dios. No cabe duda de que el núm. 24 nos hace pensar en las 24 clases sacerdotales (cf. 1 Cr. 24:3-18; Lc. 1:5), organización que se remonta al tiempo de David. Además, llevan vestiduras blancas, lo que nos indica la función sacerdotal que están ejerciendo (cf. 5:8 ss.) y se corrobora por el *incienso* de 5:8. Además, son arpistas y cantores (cf. 5:8-10), que apunta a la función profética. Y, desde luego, las coronas (gr. *stéphanos*, no *diádema*) de oro nos dice que son *vencedores* (cf. 3:21), pero también *reyes*, lo cual ellos mismos confirman en 5:10. Por otra parte, no son almas, sino personas que están en el cielo, *en torno al trono de Dios*. Todos estos datos nos convencen de que *son representantes de la Iglesia ya arrebatada antes del comienzo de este cap. 4, siguiendo el número de las clases sacerdotales*. No hay por qué imaginar que representan a los doce apóstoles y a las doce tribus de Israel.

2. «*Y del trono (v. 5) proceden (gr. *ekporeíontai* –el mismo vocablo de Jn. 15:26–, o sea, *salen*) relámpagos, voces y truenos*», es decir, resplandores cegadores de relámpagos y fragor de truenos, que son manifestaciones extraordinarias del poder y de la majestad de Dios (cf. Éx. 19:16 ss.; 20:18-20; Sal. 18:8-16; Ap. 8:5; 11:19; 18:18). El creyente carnal se consuela con el arco iris del v. 3, pero el creyente espiritual ve también el juicio de Dios en los fenómenos del v. 5. Y como contrapunto suave de esos fenómenos estremecedores, Juan

observa (v. 5b) «*ardiendo delante* (gr. *enópion*, prep. que indica cercanía) *del trono siete lámparas de fuego, que son los siete espíritus de Dios*». Esta última frase, idéntica a la de 1:4, nos advierte que se trata del Espíritu Santo, cuyo símbolo principal, el aceite, alimentaba los siete brazos del candelabro de oro (cf. Zac. cap. 4), con lo que esas *siete lámparas de fuego, ardiendo delante del trono*, nos confirman dicha identificación. Vemos así que el candelabro de oro era la voz muda del Espíritu en intercesión constante a favor del pueblo, mientras los israelitas seguían su vida normal (comp. Ro. 8:26).

3. «*Y delante del trono* (v. 6a), *como un mar de vidrio semejante al cristal*.» Ese *mar de vidrio*, por ser un mar sólido, exento de oleaje, es símbolo de *las aguas de arriba* (cf. Gn.1:7), tranquilas y, como lo indica la frase siguiente («*semejante al cristal*»), transparentes y limpias; al trono de Dios no llega el cieno de las aguas de abajo. «*Y en medio del trono y en torno al trono, cuatro seres vivientes llenos de ojos por delante y por detrás*» (v. 6b). Si el lector entiende bien este v., vertido con la más estricta literalidad, no se confundirá cuando lea 5:6. Vamos por partes: (a) Esos *cuatro seres vivientes* (gr. *zoá* = *animales* –lit.), por lo que son (vv. 7, 8), lo que dicen (v. 8c) y lo que hacen (v. 9), son una mezcla de serafines (v. 8c), de querubines (por su cercanía al trono –cf. la raíz hebr. *qarab* = *estar cerca*) y de *opanim*, un tercer grado de ángeles asistentes al trono, cuya misión principal es de vigilancia, simbolizada en lo de «*llenos de ojos por delante y por detrás*» (y «*por dentro*» –v. 8; no hay nada que escape a su vista). «*Opanim*» = *ruedas* (como puede verse por Ez. 1:16) es lo que define a estos seres angélicos. Sin embargo, en Apocalipsis 4:6 no se menciona ninguna rueda, porque no las necesitan. En Ezequiel, cap. 1, las necesitaban para trasladarse de un lugar a otro en su labor de vigilancia; en el cielo no las necesitan, porque desde este punto de mira lo ven todo sin necesidad de moverse de su lugar, y el dominio se ejerce desde el trono. (b) Que estén *en torno al trono*, como guardaspaldas de Dios, se comprende fácilmente, pero, ¿también *en medio*

del trono (lit. –no «*junto al trono*» de RV60)? ¿Sentados, con Dios Padre a su derecha? ¡Imposible! El sentido no puede ser otro que el siguiente, magníficamente expuesto por Hendriksen en su comentario: Tanto el Cordero (cf. 5:6) como estos seres vivientes (4:6b) aparecen «*en medio del trono*» desde el punto de vista de Juan, trazando una línea recta desde sus ojos de espectador (desde atrás) hasta el centro del trono.

4. El v. 7 nos describe a los *cuatro seres vivientes* por su semejanza con otros cuatro seres vivientes: (a) No son *animales*, por lo que llevamos expuesto, sino seres angélicos; (b) su identificación precisa ha de hacerse a la vista de Isaías 6:2 y Ezequiel 1:10; 10:14, como también hemos explicado en el punto anterior; (c) Queda la interpretación de las semejanzas; quizá la más apropiada es la rabínica, que aparece en un comentario del año 300 d.C.: «El águila es el más poderoso de los pájaros. El becerro es el más poderoso de los animales domésticos, el león es el más poderoso de los animales salvajes. El hombre es el más poderoso de todos en la creación». También podrían representar: lo más notable (león), lo más fuerte (toro), lo más sabio (hombre) y lo más ágil (águila). Para más detalles, cf. mi comentario en *Comentario M. Henry*, pp. 383, 384.

5. El v. 8 nos dice de estos seres vivientes: (a) «*Cada uno de ellos tenía seis alas*» (cf. Is. 6:2); (b) «*están llenos de ojos en torno y por dentro*». Lo de «*en torno*» viene a equivaler a lo «*por delante y por detrás*» (¡y por los lados!) del v. 6. Lo de «*por dentro*» significa, en mi opinión, que no sólo vigilan lo que ocurre fuera de ellos, sino también lo que ellos mismos piensan, dicen y hacen; es como un constante examen de conciencia delante de Aquel que todo lo ve. (c) «*Y no tienen descanso = no tienen cesación* (gr. *anápausin*, de donde “pausa”) *día y noche...*» ¿De qué no cesan? ¿De cantar? ¡No! ¡de decir! «*diciendo*». En ningún lugar de la Biblia se lee que los ángeles canten ¡Diga el lector si puede hallar uno! Tanto es así que, en 5:9,

10, los 24 ancianos *cantan un cántico nuevo*; pero, tan pronto como a ese coro se une (vv. 11, 12) un enorme grupo de ángeles, cesa el canto («*légontes*» = *diciendo*). Resulta un poco aventurado inquirir por qué sólo los seres humanos, y no los ángeles, *cantan*. ¿Quizá porque ellos, y no los ángeles, han hallado misericordia y perdón? (cf. He. 2:16). (d) Lo que los cuatro seres vivientes *dicen*, se halla al final del v. 8. Junto a elementos tomados de 1:4, 8, está el «*Santo, santo, santo*» de Isaías 6:3. El resto del himno, 1º de los 20 que en Apocalipsis dicen los grupos celestiales, se distancia de Isaías 6:3, pues dice «*el Señor Dios, el Todopoderoso*» (gr. *Kúrios ho theós, ho pantokrátor*) donde el hebr. de Isaías 6:3 dice *Yahwéh Tsebaoth* = *Yahwéh de las huestes*, y los LXX vierten *Kúrios sabaoth*. Y termina con el ya conocido, desde 1:4, «*el que era y el que es y el que está viniendo*».

«9 *Y siempre que los cuatro seres vivientes vayan a dar* (lit. *darán*) *gloria y honor y acción de gracias al que está sentado sobre el trono, al que vive por los siglos de los siglos, 10 se postrarán los veinticuatro ancianos delante del que está sentado sobre el trono y adorarán al que vive por los siglos de los siglos, y arrojarán sus coronas delante del trono, diciendo:*

- 11 *Digno eres, el Señor y Dios nuestro.*
de recibir la gloria y el honor y el poder;
pues tú creaste todas las cosas,
y por tu voluntad existen (lit. *eran*) *y fueron creadas»*
 (vv. 9-11).

1. En estos vv., tenemos el himno al Creador que los 24 ancianos entonan, al mismo tiempo que los 4 seres vivientes honran a Dios en adoración. El reconocimiento del Creador (cap. 4) es el primer paso para llegar al reconocimiento del Redentor (cap. 5). Son los dos niveles que pueden verse, p.ej. en Salmos 19; Hechos 14:8-18; 17:22-31. (a) «*Y siempre que* (lit. *y cuando* –gr. *kai hótan*) *los cuatro seres*

vivientes darán (lit., es decir, *van a dar*) *gloria y honor; etc.*» Cuando se ve que los seres celestiales están en actitud de comenzar su adoración –¡son ellos los que llevan la iniciativa, como un director de coro que lleva la batuta, aunque él no canta!– *entonces* es cuando los 24 ancianos *se postrarán* (lit. *caerán*–gr. *pesoúntai*), *etc.* (v. 10a). (b) Los 4 seres vivientes *dan al que está sentado en el trono* “*dóxa*” = *gloria*, «*timè*» = *honor*; y «*eujarístiam*» = *acción de gracias*. *Glorificar a Dios por pensamiento, palabra y obra, manifestarle la estima en que tenemos a nuestro Dios y Padre y agradecerle de corazón los muchos beneficios que de Él recibimos a cada momento, ¡he ahí el secreto de toda verdadera adoración!* Por desgracia, muchos creyentes piensan que cumplen con la obligación prioritaria de *adorar a Dios en espíritu y en verdad* (Jn. 4:24) porque van todos los domingos, mañana y tarde, al «culto». Fuera de esas pocas horas a la semana, ¡a lo suyo! En el prólogo a un maravilloso libro de Jaime Fernández Garrido, en colaboración con Dan Hollinsworth (*Cara a cara*, Edit. Portavoz, 2000), que me acaba de llegar esta mañana del 26 de enero del 2001, dice el Dr. E. L. Carballosa: «Los vocablos *adorar* y *adoración* son de uso común entre los cristianos, pero la comprensión de ellos no está del todo clara. Muchos confunden adorar con ciertos espectáculos religiosos donde se desbordan las emociones. Otros lo identifican con cultos repetitivos y sistemáticos, pero vacíos y sin dinamismo» (el énfasis es suyo).

2. Cada vez que los 4 seres vivientes estén a punto para su adoración, (a) *se postrarán* (v. 10a) *los veinticuatro ancianos, etc.* y *adorarán* (gr. *proskunésousin* = *se pondrán de rodillas* –v10b) *al que vive por los siglos de los siglos = al Dios eterno*. Caer postrados de rodillas es el gesto que, en la Biblia, simboliza la adoración debida únicamente a Dios, como se confirma por 19:10; 22:8-9. Sólo ante Dios se puede, y se debe, realizar ese gesto de vasallaje a nuestro Señor y Creador (cf. v. 11a). (b) *Y arrojarán* (es decir, *echarán gozosos y agradecidos*) *sus coronas* (v. 10c) *delante del trono*, es decir, *a los*

pies del que está sentado en el trono. Es una señal de absoluta sumisión y de reconocimiento de que a Dios le deben la realeza que ostentan con sus coronas de oro, y la victoria que obtuvieron mediante su gracia.

3. Con eso, ya han dicho mucho sin hablar, pero añaden (v. 11) este himno de alabanza pura, generosa, a Dios por lo que es en sí, aun prescindiendo de lo que es para nosotros: «*Digno* (gr. *áxios* –vocablo bien conocido) *eres, el Señor y Dios nuestro, de recibir la gloria* (gr. *tèn dóxan*) que pertenece a la Deidad, *el honor* (gr. *tèn timén*) que se debe a la majestad infinita de Dios, *y el poder*» (gr. *tèn dúnamin*) con que el Creador ejercita su dominio sobre todo y sobre todos. Los motivos que dan para ello (v. 11b) son: «*Pues tú creaste todas las cosas, y por* (gr. *dià* con acus. –lit. *a causa de*) *tu voluntad = únicamente porque tú lo quisiste, existen* (lit. *eran* –gr. *ésan*) *y fueron creadas*». Dice W. W. Wiersbe (*The Bible Exposition Commentary; N.T.*, vol. 2, p. 583, col. 2ª): «¡El énfasis en la alabanza es significativo si se recuerda que Juan escribió este libro para animar a personas que estaban pasando por sufrimiento y persecución!» Y, un poco más adelante (p. 584, col. 1ª): «Es una desdicha que la iglesia hoy descuida a menudo adorar al Dios de la creación. La verdadera respuesta al problema ecológico no es financiera ni legal, sino espiritual. Sólo cuando el hombre reconozca al Creador y comience a usar la creación para gloria de Dios, es cuando se solucionarán los problemas». Para acabar el análisis de este capítulo, exhorto al lector a reflexionar: Nuestro Dios y Padre está en el trono alto y sublime (cf. Is. 6:1). Nuestro Redentor intercede siempre por nosotros (cf. He. 7:25; 1 Jn. 2:1-2). No hay por qué temer en tiempo de tribulación, persecución y angustia (cf. 1 P. 3:13). Podemos cantarle gozosamente nuestras alabanzas. Pero no basta con *cantarle*, es preciso *recibirlo por fe*, si no lo has hecho aún, y *obedecerle rendidamente*, si ya eres hijo de tal Padre.

Capítulo

5

Después del capítulo dedicado al Dios de la creación, viene ahora el capítulo dedicado al Dios de la redención. Divido este capítulo 5 en cuatro partes: 1ª el rollo sellado (v. 1); 2ª búsqueda de quien pueda abrirlo (vv. 2-5); 3ª visión del Cordero (vv. 6, 7); 4ª tres himnos que hacen referencia a la redención llevada a cabo por el Cordero (vv. 8-14).

2) El león-corderito (cap. 5 –himno de la redención)

«*Y vi sobre la diestra del que estaba sentado en el trono un rollo escrito por dentro y por detrás* (lit. mejor atestiguado que “*por fuera*” –VRV), *sellado con siete sellos*» (v. 1).

1. Como la escena ha cambiado, Juan repite el «*vi*» de 4:1. Ya desde 1:16, la expresión «*epi tèn dexiám*» = lit. *sobre la diestra*, indica absoluto dominio y control de lo que se tiene en esa mano. El rollo que Juan ve en la mano derecha de Dios contiene todo el consejo de Dios para el futuro (recuérdese que estamos en la 3ª parte del libro: «*las cosas que están a punto de suceder después de éstas*» –cf. 1:19).

2. Juan ve un «*rollo*» (gr. *biblíon* = *librito*), porque a la sazón así se enrollaban los testamentos romanos. Este *rollo* es voluminoso,

porque contiene la mayor parte del Apocalipsis. Está *escrito por dentro y por detrás*, es decir, de la cara y del revés (algo insólito), no sólo porque había mucho que escribir, sino especialmente para que no se le pueda añadir, ni quitar ni alterar (cf. 22:18, 19).

3. Añade Juan (1c) que el rollo estaba *sellado con siete sellos*. Eso significa que el plan de Dios no aparece en ese momento ni como revelado, ni como proclamado ni como realizado. Abrirlo significará, pues, no sólo el poder de revelarlo, sino también de llevarlo a cabo. El sello es aquí (como p.ej., en Mt. 27:66; Ap. 7:3; 10:4), un sello de *protección*; nadie podrá enterarse de los secretos sellados en el rollo, a no ser que el Dios Todopoderoso que lo tiene en su mano se lo permita. *Siete* es, como sabemos, símbolo de plenitud de secreto (cf. Is. 29:11; Dn. 8:26; 12:4-9); *¡está sellado, y muy bien sellado!* Los siete sellos no están a un mismo nivel, es decir, no sellan el libro como si fueran un solo sello, sino que *cada sello sella una parte del rollo*, como se ve por 6:1. De lo contrario, al abrir la 1ª parte se abrirían todas, pues todas tendrían los siete sellos al mismo nivel.

«2 *Y vi un ángel fuerte que pregonaba con voz grande: ¿Quién (hay) digno de abrir el rollo y desatar sus sellos?* 3 *Y nadie podía, ni en el cielo, ni sobre la tierra, ni debajo de la tierra, abrir el rollo ni verlo.* 4 *Y (yo) lloraba mucho, pues nadie fue hallado digno de abrir el rollo ni de verlo.* 5 *Y uno de los ancianos me dice: No llores; mira que venció el león, el de la tribu de Judá, la raíz de David, para abrir el rollo y sus siete sellos»* (vv. 2-5).

1. Viene ahora la búsqueda de alguien que pueda quitar los sellos y abrir el rollo, con todo lo que eso significa según lo ya explicado. Sin cambiar de escena, Juan se fija ahora (*y vi*) en un *ángel fuerte*, es decir, de los de mayor rango en potencia (como en 10:1 y 18:21), que hace algo: *se pone a pregonar* (gr. *kerússonta*, el verbo que se usa para *predicar, proclamar*; —el mismo verbo de Mt. 3:1; 4:17; Mr.

1:7, 14; Lc. 4:18, 19; 1 Co. 1:23; Col. 1:23; 1 Ts. 2:9, entre muchos lugares más), ya que la predicación no es una declamación ni una exclamación, sino una proclamación = un «pregón» de parte del Rey de cielos y tierra). Sólo puede *pregonar* = *proclamar*, porque no puede revelar ni ejecutar. Este ángel hace una pregunta *retórica* (v. 2b), puesto que ya sabe la respuesta: *¿Quién hay digno, etc.?* Por supuesto, sólo uno (v. 5). Aunque no se le nombra, es probable que este ángel sea Gabriel, el «anunciador».

2. Es normal que no hubiera nadie (v. 3) digno (gr. *áxios* = *digno, competente, cualificado*) de abrir el rollo ni de verlo, es decir, de mirar en él (¡conocería los secretos de Dios!) en la tierra (no hay autoridad civil ni eclesiástica que nos pueda descubrir los secretos de Dios) ni debajo de la tierra (donde el demonio puede declarar cosas secretas mediante el ocultismo), pero, *¿tampoco en el cielo se halla nadie digno?* ¿Tampoco la Virgen María, la «Reina del Cielo», la «madre de Dios»? ¡Tampoco!

3. Ante este cuadro sombrío, Juan (v. 4) *lloraba mucho* (el pron. personal «yo» no aparece explícito en los mss. más antiguos). ¿Por qué llora Juan? Porque, si el rollo no se abre, no se cumplirá el plan de Dios en favor de la humanidad. Está sellado con *siete sellos (plenitud de secreto*, cf. Is. 29:11; Dn. 8:26; 12:4-9). Abrirlo significa, pues, no sólo revelarlo, sino también proclamarlo y ejecutarlo.

4. Para consolar a Juan (v. 5), uno de los ancianos le dice: «*No llores*» (pres. de imp. –gr. *mè klaíe* = *cesa de llorar*) y le explica por qué: «*¡Mira!* (como que le va a comunicar algo extraordinario) *venció* (en aor. –de una vez por todas) *el león de la tribu de Judá* (referencia a Gn. 49:9, 10) ¡el Mesías! (cf. Mt. 1:2, 3, 16; Lc. 3:23, 33; He. 7:14), *«la raíz de David»* = el vástago de Is. 11:1, 10; 53:2; Mt. 22:41-45 (hijo, y Señor, de David); Ro.15:12. Ese Jesús, que Juan contempla en su visión, ha triunfado del diablo, arrebátandole la presa (cf.

Ef. 4:8) según estaba profetizado desde la 1ª profecía de la Biblia (cf. 3:15).

«6 *Y vi en medio del trono y de los cuatro seres vivientes y en medio de los ancianos un Cordero de pie como inmolado, que tenía siete cuernos y siete ojos, que son los espíritus de Dios enviados a toda la tierra. 7 Y vino y tomó (el rollo) de la diestra del que está sentado sobre el trono*» (vv. 6, 7).

1. Pero ahora sucede algo extraordinario. Le anuncian a Juan (v. 5) un «león», y lo que ve (vv. 6, 7) es un «*corderito*» (gr. *arnión*, dimin. de *amnós* = *cordero*), como se llama al Señor las 29 veces que sale en Apocalipsis. El cordero simboliza en la Biblia cuatro excelentes cualidades: mansedumbre, humildad, inocencia y pureza. Todas ellas resplandecen con brillo singular en Jesús de Nazaret. Veamos los detalles de la visión:

(A) Que Jesús sea a la vez «León» y «Cordero» se entiende considerando que en el Calvario fue ambas cosas: (a) *León*, derrotando al diablo y arrebatándole los cautivos (cf. Ef. 4:8-9; Col. 2:15); (b) *Cordero*, yendo al matadero sin abrir su boca (cf. Is. 53:7, comp. con Éx. 12:3; Jn. 1:29; Hch. 8:32; 1 P. 1:19).

(B) Juan ve al *Cordero* (v. 6a) *en medio del trono, etc.*, según la explicación que doy en 4:6. Y lo ve (v. 6b) *de pie* (gr. *estekós*, en ptc. de pft.), es decir, resucitado y vivo, para no morir más, y, por otra parte, *como inmolado* (gr. *esphagménon* = *degollado*, tamb. en ptc. de pft. –pues así es como se ofrecían en el templo los corderos, no crucificados), es decir, *con señales que simbolizan las marcas de la crucifixión*, conservadas después de la resurrección (cf. p.ej. Jn. 20:25-29), apuntando a su función intercesora en los cielos (cf. 7:25-28).

(C) ¡Cosa rara! El *Cordero tenía* (v. 6c) *siete cuernos y siete ojos*, una muestra más de que Juan no ve realidades, sino símbolos, pues los corderos no llevan cuernos, pero ya sabemos que el *cuerno* es

símbolo de poder (cf. p.ej. el Sal. 75, —el hebr. dice *cuerno / cuernos*, donde la RV60 vierte *poder/poderío*) y, siendo *siete*, de pleno poder y autoridad absoluta. Los *siete ojos* indican la plenitud de la visión del Salvador, su omnisciencia y la plenitud del Espíritu Santo (cf. Is. 11:1-2; Zac. 3:9). Lo de *enviados por toda la tierra* significa que, como Cristo aparece ya resucitado, aunque conserva las señales de su muerte, puede enviar el Espíritu Santo (cf. Hch. 2:33) y aquí Jesús envía el Espíritu Santo *a toda la tierra* para llevar a ejecución en todo el mundo la obra de la salvación que el Señor consumó en el Calvario (cf. Jn. 19:30).

2. A continuación (v. 7) Juan ve que el “León-Cordero” se pone en marcha: *vino*, es decir, se llegó hasta el trono de Dios Padre, *y tomó* (gr. *eílephen = ha recibido*) *de la diestra del que está sentado sobre el trono*. La referencia a Dios el Padre está clara, pues nadie más está sentado en el trono en este momento y, repito, harían muy bien los predicadores en tomar nota de ello para no decir: «¡Cristo reina, está en medio del trono, está sentado con el Padre!» El original no dice aquí qué es lo que el Cordero tomó de la diestra de Dios, pero Juan está convencido de que los lectores lo sabrán sólo con recordar el contexto anterior, ya desde el v. 1 y, sobre todo, por la 1ª frase del v. 8. Nótese el contraste entre el aor. *vino* y el pret. perfecto *ha recibido / ha tomado*, como diciendo: *tomó el rollo y se lo quedó*.

3. Coronado, pues, como vencedor (cf. He. 2:8, 9) recibió legalmente el Reino (cf. Lc. 19:12), como ya estaba profetizado en Salmo 110 y en Daniel 7:9-14. No es que el Padre haya de dejar el trono para que se siente el Hijo, sino que el Hijo se sentará a la derecha del Padre (cf. Sal. 110:1). Sólo el heredero podía abrir el testamento del padre. Jesús es el heredero de Dios, el único por ser unigénito (cf. p.ej. Jn. 3:16; Col. 1:15) y, en cuanto hombre, el descendiente legítimo de David, como lo prueban sus dos genealogías. «Jesús es el único judío

vivo que puede probar su realeza mediante un registro genealógico» (W. W. Wiersbe, *The Bible Exposition Commentary, N.T.*, vol. 2, p. 584, col. 2ª).

«8 *Y cuando tomó el rollo, los cuatro seres vivientes y los veinticuatro ancianos cayeron delante del Cordero, teniendo cada uno una cítara y copas de oro llenas de perfumes, las cuales son las oraciones de los santos.* 9 *Y cantan un cántico nuevo, diciendo:*

*Digno eres de tomar el rollo
y de abrir sus sellos,
porque fuiste inmolido
y con tu sangre compraste para Dios
(personas) de toda tribu, lengua, pueblo y nación.*

10 *Y los hiciste para nuestro Dios
un reino y sacerdotes
y reinarán sobre la tierra.*

11 *Y vi, y oí una voz de muchos ángeles en derredor del trono
y de los seres vivientes y de los ancianos, y era su número miríadas
de miríadas y millares de millares,*

12 *que decían a gran voz:
Digno es el Cordero, el que fue inmolido,
de recibir el poder, y riqueza, y sabiduría, y fuerza,
y honor, y gloria y alabanza.*

13 *Y toda criatura que (hay) en el cielo, y sobre la tierra, y debajo
de la tierra, y sobre el mar, y todo lo que (hay) en ellos,
oí que decían:*

*Al que está sentado sobre el trono y al Cordero
(sea) la alabanza, y el honor, y la gloria y la soberanía
por los siglos de los siglos.*

14 *Y los cuatro seres vivientes decían: ¡Amén!
Y los ancianos se postraron y adoraron»*

1. Esta larga sección contiene tres himnos; los dos primeros (vv. 9, 10, 12) hacen referencia clara a la redención llevada a cabo por el Cordero inmolado; el 3º (v. 13) es un grandioso himno triunfal a Dios y al Cordero, en el que toman parte *todas las criaturas*. Analicemos cada detalle.

2. Acabada la investidura del Cordero, los súbditos (v. 8) le prestan homenaje, como lo demuestran las señales de vasallaje y pleitesía por parte de los súbditos: «*Y cuando tomó el rollo, los cuatro seres vivientes y los veinticuatro ancianos cayeron delante del Cordero*», es decir, se postraron a sus pies, con lo que se da a entender que le rindieron honores divinos. Los 24 ancianos llevan (gr. *éjontes* = *teniendo* –lit.) en las manos *cítaras* (gr. *kitháran* –de ahí el cast. guitarra), instrumento de música festiva y gozosa para el culto. Por si no fuera bastante el sentido común, el gen. masc. del ptc. de pres. *éjontes* nos advierte que, a pesar de la coordinación entre las cláusulas “*los 4 seres vivientes y los 24 ancianos*”, sólo éstos llevan lo que se dice después, ya que *zôa* = *seres vivientes*, es del gen. neutro y, por tanto, no puede concertar con *éjontes*. También llevan *incensarios* (gr. *phiálas* = *copas*) *de oro* (como el que pertenecía al Lugar Santísimo –cf. He. 9:4) *llenas de perfumes = incienso*. El texto mismo declara explícitamente (cf. tamb. 8:3-4, y comp. Sal. 141:2) que el incienso quemado en presencia del Señor es símbolo de la oración de los creyentes, especialmente en su función sacerdotal de intercesión.

3. Siguen 3 himnos que expresan el aludido homenaje al Cordero. Vamos a analizarlos:

(A) **Himno 1º (vv. 9, 10):** «*Y cantan un cántico nuevo* (gr. *kainèn* = *renovado*)... Ya en el AT, las grandes liberaciones llevadas a cabo por Dios en favor de su pueblo eran celebradas con cánticos de alabanza y acción de gracias (cf. p.ej., Éx. 15:1-21; Jue, cap. 5). Este cántico de Apocalipsis 5:9, 10, está en la misma línea y, por eso, Juan

no lo llama *neán* = *nuevo* totalmente, sino *kainèn* = *renovado*, es decir, en parte igual y en parte distinto, porque en él se resalta la definitiva liberación llevada a cabo por Dios a favor de su pueblo y, al mismo tiempo, se ensalza al Mesías prometido como al único que puede revelar los secretos de Dios por la obra victoriosa que llevó a cabo en la Cruz del Calvario. Me detendré en los detalles más relevantes:

(a) El Cordero es *digno* (gr. *áxios*, con el sentido que ya conocemos) *de tomar el rollo* (v. 9a) *y abrir los sellos, porque fue degollado* (véase la explicación del v. 6) *y nos compró para Dios al precio de su sangre* (cf. 1 P. 1:18-20).

(b) La universalidad de procedencia de los *comprados* (no que todos los individuos de esas procedencias sean comprados –Juan no es «universalista») se expresa (v. 9c) con 4 vocablos: 1) *de toda tribu* (cf. v. 5 –*de la tribu de Judá*), abarcando los demás *linajes y razas*; 2) *y lengua* = comunidad de la misma habla; 3) *y pueblo* = una misma cultura; 4) *y nación* = una administración política diferente de las demás, dentro de unas fronteras geográficas determinadas históricamente.

(c) «*y los hiciste* (v. 10) *para nuestro Dios un reino y sacerdotes y reinarán sobre la tierra*». Véase el comentario a 4:4. Al decir que *reinarán sobre la tierra*, se da a entender claramente al reino mesiánico milenar del cap. 20, cuando *ya resucitados, reinarán en vida* (cf. Ro. 5:17 –¡qué contraste con lo de «reinó la muerte»! –en el mismo v.). El lector habrá notado en estos vv. 9 y 10 ciertas diferencias con la VRV, basada en el TR. La lectura que damos en el texto es la mejor atestiguada en los mss. más antiguos.

(B) **Himno 2. (vv. 11, 12).** Ahora les toca el turno a los ángeles y Juan nos da de ellos los siguientes detalles:

(a) En cuanto a su colocación (v. 11a) nos dice que rodeaban el trono por detrás de los 4 seres vivientes, de los 24 ancianos y del Cordero, pues éste está ahora junto al trono (cf. v. 7).

(b) En cuanto a su número (v.11b) que era «*miríadas de miríadas y millares de millares*», es decir, una cifra enorme. Como comenta sobre este v. Carballosa (*o.c.*, p. 123): «Sin duda, esta es una manera de expresar el hecho de que es imposible determinar el número del ejército angelical».

(c) En cuanto a lo que (v.12a) *dicen con voz grande* (gr. *légontes phoné megále*), lo 1º que advertimos es que no *cantan* (cf. comentario a 4:8), a diferencia de los ancianos (cf. v. 9a). Verá el lector que, hasta el final del cap., ya sólo sale el verbo *légein* = *decir*, no el *ádousin* = *cantan*, de 9a.

(d) ¿Qué *dicen* los ángeles en este 2º himno? Que *el Cordero inmolidado es digno de recibir* 7 cosas gloriosas (número de perfección espiritual) que contrastan con otras tantas debilidades de nuestro Salvador en su estado de humillación: (1) *poder* = *capacidad para obrar*, que contrasta con el que nació y murió en *debilidad*; (2) *riqueza* = *abundancia de recursos*, que contrasta con el que, *siendo rico, se hizo pobre* (2 Co. 8:9), el más pobre de los *pobres*; (3) *sabiduría* = *perspicacia, cordura y destreza para planificar y ejecutar*, que contrasta con el que fue tenido por loco (cf. Mr. 3:21), siendo «*sabiduría de Dios*» (cf. 1 Co. 1:24, 30); (4) *fuerza* = *vigor, robustez, solidez, resistencia*, que contrasta con el que tuvo hambre, sed, cansancio, frío, etc.; (5) *honor* = *estima, consideración de la valía, etc.*, que contrasta con el que padeció las más ignominiosas humillaciones; (6) *gloria* = *reconocimiento del esplendor que emana de las divinas perfecciones*, que contrasta con la risa y el escarnio que hicieron de él como de un rey-clown (cf. Mt. 27:27-31); y (7) *bendición* = *sacrificio que agrada a Dios* (cf. He. 13:15, 16), pues es la expresión laudatoria de los atributos divinos, aunque el «bien-decir» de Dios es ya un «bien-hacer»; contrasta con el que *fue hecho maldición por nosotros* (cf. Gá. 3:13), para que nunca caigamos bajo la maldición de la Ley.

(C) **Himno 3º (vv. 13, 14)**: Ahora, la creación entera (gr. *pân ktísma* = *toda criatura*) se suma a la alabanza (v. 13) desde todas las

partes del universo, con todo lo que en ellas está contenido, *diciendo* –para poder integrar, entre las criaturas *que están en el cielo*, a los ángeles, que no cantan, sino dicen (recuérdese comentario a 4:8)–. Verá el lector que, en el texto del v. 13, suplimos en paréntesis el verbo *hay*; porque no aparece en los mss. más antiguos, mientras que el TR., en el que se basa la VRV, trae explícito el verbo *están = hay*. ¿Qué dice *la creación entera* en la 2ª parte del v. 13?

(a) Uniendo en la alabanza al Creador y al Redentor («*Al que está sentado en el trono y al Cordero*») –otra indicación de que al Cordero no se le supone aún *sentado en el trono*) les atribuyen 4 cosas. Al comparar este v. 13 con el 12, veremos que ahora se suprimen las 4 primeras: *poder*, *riqueza*, *sabiduría y fuerza*, y a las tres últimas: *bendición, honor y gloria* (puestas en diferente orden) se añade *krátos = soberanía, señorío* (cf. el cast. «democracia» = soberanía del pueblo). Hace notar el prof. Grau (*o.c.*, p. 159) que, en el himno 2º, todas las cualidades aparecen agrupadas con un solo artículo, mientras que en este 3º cada una lleva su artículo, como si se les quisiera dar su propio énfasis. También hace notar que aquí no se cita la *dignidad* que comportó la obra de la redención (comp. con v. 12 «*Digno es el Cordero...*»), sino sólo la íntima y consustancial dignidad que es exclusiva de las personas divinas por lo que son en sí desde la eternidad.

(b) Como rúbrica final de este gran himno de toda la creación (v. 14), vemos que «*los 4 seres vivientes decían* (el imperf. *élegon* da idea de continuidad): *¡Amén! = ¡Así es y así debe ser! Los ancianos* –ahora no se especifica su número– no añaden nada más, pero lo dicen con su actitud de adoración profunda: *cayeron (rostro en tierra) y adoraron*» (los dos vbs. están en aor., significando que, al consignar Juan la visión, se levantaron de su actitud). Ahí acaban v. 14 y cap. 5. La añadidura de la VRV: «*y adoraron al que vive por los siglos de los siglos*» no se halla en los mss. griegos; fue sacada de la Vulgata Latina (ni siquiera figura en la parte latina del N.T. de Bover-O'Callaghan).

Capítulo

6

Comienza ahora la 4ª parte del Apocalipsis (caps. 6-16), que comprende: (a) la apertura de los sellos = *revelación* (cap. 6, –el cap. 7 es un paréntesis); (b) el toque de trompetas = *proclamación* (caps. 8-11, –gran paréntesis de los caps. 12-14: Conflicto entre el Bien y el Mal); (c) se derraman sobre la tierra las copas de la ira de Dios = *ejecución*. Como puede verse por la magnitud de los castigos, estos tres «juicios» de Dios se desarrollan en espiral (cf. 11:15), de forma que el 7º elemento de cada serie de siete sirve para dar paso a la serie siguiente.

Este capítulo 6 se divide fácilmente en 6 partes, siguiendo el orden de los seis primeros sellos: (a) Sello 1º y primer caballo (vv. 1-2); (b) Sello 2º y segundo caballo (vv. 3-4); (c) Sello 3º y tercer caballo (vv. 5, 6); (d) Sello 4º y cuarto caballo (vv. 7, 8); (e) Sello 5º y voces de los mártires (vv. 9-11); (f) Sello 6º y disturbios cósmicos (vv. 12-17). Los 4 primeros sellos forman una unidad conforme a los 4 seres vivientes, que son los encargados de llamar a aparecer en escena; el 5º y el 6º se corresponden como pregunta y respuesta. El 7º forma grupo aparte. Esta misma estructura (4, 2, 1) se repite en las trompetas y en las copas. La orden de aparecer en escena (*érjou = ven*) se da a cada jinete, no a Juan, como lo hace la VRV (*ven y ve / ven y mira*), basada en el TR. Nótese desde ahora que Juan no se mueve, no va ni viene; únicamente observa.

(b) La apertura de los sellos (6:1-8)

1) Conquista pacífica (6:1, 2)

«1 *Y vi cuando abrió el Cordero uno de los siete sellos, y oí a uno de los cuatro seres vivientes que decía como voz de trueno: ¡Ven! 2 Y miré (lit. vi), y he aquí un caballo blanco, y el que montaba sobre él tenía un arco, y le fue dada una corona, y salió como un vencedor dispuesto a vencer» (lit. y salió venciendo y para vencer).*

1. Juan (v. 1a) está atento a lo que va a suceder, y ve al Cordero abrir el 1º de los siete sellos. La revelación de cada sello no se lee, sino que se dramatiza en una acción simbólica, como veremos más adelante. Eso amplía la visión de la escena y apela mejor a los sentimientos del lector (cf. vv. 15-17). La «voz de trueno» nos indica que este *ser viviente* es el *semejante a un león* (cf. 4:7). Como ya he dicho, la orden no la recibe Juan, sino el jinete que monta el caballo blanco, aunque Juan se fija 1º en el caballo y después en el jinete.

2. El caballo es, en la Biblia, símbolo de fuerza, guerra, conquista y terror. ¿Quién monta este caballo? La blancura del caballo es uno de los factores que sirven para engañar a los buenos poco avisados; engaña incluso a expositores de la talla de Hendriksen, quien piensa que el jinete es el Señor, porque también aparece en 19:11 montado en un caballo blanco. Esto es un grave error, pues las diferencias entre 6:2 y 19:11 son muy notables, como podemos observar seguidamente:

(a) El color blanco no siempre es símbolo de santidad; basta con que sea de victoria festiva, victoria mediante una paz que parecía imposible sin guerra previa.

(b) El jinete del v. 2 forma parte *integral* con los tres que siguen; todos ellos, de signo siniestro, como veremos.

(c) Su arma es un arco, el arma específica de los invasores partos; por eso está destinado a impresionar a quienes lo vean, pero el arma

de Cristo (la palabra que sale de su boca) está simbolizada en la *rhomphaía* = una espada larga, aguda, de dos filos, mencionada seis veces en Apocalipsis.

(d) «*Y le fue dada* (v. 2b) *una corona...*» Por 1ª vez sale este aor. pas. («*fue dada/fue dado*») que volverá a salir otras 22 veces en este libro (20 en sing., y dos en plural). Siempre indica dependencia absoluta de la soberanía de Dios y del Cordero, y muestra que este jinete no es soberano; mientras que, con referencia a Cristo, no se dice «*le fue dado/le fue dada*», porque Él es Soberano.

(e) Además la corona que lleva el jinete de 6:2 es *stéphanos* = *la corona del vencedor*; la de Cristo (cf. 19:12) es la *diádema* = *la corona de rey*.

3. Nótese que el arco de este jinete está vacío, no lleva flechas ni las tiene en la aljaba, pues tampoco lleva aljaba. Creo que la identificación del jinete resulta ya fácil: Es el Anticristo, quien en los 3 años y medio de la 1ª mitad de la Gran Tribulación inicia su carrera de gran pacificador y solucionador de los problemas financieros de la humanidad. A la vista de la situación actual a comienzos del siglo XXI, y con base en Daniel 9:26, 27, me aventuro a decir que será él quien arreglará el problema palestino-israelí y el no menos espinoso problema de la moneda común en un mercado común cada vez más universal.

2) Guerra (6:3, 4)

«3 *Y cuando abrió el segundo sello, oí al segundo ser viviente, que decía: ¡Ven! 4 Y salió otro caballo, rojo, y al que montaba sobre él le fue dado quitar de la tierra la paz y (de hacer que los hombres) se degüellen unos a otros, y le fue dada una daga grande.*»

1. En el intervalo de un v., se ha desvanecido ya la falsa paz de la 1ª mitad de la Gran Tribulación. El caballo de color rojo *encendido*

(gr. *purros*, de *pur* = *fuego*), símbolo de violencia, de sangre derramada, sale cuando el segundo ser viviente, el *semejante a un becerro*, da la orden. Estalla la guerra, con una carnicería tremenda, como indica el original. Noten que esto no es una persecución de creyentes por orden del Anticristo (no es la de 13:7), pues aquí los hombres *se degüellan unos a otros* (gr. *allélous spháxousin* –lit. *degollarán*). Juan se expresa en función de las armas de su tiempo. No serán precisamente dagas las armas usadas en las conflagraciones futuras de la humanidad.

2. Hendriksen, consecuente con su interpretación del primer caballo, sostiene que este otro caballo, el rojo encendido, significa la persecución de los creyentes, porque «siempre que sale -dice él- Jesucristo con su Evangelio, sale detrás la persecución» (*o.c.*, p. 99). Hendriksen acumula textos (p.ej. Mt. 10:34; 1 Jn. 3:12; Ap 5:6, 9, 12; 6:9; 13:8; 18:24, exceptuando únicamente 13:3, «porque se refiere a una cabeza *degollada*»). Sin embargo, la mayoría absoluta de los comentaristas –incluido el prof. Grau– opinan que se trata de la guerra, como azote enviado a la humanidad rebelde. Apocalipsis 13:3 no es la única excepción, pues Efesios 6:17 usa el vocablo *májaira* = *daga corta*, para designar el machete corto, empleado en la lucha cuerpo a cuerpo. Además el texto especifica *májaira megále* = *daga grande*, que parece coincidir con el alfanje curvo, tan usado ya en la antigüedad, especialmente por los árabes. Finalmente, la referencia a Mt. 10:34 no puede interpretarse como una espada literal, sino la oposición mutua entre los miembros de una misma familia, cuando un creyente, sin quererlo él (cf. Ro.12:18) *hiere* con su testimonio, pero en este caso no se puede hablar de un «*mutuo degüello*».

3) Hambre (6:5, 6)

«5 Y cuando abrió el tercer sello, oí al tercer ser viviente, que decía ¡Ven! Y miré (lit. *vi*), y he aquí un caballo negro, y el que estaba

montado sobre él tenía una balanza en su mano. 6 Y oí como una voz en medio de los cuatro seres vivientes, que decía: Una medida de trigo por un denario, y tres medidas de cebada por un denario, ¡y no hagas daño al aceite ni al vino!»

1. «*El tercer ser viviente*» (v. 5a) corresponde al *hombre* (cf. 4:7c). El caballo *negro* es aquí (v. 5b) símbolo, no de muerte, sino de hambre (ya dice el adagio castellano «¡pasarlas negras!» en toda situación de apuro, especialmente en tiempo de escasez o carestía de alimentos e incluso en los exámenes). Esta carestía suele ser expresión del juicio de Dios sobre los rebeldes (cf. Lv. 26:26, «*pan por peso*»; Jer. 14:1 ss.; Lm. 5:10; Ez. 4:16).

2. El jinete de este caballo (v. 5b) lleva en la mano una balanza (gr. *zugón* = *un yugo*, vocablo que expresa unión entre dos cosas o personas –de ahí, el cast. *cónyuges* = *dos personas que llevan el mismo yugo*; aquí, el fiel de la balanza)–, símbolo de gran necesidad, como puede verse por los textos citados.

3. La voz que Juan oyó (v. 6a) que salía *de en medio de los cuatro seres vivientes* es, sin dudar, la voz de mando del que está sentado en el trono. La necesidad, en este caso (v. 6b) se expresa así: En condiciones normales, por un *denario* (el jornal diario de un trabajador) se podían obtener 24 libras de trigo = 12 medidas (gr. *joínikes* = *quénices*) y lo mismo de cebada. ¿A cuánto llega para cada persona de una familia no muy numerosa? ¿Y para cuánto tiempo? Pero aquí es «*una medida (dos libras) de trigo por un denario*»; por tanto, 12 veces más caro que lo normal. Menos mal que, *por un denario se pueden obtener tres quénices o medidas de cebada*. Peor aún será en la situación de 13:17, cuando no se podrá comprar ni vender...

4. De este *perjuicio, con relación al trigo y a la cebada*, la voz de mando que sale *de en medio de los cuatro seres vivientes* ordena

(v. 6c) exceptuar el aceite y el vino. Comenta Barchuk (*o.c.*, p. 127): «Una persona que se está muriendo de hambre no está pidiendo vino o cerveza, y el aceite no se puede usar sin el pan o la patata. Mientras tanto, si las personas carecen de medios para comprar pan, ¿de dónde podrán comprar vino y aceite?» A mi juicio, esta reserva de vino y aceite sólo servirá para aumentar el tormento de los desgraciados que estén dados al vino y de las desgraciadas que usaban el aceite para sus perfumes y ungüentos. Los tendrán a la vista, pero no los probarán. En todo caso, preferirán un pedazo de pan de cebada a todos los vinos y perfumes del mundo.

4) Peste (6:7, 8)

«7 Y cuando abrió el cuarto sello, oí una voz del cuarto ser viviente, que decía: ¡Ven! 8 Y miré (lit. vi), y he aquí un caballo pálido (gr. *jlorós* = verde), y el que estaba montado encima de él tenía por nombre Muerte, y el Hades seguía con él. Y les fue dada autoridad sobre la cuarta parte de la tierra, para matar con espada, y con hambre, y con muerte y por las fieras de la tierra.»

1. Cuando el Cordero abre el cuarto sello (v. 7a), Juan oye *la voz del cuarto ser viviente* (v. 6b), que, como puede verse por 4:7d, corresponde al *águila volando*. ¿Qué conexión puede tener este animal con el cuadro espantoso que se presenta a continuación? ¿Acaso la que se adivina en Mt. 24:28 y Lc. 17:37? ¿No son ya, de suyo, bastante difíciles estos dos lugares de los sinópticos para que se les añada otro tan difícil como ellos?

2. El color *pálido* (lit. *verde*) del caballo mencionado en v. 8a indica la lividez verdosa, verde-ceniza de los cadáveres muertos de pestilencia. En tiempo de Juan, la muerte no era representada mediante un esqueleto, sino que era caracterizada mediante un personaje que

se presentaba en el circo antes de los juegos de los gladiadores, uno de los cuales había de morir de no mediar indulto del emperador. De ahí que éstos saludasen al emperador antes del combate con la famosa frase: «*Ave Caesar, morituri te salutant*» = «¡Salve, César! Los que van a morir te saludan».

3. A la grupa de la *Muerte*, sale el *Hades* que, en la mentalidad de los griegos, representaba la morada de los difuntos. Aquí va devorando a todos los que abate la Muerte. Pero incluso ellos (v. 8c) necesitan el permiso de Dios para matar: «*les fue dada licencia para matar*». Notemos, contra la opinión de Hendriksen, que la frase «*la cuarta parte de la tierra*» (v. 8c) designa el *área*, no la 4ª parte de las *personas*. Este azote está bien descrito en Jeremías 15:2, 3 y Ezequiel 14:21, 22, pero el tiempo y el contexto difieren mucho de los de Apocalipsis 6:8. Nótese también (v. 8d) las diversas formas con que la Muerte ejecuta sus designios:

(A) «*Con espada*» (gr. *rhomphaía* –bien conocida), para indicar el gran volumen de la mortandad. Pero el verbo para «matar» no es el aor. *spháxai* = *degollar*; sino el aor. *apokteínai* = *matar simplemente*, más apto al tratarse de una peste, más bien que de un degüello mutuo como el del v. 4.

(B) «*con hambre*» (gr. *limó*, inevitable tras la escasez mencionada en los vv. 5, 6).

(C) «*con muerte*» (gr. *thanáto*), es decir, con *pestilencia* como arma favorita de la Muerte, de forma que las frases «*morir de muerte*» y «*matar con muerte*» son hebraísmos con los que se expresa siempre la muerte por pestilencia.

(D) «*y por las fieras de la tierra*» (gr. *hupò tón theríon tés gés*). Esta frase resulta difícil de interpretar:

(a) Lo primero que observamos es el cambio súbito de preposición. En lugar de *en* con el significado claro de *con* instrumental, tenemos aquí *hupó*, con la que se expresa la intervención de un agente personal, responsable.

(b) La mayoría de los autores lo interpretan de *fieras = animales salvajes, no domesticados*. El Dr. Carballosa (*o.c.*, p. 137) menciona Éxodo, cap. 10:23-28; Números 21:6; Josué 24:12; 2 Reyes 2:24; 17:25 y Joel 1:4, y comenta: «El aumento de las fieras es el resultado de la tierra despoblada».

(c) Con base en la interpretación que el Targum hace de Jeremías 12:9, donde «*las fieras del campo*» son interpretadas como «los reyes de las naciones», pienso si aquí se hablará tal vez de los poderes de este mundo que, a las órdenes del Anticristo del v. 2, van a ejecutar los designios de la Muerte del v. 8.

5) Martirio (6:9-11)

«9 Y cuando abrió el quinto sello, vi debajo del altar las almas de los que habían sido degollados por causa de la palabra de Dios y por causa del testimonio que tenían. 10 Y gritaban con voz grande, diciendo: ¿Hasta cuándo, Señor, el santo y verdadero, no juzgas ni vindicas nuestra sangre de los que habitan sobre la tierra? 11 Y entonces les fue dada a cada uno una túnica blanca, y les fue dicho que se aquietasen por un poco más de tiempo, hasta que se completaran también sus consiervos y sus hermanos que estaban a punto de ser matados lo mismo que ellos.»

1. Con la apertura del 5º sello, cambia repentinamente el escenario que Juan contempla en estos versículos. Las escenas no ocurren en la tierra, como hasta ahora desde 6:1, sino en el cielo. La sala del trono celestial se convierte ahora en un templo, y aparece (v. 9b) un solo altar (gr. *thusiasteríou*), que es, al mismo tiempo, el de los holocaustos (como aquí) y de los perfumes (como en 8:3, 4). Más alusiones al altar véanse en 8:3, 5; 9:13; 11:1; 14:18 y 16:7 (en total, con 6:9, siete veces). Que se trata de un simbolismo, se sabe por el hecho de que, tras la muerte del Señor en el altar de la Cruz, no se necesitan altares

de ninguna clase. Pero también aparece este simbolismo sacrificial en Filipenses 2:17; 2 Timoteo 4:6 y Hebreos 13:10.

2. Debajo de este altar, en la base del altar de los holocaustos en la que se recogía el resto de la sangre de las víctimas, después de rociar con ella los cuernos del altar (cf. Lv. 4:7), vio Juan *las almas* (gr. *psujás* = *almas desencarnadas*, no *personas*, puesto que no han vuelto aún a la vida –cf. 20:4, 5) *de los que habían sido degollados* (el vb. está en ptc. de pret. perfecto, designando anterioridad). Estos creyentes habían sufrido el martirio durante la 1ª mitad de la Gran Tribulación, como se ve por el v. 11, y esta es una *realidad* que ha de sostenerse como base de los simbolismos citados en el punto anterior con referencia al Apocalipsis. Documentos judíos extracanáonicos, como 4 Esd. 4:35-37 y el Targum, tienen expresiones semejantes a las de Apocalipsis 6:9-11 (pueden verse en mi comentario de M. Henry, págs. 404, 405).

3. La causa de la muerte de estos creyentes se especifica a continuación (v. 9c): «*habían sido degollados por causa de la palabra de Dios*» = por ser fieles a la fe que habían profesado, *y por el testimonio que tenían* (gr. *eíjon* –no, *daban*, comp. 12:17), es decir, su conducta sin palabras era suficiente testimonio, esa era su «predicación».

4. Se dirigen al Señor a gritos (cf. v. 10a) y lo llaman lit. «el Amo» (gr. *ho despótes* –el mismo vocablo de Lc. 2:29; Hch. 4:24; 2 Ti. 2:21; 2 P. 2:1 y Jud. v. 4), como a quien no tiene que pedir permiso a nadie. Por eso, se quejan (v. 10c) de que no tome venganza de quienes han derramado su sangre. Esta queja está en la línea de Abel, cuya sangre también pedía venganza (cf. Gn. 4:10; He. 12:24). En cambio, la sangre de los mártires de la dispensación de la Iglesia, como se ve ya en Hechos 7:60, está en la misma línea que la de Cristo, de cuyo Cuerpo son miembros, y no pide venganza, sino perdón (comp. Lc. 23:34 con Hch. 7:60). Estos mártires de la Gran Tribulación piden

al Amo Soberano que se dé prisa a castigar a los culpables: *los que habitan* (gr. *katoikounton*) *sobre la tierra* (frase bien conocida desde 3:10).

5. El «Amo», aunque no es mencionado explícitamente, responde:

(A) «*Que le sea dada a cada uno* (v. 11a) *una túnica* (gr. *stole* –de donde “estola”) *blanca.*» El prof. Walvoord (*o.c.*, págs. 134, 135) llega a decir: «El hecho de que se les den vestiduras casi habría de requerir que tuviesen un cuerpo de alguna clase. Una vestidura no puede colgar de un alma o espíritu inmaterial». ¡A dónde lleva una interpretación superliteralista de la Biblia! Recuérdese que ya dije que lo que Juan vio no fue *almas*, sino *sangre, que era símbolo de almas*. Por otra parte, *no hay un solo lugar en la Biblia que dé pie para opinar que las almas humanas puedan tener otro cuerpo que el cuerpo de la creación (Gn. 2:7) o el cuerpo de la resurrección (1 Co. 15:44)*. Si la *sangre* simboliza aquí *la clase de muerte* que estos mártires sufrieron, *las estolas blancas* simbolizan aquí un premio de paz y gozo, *distinto* de lo que ya tenían. Esta es mi opinión, ya que: (a) *son un regalo que se les hace*, no algo que ellos hayan obrado como en el caso de 19:8; (b) tampoco pueden ser símbolo de la regeneración espiritual (justicia imputada) de 7:14, porque en 6:11 no están en proceso de conversión, sino que *habían muerto* (anterioridad) en testimonio de su fe cristiana.

(B) «*Que se aquieten* (que cesen de gritar, que tengan paciencia) *por un poco de tiempo* (v. 11b)». El gr. dice *jrónon mikrón* = *un tiempo pequeño*. Puesto que el gr. usa *jrónos* = *el tiempo lit. de nuestros relojes*, no *kairós* = *sazón u oportunidad*, no deben estar a la espera de una oportunidad, sino aguardar por breve tiempo, no más de los tres años y medio de la segunda mitad de la Gran Tribulación (cf. 20:4c).

(C) Se les explica el porqué de la espera: «*hasta que se completen* (gr. *héos plerothôsin* –pres. de subj.) *también* (hasta que lleguen al número previsto por Dios) *sus consiervos* (relación conjunta vertical

con un mismo *Amo* –el del v. 10) *y sus hermanos* (relación fraternal horizontal de quienes profesan la misma fe cristiana), *que estaban a punto* (gr. *hoi méllontes*) *de ser matados lo mismo que ellos*». El ptc. de pres. *méllontes* se usa aquí para poner de relieve la brevedad del tiempo durante el cual tienen que esperar estos impacientes del v. 10.

6) Convulsión (6:12-17)

«12 Y vi cuando abrió el sexto sello, y se produjo un gran terremoto, y el sol se volvió negro como saco de crin, y la luna entera se volvió como sangre, 13 y las estrellas del cielo cayeron a la tierra, como una higuera suelta sus brevas sacudidas por un viento fuerte; 14 y el firmamento desapareció como un rollo que se enrolla, y toda montaña e isla fueron removidas de sus lugares. 15 Y los reyes de la tierra, y los magnates, y los tribunos militares, y los ricos y los poderosos, y todo siervo y libre se escondieron en las cavernas y en las rocas de los montes; 16 y dicen a los montes y a las rocas: Caed sobre nosotros y escondednos del rostro del que está sentado sobre el trono y de la ira del Cordero, 17 pues llegó el día grande de la ira de ellos, y ¿quién puede mantenerse en pie?»

1. Tenemos en esta 6ª porción del capítulo 6 los fenómenos cósmicos que siguen a la pregunta y respuesta que hemos visto en los vv. 9-11, junto con la reacción de los habitantes de la tierra. Así, pues, esta 6ª parte se subdivide en dos partes: (a) los fenómenos mismos (vv. 12-14); (b) la reacción de la humanidad rebelde ante ellos (vv. 15-17).

2. Los fenómenos que se refieren en los vv. 12-14, aparecen siete veces en este libro y muestran una recurrencia en espiral, apuntando siempre a una última y suprema intervención de Dios al final de la Historia. El sentido común debería bastar para hacernos ver que su

cumplimiento literal no puede tener lugar antes de ese momento, porque, ¿cómo podría, de otro modo, subsistir en este mundo ningún ser viviente después de semejante cataclismo cósmico? Recordemos también que Juan está en éxtasis, y en este éxtasis tiene una visión en la que los eventos del Día de Yahwéh le son revelados por medio de símbolos. Analicemos los detalles:

(A) «*Y vi cuando abrió...*» El hecho de que esta expresión no se haya repetido desde la apertura del primer sello (cf. v. 1) indica que se trata de algo extraordinario, muy importante. Al abrirse el sexto sello, ocurren los siguientes fenómenos:

(a) «*Hubo un gran terremoto*» (gr. *seismós* –de donde el cast. «séismo» o «sismo»). Este fenómeno, que se repite en 11:13; 16:18, aparece ya en Ezequiel 38:19; Jl. 2:10; Amós 8:8 y Marcos 24:29. La añadidura: «*y he aquí*» de la VRV, basada en el TR, carece del respaldo de los mss. más antiguos.

(b) «*y el sol se volvió negro como saco de crim*» es un símbolo de duelo, como lo era el vestido de saco negro, tejido de pelos de cabra. A este oscurecimiento del sol alude Is. 50:3. Esta oscuridad ocurrió en la 9ª plaga de Egipto (cf. Éx. 10:21-23) y durante las tres horas de eclipse del Calvario (cf. Mt. 27:45 y paral.).

(c) «*y la luna entera (gr. hóle) se volvió como sangre*». Por lugares como Isaías 13:10, Ezequiel 32:7 y Joel 2:31, creo que este color rojo de la sangre es el que adopta aproximadamente la luna en un eclipse total, aunque en este caso el rojo no será el aproximado del eclipse total de luna, sino más fuerte, pues se trata de un fenómeno extraordinario.

(d) «*y las estrellas (v. 13) del cielo, es decir, del firmamento, caerán a la tierra*». A este fenómeno se hace referencia en Isaías 13:9, 10. Literalmente, a no ser que se trate de meteoritos, esto no puede ocurrir antes del final. El símil con que el texto ilustra este fenómeno es sumamente expresivo: «*como una higuera suelta (gr. bállei = arroja, echa) sus brevas al impulso de un viento fuerte*» (gr. *megálou = grande*). Las «brevas» (gr. *olúnthous*) son «higos tardíos» que, por

ello, se mantienen verdes, inmaduros, agarrados a la higuera tan fuertemente que sólo un viento fuerte los puede sacudir. J. MacArthur hace notar (*o.c.*, p. 2001, col. 2ª): «*higos de invierno*. Los higos de invierno que crecen sin la protección de las hojas y fácilmente son arrojados del árbol».

(e) «*y el cielo*» (v. 14), es decir, *el firmamento, desapareció* (gr. *apejorísthe* = *se marchó de su país*, según se desprende de su etimología). Si nos percatamos de que el hebr. de Génesis 1:6-8 llama *raqiáj* = *plancha sólida*, al firmamento, podemos imaginarnos la sorpresa de un judío como Juan al ver que *se enrolla como un rollo*, es decir, *como un pergamino*. Tenemos aquí una referencia a Is. 34:4; 40:20 y 2 P. 3:10-12 y, como hemos dicho en (d), tampoco esto puede suceder antes del final, pero la Biblia nos tiene acostumbrados a esta superposición de planos, como podemos ver en Lucas 4:18-20, comp. con Isaías 61:1, 2 y Hechos 2:17-21, donde Pedro cita a Joel 2:28-32, ya que los vv. 30-32 se refieren al final como aquí.

(B) Ahora viene (vv. 15-17) la reacción que dicho cataclismo ha de producir en los inconversos de este periodo de la Gran Tribulación:

(a) Tenemos en el v. 15 siete clases de personas que corren llenas de pavor a esconderse «*en las cuevas y entre las rocas de los montes*» (comp. Is. 2:10). Abarcan todas las clases sociales, comenzando por los más altos en autoridad y poder económico: 1º *los reyes*; 2º *los magnates* (gr. *megistânes* = *los más grandes*), es decir, príncipes, gobernadores, etc. 3º *los tribunos militares* (gr. *jilárjoi* = *jefes de mil*); 4º *los ricos*, es decir, los ricachones, los multimillonarios; 5º *los poderosos* (gr. *isjuroi* = *fuertes*) o *potentados*; finalmente, en 6º y 7º lugar, *todos los esclavos y todos los libres*, es decir, el resto de los ciudadanos de toda clase y condición social.

(b) Nótese el grito que todos ellos dan (vv. 16, 17) «*a los montes y a las rocas*» para que los escondan (v. 16): (1) «*del rostro del que está sentado sobre el trono*». El *rostro* (gr. *prosôpou* = *lo que antes*

salta a la vista) tiene en la Biblia, aplicado a Dios, un simbolismo bipolar, pues puede hacer referencia, tanto a la benevolencia como a la ira de Dios. Aquí, es *el rostro airado de Dios*, de cuya vista quieren huir los impíos, como Adán y Eva en Génesis 3:8-10, hasta el punto de preferir que se los trague vivos la tierra. ¡El día de gracia (cf. 2 Co. 6:2) ha terminado para ellos! (2) «*y de la ira del Cordero*» (no dice: *y del rostro del Cordero*). Esto es lo más impresionante. Dice Grau (*o.c.*, págs. 165, 166): «¿Quién hubiera pensado que era posible hablar de *la ira del Cordero*? ¿No es el cordero el más manso de los animales? Es la ira del amor, del amor despreciado, pisoteado una y mil veces, a pesar de haber llegado hasta lo sumo del sacrificio por nosotros».

(c) Y añaden (v. 17), como percatándose del momento tremendo en que viven: «*puesto que ha llegado* (gr. *êlthen* = ¡llegó, sí, llegó!) *el día, el grande* (lit.) *de la ira de ellos*, es decir, *de ambos*». ¡Qué terrible! Por eso terminan: «¿*y quién podrá mantenerse de pie?*» ¡No, por cierto, los impíos! (cf. Sal. 1:5). Ante fenómenos tan extraordinarios podría esperarse la conversión de mucha gente, pero, ¡ni uno solo de *los habitantes de la tierra* se convierte, como ya lo dije en el comentario a 3:10!

(d) Pero nosotros, lector, no estamos en el día de la ira de Dios, sino en el día de la gracia. En general, Dios no está ahora ajustando cuentas. Pero, para quien no se acoge ahora a la misericordia de Dios, se acerca rápido el día de Yahwéh, ¡el día de la ira! Para no esconderte entonces del rostro de Dios, ¡corre ahora a los brazos de Dios!

(e) Finalmente, lo mismo que aquí (6:15-17), otros vv. de Apocalipsis, como 13:9; 16:15; 22:7 y 22:17-20, implican todos ellos la intemporalidad del mensaje de Juan. Esto explica también por qué usa tantos símbolos, porque los símbolos nunca pierden su significado.

Capítulo

7

Como dije en la introducción del capítulo 6, este capítulo 7 constituye, dentro del grupo de los sellos o *revelación*, un paréntesis, pues queda por abrir el 7º sello, acontecimiento que veremos en 8:1-5. Este cap. se divide claramente en dos partes: (a) El sellado de los 144.000 israelitas (vv. 1-8); (b) La multitud innumerable de todo género de personas de extracción gentil que han obtenido la salvación (vv. 9-17).

2) *Paréntesis (cap. 7)*

(a) Los judíos sellados (7:1-8)

«1 *Después de esto, vi cuatro ángeles de pie sobre los cuatro ángulos de la tierra, que sujetaban los cuatro vientos de la tierra, para que no soplara viento sobre la tierra, ni sobre el mar ni sobre todo árbol.* 2 *Y vi otro ángel que subía del nacimiento del sol, teniendo el sello del Dios viviente, y gritó con voz fuerte a los cuatro ángeles a quienes fue dado hacer daño a la tierra y al mar;* 3 *diciendo: No hagáis daño a la tierra, ni al mar ni a los árboles, hasta que hayamos puesto el sello a los siervos de Dios sobre sus frentes.* 4 *Y oí el número de los sellados: ciento cuarenta y cuatro millares, sellados de toda tribu de hijos de Israel:*

5 *De la tribu de Judá, doce mil sellados;*
de la tribu de Rubén, doce mil;
de la tribu de Gad, doce mil;

- 6 *de la tribu de Aser, doce mil;*
 de la tribu de Neftalí, doce mil;
 de la tribu de Manasés, doce mil;
- 7 *de la tribu de Simeón, doce mil;*
 de la tribu de Leví, doce mil;
 de la tribu de Isacar, doce mil;
- 8 *de la tribu de Zabulón, doce mil;*
 de la tribu de José, doce mil;
 de la tribu de Benjamín, doce mil sellados.»

1. En contraste con el cuadro sombrío de 6:12-17, Juan hallará consuelo en este cap. 7, como veremos a continuación. «*Después de esto*» (v. 1) es una expresión semejante a la de 4:1 (gr. *metà toûto*, en sing., frente al *metà taûta*, en pl., de 4:1). Contra las 4 agencias de destrucción de 6:2-8, Juan ve (v. 1) *cuatro ángeles que están de pie sobre los cuatro ángulos de la tierra*, es decir, situados en los 4 puntos cardinales o extremos de la tierra. Y los ve (v. 1b) controlando la meteorología como delegados de Dios: «*kratoûntas (= sujetando, dominando, controlando) los 4 vientos de la tierra*», es decir, impidiendo que, vengan de donde vengan, llevando aire frío, caliente o tibio, ejecuten los juicios de Dios sobre la tierra o el mar. Como se ve por el v. 3, esta restricción no es definitiva, sino temporal, de breve tiempo: «*hasta que sellemos (gr. sphragísomen, en aor. de subj.) a los siervos de nuestro Dios (v. 3 –lit.) sobre las frentes de ellos*».

2. Luego ve Juan (v. 2) *otro ángel* aparte, pero del mismo rango (gr. *állon*, no *héteron = otro diferente*), *que estaba subiendo de donde nace el sol = de donde viene la luz y la salvación* en la fraseología de Isaías 9:2 y Lucas 1:78, 79. No es una especie de «arcángel», pues su encargo a los otros 4 ángeles no lo hace por su propia cuenta, sino como heraldo del que está sentado en el trono. Este ángel *lleva el sello*, es decir, el anillo de sellar, *del Dios viviente*, a quien nadie ni nada puede oponerse (cf. 5:1). El sello puede simbolizar tres cosas:

(a) *protección*, como aquí (cf. Mt. 27:66; Ap. 5:1). En este sentido, el sello está en la mano del Padre (comp. Ro. 8:31);

(b) *posesión* (cf. Éx. 39:30 –«Santidad a Yahwéh» = consagrado a Yahwéh; Cnt. 8:6; Ez. 9:4). En este sentido, está en la mano del Hijo (cf. 1 Co. 3:23);

(c) *posición garantizada* (cf. Est. 3:12; Ro. 8:15; Ef. 1:13; 4:30). En este sentido, está en la mano del Espítu Santo (cf. Ro. 8:11; Ef. 3:13-14; 4:30).

3. Vemos (v. 3b) que el sellado de los 144.000 se hace *en la frente*, la parte alta, noble, visible, de estos verdaderos israelitas. Otra referencia al *sellado en la frente* se halla en 22:4. Juan no ve el sellado, pero *oye* (v. 4a) *el número de los sellados* y su distribución por tribus (vv. 5-8). Por eso sabe de cierto que son 144.000. El lector notará enseguida una diferencia entre la lista que damos en el texto y la que aparece en la VRV, apoyada en el TR, donde detrás de *doce mil* añade *sellados en las doce tribus*, añadidura que sólo tiene respaldo de los mss. más antiguos con referencia a la 1ª tribu (la de *Judá*) y la 12ª (la de *Benjamín*). Acerca de esta porción, hay tres clases de dificultades por resolver:

(A) *¿Quiénes son estos sellados?* Sobre esto hay tres opiniones:

(a) Son «testigos», es decir, los cercanos seguidores de Jesucristo, sus hermanos espirituales, a quienes se ha prometido la realeza y el sacerdocio con Él en los cielos. Es la opinión de los «Testigos de Jehová». Esta opinión no tiene ninguna base en la Escritura.

(b) Representan simbólicamente a todos los cristianos que, durante las pruebas y aflicciones de sus respectivas épocas, gozan de una especial protección de Dios. Es la opinión de todos los amilenaristas. Según Grau son los ministros de la Palabra.

(c) Son un número cerrado de los hijos de Israel, convertidos después del arrebatamiento de la Iglesia, que serán protegidos por Dios durante la Gran Tribulación. Esta es la única opinión acorde con una interpretación literal gramaticohistórica de la Biblia.

(B) *¿Es un número literal o simbólico?* No hay ningún motivo para apartarse del sentido literal. Esos 144.000 son un grupo especial de judíos que han sido escogidos por Dios para dar testimonio a una humanidad rebelde. Pero eso no quiere decir que sean los únicos judíos salvos durante la Gran Tribulación, ni, por supuesto, que sean los únicos creyentes cristianos de los últimos tiempos.

(C) *¿A qué se deben las anomalías que se observan en la lista?* P.ej. (a) la colocación no sigue el orden de nacimiento de los patriarcas, pues *Judá*, el 4º, aparece en cabeza; (b) son omitidos Dan y Efraín; y (c) en cambio, es mencionado Leví, cuya tribu carecía de tierra por estar dedicada al santuario, así como José, que ya estaba representado en su hijo Manasés. La solución más probable (y la más sensata) es la siguiente: (a') Judá aparece en cabeza, por la primogenitura del *cetno* (cf. Gn. 49:3-10), que ha venido a superar a la del nacimiento; (b') la omisión de Dan se debe quizá a que fue la 1ª tribu en caer en la idolatría o, más probable, a que había quedado tan disminuida que fue contada con Neftalí. Muchos escritores eclesiásticos antiguos creyeron que de dicha tribu había de surgir el Anticristo, pero 13:1 deja bien claro que el Anticristo surgirá del *mar*; símbolo de las naciones. Sin embargo, como hace notar el Dr Carballosa (*o.c.*, p. 151), «No obstante, como muestra de la gracia de Dios, Dan será incluida en la futura distribución de la tierra (Ez. 48:1, 32)». En cuanto a la omisión de Efraín, está representado por su padre José, de conducta intachable, mientras que Efraín mantuvo una constante rebeldía y se entregó también a la idolatría; (c') queda así explicada la mención de José. En cuanto a la inclusión de Leví, vuelve ahora a tener su puesto en la lista, porque ahora todos (no sólo los sacerdotes y levitas) tendrán acceso al santuario (cf. Is. 66:23; Zac. 14:20, 21).

(b) La gran multitud (7:9-17)

«9 *Después de estas cosas, vi, y he aquí una gran multitud que nadie podía contarla, de toda nación y tribus y pueblos y lenguas, de*

pie delante del trono y delante del Cordero, cubiertos de túnicas blancas, y palmas en sus manos; 10 y gritan a gran voz, diciendo:

La salvación (se debe) a nuestro Dios, que está sentado en el trono, y al Cordero.

11 *Y todos los ángeles estaban de pie en derredor del trono y de los ancianos y de los cuatro seres vivientes, y cayeron sobre sus rostros delante del trono y adoraron a Dios,*

12 *diciendo:*

¡Amén! La bendición y la gloria y la sabiduría y la acción de gracias y el honor y el poder y la fuerza (sean) a nuestro Dios por los siglos de los siglos. ¡Amén!

13 *Y tomó la palabra uno de los ancianos, diciéndome: Estos que están cubiertos con las túnicas blancas, ¿quiénes son y de dónde vinieron?*

14 *Y le he dicho: Señor mío, tú (lo) sabes.*

Y me dijo: Estos son los que están viniendo de la Gran Tribulación, y lavaron sus túnicas y las blanquearon en la sangre del Cordero.

15 *Por eso están delante del trono de Dios, y le dan culto día y noche en su santuario, y el que está sentado en el trono extenderá su tienda sobre ellos.*

16 *No pasarán ya más hambre ni más sed, ni caerá sobre ellos el (ardor del) sol ni clase alguna de calor abrasador;*

17 *pues el Cordero que está en medio del trono los pastoreará y los conducirá a fuentes de aguas de vida; y enjugará Dios toda lágrima de sus ojos.»*

1. El «*Metà taûta*» = *Después de estas cosas*, con que comienza (v. 9) esta sección, da a entender que esta *multitud* es totalmente distinta del grupo anterior, y lo confirman tres detalles: (a) es incontable; (b) es de toda nación, estirpe, cultura y habla; y (c) es vista en

el cielo («*de pie delante del trono y delante del Cordero*» –v. 9c), mientras que los 144.000 son sellados en la tierra, donde tienen que cumplir su misión. La expresión que aparece después de “*metá taúta*” (*eídon, kai idouè = miré, y he ahí*) indica que se introduce en escena un espectáculo impresionante. Analicemos los detalles:

(a) «*Estaban en pie*», como el Cordero (cf. 5:6), en señal de que están vivos, no como los de 6:9, que aparecen echados («*debajo del altar*»).

(b) «*delante*» (es decir, *en presencia*) *del trono y del Cordero*, en comunión íntima, constante e inefable, con Dios.

(c) «*vestidos*» (lit. *cubiertos*) *de túnicas blancas*, símbolo aquí de santidad plena, escatológica. A diferencia también de las *almas* de 6:9, aquí aparecen como *personas* que gozan de la gloria de la resurrección, en anticipación proléptica de 20:4. La blancura de sus estolas es aquí símbolo de justicia *imputada*, no se debe a sus méritos (cf. Is. 64:6), sino a la misericordia perdonadora de Dios (cf. Is.1:18), que los ha limpiado *en la sangre del Cordero* (cf. v, 14, comp. con 1 Jn. 1:7).

(d) «*con palmas en las manos*», símbolo de alegría festiva y de victoria mediante el martirio (cf. v.14).

(e) Atribuyen (v. 10) la salvación «*a nuestro Dios que está sentado en el trono y al Cordero*»: al poder y al amor del Padre y del Hijo, ¡qué Salvador tenemos!

2. Viene luego (vv. 11, 12) una nueva adoración de los ángeles, semejante a la de 5:11, 12, con la sola diferencia de la sustitución de «*riqueza*» por «*acción de gracias*». Otro detalle de menor importancia es la repetición del art. definido en 7:12, cosa que no ocurre en 5:12.

3. El capítulo termina con un diálogo (vv. 13-17). Uno de los 24 ancianos hace (v. 13) a Juan una pregunta retórica, muy corriente dentro del estilo literario semita. También es un semitismo, frecuente

en el libro de Job, el *apekríthe* = *respondió* (lit.) con que comienza el v. 13 y que, como sabemos, equivale a «*tomó la palabra/intervino*». Juan le contesta con toda cortesía (v. 14): «*Mi señor; tú lo sabes*». Y el anciano explica ahora:

(a) Que los «*vestidos de túnicas blancas*», que Juan ha visto, «*están* (v. 14b) *viniendo* (gr. *erjómnoi* = *vienen* –el ptc. es de pres. continuo), como en una procesión gradual, *de la Gran Tribulación*» (gr. *ek tês thlípseos tês megáles* = *de entre la tribulación la grande* –lit.). En otras palabras, han muerto víctimas de la persecución del Anticristo; no han sido protegidos de ella, pues la preposición es *ek* = *de entre*, no *apò* = *lejos de, fuera de*.

(b) Que su actual «status» sacerdotal (vv. 14b-15a) se debe a su conversión anterior. Ahora ya gozan para siempre de la protección de Dios (vv. 15b-16) y del cuidado del Cordero, convertido en Pastor (v. 17).

(c) Así, pues, después de los terribles sufrimientos, la dicha de esta multitud incontable no puede ser mayor, tanto por la aceptación que han tenido en el cielo, como por el gozo que les inunda y el premio que han recibido. Comenta W. W. Wiersbe (*o.c.*, p. 591, col. 1^a): «No cabe duda de que habían sido rechazados en la tierra por haber mantenido la verdad en un tiempo en que las mentiras campaban bajo el dominio y la instigación de Satanás... Son de cierto más que vencedores».

Capítulo

8

Divido este capítulo en 5 partes: (a) Apertura del 7º sello e introducción en escena de los siete ángeles trompeteros (vv. 1-5); (b) Toque de la 1ª trompeta (vv. 6, 7); (c) Toque de la 2ª trompeta (vv. 8, 9); (d) Toque de la 3ª trompeta (vv. 10, 11); (e) Toque de la 4ª trompeta (vv. 12, 13).

7) Silencio solemne (8:1)

(c) El sonar de las trompetas (8:2–11:19)

«1 Y cuando abrió el 7º sello, se hizo silencio en el cielo como por media hora. 2 Y vi a los siete ángeles que están ante Dios, y les fueron dadas siete trompetas. 3 Y vino otro ángel y se detuvo junto al altar teniendo un incensario de oro, y le fueron dados muchos perfumes para que los añadiera a las oraciones de todos los santos sobre el altar de oro que (está) ante el trono. 4 Y subió el humo de los perfumes con las oraciones de los santos de mano del ángel ante Dios. 5 Y ha tomado el ángel el incensario y lo llenó del fuego del altar y (lo) arrojó a la tierra; y se produjeron truenos y voces y relámpagos y un terremoto» (vv. 1-5).

1. Mientras los personajes se preparan tras los bastidores, se hace en el cielo un silencio solemne, en espera de una intervención extraor-

dinaria de Dios. Referencias a silencios de esta clase las encontramos en Habacuc 2:20; Sofonías 1:7; Zacarías 2:13. Media hora es un tiempo de relativa brevedad, pero cuando se espera algo impresionante, el tiempo se hace elástico, según los espectadores se hallen con miedo o con esperanza. En esas circunstancias, se reza o se tiembla. Ambas cosas se van a ver en los vv. siguientes. Nótese cómo el último elemento de *revelación* (apertura del 7º sello) pone en marcha el mecanismo que introducirá la 2ª serie: la *proclamación* (toques de trompeta).

2. ¿Qué ángeles son estos siete del v. 2? Probablemente, los 7 llamados «arcángeles». Es cierto que sólo Miguel es llamado así en Jud. v. 7, pero en Lc. 1:19, Gabriel dice de sí mismo: «Yo soy Gabriel, *que estoy delante de Dios*». Y, saliendo ya de las Escrituras canónicas, en Tobías 12:15, tenido por «deuterocanónico» por Roma, dice Rafael: «Yo soy Rafael, *uno de los 7 santos ángeles que están ante la gloria del Señor y en su presencia*» (*La Santa Biblia*, de Ediciones Paulinas, Madrid, 1993, 12ª edic.). Con la ayuda de otros apócrifos (como Henoc 20:2-8 y 4 Esdr. 4:36 —que también para Roma son «apócrifos»), se completa la lista de 7 con estos 4: Uriel, Raguel, Saraquiel y Remeiel (o, Jeremiel). A cada uno de estos 7 ángeles (v. 2b) *le es dada su trompeta*. La trompeta es símbolo del toque de alerta ante una intervención divina o un acontecimiento solemne, como puede verse en Éxodo 19:16, 19; Levítico 25:8-10; Números 10:3-7; Isaías 27:13; Jeremías 4:19; 42:14; Joel 2:1; Mateo 24:31; 1 Corintios 15:52 y 1 Tesalonicenses 4:16.

3. Del solemne silencio se pasa a una solemne oración (vv. 3, 4), cuyo símbolo es el incienso. Como ya dije en el comentario a 6:9, los dos altares del tabernáculo terrestre están aquí simbolizados (v. 3) en un solo altar. El Lugar Santísimo es el trono. Y los querubines de sobre el propiciatorio son ahora representados en estos 7 ángeles de grado superior al de los ángeles corrientes. Analicemos los detalles:

(a) Un octavo *ángel* (v. 3a) *se presenta de pie junto al altar con un incensario de oro*. Notemos (v. 3b) que no *tomó* él el incienso, sino que *le fue dado* en gran cantidad. Se le dio «*para que lo añadiese* (lit. *para que lo darâ*) *a las oraciones de todos los santos*», ya que el incienso es el símbolo de la oración que sube al trono de Dios como ofrenda de suave perfume. Dice «*santos*», porque todos los hijos de Dios son *santos*, no porque hayan sido canonizados como «santos especiales». En efecto, las oraciones de todos los santos no surtirían efecto, si no fuera por la intercesión celeste del Señor Jesucristo, cuya oración es el incienso decisivo para lo que va a ocurrir. Este ángel pone el incienso sobre el altar (ahora, de los perfumes), como hacía Aarón en el Día de la Expiación (cf. Lv. 16:12, 13).

(b) Tan pronto como el ángel pone el incienso en las brasas, la columna del humo perfumado por el incienso quemado sube (v. 4) ante el acatamiento de Dios (cf. Sal. 141:2). Aunque la oración de los santos recibe su fuerza de la de Cristo, lo cierto es que, al juntarse con la del Señor, acelera el día de la ira de Dios que se va a cernir sobre la tierra. Y nótese que estos santos oran a Dios, no a un ángel. Tampoco son mediadores entre Dios y los hombres (cf. 1 Ti. 2:5).

(c) Ese mismo ángel (v. 5), el mismo de los vv. 3, 4, *tomó* (gr. *eílephen* = *ha tomado*, en pret. pft., porque no lo ha soltado de la mano) *el incensario, lo llenó de fuego y lo arrojó* (el incienso quemado, no el incensario) *a la tierra*. Esos dos verbos están en aor. de indic., por formar una secuencia temporal puntual. La caída del incienso quemado a la tierra –dice Salguero– «produce un efecto parecido a la explosión de una bomba». El efecto directo no cabe duda que es el «*terremoto*», cuya magnitud no se determina, pero causa mayor pánico por ir acompañado de los fenómenos meteorológicos ya conocidos por 4:5, aunque allí aparecen a la inversa: «*relámpagos y voces y truenos*».

1) Fuego y sangre (8:6, 7)

«6 Y los siete ángeles que tenían las siete trompetas se prepararon para tocarlas. 7 Y el primero tocó la trompeta, y se produjo granizo y fuego mezclados con sangre, y fueron arrojados a la tierra; y la tercera parte de la tierra quedó abrasada (gr. katekáe = fue quemada totalmente), y la tercera parte de los árboles quedó abrasada, y toda hierba verde quedó abrasada.»

1. En el v. 2, ya tenían la trompeta en las manos los siete ángeles trompeteros. En el v. 6, *se disponen a tocar*, es decir, se las llevan a la boca. Como en Joel 2:1–3:15, las *trompetas proclaman lo revelado en la apertura de los sellos*, es decir, anuncian el Día de Yahwéh, que va a pronunciar sus últimos juicios sobre el mundo rebelde. Aunque no lo dice expresamente el texto, no cabe duda de que el primer ángel espera una señal de mando para efectuar su toque.

2. Ha llegado el momento y, al toque de la 1ª trompeta (v. 7), se produce una tormenta espectacular que, aparte de la semejanza con la 7ª plaga de Egipto (cf. Éx. 9:13-35), tiene ya resonancias escatológicas en Joel 2:30; Hechos 2:19. Devasta la 3ª parte de la propiedad rural, en lo que se nota el avance en espiral, pues en 6:8 devasta la 4ª parte. Lo de «*toda la hierba verde*» ha de entenderse, no de toda la tierra, sino de esa 3ª parte de la tierra; de lo contrario, lo que se dice en 9:4 no tendría sentido. Puede imaginarse el pánico que sufrirán los hombres, y aun los animales, con esta tempestad. ¿Arrepentimiento? ¡Ninguno!

2) La montaña ardiente (8:8, 9)

«8 Y el segundo ángel tocó la trompeta, y (algo) como un monte grande, ardiendo en fuego, fue arrojado al mar; y la tercera parte del mar se convirtió en sangre, 9 y murió la tercera parte de las criaturas

(que había) en el mar; y fueron destruidos (gr. diephtháresan = fueron hechos inservibles, totalmente corroídos) la tercera parte de los barcos.»

1. Al toque de la 2ª trompeta (v. 8), se daña la 3ª parte del comercio marítimo (v. 9). Nótese en el v. 8, que el objeto arrojado al mar *no es una montaña*, sino *como una gran montaña* (el énfasis está en el tamaño). Al estar «*ardiendo*», es como si un gran volcán se precipitara en el mar. La remoción de montañas en la Biblia es, de suyo, signo de angustia y conmoción para los seres humanos (cf. Job 9:5; Sal. 46:2; Is. 34:3; 54:10; Ez. 38:20; Mi. 1:4; Nah. 1:5).

2. Como resultado (vv. 8c-9), queda destruida la 3ª parte de los seres vivientes en el mar, así como la 3ª parte de las naves que lo surcan. Hay cierta semejanza con la 1ª plaga de Egipto (cf. Éx. 7:19-25). Teniendo en cuenta lo que supone el mar, tanto como vía de comunicación cuanto como fuente de provisión para los seres vivientes, podemos imaginarnos la magnitud de este castigo. Los seres humanos continúan en su impenitencia.

3) La estrella-Ajenjo (8:10, 11)

«10 Y el tercer ángel tocó la trompeta; y cayó del cielo una estrella grande que ardía como una antorcha; y cayó sobre la tercera parte de los ríos y sobre las fuentes de las aguas. 11 Y el nombre de la estrella se llama (gr. légetai = se dice) el Ajenjo. Y se convirtió en ajenjo la tercera parte de las aguas, y murieron muchos de los seres humanos como efecto (gr. ek) de las aguas, pues se habían vuelto amargas.»

1. Al toque de la 3ª trompeta (v. 10) se daña la 3ª parte de las aguas potables, un líquido tan vital para hombres y animales. «*Cayó del*

cielo» significa que este castigo procede directamente del trono. La «estrella» es, probablemente, un enorme meteorito o un cometa. También aquí hay cierto parecido con algunos efectos de la 1ª plaga de Egipto (cf. Éx. 7:19-25).

2. *El nombre de la estrella es: «el Ajenjo».* El ajenjo se consideraba en la antigüedad como lo más amargo que se conoce. En la Biblia, es símbolo de injusticia, de idolatría y, también, de castigos divinos (cf. Dt. 29:17; Os. 10:4; Am. 5:7) y, de ahí, de intensa pena y amargura en el corazón del hombre (cf. Lm. 3:19). Su brebaje es sinónimo de veneno (cf. Jer. 9:14-15; 23:15). He oído que Chernóbyl, donde ocurrió el accidente nuclear de 1986, significa, en ruso, «ajenjo». No tengo a mano ningún Diccionario ruso-español para verificarlo.

4) Herida en las lumbreras celestes (8:12, 13)

«12 Y el cuarto ángel tocó la trompeta, y fue herida la tercera parte del sol y la tercera parte de la luna y la tercera parte de las estrellas, de modo que (gr. hina = para que) se oscureció la tercera parte de ellos; y el día no brilló (en) su tercera parte, e igualmente la noche. 13 Y vi y oí un águila que volaba en el cenit (gr. en mesouranémati = en medio, es decir, en lo más alto, del cielo), que decía: ¡Ay, ay, ay de los que habitan sobre la tierra, como efecto (gr. ek) de los demás toques (gr. phonôn = voces) de la trompeta de los tres ángeles que están a punto de tocar.»

1. Hasta ahora, han sido ya afectadas las áreas de tierra y mar, así como las aguas potables. Queda la región del cielo, es decir, del firmamento en su referencia a las luminarias que en él puso Dios (cf. Gn. 1:14-18). Ya vimos en 6:12-14 ciertos castigos con referencia a la meteorología. Pero ahora, al toque de la 4ª trompeta (v. 12), el castigo se hace más detallado. Obsérvese que, en el presente caso, la distribución de *la 3ª parte* no es por extensión, sino por intensidad,

es decir, no debe entenderse como si una 3ª parte del sol, de la luna, etc., se oscureciera y no el resto, sino que perdieron una 3ª parte de su brillo. Quizá le extrañe a alguno la mención de *la noche* (v. 12c) perdiendo *la 3ª parte de su brillo*, siendo así que la noche ya es sinónimo de oscuridad. Es que aquí *el día* está en función del sol, y *la noche*, en función de la luna y las estrellas.

2. Este fenómeno tiene parecido con la 9ª plaga de Egipto (cf. Éx. 10:21-23). Si entendemos el designio de Dios al crear las luminarias celestes, podemos imaginar cuán grave es este castigo. El oscurecimiento de los astros es una señal de muy mal augurio para la humanidad pecadora. Todo se está volviendo contra los malvados. Como hace notar Salguero (*o.c.*, p. 398): «Del mundo material sólo quedan el *aire*, que será herido al sonar la séptima trompeta, y el *Abismo*, esto es, el Hades, del cual se hablará al tratar de la quinta trompeta» (el énfasis es suyo).

3. En cuanto al v. 13, tres detalles son dignos de notarse:

(a) El original, según los mss. más antiguos, dice: «*Y vi y oí un águila*» (gr. *aetouí*, no *angélou* = *ángel* -en la VRV).

(b) El águila es presentada en lo más alto de los cielos (v. 13a) para que su voz pueda ser oída por todo el mundo.

(c) Los tres *aves* (v. 13b) corresponden a las tres plagas siguientes, que serán todavía peores que las cuatro primeras. Los *aves*, en la literatura semítica, son lo contrario de los *macarismos* o bienaventuranzas, como puede verse por Lucas 6:20-26. Dichos *aves* afectan a *los habitantes sobre la tierra* (gr. *toús katoikouíntas epì tés gês*), fraseología bien conocida para describir a la humanidad rebelde, impenitente hasta el último momento. ¡Temblemos ante el tremendo juicio de Dios contra los rebeldes! ¡No pensemos que nosotros no necesitamos arrepentirnos (cf. Lc. 13:3, 5)!

Capítulo

9

Divido este capítulo en dos partes: (a) Toque y efectos de la 5ª trompeta (vv. 1-12); (b) Toque y efectos de la 6ª trompeta (vv. 13-21).

5) Las langostas (9:1-12)

«1 *Y el quinto ángel tocó la trompeta: y vi una estrella que había caído del cielo a la tierra, y le fue dada la llave del pozo del Abismo.* 2 *Y abrió el pozo del Abismo, y subió del pozo un humo como humo de un gran horno, y se oscureció el sol y el aire como efecto (gr. ek) del humo del pozo.* 3 *Y del humo salieron langostas a la tierra, y les fue dada autoridad como tienen autoridad los escorpiones de la tierra.* 4 *Y les fue dicho que no hiciesen daño a la hierba de la tierra ni a ninguna verdura ni a ningún árbol, sino sólo a los hombres que no tienen el sello de Dios en sus frentes.* 5 *Y les fue dado que no los mataran, sino que los atormentaran durante cinco meses. Y el tormento de ellos era como tormento de escorpión cuando pica a un hombre.* 6 *Y en aquellos días, buscarán los hombres la muerte, pero (lit. y) de ningún modo la hallarán, y anhelarán morir; pero (lit. y) la muerte huirá de ellos.* 7 *Y en cuanto a las semejanzas de las langostas, (eran) semejantes a caballos preparados para (la) guerra, y sobre sus cabezas como coronas semejantes al oro, y sus rostros como rostros de hombres.* 8 *Y tenían pelos como pelos de mujeres, y sus dientes*

eran como de leones, 9 y tenían corazas como corazas de hierro, y el ruido (lit. la voz) de sus alas como ruido (lit. voz) de carros de muchos caballos que corren a (la) guerra. 10 Y tienen colas semejantes a escorpiones y agujijones; y en sus colas (está) su potestad (gr. exousía = licencia, autoridad, potestad) para hacer daño a los hombres durante cinco meses. 11 Tienen por rey sobre ellos al ángel del Abismo, cuyo nombre es, en hebreo, Abaddôn, y en el griego tiene por nombre Apollúon. 12 El primer ay pasó; he aquí que vienen todavía dos ayes después de éstos.»

1. Como dice W. Smith en su comentario a este capítulo: «Es probable que, aparte de la exacta identificación de Babilonia en Ap. 17 y 18, el significado de los dos juicios en este capítulo represente el problema de mayor dificultad del Apocalipsis». El Espíritu Santo nos ayudará para que, en todo caso, saquemos de su lectura y análisis el mayor fruto espiritual posible.

2. Notemos (v. 1b) que Juan no ve esa estrella-ángel *cayendo*, sino *caída* (gr. *peptokóta*, ptc. de pret. pft.). Por el v. 11, vemos que es identificada como «ángel». Por la 3ª frase de este v. 1, se han confundido muchos, pensando que era un ángel bueno, al compararlo con 20:1 ss., sin notar dos diferencias importantes: (a) En 20:1, el ángel *bajaba*; aquí, *ha caído*; (b) en 20:2-3, agarra a Satanás, lo arroja al Abismo y lo encierra; aquí, es Satanás mismo el que abre el Abismo para que de él salgan toda clase de influencias maléficas (comp. con Is. 14:12-14; Lc. 10:18), pues él es el jefe del Abismo (cf. Is. 24:21-23; Lc. 8:31). No es la fosa donde yacen los cadáveres, ni el Hades o lugar de las sombras, ni el abismo acuático (hebr. *tejom*) de Gn. 1:2, pues de este sube *humo maléfico*; no es tampoco el propio Infierno, el cual tiene fuego sulfúreo (cf. 14:10; 19:20; 20:10, 14, 15; 21:18), pero bien puede decirse que es como «la antesala del infierno», porque el *humo* sale de donde hay *fuego*. Conforme a 12:7-10, Satanás vuelve al cielo atmosférico, donde todavía (cf. Ef. 2:2) está su cuartel general.

3. Al abrirse el pozo del Abismo (v. 2), sube una humareda tan densa que oscurece el sol y el aire. Para los antiguos, el aire tenía su propia luz, distinta de la del sol. El humo afecta a la visión y a la respiración; mucho más, éste tan denso y maléfico. Afectará a la visión y a la respiración, no sólo físicas, sino también espirituales, de los habitantes de la tierra, aun antes de que les atormenten las langostas. La visión, malamente afectada, no puede captar bien las realidades de las cosas; la respiración, malamente afectada, impide hablar y orar, cuando la oración es «la respiración del alma». Para entender bien el v. 3, es menester leer Joel 1:6; 2:4-10. Es una plaga similar a la 8ª de Egipto (cf. Éx. 10:12). Es conocida la voracidad de los saltamontes comunes; mucho mayor es la voracidad de las langostas, distintas de los saltamontes corrientes.

4. Pero a estas langostas se les manda hacer lo contrario que suelen hacer: no dañan a la hierba ni a las verduras ni a los árboles, pero atacan a los seres humanos (vv. 3b-10). En efecto,

(a) Se les concede (v. 3b) un poder especial, semejante al de *los escorpiones de la tierra*, cuya picadura es tan dolorosa, pero se les manda (v. 4) que sólo hagan daño a los seres humanos que carezcan de la protección de Dios, simbolizada, como sabemos por 7:1 ss., por *el sello de Dios en la frente*.

(b) La picadura del escorpión, si no se acude rápidamente a buscar un remedio, produce la muerte sin tardar mucho, pero a estas langostas con poder de escorpiones se les prohíbe (v. 5) que maten a los hombres, lo cual, al fin y a la postre, sería un alivio (cf. v. 6). Han de atormentarlos durante 5 meses, que es el tiempo al que llega la longevidad media de una langosta. El tormento es como el que produce el escorpión (v. 5b), lo cual no impide que este agudo tormento sea estrictamente literal.

(c) El tormento es tal que los hombres (v. 6) *buscarán la muerte, pero de ningún modo* (gr. *ou mē*) *la hallarán... porque huirá de ellos*, como el sueño *huyó del rey* (Est. 6:1, lit.) Asuero. Tanto el sueño de

Asuero como la muerte, en el v. 6b, aparecen personificados en una figura de dicción muy expresiva.

5. La descripción que de este ejército invasor se nos hace en los vv. 7-10 es impresionante:

(A) Son *semejantes a los caballos dispuestos para el combate* (v. 7). Al ser el caballo aquí símbolo de batalla, se da a entender el carácter punitivo de estos seres extraordinarios. Dos detalles más de este v. insinúan que, en realidad, Juan está hablando de seres inteligentes (demonios), pues: (a) llevan *como coronas semejantes al oro* (mejor atestiguado que *coronas de oro* –en la VRV) *en la cabeza* (cf. 12:3b, donde son coronas reales –*diadémata*– mientras que aquí son *stéphanoi* = *coronas de victoria*); (b) *su rostro es como rostro de hombres* (seres inteligentes).

(B) El parecido de sus crines (v. 8a) con la *cabellera de mujer* podría explicarse: (a) por la semejanza de las antenas de las langostas a una cabellera hirsuta o, mejor (b) por la abundancia de pelo, con cabellera descuidada, al estilo de las hordas de los bárbaros.

(C) Los «*dientes como de leones*» (v. 8b) es un símbolo de poder destructor, implacable, como el de un león cuando ha arrebatado una buena presa; no la soltará por mucho que se le hostigue.

(D) Las «*corazas como de hierro*» (v. 9a) simbolizan la dificultad de resistirles y hacerles daño (cf. Ef. 6:14), tomando como base la piel dura, escamosa, de las langostas corrientes.

(E) El estruendo bélico (v. 9b) que produce este ejército era muy conocido de los judíos, no sólo por el ruido de una invasión masiva de langostas, sino también por el fragor de las huestes invasoras de egipcios y asirios.

(F) El poder de las colas (v. 10) muestra el veneno de su naturaleza demoníaca, diabólica. De esta forma, reuniendo el daño que hacen con los dientes (v. 8b) con el que hacen con las colas (v. 10 –*escorpiones y agujones*–, en probable hendiadis = *agujones de escorpión*), este ejército ataca de frente y por la espalda.

(G) A todo esto se suma, no se olvide, que no vienen *a cara descubierta*, sino con disfraz, como puede verse por la repetición del adv. de modo *hos = como* (6 veces en 3 vv. 7-9). Dice el prof. Grau (*o.c.* p. 178): «El diablo no da la cara, los demonios dañan con sus “colas”, es decir, con sus artificios, sus mentiras y falsedades de toda especie; atraen por la lujuria, por la riqueza, por el afán desmesurado de poder. Y siempre con apariencia falsa, encubriendo su verdadero rostro».

6. Este maligno ejército tiene un rey (v. 11): «*el ángel del abismo*» (comp. v. 1). Juan da su nombre en arameo: «*Abaddón*» = *destrucción, perdición*, y en griego: «*Apollíom*» = *el que destruye o echa a perder* (lo contrario del Salvador –cf. Lc. 19:10). Entre los súbditos eminentes de este rey están los dos *hijos de perdición*: Judas (cf. 17:12) y el Anticristo (cf. 2 Ts. 2:3).

7. El v. 12 da a entender que lo que Juan ha visto es sólo el principio de dolores, pues quedan aún por pasar otros *dos ayes*.

6) Los jinetes (9:13–11:14)

«13 *Y el sexto ángel tocó la trompeta; y oí (que salía –gr. ek) de los cuernos del altar de oro (que está) ante Dios una voz, 14 que decía al sexto ángel, el que tenía la trompeta: Suelta los cuatro ángeles que están atados junto al gran río Éufrates. 15 Y fueron soltados los cuatro ángeles que habían estado preparados para esa (lit. la) hora y día y mes y año, para que mataran a la tercera parte de los hombres. 16 Y el número de los ejércitos de la caballería (era) doscientos millones ¡oí su número! 17 Y así vi los caballos en la visión y a los que montaban en ellos: Tenían (lit. que tenían) corazas ígneas y jacintinas y sulfúreas, y las cabezas de los caballos (eran) como cabezas de leones, y de sus bocas procede (exactamente el mismo vocablo de Jn. 15:26)*

fuego y humo y azufre. 18 Por efecto (gr. apò = de parte de) de estas tres plagas fueron muertos la tercera parte de los hombres, a consecuencia (gr. ek) del fuego y del humo y del azufre que procedía de sus bocas. 19 Porque el poder (gr. exousía = autoridad) de los caballos está en sus bocas y en sus colas; porque sus colas son semejantes a serpientes, al tener (lit. teniendo) cabezas, y con ellas hacen daño. 20 Y los restantes de los hombres que no fueron muertos con estas plagas, ni (aun así) se arrepintieron de las obras de sus manos para dejar de adorar a los demonios y a los ídolos de oro y de plata y de bronce y de piedra y de madera, los cuales no pueden ver ni oír ni andar; 21 y no se arrepintieron de sus homicidios ni de sus hechicerías ni de su fornicación ni de sus robos.»

1. Esta 2ª parte del capítulo 9 se subdivide en 4 partes: (a) Sexto toque de trompeta (vv. 13, 14); (b) Suelta de los 4 ángeles y número de las nuevas tropas (vv. 15, 16); (c) Descripción de los caballos y de los jinetes (vv. 17-19); (d) Reacción negativa de los hombres (vv. 20, 21).

2. Nada menos que 5 arts. determinativos, uno para cada elemento (v. 13a), designan enfáticamente el lugar de donde procede la voz de mando. Así responde Dios al grito de los mártires (cf. 6:9) y a las oraciones de los santos (cf. 8:4, 5). Los 4 ángeles del v. 14 son distintos de los de 7:1, pues estos son ángeles malos, ya que aparecen *atados*, lo cual nunca se dice en la Biblia de los ángeles buenos (comp. Jud. v. 6; Ap. 20:2). Recuérdese que del otro lado del Éufrates, *del río Éufrates, el grande* (v. 14, lit.), de Asiria y Babilonia, vinieron los grandes ejércitos que atormentaron al desobediente Israel.

3. No existe la casualidad. Llegamos a *la hora precisa* (v. 15) de la gran operación del Anticristo, surgida del infierno, señalada meticulosamente: *«para la hora y el día y el mes y el año»*. La agenda de Dios es sumamente puntual: ni un minuto de adelanto ni un minuto

de retraso. 200 millones (v. 16) es símbolo de una gran muchedumbre (cf. Sal. 68:17; Ap. 5:11). Sin embargo, es consolador recordar lo de Eliseo a su criado en 2 Reyes 6:16: «*No tengas miedo, porque más son los que están con nosotros que los que están con ellos*» (cf. 1 Jn. 4:4).

4. Las *corazas de los jinetes* (v. 17) eran impenetrables: rojas por el *fuego*, azules por el *jacinto* y amarillas por el *azufre*; éste simboliza, en la Biblia, lo demoniaco. El azufre, al arder, presenta estas características: es amarillo vivo de suyo, tiene la movilidad y el calor del fuego, con una llama finamente azulada de tinte malva, y forma un humo agobiante y asfixiante, acre y penetrante. El infierno (la *gehenna*) es representado como «*el lago de fuego que arde con azufre*» (19:20), «*el lago de fuego y azufre*» (20:10), o «*el lago que arde con fuego y azufre*» (21:8), expresiones sinónimas, no hay duda. En 14:9, 10, leemos del que *adora a la bestia, etc.*, que «*será atormentado con fuego y azufre*». Todo nos da idea de la naturaleza infernal de estos jinetes y de sus caballos. No ha de extrañar lo de (v. 18) *tres plagas que ocasionan la muerte de una 3ª parte de la humanidad*, hasta ahora el mayor castigo que ha caído sobre la humanidad rebelde. Diabólico es el poder de esos caballos *con cabezas como de leones, de cuyas bocas salen las tres plagas mencionadas* (v. 17b) y *con colas que tienen cabezas y son semejantes a serpientes, para dañar* destilando veneno (v. 19). Si comparamos el v. 19 con los vv. 8 y 10, vemos que el poder que este ejército tiene *para dañar* es mayor aún que el de las langostas de 9:3 ss.

5. En los vv. 20 y 21, vemos que la reacción de los sobrevivientes no es de arrepentimiento, sino de endurecimiento. Esta gente seguidora del Anticristo se rige por los antimandamientos: (a) Contra Dios, la idolatría, de la cual, como en Romanos 1:24, brotan todas las demás maldades del impío inconverso; (b) Contra el prójimo; los tres crímenes más dañinos y perversos: el homicidio, el abuso sexual y el robo;

se añaden «*las hechicerías*» (gr. *pharmákon*, de donde «farmacia») en la lista de las cosas que dañan al prójimo: la magia negra y, hoy día, sobre todo, las drogas. Dice W. W. Wiersbe (*o.c.*, p. 596, 1ª col.): «Lo más atemorizador en Apocalipsis 9 no son los juicios que Dios envía, sino los pecados que los hombres persisten en cometer, *incluso mientras Dios los está juzgando*» (el énfasis es suyo). ¡Quién no temblará!

Capítulo

10

Los capítulos 10 y 11 forman una especie de semiparéntesis, pues falta todavía el toque de la 7ª trompeta (cf. 11:15). En este semiparéntesis, ocurren cuatro secuencias, dos en el capítulo 10: un mensaje de consolación y la orden a Juan para que profetice; y otras dos en el capítulo 11: la medición del templo y la aparición de los dos testigos especiales.

Divido el cap. 10 en tres partes: (1) El ángel poderoso y los 7 truenos (vv. 1-4); (2) Anuncio del final de los tiempos (vv. 5-7); (3) Juan recibe un pequeño rollo para que se lo coma (vv. 8-11).

«1 Y vi otro ángel fuerte que bajaba del cielo, envuelto en una nube, y el arco iris sobre su cabeza, y su rostro como el sol, y sus pies como columnas de fuego, 2 y tenía en su mano un pequeño rollo abierto. Y puso su pie derecho sobre el mar y el izquierdo sobre la tierra, 3 y gritó a gran voz, como (cuando) muge (gr. mukâtai) un león. Y cuando gritó, hablaron sus voces los siete truenos. 4 Y cuando hablaron los siete truenos (yo) estaba a punto de escribir; y oí una voz procedente (gr. ek) del cielo, que decía: Sella lo que hablaron los siete truenos y no lo escribas» (vv. 1-4).

1. Juan ve (v.1) *otro* (gr. *álton*, del mismo rango que el de 9:13) *ángel que descendía del cielo, envuelto en una nube*. Juan lo llama *fuerte* (gr. *isjurós* = *forzudo*) como el ángel de 5:2. Contra lo opinado

por algunos, este ángel no puede ser identificado con Jesucristo, a pesar de muchas expresiones de este v. 1: (a) Nunca, en Apocalipsis, se llama *ángel* a Cristo; (b) Juan no lo adora como a Cristo (cf. 1:17); (c) No es posible que el juramento de los vv. 5 y 6 saliera de los labios de Cristo; (d) Por la raíz hebr. *gabar*, podría ser el ángel Gabriel (*gabriel* = *Dios es mi fuerza*), pues, como él (cf. Dn. 8:16; 9:21; Lc. 1:19, 29), lleva un mensaje consolador de tipo mesiánico; (e) Va *envuelto en una nube*, lo cual no quiere decir que sea «el Hijo del Hombre», sino que viene de la gloria de Dios, en son de paz y misericordia (el *halo irisado* en su cabeza).

2. La descripción del rostro y de los pies de este ángel nos recuerdan los detalles de Daniel 10:5, 6 (también un ángel, a pesar del parecido con Ap. 1:13-16). Lleva en la mano un rollo muy pequeño, como lo expresa el gr. *biblarídion*, vocablo que es diminutivo de *biblaríon*; éste, de *biblíon* = *rollo*; y éste, de *bíblōs* = *libro*. Así se indica que es un mensaje breve (se lleva poco tiempo leerlo) y, además, está *abierto* (no está oculto para nadie).

3. La actitud y postura del ángel (vv. 2b-3) impresiona: (a) Su figura aparece colosal: *un pie en tierra, el otro en el mar, la diestra levantada hacia el cielo* (en la izquierda lleva el rollo); (b) Su grito es como la voz de un león cuando ruge, pero el texto gr. no dice *brújei* = *ruge*, sino *mukâtai* = *muge*. Descartada la hipótesis de un error del autor sagrado, sólo cabe pensar que la palabra de Dios quiere unir aquí la majestad del león con la potencia del toro, como lo muestran (v. 3b) *los siete truenos que emitieron sus voces*, como las 7 veces que, en el Salmo 29, la voz de Dios es asemejada al trueno (cf. también Jn. 12:18).

4. Cuando Juan se dispone a escribir lo que le han revelado las voces de los siete truenos (v. 4), *una voz del cielo* (¡no del ángel!, otra prueba de que no es Jesucristo) le ordena a Juan *que selle lo que le han dicho y que no lo escriba*, es decir, que lo mantenga *oculto*.

«5 Y el ángel que vi de pie sobre el mar y sobre la tierra
levantó su mano, la derecha, hacia el cielo

6 y juró en el que vive por los siglos de los siglos,
el que creó el cielo y lo que (hay) en él, y la tierra y lo que
(hay) en ella, y el mar y lo que (hay) en él, que ya no habrá
más tiempo,

7 sino que en los días de la voz del séptimo ángel, cuando esté
a punto de tocar la trompeta, se habrá consumado el misterio de Dios,
como lo anunció (gr. *euengélisen* = dio las buenas nuevas) a sus
siervos los profetas» (vv. 5-7).

Ahora, el ángel jura (vv. 5, 6) *en el que vive*, es decir, *en el nombre del que vive...* Jura por otro mayor que él (comp. hebr. 6:13), otra indicación de que no es Dios. ¿Qué juró? Juró *que no habrá más tiempo* (v. 6c), es decir, *que no habrá más demora, sino que* (v. 7), *tan pronto como el séptimo ángel haya tocado la séptima trompeta, se habrá consumado* (gr. *etelésthe* = fue consumado –aor. pas.) *el misterio de Dios* (comp. Dn. 12:7). Dice el dominico Salguero (*o.c.*, p. 410): «Toda la esperanza de que *se cumpliera el misterio de Dios*, es decir, de que llegara el Reino de Dios, se fundaba en las promesas divinas anunciadas por Dios por medio de sus profetas, como nos advierte el autor del Apocalipsis... Este misterio de Dios es el establecimiento definitivo del reino de Dios y de su Cristo, que tendrá lugar con la destrucción de las naciones paganas» (el énfasis es suyo).

«8 Y la voz que oí procedente (gr. *ek*) del cielo, de nuevo hablaba conmigo y decía (lit. de nuevo hablando conmigo y diciendo): *Ve, toma el rollo (que está) abierto en la mano del ángel que está de pie sobre el mar y sobre la tierra.* 9 *Así, pues* (gr. *kai* = y), *me fui hacia el ángel diciéndole que me diera el rollo pequeño. Y me dice: Toma y devóralo; te amargaré el vientre, pero en tu boca será dulce como miel.* 10 *Y tomé el rollo pequeño de la mano del ángel y lo devoré, y era en mi*

boca dulce como miel: y cuando lo había comido (lit. lo comí), se me amargó el estómago. 11 Y me dicen: Tienes que profetizar de nuevo sobre muchos pueblos y naciones y lenguas y reyes» (vv. 8-11).

1. La voz celestial (v. 8; cf. v. 4) ordena a Juan tomar el pequeño rollo que tiene el ángel, y el ángel mismo (v. 9) le ordena que lo *devore* (gr. *katáfage*), es decir, que se lo coma pronto y totalmente. En Ezequiel 2:8-3:3, hay un caso similar, pero en Ezequiel no hay *amargor*, porque Ezequiel está viendo el lado positivo del mensaje: la restauración escatológica del Templo y del mismo Israel. En el mensaje de Apocalipsis 10:9-11, la *dulzura* (vv. 9, 10) representa la visión de la Iglesia ya arrebatada, de la justicia divina ya satisfecha y de la misericordia divina todavía abierta.

2. Pero la *amargura* (v. 10c) está representada en la dureza de la misión profética encomendada a Juan, tipificada en su propia condición de desterrado *por la palabra de Dios y el testimonio de Jesús* (1:9), y el ver la impenitencia de los rebeldes, con los terribles juicios que van a sobrevenir. Comenta Grau (*o.c.*, p. 184): «Es así, porque la Palabra contiene *gracia y juicio*» (el énfasis es suyo). Por su parte, W. W. Wiersbe (*o.c.*, p. 598, col. 1^a) dice así: «La Palabra siempre tiene que “hacerse carne” (Jn. 1:14), antes de darla a quienes la necesitan. ¡Ay del predicador o maestro que es un mero eco de la Palabra de Dios y no la encarna, convirtiéndola en parte viva de su propio ser! El ministro fiel declarará todo el consejo de Dios (Hch. 20:27), sin diluir el mensaje por complacer a los oyentes (2 Ti. 4:1-5)».

Capítulo

11

Este capítulo contiene la 2ª parte del paréntesis que se abrió en 10:1. Se divide, a su vez, en dos partes: (1) Los dos testigos (vv. 1-14); (2) Toque de la 7ª trompeta (vv. 15-19).

Para comodidad del lector, subdivido la 1ª sección (vv. 1-14) en 4 partes: (a) Medición del Templo (vv. 1-2); (b) Aparición de los dos testigos (vv. 3-6); (c) Asesinato de los dos testigos a manos del Anticristo (vv. 7-10); (d) Traslación de los dos testigos, ya resucitados, al Cielo (vv. 11-14).

«1 Y me fue dada una caña semejante a una vara de medir; diciendo: Levántate y mide el santuario de Dios y el altar y a los que adoran en él. 2 Y el atrio exterior del santuario, omítelo (lit. échalo afuera) y no lo midas, pues ha sido dado a las naciones (es decir, a los no judíos) y hollarán la ciudad santa durante cuarenta y dos meses» (vv. 1, 2).

1. Estamos en la 1ª mitad de la Gran Tribulación, pues Israel aparece adorando a su Dios de nuevo, en el nuevo templo construido bajo la protección del Anticristo, que habrá concertado su pacto con Israel (cf. Dn. 9:27). Así, pues, este Templo está construido exclusivamente para judíos, no para cristianos; contando, además, con que la Iglesia habrá sido arrebatada antes de comenzar la Gran Tribu-

lación, como he dicho repetidas veces. Todo lo que hay en este capítulo 11 se va a realizar en la 1ª mitad de la 70ª semana de Daniel.

2. Vemos aquí (v. 1) que Juan recibe la orden de medir el templo y el altar y, también, a los adoradores. «*Medir*», dice el texto, no «*contar*» –según vierte la NVI. «Medir algo es reclamarlo para sí», dice W. W. Wiersbe (*o.c.*, p. 598, col. 2ª). La «*vara de medir*» (gr. *rhábdos*) era una caña de 10 pies = tres metros. Lo «medido» es sagrado y queda protegido, mientras que el resto (v. 2, comp. con Lc. 21:24) es entregado a los gentiles, quienes, de este modo, lo profanarán, pues no compete a ellos pisar el santuario. Dice J. Walvoord (*o.c.*, págs. 176, 177): «Es muy significativo el que a Juan se le ordene medir no sólo el Templo y el altar, sino también a los adoradores. Está diciendo, en efecto, que Dios es el juez del culto del hombre y del carácter del hombre, y que todos tienen que rendirle cuentas. También implica, por cuanto la caña tiene diez pies de largura, que el hombre no llega, ni con mucho, al nivel que Dios exige. Incluso una persona muy alta quedaría por debajo del nivel de los diez pies de la caña de medir. Por consiguiente, Dios no sólo está reclamando, con esta medición, que es dueño del Templo y del altar, sino que está también demostrando las deficiencias de los adoradores que no llegan a la medida del nivel que Él exige».

3. Aunque la persecución del Anticristo no ha comenzado todavía, los judíos no podrán menos de recordar la profanación del reconstruido (cf. Esd. 6:3-5) templo de Salomón durante la persecución de Antíoco IV Epífanés; concretamente, desde junio del 168 hasta diciembre del 165 a.C.

«3 Y daré (orden) a mis dos testigos, y profetizarán durante mil doscientos sesenta días vestidos de saco. 4 Estos son los dos olivos y los dos candelabros que están de pie ante el Señor de la tierra. 5 Y si alguien quiere hacerles daño, sale fuego de su boca y devora a

sus enemigos; y si alguien quisiera hacerles daño, así tiene que ser muerto él. 6 Éstos tienen la autoridad para cerrar el cielo, a fin de que no llueva durante los días de su profecía, y tienen autoridad sobre las aguas para convertirlas en sangre y para herir la tierra con toda (clase de) plaga cuantas veces quieram» (vv. 3-6).

1. Estos testigos van a profetizar, es decir, predicar y anunciar (v. 3), durante *1260 días* (tres años y medio = la 2ª mitad de la Gran Tribulación), pues el Anticristo tiene entonces el dominio absoluto sobre el Templo y la Ciudad, lo que supone el quebrantamiento del pacto profetizado en Daniel 9:27.

2. A pesar de las apariencias «claras», resulta extremadamente difícil hacer la identificación de estos dos testigos.

(A) Por supuesto, hay que descartar que sean símbolos de la Iglesia, ya arrebatada antes de 4:1.

(B) A pesar de la mención de los «*dos olivos y los dos candelabros*» del v. 4 (cf. Zac. 4) Zorobabel y Josué tienen que ser descartados, pues no se les puede atribuir los poderes milagrosos del v. 6.

(C) Como la identificación de Elías parece evidente por el v. 6a, opinan muchos que son Enoc y Elías, los dos sobrevivientes, porque no se habla de ellos como *muertos*, sino como *trasladados* (cf. Gn. 5:24; He. 11:5 «*sin experimentar la muerte*»; 2 R. 2:11). Pero Enoc queda descartado por tres razones: (a) antediluviano e incircunciso, fue un profeta para el pueblo de su época y no tendría autoridad con los judíos de Palestina; (b) su traslado implica que fue arrebatado en cuerpo y alma –como los *vivientes* de 1 Tesalonicenses 4:17– a la presencia de Dios, para no morir más; (c) no se le pueden atribuir los milagros del v. 6.

(D) Por eliminación, los más probables son Moisés y Elías, pues son los únicos a quienes pueden atribuirse los poderes milagrosos del v. 6, pero una identificación personal es muy improbable: (a) De Moisés dice claramente la Palabra de Dios que *murió* (cf. Dt. 34:5-7).

Imaginar una resurrección *provisional*, para que vuelva a morir ahora, es totalmente arbitrario. (b) El traslado de Elías, sin la concisión de Génesis 5:24, lleva las mismas marcas de Enoc: está ya glorificado en el cielo. Es cierto que, en Malaquías 4:5, dice Dios: «*He aquí, Yo os envío el profeta Elías antes que venga el día de Yahwéh, grande y terrible*». Juan el Bautista vino «*con el espíritu y el poder de Elías*» (Lc. 1:17), pero no era Elías en persona (cf. Jn. 1:21). Sin embargo, el Señor parece que cerró a Elías toda función para el futuro en Mateo 11:13-14, comp. con Mateo 17:10-13. Con todo, como la Palabra de Dios no puede contradecirse a sí misma, forzoso es concluir que Mal. 4:5 está todavía por cumplir y, en consecuencia, que *Elías tiene que venir todavía en persona, glorificado o sin glorificar*. Pero la función que se le atribuye en Malaquías 4:5 es mucho más amplia que la que se le atribuye aquí. En conclusión, aunque Apocalipsis no lo mencione, es probable que venga como instrumento de *conversión* para los judíos antes del milenio, a una escala mucho mayor que Juan el Bautista, cuyo ministerio personal sólo consiguió la conversión de unos pocos.

(E) Por el afán de identificar a estos dos testigos, podríamos perdernos el mensaje que se oculta en esta porción. En mi opinión, este mensaje es que, de la misma manera que Zorobabel y Josué, llenos del Espíritu Santo (Ap. 11:4, cf. Zac. 4), fueron luminares –sin milagros– para su generación, y Moisés y Elías lo fueron para sus respectivas generaciones con sus poderes milagrosos, hallando siempre respuesta de rebeldía, también los testigos estos obrarán con el mismo espíritu que ellos, dejando sin excusa a quienes escuchen su testimonio. ¿Tenemos excusa nosotros? ¡Ninguna! ¡Cuidemos, pues! (cf. Ro. 11:21).

«7 *Y cuando terminen su testimonio, la bestia que sube del abismo hará guerra contra (lit. con) ellos y los vencerá y los matará. 8 Y sus cadáveres (yacerán) sobre la plaza de la gran ciudad, la cual se llama espiritualmente Sodoma y Egipto, donde también fue crucificado el Señor de ellos. 9 Y (muchos) de entre los pueblos y tribus y lenguas*

y naciones verán sus cadáveres durante tres días y medio, y no dejan que sus cadáveres sean puestos en un sepulcro. 10 Y los que habitan sobre la tierra se alegrarán sobre ellos y harán fiesta, y se enviarán regalos unos a otros, pues estos dos profetas atormentaron a los que habitan sobre la tierra» (vv. 7-10).

1. «*La bestia que sube del abismo*» (v. 7b), esto es, del mar (cf. Gn. 1:2), es el Anticristo, como veremos en 13:1. La palabra «*guerra*» da a entender que los dos testigos han atraído a cierto número de judíos (cf. 13:7); «*los vencerá* (físicamente, no espiritualmente) *y los matará*» (cf. 13:7a), pero sólo «*cuando hayan acabado su testimonio*», pues la providencia de Dios lo controla todo.

2. La identificación (v. 8) de «*la ciudad, la grande*» (lit.) está clara, pues *allí fue crucificado el Señor de ellos* (v. 8c), aunque *es llamada en sentido espiritual* (es decir, no literal) *Sodoma y Egipto*, porque en aquellos tres días y medio (v. 9), Jerusalén será un centro de corrupción moral como Sodoma (cf. Is. 1:4-9), y de orgullo protervo e idolátrico como Egipto.

3. Gentes de todo el mundo (v. 9) verán sus cadáveres, ¿cómo? Hay que partir del dato seguro en exégesis. Ese dato es que el texto no dice que *todos los verán*, sino que *los verán (personas) de entre los pueblos y tribus y lenguas y naciones*. Caben, por tanto, dos interpretaciones:

(a) *Los verán* (gr. *blépousin* = *fijarán los ojos en ellos*) todos los habitantes de la tierra, pues el, de momento, triunfante Anticristo tendrá sumo interés en que sean exhibidos continuamente por la televisión, con todos los adelantos que para entonces se habrán llevado a cabo en estos medios de comunicación.

(b) El Dr. Carballosa (*o.c.*, p. 208) nos da la siguiente interpretación: «El texto griego sugiere que habrá una representación de los habitantes de la tierra... presente en la ciudad de Jerusalén que por

un período de tres días y medio desfilarán frente a los cadáveres de los dos testigos».

4. El aparente éxito de los vencedores (v. 10) les hará regocijarse hasta tal punto que *se enviarán regalos unos a otros*. Dice W. W. Wiersbe (*o.c.*, 599, col. 1^a): «celebrarán una especie de “Navidad satánica”». El motivo de este regocijo extraordinario es (v. 10c) que «*estos dos profetas atormentaron a los que habitan sobre la tierra*». Es un hecho terrible, pero cierto: Los que amonestan para bien son siempre un «tormento» para los malvados. Los profetas estorban, porque «inquietan»; Y el mundo no quiere inquietudes, sino placeres.

«11 *Y después de los tres días y medio, un espíritu de vida (procedente) de Dios entró en ellos y se pusieron sobre sus pies, y cayó gran temor sobre quienes los contemplaban. 12 Y oyeron una gran voz (procedente) del cielo, que les decía: Subid acá. Y subieron al cielo en la nube, y los contemplaron sus enemigos. 13 Y en aquella hora se produjo un gran terremoto, y la décima parte de la ciudad se cayó, y fueron muertos en el terremoto siete millares de personas humanas (gr. onómata anthrópon = nombres de hombres), y los restantes se llenaron de miedo y dieron gloria al Dios del cielo. 14 El segundo ¡ay! pasó; he aquí que el tercer ¡ay! viene pronto*» (vv. 11-14).

1. Sin duda, los *tres días y medio* (v. 11) han de entenderse literalmente, pues al 4º *ya hieden* (cf. Jn. 11:39). Dios no permitió que estos cadáveres llegasen al punto de clara descomposición, teniendo en cuenta la mentalidad judía de que el alma queda por tres días junto al cadáver, pero lo abandona al 4º día. De ahí que nadie pudiera negar el milagro de Jesús al resucitar a Lázaro «*de cuatro días*».

2. Ante este inesperado milagro (v. 11c), la alegría de los malvados espectadores se convirtió en *gran temor*. Obsérvese que el voca-

blo «grande» aparece 8 veces en este capítulo. La ascensión a los cielos «*en la nube*» (v. 12b) es símbolo de la glorificación que Dios quiere otorgar a estos dos testigos delante de todos los que los contemplan.

3. El *terremoto grande* (v. 13a) es mayor que el de 6:12, pero menor que el de 16:18-20, como corresponde al avance en espiral. La última frase del v.: «*Y los restantes se llenaron de miedo y dieron gloria al Dios del cielo*» no significa una verdadera conversión que comienza por un temor saludable, sino un miedo sobrecogedor, un terror que resulta en un mayor endurecimiento, como fue el caso de Judas (cf. Mt. 27:3-5) y el de Simón mago (cf. Hch. 8:24). Esta es mi firme opinión. MacArthur (*The MacArthur Study Bible*, p. 2.007, col. 1^a) piensa de otro modo: «Una genuina experiencia de la salvación de los judíos». Carballosa (*o.c.*, p. 210) parece también a favor de una genuina conversión, pero acaba diciendo: «Si bien es posible que los sobrevivientes del terremoto genuinamente se arrepientan y busquen la salvación, existe la duda de que una humanidad endurecida por el pecado y en flagrante rebeldía contra Dios pudiese cambiar tan radicalmente. No obstante, la gracia de Dios siempre sobreabunda donde el pecado abunda (Ro. 5:20b)». Dudo mucho de que Romanos 5:20b tenga aplicación en Apocalipsis 11:13b.

«15 *Y el séptimo ángel tocó la trompeta y sonaron (gr. egénonto = se hicieron) en el cielo grandes voces, que decían:*

El reinado del mundo se ha vuelto (el reinado) de nuestro Señor y de su Cristo,

y reinará por los siglos de los siglos.

16 *Y los veinticuatro ancianos (que están) ante Dios sentados en sus tronos cayeron sobre sus rostros y adoraron a Dios,*

17 *diciendo:*

*Te damos gracias, Señor Dios Todopoderoso,
el que es y el que era,*

pues has tomado tu gran poder
y has comenzado a reinar (lit. *y reinaste* -aor. ingresivo);
 18 *y se encolerizaron las naciones,*
y llegó tu cólera
y el tiempo (gr. *kairòs* = *sazón, oportunidad*) *de los*
muertos para ser juzgados,
y de dar la recompensa a tus siervos los profetas,
y a los santos y a los que temen tu nombre,
a los pequeños y a los grandes,
y de destruir (lit. *corromper*) *a los que corrompen la tierra.*
 19 *Y se abrió el santuario de Dios que (está) en el cielo, y se*
dejó ver (lit. *fue vista*) *el arca de su pacto en su santuario; y se*
produjeron (gr. *egénonto* = *se hicieron*) *relámpagos y voces y truenos*
y un terremoto y una gran granizada.»

1. Al contrario que en 8:1, donde a la apertura del 7º sello siguió un solemne silencio, aquí (v. 15) al toque de la 7ª trompeta no sigue el silencio, sino un himno de triunfo y alegría. Se cierra aquí una gran espiral, con el anuncio proléptico de la inauguración del reino mesiánico de 20:1 y ss. Nótese, al final del v., la frase: «*Y reinará...*», en futuro, pues Dios todavía no reina en el mundo (cf. 1 Jn. 5:19). Cuando leemos, p.ej., en Salmos 93:1, 97:1 y 99:1, «*Yahwéh reina*», el contexto posterior nos indica que apuntan, como el Salmo 2, al reino milenario que se cumple efectivamente en Apocalipsis 20. El mismo Señor nos enseñó a pedir en el *Padrenuestro* (cf. Mt. 6:10; Lc. 11:2): «*Venga tu reino*», señal de que no ha llegado todavía, pues no se pide por lo que ya se tiene presente.

2. Las *grandes voces que se dejan oír en los cielos* proceden, sin duda, de todos los seres celestiales que rodean el trono. Y ante esa manifestación de la soberanía de Dios, los 24 ancianos (vv. 16-18) reaccionan como se debe: *se postran y adoran a Dios* (v. 16). Pero

no se limitan a una postura, sino que dicen lo que piensan y sienten en un himno de acción de gracias que es, ante todo, una alabanza por lo que Dios es y hace: (a) Porque reina supremo (v. 17), (b) porque juzga rectísimo (v. 18a), (c) porque recompensa generosísimo (v. 18b) y (d) porque retribuye justamente a los que destruyen la tierra (v. 18d). Nótese los detalles de los vv. 17-18:

(a) Los 24 ancianos dan gracias *al Señor (de ellos* –cf. v. 15 «*nuestro Señor*»).

(b) También *al Dios*, es decir, al Creador de todo cuanto existe.

(c) Y *al Todopoderoso*, es decir, al que todo lo puede, lo dirige y lo controla.

(d) «*El que es* (pres.) *y el que era* (pas.). Como lo que era futuro ya se ha cumplido, sobra lo de «*y el que está viniendo*».

(e) La cólera de las naciones es impotente (v. 18a), porque la cólera de Dios es infinitamente más poderosa (v. 18b). Nadie ni nada podrá oponerse al juicio de Dios, tanto de recompensa (v. 18c), como de castigo (v. 18d). Hay que traducir el v. 18 lo más literalmente posible a fin de no perder los matices. P.ej. los *siervos de Dios* engloban a cuantos han sufrido por la causa del Evangelio; los *profetas* son los que han proclamado la Palabra de Dios en la época más difícil de la Historia (cf. v. 10 «*porque estos dos profetas...*»); los *santos* son los convertidos del pueblo judío (cf. 13:7): *y los temerosos de Dios* (gentiles –cf. Hch. 10:2) son todos los demás, *pequeños o grandes*, es decir, de poca importancia ante el mundo o de gran importancia.

(f) En cuanto a la identificación de *los que corrompen la tierra* (v. 18d) y al juicio de Dios contra ellos, cf. 6:8; 8:8, 11; 9:11; 11:7. Dice W. W. Wiersbe (*o.c.*, p. 601, col. 1^a): «¡Qué ironía es que esta gente vivan para la tierra y sus placeres y, al mismo tiempo, *destruyan* la misma tierra que adoran» (el énfasis es suyo).

3. El v. 19 es como un solemne prólogo del cap. 12 y nos sirve grandemente para identificar bien a la *mujer* de 12:1 ss. La mención

del «*arca de su pacto*» asegura al remanente judío que «*los dones y el llamamiento de Dios son irrevocables*» (Ro. 11:29). El apócrifo 2 Mac. 2:4-8 recoge una tradición según la cual Jeremías escondió en una cueva el tabernáculo, el arca y el altar de los perfumes y dijo: «Este lugar quedará desconocido hasta que Dios vuelva a reunir a su pueblo y le sea propicio». Los fenómenos con que se cierra el capítulo (v. 19b) anuncian como siempre un solemne acontecimiento, con extraordinaria intervención de Dios; pero, además, en este caso, son señales semejantes a las que se produjeron cuando Dios concertó su pacto con el pueblo en el Sinaí (cf. Éx. caps. 19 y 20, especialmente 19:16-19).

Capítulo

12

Comienza el gran paréntesis (caps. 12–14): Conflicto entre el Bien y el Mal. Divido el cap. en tres secciones: (a) La mujer, el dragón y el niño (vv. 1-6); (b) Lanzamiento de Satanás a la tierra, la ira del diablo y la alegría de los salvos (vv. 7-12); (c) La persecución de Israel durante la Gran Tribulación (vv. 13-18). No se alarme el lector que dependa de la VRV al ver insertado un v. 18 que no aparece en «su Biblia». Vea en su lugar el comentario referente a dicho versículo.

2) *Los instrumentos y los efectos del gobierno* **(12:1–19:10)**

(a) El conflicto entre el bien y el mal (caps. 12-14)

1) La mujer y el dragón (cap. 12)

«1 Y se dejó ver en el cielo una gran señal: una mujer vestida del sol, y la luna debajo de sus pies, y sobre su cabeza una corona de doce estrellas; 2 y estando encinta, grita por los dolores del parto y la tortura de dar a luz. 3 Y se dejó ver otra señal en el cielo, y he aquí un dragón grande rojo, que tenía siete cabezas y diez cuernos, y sobre sus cabezas siete diademas; 4 y su cola arrastra la tercera parte de las estrellas del cielo y las arrojó a la tierra. Y el dragón se detuvo ante la mujer que estaba a punto de dar a luz, a fin de devorar a su hijo tan pronto como lo dé a luz. 5 Y dio a luz un hijo varón,

el cual está a punto de pastorear a todas las naciones con vara de hierro; y fue arrebatado su hijo a la presencia de Dios y ante su trono. 6 Y la mujer huyó al desierto, donde tiene un lugar preparado por Dios para que la sustenten allí durante mil doscientos sesenta días.»

1. En primer lugar, ¿a quién representa esta *mujer* del v. 1? Por lo menos hasta hace poco, los católicos veían en ella a la Virgen María, puesto que su hijo del v. 5 es, sin duda, Jesucristo. Aparte de los adornos de la mujer, hay en contra tres razones poderosas: (a) si los católicos han de ser consecuentes con sus doctrinas: *Esta mujer sufre dolores de parto* (v. 2), mientras que, según Roma, María no tuvo ningún dolor de parto, pues fue virgen antes del parto, en el parto y después del parto; (b) la mujer de Ap. 12:1 no es literal, sino simbólica: «*una gran señal*», mientras que María es una mujer literal; y (c) «*el resto de la descendencia de ella*» (v. 17) va a ser perseguido por el dragón, cosa que no sucedió con ningún hijo de María.

2. La mayoría de los modernos expositores católicos y de los evangélicos antidispensacionistas, piensan que representa a la Iglesia. Aun prescindiendo del esquema dispensacionalista, basta con decir que no fue la Iglesia quien dio a luz a Cristo, sino que fue Cristo quien fundó la Iglesia por medio del Espíritu Santo en Pentecostés, como lo había prometido (cf. Mt. 16:18). Y la Iglesia no es un «sucesor» de Israel, es decir, no hay una «Iglesia del A.T.», porque la Iglesia es algo totalmente nuevo (cf. Ef. 3:3-7).

3. Algunos católicos, y la mayoría de los evangélicos, incluyendo los no dispensacionistas, sostienen que la mujer representa exclusivamente a Israel, como puede verse:

(A) por los profetas (cf. p.ej., Is. 50:1; 54:1-8; 62:4, 5; 66:7-9; Jer. 3:1-11; 31:32; Ez. cap. 16; Os. cap. 2; 3:1; Mi. 4:9-10; 5:3) en los que aparece Israel como mujer, y Dios como su Marido.

(B) por la forma en que la mujer es presentada en la Biblia, *dando a luz con dolores de parto* (cf. Is. 26:17-18; 66:7; Jer. 4:31; Mi. 4:10). Y, en Romanos 9:5 consta que «*el Mesías descende, según la carne, de los patriarcas*». Dice Carballosa (*o.c.*, p. 229): «fue la nación de Israel quien dio el Mesías al mundo». En efecto, Jesús *es un judío* mientras sea Hombre, es decir, por toda la eternidad (cf. Ap. 22:1). Cuando Jesús apareció en este mundo, el verdadero remanente de Israel estaba suspirando por la Venida del Mesías. Basta con leer los textos de los profetas, citados en este mismo punto B. *Lucas*, «el evangelio de la salvación», tiene en sus dos primeros caps. tres himnos que confirman el anhelo del auténtico Israel por la Venida del Mesías (cf. Lc. 1:46-55, 68-79; 2: 29-32). Éstos son, en mi opinión, los «*dolores de parto*» de Israel, en la angustia del alumbramiento.

(C) por la forma en que es descrita en el v. 1: «*una mujer revestida del sol, con la luna bajo sus pies y una corona* (gr. *stéphanos* = *la corona del vencedor*) *de doce estrellas sobre su cabeza*». (a) lo de *las doce estrellas* no necesita comentario; son las doce tribus de Israel; (b) *revestida del sol*. En mi opinión, el sol representa aquí a Yahwéh, el cual es llamado en Salmos 84:11 «*sol y escudo*»: «Sol» por el cual Israel brilla con esplendor singular, escogido de entre las naciones, brillando con el brillo de Yahwéh, no con luz propia; y «escudo», con el cual Israel es protegido siempre y siempre sale vencedor. Es cierto que Salmos 84:11 es el único lugar de la Biblia en que Dios es llamado *sol*, para evitar que se le tenga por un «astro», como en otros pueblos idólatras. Equivale a «luz superior», conforme a la expresión de David en el Salmo 27:1: «*Yahwéh es mi luz y mi salvación*»; (c) «*la luna bajo sus pies*» sólo puede significar que, así como la luna tiene sus cambiantes: sus crecientes y sus menguantes, esta mujer, es decir, Israel, tiene de Dios el dominio sobre las vicisitudes humanas. Con esto refuto la opinión muy extendida que ve en *el sol y la luna* una reminiscencia de los sueños de José (cf. Gn. 37:9, 10). ¿Cómo puede la luna, si representa a la madre de Israel (¿a cuál de las dos?) aparecer *hollada, bajo los pies* de Israel, es decir, de sus propios hijos?

4. En cuanto (v. 5) al «*hijo varóm*» (gr. *ársen* = *macho*), no cabe duda de que representa a Cristo, pero quiero hacer notar los siguientes detalles, muy significativos:

(a) Nada se dice de su *obra*, cuando el Cordero es el tema dominante del Apocalipsis.

(b) En cambio, se menciona su reino mesiánico milenario, como se ve por la cita (v. 5b) del Salmo 2:9.

(c) También se cita su *arrebatación al cielo* (v. 5c), donde el texto usa el mismo vb. de 1 Tesalonicenses 4:17. Solamente él es *arrebatación*, porque la Iglesia aparece ya arrebatada en 4:1, como ya he dicho.

(d) Este arrebatamiento no se puede identificar con el de Hechos 1:11; en otras palabras, no se simboliza aquí *su ascensión corporal a los cielos, sino su entronización*, como se desprende de las expresiones del Salmo 2:7 «*Yahwéh me ha dicho: Mi hijo eres tú: Yo te he engendrado hoy*», donde no se trata de su nacimiento en Belén; mucho menos, de su generación eterna como Dios. Dice Caird en su comentario al Apocalipsis, p. 150: «El alumbramiento de un rey es el día de su accesión al trono... Filiación y entronización van inseparablemente unidas y, por eso, tan pronto como el hijo es dado a luz, es arrebatado para su Dios y para su trono».

5. Pero no es ésa la única «*señal que se deja ver en el cielo*». Hay una 2ª (cf. vv. 3, 4), aunque ésta no es llamada «*grande*». Juan queda sorprendido de ésta, no de la otra; por eso añade ahora: «*y he aquí...*». Como diciendo: ¿quién podía esperar ver en el cielo esta señal? En efecto, lo que Juan ve ahora es «*un dragón grande rojo encendido* (gr. *purrós*, de *pur* = *fuego*) *con siete cabezas y diez cuernos y, sobre sus cabezas, siete diademas* (gr. *diadémata* = *coronas regias*)». Este *gran dragón* está bien identificado en 12:9 y 20:2: es Satanás. Analicemos los detalles:

(a) Su color es *rojo encendido*, el mismo de 6:4, color que simboliza la violencia sangrienta. Es el «asesino» de Juan 8:44.

(b) *Tiene siete cabezas*. Como la cabeza es símbolo de nobleza racional, de inteligencia y conocimiento, con el número 7 (plenitud espiritual, buena o mala) se nos da a entender la magnitud de la inteligencia natural y de la malvada astucia de Satanás, que fue un día «*sello de la perfección, lleno de sabiduría y acabado de hermosura*» (cf. Ez. 28:12, 17).

(c) Los *diez cuernos* (símbolo de poder y abundancia), con el 10 de «perfección matemática», simbolizan el tremendo poder que el diablo, y su lugarteniente, el Anticristo, ejercerán durante esta parte de la Gran Tribulación.

(d) Al revés que el Anticristo (cf. 13:1), lleva las diademas regias, no sobre los cuernos, sino *sobre las cabezas*, lo cual significa que es su inteligencia –sin ayuda de otros– la que planea, la que manda y la que domina.

(e) «*Y su cola arrastra la tercera parte de las estrellas del cielo (v. 4a) y las arrojó a la tierra.*» El vocablo gr *ourà* = *cola*, se aplica al rabo de un animal, pero también significa «retaguardia». El primer vb. gr. es *súrei* = *arrastra*, e indica el tremendo poder de maligna seducción con que persuade y esclaviza a sus seguidores; está en pres. continuo como indicando un proceso que se lleva su tiempo, pues *las estrellas del cielo* son aquí, sin duda, ángeles que siguieron a Satanás en su rebelión contra Dios (comp. con Dn. 8:10, «... *las pisoteó*»). La 3ª parte puede ser una cifra “redonda”, pero no habría inconveniente en que fuera literal. El aor. gr. *ébalen* = *arrojó*, contrasta con el pres. *arrastra*. La maligna dominación de Satanás sobre los demonios es *continua*, mientras que la caída de éstos pertenece a un pasado puntual expresado por el aor.

6. En la 2ª parte del v. 4, vemos al dragón apostado frente a la mujer que va a dar a luz «*con el fin de devorar a su hijo tan pronto como lo dé a luz*». Hendriksen (*o.c.*, págs. 137-140) hace historia del constante intento de Satanás por devorar al hijo de la mujer. W. W. Wiersbe (*o.c.*, p. 602, col. 2ª), resume así dicha historia: «Este con-

flicto entre Satanás y “la mujer” comenzó pronto después que el hombre cayó (Gn. 3:15). A lo largo de la historia del Antiguo Testamento, Satanás intentó impedir el nacimiento del Redentor. Siempre hubo un “dragón” apostado, esperando destruir a Israel o a los antepasados del Mesías. Faraón es llamado un “dragón” (Ez. 29:3), así como Nabucodonosor (Jer. 51:34). En un momento crítico, el linaje real quedó reducido a un niño pequeño (2 R. 11:1-3). Cuando nació Jesucristo, Satanás usó a Herodes para tratar de destruirlo (Mt. 2). Satanás creyó que lo había logrado cuando usó a Judas para traicionar al Señor y entregarlo para que fuese crucificado. ¡Pero la Cruz fue, en realidad, la derrota de Satanás!»

7. El v. 5 ya ha sido analizado en el p. 4. Queda sólo, en esta sección, el v. 6, que trata de la huida de la mujer al desierto. En cuanto a esta huida, hemos de observar tres puntos: la fecha, el lugar y la duración:

(A) La fecha sigue inmediatamente al arrebatamiento del v. 5, pues el diablo conoce bien el valor del tiempo. Tan pronto como el niño que esperaba devorar se le ha escapado de las manos, el diablo se lanza a perseguir a la mujer que lo dio a luz.

(B) El lugar es «*el desierto*». No hace falta localizar este desierto, puesto que el interés de Juan está en mostrar que la mujer goza del favor de Dios, quien ya «*le tenía preparado* (nótese el ptc. de pret. pft. pas. *hetoimasménon*) *un lugar...*» El desierto, en la Biblia, tiene dos sentidos diferentes: (a) es lugar de caos y maldición: residencia de fieras y de espíritus inmundos. De ahí, la ceremonia de enviar al desierto el 2º macho cabrío el Día de la Expiación; (b) lugar de refugio, como en el Éxodo y también aquí, así como de meditación y arrepentimiento.

(C) La duración es de *mil doscientos sesenta días* (que equivalen a 42 meses y a tres años y medio). Conforme a la profecía de Daniel (cf. p.ej., Dn. 9:27: 12:7), esta duración corresponde a la 2ª mitad de la 70ª semana, es decir, a la persecución emprendida por el Anticristo

contra la descendencia de la mujer. Situando la Gran Tribulación dentro del capítulo 24 de Mateo, vemos que los vv. 4-8 corresponden a la 1ª mitad, y los vv. 9-28 a la 2ª, pues el v. 29 ya coincide con Apocalipsis 19.

«7 *Y se produjo una guerra en el cielo: Miguel y sus ángeles, de luchar contra (gr. *metà* = con) el dragón, y luchó el dragón y sus ángeles; 8 y no prevaleció (lit. y no tuvo fuerza, –suficiente, se entiende), ni se halló ya (el) lugar de ellos en el cielo. 9 Y fue arrojado el gran dragón, la serpiente antigua, el llamado Diablo y el Satanás, el que engaña al mundo entero. Fue arrojado a la tierra, y sus ángeles fueron arrojados con él. 10 Y oí una gran voz en el cielo, que decía:*

*Ahora ha venido (lit. se hizo) la salvación y el poder
y el reino de nuestro Dios,
y la autoridad de su Cristo,
pues fue arrojado el acusador de nuestros hermanos,
el que los acusaba ante Dios día y noche.*

11 *Y ellos lo vencieron en virtud de (lit. a causa de) la sangre del Cordero
y a causa de la palabra del testimonio de ellos,
y no amaron su vida hasta (la) muerte.*

12 *Por eso, regocijaos, cielos,
y los que moráis en sus tiendas;
¡Ay de la tierra y del mar!,
pues bajó hasta vosotros el diablo
teniendo gran furor,
sabiendo que tiene poco tiempo (gr. *kairòn* = oportunidad)»*

(vv. 7-12).

1. En los vv. 7-9, tenemos el lanzamiento del diablo y de sus ángeles a la tierra, como efecto de su derrota en los cielos.

(A) La *guerra* mencionada en el v. 7 podría simbolizar un intento del diablo de acabar con el hijo arrebatado, y es librada en los cielos

porque la Biblia sitúa en el cielo atmosférico estas potestades malignas (cf. p.ej. Ef. 6:10-12).

(B) Por una parte (v. 7b), lucha *Miguel*, el ángel protector de Israel (cf. Dn. 10:13; 12:1; Jud. v. 9) *y sus ángeles*, es decir, los ángeles fieles al Señor. De la otra parte (v. 7c), *lucha el dragón y sus ángeles*, es decir, los que con él fueron rebeldes a la autoridad de Dios y fueron expulsados de la parte alta de los cielos. El nombre de *Miguel* (hebr. *Mi-ka-el* = ¿*Quién como Dios?*) contrasta con el grito de Satanás en Isaías 14:14: «*Subiré sobre (las) alturas de (las) nubes, y seré semejante al Altísimo*» (lit.).

(C) Las fuerzas del Mal (v. 8) no pueden prevalecer contra las del Bien. Con dos aor. (*no tuvieron fuerza y no fue hallado*) se da a entender que el hecho es irreversible: *Nunca habrá ya lugar en el cielo para el diablo y sus ángeles los demonios*. Nótese (v. 9a) la detallada identificación del jefe de las huestes del Mal: (a) *el gran dragón*, el mismo de 12:17 y 13:1, el que dará su poder y autoridad al Anticristo (cf. 13:4, 8); (b) *la serpiente antigua*, la misma de Génesis 3:1 ss. (c) *el llamado diablo* (gr. *diábolos* = *calumniador, acusador injusto*) de Job 1 y Zacarías 3. Con ese nombre aparece en Mateo 4:1 ss. y Lucas 4:2 ss. (d) *y Satanás* (hebr. *Satán* = *adversario*). Podríamos decir que es el «Gran Fiscal» ante el tribunal de Dios. Pero tenemos un «Gran Abogado» (cf. Zac. 3:1-2; Ro. 8:33-34; He. 7:25-26; 1 Jn. 2:1-2). (e) Como final detalle de identificación, el v. 9 añade: *el que engaña* (en pres. continuo) *al mundo entero* (gr. *tèn oikouménen hólen* = *la entera casa común*). ¡De cuántos modos engaña! (1) con ideologías anticristianas; (2) con atractivos materialistas; (3) con la fascinación del ocultismo; (4) con falsas religiones; (5) con el liberalismo teológico y bíblico; (6) con la falsa persuasión de que él mismo no existe; (7) haciendo pensar a los de fuera que el pueblo de Dios es peligroso; (8) haciendo pensar a los de dentro: «qué-buenas-personas-somos-todos-los-que-vamos-al-culto». ¿No quedará por ahí algún otro modo? ¡Ayúdeme el lector!

(D) Al no haber lugar en el cielo para las huestes del Mal, ¿adónde irán? Quedan la tierra y el abismo. No es tiempo todavía para el abismo (cf. 20:10). Así que (v. 9b) *fueron arrojados a la tierra*, donde van a hacer todavía mucho daño.

2. En los versículos 10-12, tenemos un himno que describe la ira del diablo y la victoria festiva de los redimidos por la sangre de Cristo:

(a) El lanzamiento de Satanás del cielo a la tierra (v. 9) es celebrado en el cielo *con una voz potente* (v. 10a), puesto que lleva consigo la purificación del primer cielo, el atmosférico, en cuanto «hábitat» anterior del diablo, e incluso de los demás cielos, ya que Satanás ejerce su oficio de acusador ante el trono mismo de Dios, como lo hizo con Job (cf. Job 1:6ss.). Dice Barchuk (*o.c.*, p. 216): «(Con esta presencia de Satanás en el cielo), Satanás introducía en el cielo cierta porción de sombra y confusión. Por eso el cielo, habiéndose librado para siempre del diablo, disfruta de gozo ahora». De aquí en adelante, Satanás no podrá acusar a los hijos de Dios, porque no tendrá acceso al cielo.

(b) De ahí que la cuádruple prerrogativa divina: *sotería* = *salvación*, *dúnamis* = *poder*, *basileía* = *reino* y *exousía* = *autoridad*, sea ahora en el cielo no sólo una cuestión *de iure* = *de derecho*, sino también *de facto* = *de hecho*. Mientras estaba en el cielo, Satanás acusaba (v. 10c) a los hijos de Dios que están en la tierra, pues sabía que nada puede contra los del cielo. Y lo hacía «*día y noche*», porque —como espíritu— no necesita dormir. ¡Qué diligencia! ¡Si nosotros tuviéramos tanta para el bien! Pero ahora.

(c) Los del cielo (v. 11) *ya han vencido al diablo*, no por sus propias fuerzas, sino *en virtud de la sangre del Cordero* (por la redención efectuada en el Calvario) *y a causa del testimonio con que le confesaron* (NVI). La fe que vence al mundo (cf. 1 Jn. 5:4) es también aquí (v. 11a) la que vence al diablo. La 2ª parte del versículo 11 nos dice *hasta dónde llegaron*: «*hasta la muerte*». ¡Entiéndase

bien! No quiere decir, «hasta que murieron», sino «*prefirieron morir confesando a Cristo, antes que conservar la vida negándolo*» (cf. Jn. 12:25).

(d) Pero si los del cielo pueden alegrarse y hacer fiesta (v. 12a) por el desalojo de Satanás y sus huestes, la tierra y el mar deben temblar (v. 12b), pues el diablo se va a mover a sus anchas ahora, desahogando su ira y dándose prisa en su tarea destructora (v. 12c) «*sabiendo que tiene poco tiempo*» = pocas oportunidades (gr. *kairós*) para hacer mal. «*Aprovechar la ocasión*» (Ef. 5:16) es una asignatura que el diablo conoce muy bien. Para consuelo de los verdaderos hijos de Dios que existan entonces en la tierra, vemos que este gran «*¡ay!*» (el 3° de los tres de 9:12) afecta especialmente (cf. comentario a 11:10), aun cuando aquí no se dice expresamente, a los moradores de la tierra (gr. *hoi katoikóuntes epì tèn gēn*), los apegados a lo terrenal, pase lo que pase. Contrasta con esta fraseología, tan expresiva, la no menos expresiva de los habitantes del cielo, de quienes el original dice (v. 12a): «*kai hoi en autois skenoúntes*» = «*los que en ellos (en los cielos) viven en tiendas de campaña*» (el tabernáculo de Dios, de 21:3).

«13 *Y cuando vio el dragón que había sido arrojado (lit. que fue arrojado) a la tierra, persiguió a la mujer que dio a luz al varón. 14 Y le fueron dadas a la mujer las dos alas del águila grande, para que volara al desierto a su lugar, donde es sustentada por un tiempo y tiempos (gr. kairòn kai kairoùs) y medio tiempo lejos del rostro de la serpiente. 15 Y arrojó la serpiente de su boca tras la mujer agua como un río para hacer que fuese arrastrada por el río. 16 Y ayudó la tierra a la mujer, y abrió la tierra su boca y se tragó el río que había arrojado (lit. que arrojó) el dragón de su boca. 17 Y se encolerizó el dragón contra (gr. epì = sobre) la mujer y se marchó a hacer la guerra contra (gr. metà = con) los demás de su simiente, los que guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesús. 18 Y se detuvo sobre la arena del mar*» (vv. 13-18).

1. Viene ahora (vv. 13, 14) una 2ª fase de la guerra de Satanás contra la mujer (cf. 12:1-6). Siempre ha fomentado el diablo el antisemitismo (v. 13). Podríamos repasar de nuevo la historia. Su odio a Cristo le lleva a odiar a los cristianos, pero sobre todo al pueblo judío del que procede Jesús. Para entender (v.14) lo de «*las dos alas de la gran águila*», cf. Éxodo 19:4; Deuteronomio 32:11; 33:27; Salmos 103:5; Isaías 40:31. Esas alas simbolizan la protección de Dios sobre su pueblo, y la provisión de un lugar donde el Israel perseguido será alimentado (gr. *tréphetai* –de donde «atrofia», «hipertrofia», etc.) por Dios durante la 2ª parte de la Gran Tribulación. Dos preguntas:

(a) ¿De qué «desierto» se habla aquí? Sin duda, del mismo del v. 6, pero aquí, atendiendo a Mateo 24:15 ss., la historia nos dice que, en la persecución de los años 69-70 d.C., muchos judíos cristianos salvaron la vida refugiándose en Pella (dimin. de *petra* = *roca*); allí se han descubierto grandes salas como lugares de alojamiento.

(b) ¿Por quién será sustentada la mujer? Desde luego, por Dios. Pero, si recordamos que en toda persecución de judíos, siempre hubo gentiles cristianos que, con riesgo de su vida, escondieron y sustentaron a muchos israelitas, entenderemos mejor el alcance del juicio de las naciones que se refiere en Mt. 25:31-46.

2. Los vv. 15 y 16 son, en mi opinión, los más difíciles de todo el capítulo. Después de comparar las distintas opiniones, voy a decir lo siguiente: Teniendo en cuenta que el dragón (el diablo) utilizará los servicios de su vicegerente el Anticristo (la bestia que sube del mar –cf. 13:1), aprovechará el elemento propio de éste (el mar), pero no en forma de «sede de monstruos marinos», sino de «río» (v. 15) que corre rápido, símbolo de fuerza destructora, especialmente de invasión armada (cf. Jer. 46:7 ss., comp. con Sal. 93:3-4; 107:33; 124:4-5, 7; Lc. 6:48). En todo caso, como dice el Dr. Carballosa (*o.c.*, p. 242), «A pesar del lenguaje metafórico (o tal vez debido a éste), la idea del versículo (el v. 15) es clara: El enemigo de Dios y de su pueblo hace un esfuerzo sobrenatural para intentar exterminar a la descendencia

de Israel». La «*tierra que vino en auxilio de la mujer*» (v. 16) no es fácil de identificar, pero la imagen de un desierto sediento de agua nos da idea de la pronta y segura protección de Dios a los suyos. ¡Cumplamos su voluntad y todo irá bien, en fin de cuentas! Así como, en Éxodo 14:5-9, 27, 28, el «río» de Faraón se lo tragó el mar, también ahora el «río» del Anticristo se lo tragará la tierra, como sucedió con Coré, Datán y Abiram (cf. Nm. 16:32 «*abrió la tierra su boca*»).

3. ¿Quiénes forman «el resto» (gr. *tôn loipôn* = *los demás*) que se menciona en el v. 17? Desde luego, no son inconversos, pues las frases finales excluyen esta suposición. Se puede decir que son israelitas que no han podido refugiarse, pero son buenos cumplidores de la Ley (comp. Hch. 21:20) y creen en Jesucristo, teniendo buen testimonio de parte de Jesús (más probable que «dando buen testimonio de Jesús», pues el verbo es «*ejóntom*» = teniendo, no «dando»). Hay que considerarlos dentro del área «conservadora», si seguimos una exégesis correcta, pero no pongamos barreras donde Dios no las puso. Nótese el proceder de Pablo en aquella ocasión, según lo que él mismo recomienda en Romanos 14:1-13; 15:1-5.

4. La frase con que comienza el cap. 13 en la VRV, debe figurar después del v. 17 como v. 18 de este cap. 12 y, de acuerdo con los mss. más antiguos, no es «*Y me paré* (gr. *estáthen*) *sobre la arena del mar*» (RV60), sino «*Y se detuvo* (gr. *estáthe*) *sobre la arena del mar*». El que *se detuvo* (o *se paró*) a la orilla del mar fue el dragón, para dar la bienvenida al Anticristo que surge del mar (13:1), es decir, de las naciones. No pudo ser Juan, el cual no aparece en Apocalipsis moviéndose de un lado a otro, sino quieto y mirando en éxtasis lo que se le muestra.

Capítulo

13

Este capítulo se divide claramente en dos partes: La 1ª parte (vv. 1-10) nos describe las características personales y las actividades maléficas de la 2ª Bestia, el Anticristo. La 2ª parte (vv. 11-18) nos describe las características personales y las actividades seductoras de la 3ª Bestia, el Falso Profeta. Podemos ver, pues, en este capítulo una especie de «trinidad diabólica», a imitación de la Trina Deidad, pues el Dragón se desenvuelve dominador y estratega como el Padre; el Anticristo recibe del Dragón todo poder y autoridad como el Hijo del Padre (cf. Mt. 28:18); y el Falso Profeta glorifica al Dragón y al Anticristo, como el E. Santo glorifica al Padre y al Hijo (cf. Jn. 15:26; 16:13-15).

2) Las dos bestias (cap. 13)

«1 Y vi una bestia que subía del mar, que tenía diez cuernos y siete cabezas, y sobre sus cuernos diez diademas, y sobre sus cabezas un nombre de blasfemia. 2 Y la bestia que vi era semejante a un leopardo, y sus pies como de oso, y su boca como boca de león. Y le dio el dragón su poder y su trono y gran autoridad. 3 Y (vi) una de sus cabezas como degollada hasta (la) muerte, y la herida de su muerte fue curada. Y se asombró toda la tierra en pos de la bestia, 4 y adoraron al dragón, pues había dado (lit. dio) la autoridad a la

bestia, diciendo: ¿Quién (es) semejante a la bestia, y quién puede luchar con ella? 5 Y le fue dada una boca que habla cosas grandes y blasfemias, y le fue dada autoridad para actuar durante cuarenta y dos meses. 6 Y abrió su boca para (gr. eis, prep. de dirección) blasfemias contra Dios, para maldecir (lit. blasfemar) su nombre, y su tabernáculo, a los que viven en tiendas de campaña en el cielo. 7 Y le fue dado hacer guerra contra (lit. con) los santos y vencerlos, y le fue dada autoridad sobre toda tribu y pueblo y lengua y nación. 8 Y la adoraron todos los que habitan sobre la tierra cuyo nombre no está escrito, desde la fundación del mundo, en el libro (lit. rollo) de la vida del Cordero degollado. 9 Si alguien tiene oído, escuche.

10 Si alguien a la cautividad,

a la cautividad va;

si alguien a ser muerto a espada,

que él sea muerto a espada.

Aquí está la paciencia y la fe de los santos»

(vv. 1-10).

1. Juan ve *subiendo* (lit., en ptc. de pres. continuo) *del mar una bestia* (v. 1). Aunque, en realidad es un hombre, el cual fue creado a imagen de Dios, la Palabra de Dios lo presenta como un animal salvaje (gr. *theríon* = *fiera*) bajo el control de Satanás. El mar, en este contexto, es símbolo de las naciones gentiles en agitación (cf. Sal. 2:1-3). Leemos en Isaías 57:20: «*Pero los impíos son como el mar en tempestad, que no puede estarse quieto*» (cf. Dn. 7:2-3, 17; Ap. 17:1, 15). Por consiguiente, el Anticristo no surge de la «tierra», es decir, de Palestina, sino del «mar», de la gentilidad, de un lugar del antiguo imperio romano, cuyo eje es hoy la Comunidad Económica Europea, con sede en Roma.

2. Esta Bestia tendrá «*diez cuernos y siete cabezas*», lo mismo que el Dragón (cf. 12:3), pero con una diferencia muy significativa: el Dragón lleva las *diademas* (símbolo de dignidad regia) *sobre las*

cabezas, mientras que el Anticristo las lleva *sobre los cuernos*, lo cual significa que *la plenitud de la autoridad* reside en Satanás, mientras que el Anticristo tiene *un poder de acción absoluto*, pero prestado por el Dragón (cf. v. 2b). Adelantándonos al cap. 17, podemos decir que Satanás va a emplear, durante estos tres años y medio, tres agencias humanas: (a) el Anticristo, que sube del mar y prestará al Dragón sus *manos*, representando un *poder* humano anticristiano; (b) el Falso Profeta, que surge de la tierra y prestará al Dragón su *mente*, representando una *cultura* mundana anticristiana; y (c) la Gran Ramera, sentada sobre el Anticristo (cf. 17:3), la cual prestará al Anticristo su *atractivo* y representará una *seducción* mundana.

3. Los amilenaristas andan perplejos a la hora de identificar a la Bestia que sube del mar: ¿Nerón? ¿Calígula? ¿Domiciano? Recientemente, hasta Napoleón o Hitler. Otros opinan que representa la dinastía seléucida que empezó con Seleuco I y terminó con Antíoco IV Epífanes, quien intentó destruir el pueblo de Dios, su religión y su culto (cf. 1 Mac. 1:43-56). Si acudimos al principio hermenéutico de los dos niveles de profecía, podría admitirse ahí un primer plano, pero hallamos un grave obstáculo: la dinastía de Seleuco constó de diez reyes *sucesivos*, mientras que Daniel 2:44; 7:24 dan a entender que el reinado de estos diez reyes, bajo el imperio del Anticristo, será *simultáneo*. El v. 1 termina diciendo que la Bestia tenía *sobre sus cabezas nombre de blasfemia* (lit.). Parece ser que fue Domiciano el 1º en arrogarse títulos divinos como «Señor» y «Dios». A veces, los emperadores recibían, o se daban ellos mismos, títulos como «divino», «hijo de Dios», «salvador», etc.

4. Para entender la 1ª parte del v. 2, hay que recurrir de nuevo a Daniel 2:28-45 y 7:1-28. Si se comparan ambas porciones, vemos que: (a) la cabeza de oro se corresponde con el león y representa el imperio babilónico (grandeza y fuerza); (b) el pecho y los brazos de plata se corresponden con el oso y representan el imperio medopersa

(no hay grandeza, pero hay mucha fuerza); (c) el vientre y los muslos de bronce se corresponden con el leopardo o pantera y representan el imperio griego, especialmente el macedónico, fundado por Filipo y llevado a su mayor auge por su hijo Alejandro Magno, quien con escaso ejército, pero perfectamente adiestrado, conquistó rápidamente el mundo civilizado, cuando el imperio de Roma no había cuajado todavía. Su valentía y rapidez de maniobra lo hacían semejante al leopardo. Las *cuatro cabezas* y las *cuatro alas* (cf. Dn. 7:6) lo identifican admirablemente, pues son los 4 generales que lo heredaron y se repartieron su imperio; (d) las piernas de hierro se corresponden con la bestia anónima de Daniel 7:7 y representan el imperio romano; «*y las sobras hollaba*», dice Daniel, porque el ejército romano, a diferencia de los anteriores, destruía todo lo que no podía llevarse consigo. Pero la diferencia mayor con respecto a los imperios anteriores es que tenía cualidades de las otras tres bestias y Juan ve ahí al Anticristo «hacia atrás», pues ve en orden inverso (v. 2a) las bestias de Daniel. La correspondencia de los *diez cuernos* (cf. Dn. 7:7c, comp. con Ap. 13:1) no necesita comentario; (e) queda la última parte de la estatua (cf. Dn. 2:33b); representa alianzas que no cuajan por la diversidad de los reinos componentes de la federación. En cuanto al «*cuerno pequeño*» de Daniel 7:8a, no hay duda de que se corresponde con la Bestia de Apocalipsis 13:1 y ss.

5. Respecto al v. 3, cuentan que Domiciano se parecía mucho a Nerón, pero tenía una cicatriz en la cara y era llamado «Nerón redivivo». Murió el 96 d.C. y Juan no podía referirse a él entre «*las cosas que habían de suceder después*» (cf. 1:19). Hemos de pensar, pues, que el Anticristo será herido de muerte (¿por atentado de un rival?), pero sanará por intervención extraordinaria de Satanás, con lo que el diablo engañará aún más a los inconversos, especialmente a los judíos, haciendo que el Anticristo se asemeje a Cristo muerto y resucitado.

6. En el v. 4, vemos que, así como el Padre y el Cordero comparten la autoridad, el trono y la adoración (cf. Mt. 28:18; Jn. 5:23; Ap. 11:15 ss.; 22:1), así también el Dragón y la Bestia comparten adoración y autoridad. Cuando *el príncipe de la potestad del aire* (cf. Ef. 2:2), *el dios de este mundo* (cf. 2 Co. 4:4), haya sido arrojado a la tierra, su dominio y su poder se harán palpables por medio del Anticristo; quien adore y sirva al Anticristo, estará adorando y sirviendo al diablo (ese era su mayor deseo —cf. Mt. 4:8-10; Lc. 4:5-8). El grito de los malvados: «¿Quién como la Bestia?» (v. 4b), está en marcado contraste con el de los salvos: «¿Quién como tú, oh Yahwéh?» (Éx. 15:11; Sal. 35:10). Recuérdese lo de *Mi-ka-el*. No hace falta esperar hasta Ap. 13. Ya *ahora*, todo ser humano está sirviendo en uno de los dos ejércitos: el de Cristo (cf. Ro. 6:12 ss., 23) o en el de Satanás (cf. Ef. 2:2).

7. En los vv. 5-7, Juan describe las actividades de la Bestia. Por el v. 2b, podemos adivinar que lo de «*le fue dado*» en el v. 5, y dos veces en el v. 7, significa que fue el Dragón quien *se lo dio*, aunque siempre bajo el control de Dios. Podemos decir: *Dios le dio la boca*, y *Satanás le dio el abuso de la boca* (¡lo mismo que a Hitler!) Eso pasa hasta con nosotros, siempre que pecamos. El límite de *42 meses* lo marcó Dios, no Satanás. «*Grandes cosas*» significa, no cosas importantes, sino frases arrogantes. Las *blasfemias* están especificadas en el v. 6: (a) *contra el nombre* (es decir, *la persona*) de *Dios*; (b) *contra el tabernáculo* (así es llamado aquí el templo recién construido con el apoyo del Anticristo, y ahora hollado por el mismo Anticristo); y (c) *contra los que acampan en el cielo* (cf. 21:3; comp. con Dn. 7:25). Todo ello se incluye en *la blasfemia contra Dios* del v. 6a, enseñándonos que quien maldice a los hijos de Dios, a Dios maldice. Aquí, «*los que acampan en el cielo*» son los salvos de la actual dispensación, lejos de las garras de esta Bestia, mientras que *los santos* del v. 7 son *los santos* (Dn. 7:18, 21, 22, 25) y *los hijos de tu pueblo* (Dn. 12:1). La victoria del Anticristo sobre los santos es *física*, por la fuerza de las armas. Los verdaderos *vencedores* son

los mártires, como en 7:9. No es, pues (contra la opinión de Hendriksen, Grau, Caird, Bartina, etc.), una persecución contra la Iglesia (ya está arrebatada en 4:1).

8. El v. 8 hay que leerlo según lo he puesto en el texto. Hay dos razones para ello: (s) de base gramatical: Juan usa una especie de paréntesis o, si se prefiere, un hipérbaton especial, para seguir la secuencia completa de la inscripción, la cual se ve clara en 17:8, como una *elección eterna*; (b) de base teológica, ya que el Cordero fue *predestinado* desde la eternidad (cf. 1 P. 1:20), pero fue *inmolado* en el tiempo, en la tarde del primer «Viernes Santo». Otro detalle gramatical curioso en este v. es el acus. masc. *autòn*, referido a la Bestia, cuando *therion* es neutro. Con esto se da a entender claramente que estamos ante un hombre, no ante un animal bruto. El v. 9 repite una frase semejante a la que sirve de estribillo en las cartas a las 7 iglesias (para observar las diferencias, contrástese el texto correspondiente). Aquí, como allí, indica que sigue algo muy importante. Tengamos presente (cf. Jn. 5:43) que el mundo no recibe a Cristo, pero recibirá al Anticristo; por eso adoran a éste y crucifican al Salvador. Las dos primeras frases del v. 10 resultan difíciles de entender por la multitud de variantes en los mss. y por la referencia de la VRV a Jeremías 15:2. Fuese cual fuese el uso que Juan quiso hacer de Jeremías 15:2; 43:11, lo cierto es que aquí cambia el sentido. A la vista de la última frase del v. 10, el sentido más probable de dichas frases es el siguiente: «El pueblo de Dios tiene que resignarse a soportar (gr. *hupomoné* = *paciencia*) con fidelidad (gr. *pístis* = *fe* -comp. 1 Jn. 5:4) las pruebas inevitables que Dios envía directamente o, por lo menos, controla eficazmente».

«11 *Y vi otra bestia que subía de la tierra, y tenía dos cuernos semejantes a (los de) un cordero, y hablaba como un dragón. 12 Y ejercita (gr. *poiëi* = *hace*) toda la autoridad de la primera bestia en presencia de ella. Y hace que la tierra y todos los que habitan en ella*

adoren a la primera bestia, cuya herida de muerte fue curada. 13 Y hace grandes señales (milagrosas), incluso para hacer que descienda fuego del cielo a la tierra en presencia de los hombres. 14 Y a causa de las señales (milagrosas) que le fue dado hacer ante la bestia, engaña a los que habitan sobre la tierra, diciendo a los que habitan sobre la tierra que hagan una imagen a la bestia que tiene la herida de la espada y continuó con vida (lit. y vivió).

15 Y le fue dado infundir aliento (lit. dar espíritu) a la imagen de la bestia, para que hablase la imagen de la bestia e hiciese que fuesen muertos todos los que no adoraran la imagen de la bestia. 16 Y hace que a todos, los pequeños y los grandes, y los ricos y los mendigos, y los libres y los esclavos, les pongan (lit. les den) una marca sobre su mano derecha o sobre su frente, 17 y que no pueda comprar ni vender, sino el que tiene la marca, el nombre de la bestia o el número de su nombre. 18 Aquí está la sabiduría: Quien tenga inteligencia, calcule el número de la bestia, porque es número de hombre; y su número es seiscientos sesenta y seis» (vv. 11-18).

1. La «*tierra*» (v. 11), en contraposición al «*mar*» del v. 1, es, con la mayor probabilidad, Palestina. Lo de los *dos cuernos* (v. 11b) parece una referencia a Daniel 8:3, pero el contexto es diferente. Como el cuerno es símbolo de poder, eso significa que también la 3ª Bestia posee poder y autoridad, pero la ausencia de corona indica que su autoridad no es política, sino profética. En efecto, en 16:13; 19:20 y 20:10, se la llama «*el falso profeta*» = el mayor de los anunciados por Cristo en Mateo 24:11, 24. Su palabra, violenta y engañadora («*hablaba como un dragón*»), traiciona sus apariencias de mansedumbre. Recordemos que, así como el Anticristo ofrece sus *manos* al Dragón, esta otra (gr. *állo* = *otra de la misma calaña*) Bestia ofrece al Anticristo y, en último término, a Satanás su *mente* y su *lengua*, como propagandista cultural y milagrero del Anticristo. Ya comparé esta trinidad maléfica a la Trina Deidad. Sólo me resta añadir aquí estas notables semejanzas de la actividad del Falso Profeta comparadas con las del

Espíritu Santo: (a) no busca su gloria, sino la de la Bestia (vv. 12 y 14); (b) dará vida y aliento a objetos muertos (v. 15); (c) sellará a los seguidores del Anticristo (v. 16).

2. En los vv. 12-17 tenemos las actividades del Falso Profeta:

(A) Persuade (v. 12) a los moradores de la tierra a que adoren al Anticristo, en cuyo nombre ejerce la autoridad, pues les convencerá de que *la herida mortal fue sanada* por intervención sobrenatural.

(B) También hace falsos milagros (vv. 13-14. Aquí hay algo más serio todavía que la magia negra), imitando lo de Elías en 1 Reyes 18:38. Uno de estos «milagros» es (v. 15) *dar aliento* (gr. *pneûma*), no *vida* (gr. *zoén*) a una imagen de la Bestia, una especie de «robot» muy sofisticado (toda idolatría tiene sus imágenes), que los moradores de la tierra han fabricado por mandato suyo (v. 14). En el v. 14, al final, vuelve a mencionarse *la herida de la espada* (gr. *majaires = puñal o daga* –¿le traicionó por envidia alguno de sus seguidores?) El vocablo gr. *ézesen = vivió*, con que termina el v. 14, no tiene el mismo sentido glorioso y definitivo de 20:4, 5. Lo del poder de la imagen para *hablar* (v. 15), ya era conocido en los oráculos de la antigüedad. Lo de *hacer matar a quien no adore la imagen*, nos recuerda lo de la estatua de Nabucodonosor en Dan. cap. 3, que él mismo hizo y mandó adorar.

(C) Los vv. 16 y 17 nos hablan de la «marca» que cada súbdito del Anticristo debe ostentar *en la mano derecha o en la frente* (¿impresa a fuego? ¿con rayos láser?) para poder realizar transacciones. Nótese los tres grupos de personas clasificados: (a) por importancia; (b) por riqueza; y (c) por condición social.

3. El v. 18 requiere un estudio especial. No sé con qué intención siniestra, el número 666 comenzó a hacerse público poco después de la II Guerra Mundial (1939-1945), pues W. Newell, que murió en 1956, lo menciona como «usado descaradamente para anunciar productos comerciales». Yo mismo lo he visto, hace muchos años (década

del 70) en la suela de cierta clase de zapatos. Y aunque se me ha tenido por iluso en lo que voy a decir, estoy convencido de que las tres líneas dobles, finas y más largas que las otras, que aparecen en casi todos los productos comerciales al principio, al medio y al final de la sigla, representan el número 666. Estoy dispuesto a demostrarlo. Soldados, esclavos y presos pierden el nombre, llegando a ser un mero número anónimo en la sociedad (cf. lo de *Tercio* y *Cuarto* –exesclavos– en Ro. 16:22 y 23), donde los privilegiados hacen prevalecer, no sólo su nombre, sino especialmente su apellido. En cuanto a la exégesis del versículo:

(A) Autores como Hendriksen sostienen una interpretación simbólica, argumentando que, como el 6 es, en la Biblia, el número del hombre (creado al final del 6º día), sin llegar a la perfección del 7º día del descanso de Dios, el 666 significa el fracaso final de las tres Bestias. Esto es insostenible por dos razones: (a) porque el texto habla del número de *una sola* de las Bestias, el Anticristo; (b) porque el texto no dice: «*el número del hombre*», sino «un número de un hombre».

(B) No cabe duda de que hay que acudir a la gematría, que consiste en sustituir las letras por números y era muy conocida en la antigüedad. P.ej., en las ruinas de Pompeya se halló una inscripción que dice: «yo amo a una cuyo nombre es 545». La gematría parece hallarse implícita en Mateo 1:17, ya que el valor numérico de las letras *dvd* (David, en hebr., donde no había vocales) es 4 más 6 más 4 = 14. El nombre que más popularidad ha alcanzado es «Nerón» («Kaisar-Nero» –en numeración gr. = 666). Pero, ¿de qué serviría la referencia a un personaje ya muerto, hacía ya casi 30 años, cuando Juan escribía Apocalipsis?

(C) Desde Lutero y Calvino, nunca han faltado quienes han visto en el papado de Roma el Anticristo. Esto supone un desconocimiento grave de la temática del Apocalipsis, porque (a) todas las expresiones que, en Apocalipsis y en 2 Tesalonicenses 2:3-9, se refieren al Anticristo, apuntan claramente a una persona, no a un sistema; (b) basta

leer detenidamente el capítulo 17 para percatarse de que la «Gran Ramera» no es una 4ª Bestia, sino que *va montada sobre la Bestia*. Para más detalles, cf. el comentario a dicho capítulo.

4. Quiero cerrar este capítulo con reflexiones personales muy importantes:

(A) Quizás alguno de mis lectores diga: «Todo eso no cuenta para mí, pues habré sido arrebatado previamente». En primer lugar, es necesario que el lector, sea quien sea, se examine seriamente para ver si muestra los «frutos» de la salvación (cf. Mt. 7:16, 20; Ef. 2:10; Gá. 5:22, 23). Nos alegra lo del Señor en Lucas 21:28, pero las preguntas solemnes son: ¿Muestro en mi conducta el horror al pecado y el amor práctico a Dios y a mis hermanos y semejantes? ¿O soy un cristiano carnal, con motivos suficientes para dudar de mi salvación por falta de dedicación al Señor o por sobra de afecto a las cosas terrenales?

(B) No se olvide que, en este punto, estoy defendiendo una opinión, por muy segura que me parezca a mí y a gran número de los lectores. Por orden de certeza, diré lo siguiente: (a) Es *seguro* que habrá un reino milenario; (b) Es *casi seguro* que la Iglesia será arrebatada antes del Milenio; (c) Es *lo más probable* que sea arrebatada antes de que empiece la Gran Tribulación.

(C) Además, no se puede perder de vista que la aparición del Anticristo no va a ser una *sorpresa total*. Ya estamos viendo cómo la situación religiosa y social se va pareciendo a la de la 1ª parte de la Gran Tribulación (repase el lector el comentario a 3:14-22). No sabemos cuándo va a venir el Señor, pero sí sabemos que la situación de los verdaderos creyentes requiere cada día un esfuerzo mayor de *fidelidad a Cristo* (cf. Jn. 16:1-4).

Capítulo

14

Con este capítulo se cierra el gran paréntesis que se abrió en 12:1. Lo divido en cinco secciones: (1) El Cordero en Sion con su escolta (vv. 1-5); (2) El ángel con el evangelio eterno y el anuncio proléptico de la caída de Babilonia (vv. 6-8); (3) El destino de los adoradores de la Bestia y la bendición que espera a los que mueren en el Señor (vv. 9-13); (4) El relato detallado de una cosecha especial (vv. 14-16); (5) Las uvas pisadas en el lagar de la ira de Dios (vv. 17-20).

3) Los seis ángeles (cap. 14)

«1 Y vi, y he aquí el Cordero en pie sobre el monte Sión, y con él ciento cuarenta y cuatro millares que tenían el nombre de él y el nombre de su Padre escrito sobre sus frentes. 2 Y oí una voz (procedente) del cielo, como voz de muchas aguas y como voz de gran trueno, y la voz que oí (era) como de citaristas que tañen sus cítaras. 3 Y cantan un cántico nuevo ante el trono y ante los cuatro seres vivientes y los ancianos; y nadie podía aprender el cántico sino los ciento cuarenta y cuatro millares que habían sido rescatados (lit. comprados en el mercado –en ptc. de pret. pft.) de la tierra. 4 Estos son los que no se mancharon con mujeres, porque son vírgenes. Estos (son) los que siguen al Cordero por dondequiera que vaya. Estos fueron rescatados (lit. fueron comprados en el mercado –el mismo vb.

del v. 3, ahora en aor. pas. de indic.) *de los hombres, primicias para Dios y para el Cordero; 5 y en su boca no fue hallada mentira: son intachables»* (vv. 1-5).

1. Vemos de nuevo «*el Cordero en pie*» (v. 1, como en 5:6), no sólo *vivo*, sino también como un general en jefe, rodeado de su Estado Mayor. ¿Qué «*monte Sion*» es el que aquí se menciona? La mayoría de los expositores, a la vista de Hebreos 12:22, opinan que es la «Sion celestial», el nombre «espiritual» de Jerusalén en los salmos y en los profetas. Lo confirma el contexto posterior. ¿Quiénes son los 144.000 aquí? Es demasiado significativo que sea el mismo número de 7:4. ¡Son los mismos! Pero ya no están en la tierra, porque (argumento decisivo) en el v. 2 hay una sola voz «*procedente del cielo*», y esa voz (cf. v. 2c) es *la de ellos*. «*Como la voz de muchas aguas y como la voz de gran trueno*» son expresiones semejantes a las de 1:15b, pero no es aquí la voz de Cristo, sino el grandioso estruendo de esta colosal orquesta. Si tenemos en cuenta que el cast. «guitarra» procede del gr. *kithára*, podríamos verter, sin hacer violencia al texto: «*como de guitarristas que guitarrean en sus guitarras*» (lit.).

2. Se nos dice (v. 1b) que «*llevan en la frente el nombre del Cordero y el nombre de su Padre*», es decir, la señal del Cordero por su fe en Cristo, y la del Padre por ser judíos salvos. «*Rescatados, fuera del alcance* (gr. *apò* –prep. de alejamiento; están separados de los demás) *de los hombres* (v. 4), *como primicias para Dios y para el Cordero*». ¿En qué sentido? Teniendo en cuenta que el vocablo «primicias» siempre significa, en la Biblia, la 1ª parte de algo mayor que vendrá después (cf. Jer. 2:3), está claro que estos 144.000 son las primicias de un número incontable de judíos que serán salvos al final. Si nos damos cuenta de que éstos no llevan palmas en las manos como los de 7:9 ss., tenemos que concluir que fueron trasladados sin experimentar la muerte física. Que forman un grupo aparte de los arrebatados antes de 4:1, se ve en que *sólo ellos pueden aprender el*

cántico nuevo (cf. v. 3b). Conclusión: Fueron *sellados* (cf. 7:3-8) para ser protegidos del Anticristo, pero están ya en el Cielo fuera de su alcance.

3. No estoy de acuerdo con quienes interpretan lo de «*vírgenes*» (v. 4) como solteros que tuvieron que dedicarse al Señor sin las preocupaciones de una familia y perseguidos fieramente por el Anticristo. Mis razones son las siguientes:

(a) El matrimonio no contamina (cf. He. 13:4). Fue instituido en Génesis 2 como el estado «normal» del hombre y, entre las cualidades del supervisor de 1 Timoteo 3:2, está que sea «*marido de una sola mujer*».

(b) El epíteto «*virgem*» tiene clara significación espiritual en 2 Corintios 11:2, 3 y Santiago 4:4. Igualmente, respecto a estos 144.000, significa que, en una situación mundial poco propicia, se mantuvieron fieles a su Dios.

(c) No se olvide, contra los que hablan de una «soltería obligada», que estos 144.000, mientras vivieron en la tierra durante la 1ª parte de la Gran Tribulación, estaban *sellados* y, por tanto, protegidos de sus enemigos. En tres años y medio, ¿nunca tuvieron ocasión de pasar unas horas con sus mujeres? Me parece arbitraria la solución.

4. Termina la sección (v. 5) diciendo que «*no fue hallada mentira en la boca de ellos*». El vocablo gr. *pseûdos* = *mentira*, lo mismo que en otros lugares (p.ej. Jn. 8:44; 1 Jn. 2:21, 27; Ap. 21:27; 22:15 –cf. también el «*mentirosos*» de 21:8), no significa «decir mentira», sino «vivir una vida falsa», contraria a la «*práctica de la verdad*» (cf. 1 Jn. 1:6). Y finalmente, son llamados *intachables* (gr. *ámomoi* = *sin mancha* –el mismo vocablo de He. 9:14; 1 P. 1:19). En Levítico 1:3, 10, al hablar de las reses que habían de ofrecerse en sacrificio a Dios, ese es el vocablo que aparece en la versión gr. de los LXX. Nótese bien, que el texto dice «*sin tacha*», no «sin pecado».

«6 Y vi otro ángel volando en el cenit, que tenía un evangelio eterno para evangelizar a los que estaban sentados sobre la tierra, y a toda nación y tribu y lengua y pueblo, 7 diciendo a gran voz: Temed a Dios y dadle gloria, pues llegó la hora de su juicio, y adorad al que hizo el cielo y la tierra y el mar y las fuentes de las aguas. 8 Y otro segundo ángel (le) siguió, diciendo: ¡Cayó, cayó, Babilonia la grande, la que ha dado a beber a todas las naciones del vino del furor de su fornicación!» (vv. 6-8).

1. La mención (v. 6) de «otro (gr. *állos* = otro del mismo rango) ángel» hace referencia al último mencionado (11:15), ya que este toca la 7ª trompeta, cuya *proclamación* engloba los juicios subsiguientes al traspaso de poderes –los juicios que se llevarán a efecto con las siete copas–. Como el *águila* de 8:13, también este ángel se coloca en el cenit, para que todo el mundo pueda oírle. En realidad, los vv. 6 y 7 presentan «la última llamada de gracia de Dios al mundo antes del regreso de Cristo en juicio». Si es «evangelio», es buena noticia, no es únicamente *juicio*; y si es «eterno», es válido para todas las dispensaciones. También lo es el de la Cruz, desde Génesis 3:15, pero no encaja en el presente contexto.

2. El v. 7 nos da el mensaje, parecido al de Hechos 14:15-17; 17:23-30. La variante gr. *katheménous* = *sentados* (el mismo vb. de Lc. 1:79), nos habla aquí, especialmente, de ignorancia en cuanto al plan salvífico de Dios y va dirigido a los idólatras en su calidad de *tales*. Es muy poco probable (cf. el coment. a 11:13) que alguien se convierta. «*Temed a Dios*» (v. 7a). Dice MacArthur (*o.c.*, p. 2.011, col. 2ª): «*Temed a Dios*. No a Satanás y al Anticristo. Este es el tema de la Escritura, llamando a la gente a rendir a Dios honor, gloria, adoración y reverencia».

3. Lo de «*le siguió*» (v. 8 –también el del v. 9) indica que también éstos vuelan en el cenit. El ángel del v. 8 anuncia prolépticamente lo

que vemos cumplido en los caps. 17 y 18 (cf., p.ej., 17:5 «*Babilonia la Grande...*»), donde la referencia es a Roma, como centro del sincretismo (Babel), bien apoyado en la actual estructura politicorreligiosa del Vaticano, que seduce con su fausto y pompa, con gesto y palabra, con astucia diplomática, consiguiendo un ascendiente increíble sobre los poderes de la tierra. Todo esto es lo que se describe aquí (v. 8b) con la frase «*el vino del furor de su fornicación*». La «fornicación» es *espiritual*, puesto que tiende a apartar del verdadero Dios a los creyentes de todas las religiones.

«9 *Y otro tercer ángel los siguió, diciendo a grandes voces: Si alguien adora a la bestia y a su imagen, y recibe (su) marca en su frente o en su mano, 10 también él beberá del vino del furor de Dios, del que ha sido escanciado (lit. mezclado) puro en la copa de su ira, y será atormentado con fuego y azufre ante los ángeles santos y ante el Cordero. 11 Y el humo de su tormento sube por siglos de siglos, y no tienen reposo día y noche los que adoran a la bestia y a su imagen, y si alguien recibe la marca de su nombre. 12 Aquí está la paciencia de los santos, los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús. 13 Y oí una voz (procedente) del cielo, que decía: Escribe: ¡Bienaventurados los muertos que mueren en (el) Señor desde ahora! Sí, dice el Espíritu, para que descansen de sus trabajos, porque sus obras siguen con ellos» (vv. 9-13).*

1. Como por una ley del talión (v. 9), los que han sido embriagados (v. 8) con el vino embriagador de la «*Madre de las ramera*s» (cf. 17-5), van a beber ahora (v. 10) *del vino del furor de Dios*. Este vino es más fuerte que el de la Gran Ramera, porque «*ha sido escanciado sin rebajar*» (NVI). Véanse 7 detalles del castigo de estos malvados, castigo que es extensible a todo inconverso que no se arrepiente:

(a) «*Si alguien*» (v. 9) es una apelación *personal*, al individuo (comp. Lc. 9:23), de mayor fuerza e impacto que cuando se dirige a

un grupo «en masa», según el dicho popular: «mal de todos, alivio de bobos».

(b) «*será atormentado*» (v. 10b). Este verbo, que sale 5 veces en Apocalipsis, y otras 7 en el resto del N.T., indica ya de suyo algo muy duro de soportar.

(c) «*con fuego y azufre*» (v. 10b), es decir, *con azufre ardiente*, lo que recuerda el castigo de la Pentápolis (cf. Gn. 19:24, 28, comp. con Is. 34:9 ss.; Jud. v. 7), pero el uso de la expresión en Apocalipsis 14:10; 19:20; 20:10, 14; 21:8, señala claramente el infierno eterno (sin prejuizar por ahora la naturaleza de dicho «fuego»).

(d) «*ante los santos ángeles y ante el Cordero*» (v. 10b), es decir, no *delante de...*, sino *a la vista de...* (gr. *enópcion*). Contra la opinión de F. F. Bruce (*o.c.*, p. 1701), estoy convencido de que *ellos no verán a los ángeles ni al Cordero*, sino que *podrán ser vistos por los ángeles y por el Cordero*.

(e) «*El humo de su tormento*» (v. 11) da a entender que el tormento dura tanto como el humo; y, si el humo no se acaba (ver f), es porque no se apaga el fuego que lo produce; y ellos están dentro del fuego, no en el humo; de lo contrario, subirían con él.

(f) «*sube por los siglos de los siglos*», como un recordatorio de que nunca se borra (comp. con Hch. 10:4b). «*Sube*», como he dicho, del fuego que arde abajo. La expresión gr. *eis aiónas aiónon* = *por (los) siglos de (los) siglos*, como la hebr. *me'olam ad'olam* = *desde el siglo hasta el siglo*, es la más fuerte que existe para expresar la eternidad misma de Dios.

(g) «*y no tienen reposo*» (gr. *anápausin* = *cesación* –de donde el cast. «pausa») *ni de día ni de noche* (v. 11). ¿Cuántos días y cuántas noches? ¡No tienen número! ¡Mientras exista Dios! Querido lector: Si no te has convertido, esto es lo que te espera. ¿No temblarás? ¿Seguirás pecando? ¡No arriesgues locamente «tu eternidad». ¡Esto es terriblemente serio! Todos estos detalles, como dice W. W. Wiersbe (*o.c.*, p. 608, col. 1ª) «disgustan a algunas personas. Preguntan: “¿Cómo puede realmente permitir un Dios de amor que sus criaturas

sufran tormento eterno?». Pero hemos de tener en cuenta que el amor de Dios es un amor *santo*, no el basado en sentimentalidad y, por consiguiente, *tiene que* actuar justamente con el pecado... También hemos de tener en cuenta que Dios ha advertido repetidamente a los pecadores y les ha dado oportunidad de arrepentirse... Si los hombres persisten en sus pecados, incluso después de que Dios envía juicios y advertencias, a nadie más que a sí mismos tiene que echar la culpa» (el énfasis es suyo).

2. El v. 12 comienza con una expresión muy parecida a la de 13:18 (cf. el coment. a dicho v.), pues dice: «*Aquí está la paciencia de los santos*». Como diciendo: «He aquí el agudo contraste con los desgraciados de los vv. 9-11: Aquellos prefirieron continuar en el pecado y ahora son atormentados por toda la eternidad; éstos prefirieron morir antes que desobedecer a Dios y ser desleales a Cristo». Comparando este v. con 6:9; 12:17, podemos concluir que estos «*santos*» son los judíos martirizados por el Anticristo y por sus epígonos. El verbo gr. *teroûntes*, en ptc. de pres. continuo, indica una observancia positiva, interior y continua. *La fe de Jesús* (gr. *tèn pístin Iesou*), 5ª y última vez que el vocablo *pístis* sale en los escritos de Juan (1ª en 1 Jn. y 4 en Ap.), no es, por supuesto, la fe del propio Jesús, sino *la fidelidad de estos santos a su Mesías*.

3. El v. 12 empalma así con el v. 13, aunque la bienaventuranza que comporta incluye a todos los fieles de todas las épocas. Notemos los detalles:

(a) Juan oye una comunicación directa, *procedente del cielo* (v. 13a), es decir, del trono, no de un ángel. Esa voz le dice: ¡*Escribe!* El vb. está en aor. de imp., como indicando algo urgente e importante.

(b) La referencia es a los *muertos* de este periodo, pues el vb. está en pres. continuo.

(c) Como el gr. *kópos* significa un trabajo arduo, duro, difícil, la mejor traducción de la frase gr. *anapaésontai ek tón kópon autôn* es: «descansarán de sus fatigas». De paso, nótese el contraste entre el fut. de ind. *anapaésontai* y el sust. *anápausin* del v. 11. Dice F. F. Bruce (*o.c.*, p.1.701): «Los “trabajos” de los que descansan son los padecimientos que han aguantado, no las obras que han llevado a cabo» (el énfasis es suyo). No es, pues, un premio a sus méritos, pero sí es una recompensa a sus fatigas, al fin y al cabo son obras con las que han manifestado la genuinidad de su fe (cf. Gá. 5:22-23; Ef. 2:10; Stg. 2:14 ss.).

(d) «*porque sus obras siguen con ellos*» (v. 13d). No van delante, como pidiendo un pago, ni van detrás, como acciones desprendidas de los actores, sino *met' autôn* = *con ellos, en compañía de ellos*, como sirviéndoles de escolta.

«14 *Y vi, y he aquí una nube blanca, y (vi) sentado sobre la nube a uno semejante al Hijo del Hombre, que tenía sobre su cabeza una corona de oro, y en su mano una hoz aguda. 15 Y salió del santuario otro ángel, gritando a gran voz al que estaba sentado sobre la nube: Envía tu hoz y siega, pues llegó la hora de segar, pues maduró (lit. se secó) la cosecha de la tierra. 16 Y el que estaba sentado sobre la nube echó su hoz sobre la tierra y fue segada la tierra*» (vv. 14-16).

1. Sobre la «*nube blanca*» (v. 14), dice Davidson (*o.c.*, p. 287) que pone de relieve «la pureza absoluta del motivo y la perfecta justicia del juicio divino». No hay duda de que tenemos presentado aquí a Jesucristo. Es cierto que no es llamado «el Cordero», quizás porque ahora viene a cumplir su función de Juez, pero la mención del «*Hijo del Hombre*» (v. 14b) no deja lugar a dudas de que es el mismo de Daniel 7:13. La *corona* (gr. *stéphanos*) *de oro* (v. 14c) es la del *regio vencedor*.

2. Se destaca también (última frase del v. 14) el detalle de que el personaje llevaba en la mano una «*hoz aguda*», es decir, bien

afilada; en gr.: *drépanon oxí*, de donde se derivan respectivamente los vocablos cast. «trepanar» y «óxido». Llama la atención en esta porción, lo mismo que en la siguiente (vv. 17-20), la gran cantidad de vbs. en aoristo, señales de urgencia en cada movimiento. El gran Segador tiene prisa por acabar pronto su tarea.

3. Hay unos pocos comentaristas que se niegan a identificar con Cristo al personaje del v. 14 porque el v. 15 lo presenta como recibiendo órdenes de un ángel. Pero es menester percatarse de que, en realidad, el ángel no le manda, sino que le *notifica*, como podría hacerlo un criado a su amo, la madurez de la cosecha. Nunca se olvide la dramatización en que están envueltos en Apocalipsis gran parte de los hechos que se narran.

4. En cuanto a la cosecha (v. 16), el contexto no aporta ningún detalle que dé a entender que la cosecha es de *santos*. Como dice Alford (citado por Walvoord en *o.c.*, p. 222): «es, probablemente, preferible considerar la primera cosecha (la de los vv. 14-16) como los juicios en general que caracterizan el periodo este, y la segunda cosecha (la de los vv. 17-20) como la final que marca el clímax» (los paréntesis son míos).

«17 *Y otro* (gr. *állos* = *otro*, del mismo rango que el del v. 15) *ángel salió del santuario que (está) en el cielo, teniendo también él una hoz aguda.* 18 *Y otro* (gr. *állos*) *ángel (salió procedente) del altar, teniendo autoridad sobre el fuego y llamó* (lit. *dio voces*) *a gran voz al que llevaba la hoz, la aguda, diciendo: Envía tu hoz, la aguda, y vendimia los racimos de la viña de la tierra, pues maduraron sus uvas.* 19 *Y echó el ángel su hoz a la tierra, y vendimió la viña de la tierra y (lo) echó al gran lagar del furor de Dios.* 20 *Y fue pisado el lagar fuera de la ciudad, y salió sangre del lagar hasta los frenos de los caballos por* (gr. *apò*) *mil seiscientos estadios»* (vv. 17-20).

1. En cuanto a esta vendimia de las uvas, notemos (v. 17) que no es Cristo el que lleva la hoz y siega, sino un *ángel*, al que *otro ángel* (v. 18) comunica la orden de *vendimiar*. El vb. gr. *ékmasan* = *maduraron*, significa propiamente que las uvas están a punto de reventar de tan maduras. Dice W. W. Wiersbe (*o.c.*, p. 608, col. 2ª): «La Escritura presenta tres “viñas” diferentes. Israel era la viña de Dios, plantada en la tierra para que llevase fruto para gloria de Dios; pero la nación no dio resultado a Dios y tuvo que ser cortada (Sal. 80:8-16; Is. 5:1-7; ver también Mt. 21:33-46). Hoy, Cristo es la Vid y los creyentes son pámpanos en Él (Jn. 15). Pero el sistema mundial es también una viña, “la vid de la tierra”, en contraste con Cristo, la Vid celestial; y está madurando para el juicio».

2. El ángel del v. 18 sale, no solamente del santuario, sino *del altar* (gr. *ek –no apò– tou thusiasteríou*), del único altar que aparece en Apocalipsis y es, primordialmente, el de los perfumes, puesto que es *de oro* (cf. 8:3; 9:18) y en él está *el fuego* (cf. 8:5). Así que este ángel *que tiene autoridad sobre el fuego* (v. 18b) podría ser el mismo de 8:3 ss.

3. «*El gran lagar del furor* (gr. *thumouí*) *de Dios*» (v. 19c) y el que *pisa las uvas* (v. 20) quedan claramente identificados, a la vista de 19:13-21, así como de Is. 34:1-8; Jl. 3:13 y, especialmente, de Is. 63:1-6. Dato interesante: En Isaías y en Joel, es *Yahwéh* quien pisa las uvas, pero en Apocalipsis es *El Verbo de Dios* (cf. 19:13). Estamos ante la gran batalla de *Armagedón* (cf. 16:16).

4. «*Mil seiscientos estadios*» (v. 20b), unos 320 kms, es un espacio colosal: Desde Tiro al norte hasta Wadi al-Aris al sur, cruzando toda la Palestina. No hay que recurrir a la simbología. Creo que lo de «*hasta los frenos de los caballos*» ha de entenderse que «*salpicó hasta los frenos de los caballos*», a la luz de Is. 63:3 «*su sangre salpicó mis vestidos, y manchó todas mis ropas*».

Capítulo

15

Este breve capítulo (8 vv.) es una especie de introducción al cumplimiento de la *proclamación* de la 7ª trompeta, en función de la espiral que tantas veces ya se ha citado. Lo he dividido en tres partes: (a) Siete ángeles preparados para derramar las plagas sobre la tierra (v. 1); (b) Los mártires procedentes de la persecución del Anticristo entonan un himno (vv. 2-4); (c) Se abre el santuario celeste, y los 7 ángeles reciben las copas de oro, llenas del furor de Dios (vv. 5-8).

(b) Las copas de la ira de Dios (caps. 15 y 16)

1) Preparación (cap. 15)

«Y vi en el cielo otra señal grande y admirable: siete ángeles que tenían siete plagas, las postreras, pues en ellas se consumó el furor de Dios» (v. 1)

1. «*Grande y admirable*» sólo aparecen juntos, en el N.T., aquí y en el v. 3. Esta *señal* es la 3ª de una serie en Apoc. (12:1, 12:3 y 15:1). A la 1ª corresponde la visión de Israel; a la 2ª, la del imperio final mundial bajo el Anticristo; a la 3ª, el juicio definitivo de Dios sobre el imperio del mal. En total, el vocablo *señal* sale 7 veces en Apocalipsis (12:1; 12:3; 13:13; 13:14; 15:1; 16:14; 19:20).

2. Así como el 7º sello anticipaba los acontecimientos *proclamados* por las trompetas (cf. 8:1 ss.), así también la 7ª trompeta introduce el *cumplimiento* por las copas (cf. 11:15). De ahí, la solemnidad de la apertura del 7º sello. Al decir, «*las postreras*», se indica que los otros dos grupos (los sellos y las trompetas) también eran «*plagas*», es decir, juicios de Dios sobre un mundo perverso (cf. 9:18, 20; 11:6; 13:3, 12, 14; 16:7-9; 18:8; 19:2; 22:18). Con ellas, «*quedará consumado* (gr. *eteléthe* = *fue consumado*, –el mismo vb. de Jn. 19:30) *el furor de Dios*». Tengamos en cuenta que «*furor*» (pasión temporal) se distingue de «*ira*» (sentimiento permanente). Este v. 1 sirve como de epígrafe de este capítulo 15 y del 16.

«2 *También vi como un mar de vidrio mezclado con fuego, y a los vencedores de la Bestia, de su imagen y del número de su nombre, de pie sobre el mar; el de vidrio, teniendo cítaras de Dios.*

3 *Y cantan el cántico de Moisés, el siervo de Dios,
y el cántico del Cordero, diciendo:*

*Grandes y admirables (son) tus obras,
Señor Dios Todopoderoso;
justos y verdaderos (son) tus caminos,
Rey de las naciones.*

4 *¿Quién no temerá, Señor,
y glorificará tu nombre?
pues (eres) el único santo,
pues todas las naciones vendrán
y se postrarán ante ti,
pues tus actos justos se hicieron manifiestos» (vv. 2-4).*

¿Quiénes son, dónde están y qué cantan los mártires de los vv. 2-4?

1. En mi opinión, son los mismos de 13:7 (el v. 2 los identifica como *vencedores del Anticristo* mediante su muerte) y, puesto que los

144.000 de 14:2 son *primicias* (cf. 14:4c) y han sido arrebatados sin ser martirizados, éstos de 15:2 han de ser los que completan el número de los de 6:9-11 y forman con ellos la *masa sagrada* que sigue a las *primicias mencionadas*. No hallo otra solución que explique convenientemente todos los detalles.

2. Están en el cielo, puesto que aparecen *de pie sobre el mar de vidrio* de 4:6. Este «*mar de vidrio*» simboliza la serena calma del cielo, donde no hay olas que se agiten como en los mares de la tierra; «*mezclado con fuego*» simboliza el juicio divino que surge precisamente de las exigencias de su santidad. «*Cítaras de Dios*» puede significar: (a) que están hechas únicamente para alabar a Dios; o (b) que son de un número de cuerdas mucho mayor que el acostumbrado.

3. El cántico (vv. 3, 4) pondera el poder, la justicia y la rectitud de los caminos de Dios, los cuales son: (a) *justos*, por su perfecta rectitud; y (b) *verdaderos* (gr. *alethinai* = *genuinos*), es decir, como corresponde al que es la Verdad por esencia, de donde se derivan su veracidad y su fidelidad («no puede engañarse ni engañarnos»). Lo llaman «*Rey de las naciones*», según los mss. más antiguos (es la lectura que mejor cuadra con el contexto actual), aunque no son pocos los mss. antiguos que dicen «*Rey de los siglos*» (cf. 1 Ti. 1:17). Muy pequeño es el número de mss. que respaldan la lectura de la VRV «*Rey de los santos*». También lo llaman «*el único santo*» (gr. *mónos hósios* = *único sagrado*), porque sólo Él tiene en sí mismo, como en su fuente, la santidad (cf. Lc. 18:19; Jn. 17:3; 1 Ti. 6:16).

El texto dice (v. 3a) «*cantan el cántico de Moisés... y el cántico del Cordero*». ¿Es un solo cántico o son dos? La opinión más probable es que son dos, como se ve por la repetición del texto, pero sirviendo el de Moisés de base para el del Cordero. Dando por supuesto que los que cantan son los mismos de 13:7 (cf. el punto 1), estos *vence-dores espirituales* de la Bestia ensalzan la forma en que Dios ha

vindicado su muerte y la de sus compañeros, a la vez que anticipan la universalidad del culto que se tributará a Dios en el Milenio (v. 4d). Entre los lugares que hacen referencia a lo mismo están Éxodo 15:1-18; Deuteronomio 32:3-4; Salmos 86:9, 111:2-3; 118:14; 139:14; Isaías 12:1-6; 66:23; Jeremías 10:6-7; Oseas 14:9 y Apocalipsis 5:12. Nótese en v. 3a lo de «*el siervo de Dios*», título que Dios mismo otorgó a Moisés (cf. Nm. 12:7; Jos. 1:1).

«5 Y después de estas cosas vi, y fue abierto el santuario del tabernáculo del testimonio en el cielo, 6 y salieron del santuario los siete ángeles que tenían las siete plagas, vestidos de lino limpio, brillante, y ceñidos en torno a los pechos con fajines de oro. 7 Y uno de los cuatro seres vivientes dio a los siete ángeles siete copas de oro llenas del furor de Dios que vive por los siglos de los siglos. 8 Y se llenó el santuario de humo (que procedía) de la gloria de Dios y de su poder, y nadie podía entrar al santuario hasta que se completaran las siete plagas de los siete ángeles» (vv. 5-8).

1. Una vez más (v. 5), *se abre el santuario celeste*. Se menciona también (v. 5b) *el tabernáculo* (gr. *tês skenês* = *de la tienda de campaña*), primer templo de Dios en medio de su pueblo. El Arca se cita implícitamente en el vocablo «*testimonio*», pues las tablas de la Ley daban testimonio de la alianza pactada por Dios con Israel en el Sinaí.

2. Como seres *santos*, los siete ángeles del v. 1 salen ahora (v. 6) del santuario. Aunque todavía no les han sido dadas las copas, se dice (vv. 1 y 6) que *tenían las plagas*, porque eran los comisionados para tal menester. En cuanto a su atuendo:

(a) Van *vestidos de lino limpio* (gr. *katharòn* = *puro*), lo que, como en 19:8, indica rectitud de conducta, pero no se les aplica lo de 7:14, porque la redención no fue para los ángeles (cf. He. 2:16).

(b) El lino es *brillante* (gr. *lampròn*, de donde viene «lámpara»), para designar el reflejo de la gloria de Dios, ante cuya presencia ministran.

(c) Los *fajines de oro a la altura de los pechos* son símbolos de nobleza, como en 1:13, y de pureza, por ejercer una función sagrada muy parecida a la sacerdotal.

3. Enseguida (v. 7) viene la entrega de las copas, como autorización de parte de Dios para que las usen en cumplimiento de los propósitos de juicio de Dios. Están «*llenas*» para expresar la magnitud del juicio que Dios va a ejecutar sobre los rebeldes impenitentes. El «*furor*» es, como siempre, la explosión de la *ira de Dios*. Las *copas* aquí mencionadas no son copas corrientes, sino tazones anchos, sin asas, una especie de lavafrutas. Lo de (v. 7c) «*que vive por los siglos de los siglos*» es un solemne recordatorio de que es un *Dios eterno* quien va a derramar su furor.

4. El v. 8 nos describe algo parecido a lo de Éxodo 40:34-35; Is. 6:1, entre otros lugares. El *humo* es sinónimo de la *nube*, pero es más apto para designar la inaccesibilidad del santuario, porque sofoca la respiración. Sólo con un Dios aplacado, hay acceso libre al Lugar Santísimo (cf. He. 4:14-16).

Capítulo 16

Este capítulo se divide en 7 partes, de acuerdo con las siete copas, del modo siguiente: (a) Se derrama la 1ª copa y se produce una epidemia de úlceras malignas y perniciosas (vv. 1, 2); (2b) Se derrama la 2ª copa y el agua del mar se convierte en sangre como de cadáver (v. 3); (c) Se derrama la 3ª, copa y se convierten en sangre las aguas potables; siguen 2 doxologías (vv. 4-7); (d) Se derrama la 4ª copa, y el sol recibe el poder de abrasar a los hombres; éstos no se arrepienten (vv. 8, 9); (e) Se derrama la 5ª copa, y el mundo queda sumido en tinieblas; los hombres siguen maldiciendo a Dios (vv. 10, 11); (f) Se derrama la 6ª copa, y se seca el Éufrates para dar paso a las hordas orientales (vv. 12-16); (g) Se derrama la 7ª copa, y el cataclismo es monumental, tras el anuncio de Dios (vv. 17-21).

2) La úlcera maligna (16:1, 2)

«Y oí una gran voz (procedente) del santuario, que decía a los siete ángeles: “Id y derramad sobre la tierra las siete copas del furor de Dios”. 2 Y fue el primero y derramó su copa sobre la tierra: y se produjo una úlcera maligna y perniciosa sobre los hombres que tenían la marca de la bestia y adoraban su imagen.»

1. Desde el fondo (gr. *ek*) del santuario sale *una gran voz* (v. 1). Diez veces ocurre el adj. «grande» en este capítulo. Con el ya conocido método de la espiral, las *copas* hacen una nueva «pasada» sobre los mismos objetivos de las trompetas (comp. atentamente este cap. 16 con los caps. 8, 9 y 11:15-19). La diferencia está en la *intensidad*, pues las trompetas afectaban a la 3ª parte, mientras que las copas afectan a la totalidad. Estamos, pues, prolépticamente, al final de la Gran Tribulación. Otra diferencia es que las trompetas simbolizan las plagas de Egipto anteriores a la salida del pueblo y conllevan una llamada al arrepentimiento, mientras que las copas representan la sumersión de los egipcios en el mar Rojo.

2. Las 4 primeras plagas se parecen más entre sí, tanto en las trompetas como en las copas. La 5ª, copa produce el destronamiento de la Bestia; la 6ª, la invasión de su imperio por las hordas del lejano oriente; la 7ª, la destrucción de su capital, la Gran Babilonia. Mientras la 1ª trompeta afectó al césped y a los árboles (cf. 8:7), la 1ª copa afecta (v. 2) a los adoradores de la Bestia (la imagen es erigida en la 1ª mitad de la Gran Tribulación). La maldad de estos hombres se echa de ver en los vv. 6, 9, 11 y 21. Llevan bien *la marca* de su amo (v. 2b, comp. con 13:1, 5, 6 y 17:3).

3) El mar convertido en sangre (16:3)

«Y el segundo derramó su copa sobre el mar; y se convirtió en sangre como de muerto, y murió todo ser vivo (lit. toda alma de vida), los que (están) en el mar.»

Así como la 1ª copa es derramada *sobre la tierra*, la 2ª lo es *sobre el mar*. A su vez, la 3ª es derramada *sobre los ríos y las fuentes de las aguas*, y la 4ª *sobre el sol*, en la región del aire, cubriendo así todo el entorno ecológico. Lo de «*como de muerto*» puede indicar que no

es propiamente *sangre*, sino algo equivalente por su color rojo oscuro y su olor pestilente. La última frase es, en el gr., *tà en tê thalásse*, donde el neutro plural *tà* no puede concordar con *psujè* = *alma*, ya que éste es femenino; por tanto *tà* puede designar: (a) *las cosas que*, o, quizás, (b) *zôa* = *seres vivientes*, que es neutro. A causa de la elipsis, me inclino por lo primero.

4) Los ríos convertidos en sangre (16:4-7)

«4 *Y el tercero derramó su copa sobre los ríos y sobre las fuentes de las aguas; y se convirtió en sangre.*

5 *Y oí al ángel de las aguas, que decía:*

*Justo eres, el que eres y el que eras, el santo,
porque juzgaste estas cosas;*

6 *puesto que sangre de santos y de profetas derramaron,
también sangre les diste a beber.*

¡Se lo merecen!

7 *Y oí al altar, que decía:*

*Sí, Señor; el Dios todopoderoso,
verdaderos y justos (son) tus juicios.»*

1. Con gran sobriedad y concisión (v. 4), como algo bien conocido, el texto nos presenta la extensión de la plaga anterior a las fuentes y ríos de agua potable, teniendo así gran parecido con la 1ª plaga de Egipto (cf. Éx. 7:20-25). El ángel que pronuncia la doxología de los vv. 5 y 6 es llamado «*ángel de las aguas*», como área que está a su cargo (comp. con los de los 4 vientos -7:1- y el del fuego -14:18). Se deshace así el mito pagano de los dioses Eolo (del viento) y Neptuno (del mar). Dicha doxología tiene parecido con la de 15:3-4, ya que en ambas se ensalzan la verdad y la justicia de Dios. Como en 11:17 (pero ahora sin variantes), se omite (v. 5) «*el que viene*», porque, como dirá en el v. 17, «*¡Hecho está!*»

2. Se observa aquí (v. 6) la ley del talión, lo mismo que en la 1ª copa. La última frase del v. 6 dice lit. «*Dignos som*». Para no confundir al lector por el uso peyorativo del gr. *áxioi*, lo he vertido como ya lo hace la VRV acertadamente. W. W. Wiersbe (*o.c.*, p. 610, col. 1ª) cita casos parecidos en el A.T.: Faraón intentó ahogar a todos los niños judíos, pero fue él quien se ahogó con su ejército en el mar Rojo. Amán quiso colgar a Mardoqueo, pero fue él el colgado como también sus diez hijos. Saúl no obedeció la orden de Dios de exterminar a Amalec, y fue rematado por un amalecita.

3. En los versículos 6 y 7, se aplican a Dios y a sus juicios (gr. *kríseis* = *actos de juzgar*) los mismos epítetos que vimos en 15:3, 4. Responde, como antífona, el *altar celeste* (v. 7) a la voz del ángel de las aguas. La voz que responde no es la de Dios, ni la del Cordero ni la de un ángel, sino la del propio altar «personificado», como en 6:9-11; 8:3-4 y aun 14:18. Dice F. F. Bruce: «¿Por qué el altar? Quizás porque fue testigo de la oración de los mártires de 6:10».

4. La antífona (v. 7b) es brevísima:

(A) «*Śń*» —responde el altar (v. 7a)— como diciendo: «Lo que dice este ángel es exacto y lo hacemos nuestro». También los lectores, y yo mismo, tenemos que decir: «Es cierto, y lo hacemos nuestro».

(B) «*Señor*», en el gr. original, está en vocativo: *kúrie*, no dejando lugar a dudas de que a Él va dirigido el resto del v. 7, a pesar de que el gr. *ho theós ho pantokrátor* = *el Dios el Todopoderoso*, equivalente al hebr. *Yahwéh Elohím Tsebaóth*, está en nominativo (comp. Jn. 20:28b).

(C) Como es corriente en hebraísmos de esta clase, la antífona termina (v. 7c) ensalzando los actos de juicio de Dios: (a) como *verdaderos* (gr. *alethinai* = *genuinos*), es decir, como corresponden a la realidad de los vocablos con que se expresa aquí su naturaleza: «*El Señor Dios Todopoderoso*»: (b) como *justos* (gr. *dikaiai*), es decir, como propios de un Juez que siempre juzga con imparcialidad, por-

que es omnisciente y no se le escapa ningún detalle de la causa que está juzgando.

5) El sol abrasador (16:8, 9)

«8 Y el cuarto derramó su copa sobre el sol y le fue dado abrasar a los hombres con fuego. 9 Y se abrasaron los hombres con (el) intenso calor, y blasfemaron el nombre de Dios que tenía la autoridad sobre estas plagas, y no se arrepintieron para darle gloria.»

1. El lector que conozca algo de griego, no dejará de notar que, mientras en las tres primeras copas, aparece la preposición de dirección *eis* = *a, hacia* (cf. vv. 2, 3 y 4), que todos los autores vierten por *sobre*, puesto que los ángeles aparecen en una posición superior, derramando la copa *hacia abajo*, aquí (v. 8) el texto gr. usa la prep. *epi* = *sobre*, porque este ángel está *más bajo* que el sol.

2. Como si se desvaneciera la función de la atmósfera en filtrar los rayos del sol, éstos (v. 8) caen directamente (cf. Sal. 11:6), «sin filtro» sobre los impíos. Mientras con el toque de la 4ª trompeta (cf. 8:12), se quita al sol la 3ª parte de su luz, aquí se le aumenta el calor.

3. Los seres humanos se abrasan, o se tuestan (v. 9), por efecto del calor intenso, pero en lugar de arrepentirse y dar gloria a Dios, puesto que reconocen que tiene tal poder, prefieren maldecirle. Recuérdese (cf. v. 4) que, además, no hay agua potable. ¡Qué sed!

6) La caída de Babilonia (16:10, 11)

«10 Y el quinto derramó su copa sobre el trono de la bestia y su reino fue entenebrecido, y se mordían la lengua por efecto del dolor,

11 *y maldijeron al Dios del cielo por efecto de sus dolores y de sus úlceras, y no se arrepintieron de sus obras.»*

1. Ahora (v. 10) la ira de Dios se abate sobre el trono de la Bestia. Si la Gran Ramera va a estar sentada sobre la Bestia (cf. 17:3), y su sede son «*siete montes*» (17:9), lo más probable es que el trono de la Bestia esté en Roma. La plaga es parecida a la 9ª plaga de Egipto (cf. Éx. 10:21-23). Pero solamente el reino de la Bestia es afectado (comp. Éx. 10:23b «*mas todos los hijos de Israel tenían luz en sus habitaciones*»).

2. «*Morderse la lengua de dolor*» (v. 10c), no es sólo sinónimo de exasperación, sino también un intento de aliviarse de un dolor muy agudo, como yo mismo lo presencié en el Hospital Militar de Zaragoza durante la guerra civil (1935-1939).

3. El resultado (v. 11), como en el caso de Faraón, es de endurecimiento, por el justo juicio de Dios (cf. las 6 veces previas al endurecimiento final de Éx. 9:12; 7:13; 7:22; 8:15; 8:19; 8:32; 9:7). Es comprensible que, cuando un malvado llega a esos extremos, se vuelva suspicaz y cruel con otras personas. Dice W. W. Wiersbe (*o.c.*, p. 609, col. 2): «Un dolor constante afecta a la disposición de una persona, de modo que se le hace difícil llevarse bien con otras personas».

7) Armagedón (16:12-16)

«12 *Y el sexto derramó su copa sobre el gran río Éufrates y se secó su agua, para que fuese preparado el camino de los reyes del nacimiento del sol. 13 Y vi salir de la boca del Dragón y de la boca de la Bestia y de la boca del Falso Profeta tres espíritus inmundos a manera de (lit. como) ranas; 14 pues son espíritus de demonios que hacen prodigios (lit. señales), los cuales se dirigen hacia (lit. proceden*

sobre) los reyes del mundo entero, a fin de reunirlos para la batalla del gran día del Dios Todopoderoso. 15 He aquí que vengo como un ladrón. Bienaventurado el que vela y guarda sus ropas, para que no ande desnudo y vean su vergüenza. 16 Y los reunió en el lugar llamado en hebreo Armagedón.»

Esta copa produce efectos sumamente misteriosos. Para mayor claridad, dividamos esta sección en tres partes: (a) El efecto mismo de la copa (vv. 12-14); (b) Una admonición del Señor (v. 15); y (c) La convocación de las tropas enemigas para la batalla de Armagedón (v. 16). Como nota gramatical curiosa, quiero advertir al lector que, en el v. 8 cambió la prep. de *eis* a *epi*, y así se mantiene en los vv. 10, 12 y 17.

1. «*El gran río*» (v. 12, como en Gn. 15:18; Dt. 1:7; Jos. 1:4) es llamado así el Éufrates, más que por su caudal, por ser la frontera oriental del territorio prometido por Dios a Israel. Isaías 11:15 y Zacarías 10:11 predicen lo que vemos aquí. Cuando Juan escribía esto, el Éufrates era también la frontera entre el imperio romano y las tribus indómitas del oriente. En la 2ª parte del v. 12 se nos dice con qué objeto se secó el cauce del gran río: para que pudieran pasar a occidente las hordas orientales que, como veremos más adelante, vendrán a oponerse al Anticristo, pero acabarán coligándose con él contra Cristo, y así sufrirán conjuntamente la derrota que ya se apuntaba en 14:20.

2. Juan ve salir de la boca de cada una de las tres Bestias (v. 13), sendos *espíritus inmundos*, es decir, *demonios a manera de ranas* (gr. *bátrajoi*—de ahí el cast. «batriaco»). Véase el parecido con la 2ª plaga de Egipto (cf. Éx. 8:2 ss.). Para los israelitas, todo animal acuático sin escamas era inmundo (cf. Lv. 11:10-12). Estos demonios van a tomar posesión de los líderes de las naciones, quienes seducirán a su vez a sus respectivos súbditos para lanzarlos contra Israel.

3. Se nos dice en el v. 14 que *hacen señales* (comp. 13:12-15), es decir, prodigios que sobrepasan las fuerzas naturales del hombre, para mejor persuadir a los jefes de gobierno del mundo a terminar de una vez con Israel. Pero nótese la frase final del v. 14: no es la batalla del *gran día de ellos*, sino *del gran día del Dios Todopoderoso*.

4. El v. 15 ha de entenderse a la vista de Mateo 24:43; Lucas 12:35-40; 1 Tesalonicenses 5:2-4; 2 Pedro 3:10; Apocalipsis 3:3, en contraste con Apocalipsis 1:3; 14:13. Un vistazo a 3:3, 18; 19:8, nos ayudará a ver el sentido de este v. Se trata de la justicia *practicada*. Son los que han escapado de la muerte, ya sea por residir en un lugar bastante lejano fuera del alcance del Anticristo, ya sea por estar escondidos (cf. Mr. 24:16). Imaginemos la situación de un ejército en campaña (hablo por propia experiencia de capellán militar). Dice F. F. Bruce (*o.c.*, p. 1703, col. 1ª): «Según la Mishnáh, el capitán del templo en Jerusalén rondaba de noche, y si algún miembro de la guardia del templo era sorprendido durmiendo en su puesto, se le despojaba de sus ropas, las cuales eran quemadas, y él era despedido desnudo y en confusión».

5. «*Y los reunió*» (v. 16). ¿Quién? El Dios Todopoderoso del v. 14, ya que el v. 15 es una admonición parentética del Salvador. Aun cuando los hombres piensen que son ellos los que tienen la iniciativa en el desarrollo de los acontecimientos, no son sino como peones de ajedrez en el tablero de los designios de Dios, lo cual no les exime de culpabilidad (cf. Hch. 2:23). El lugar de esta *reunión* (gr. *sunégagen* –de donde proviene el cast. «sinagoga») es *Armagedón* = *meseta de Megido* (cf. Zac. 12:11), que forma un «tell» o montaña artificial imponente. Había sido escenario de importantes batallas (cf. Jue. caps. 4 y 5; 2 R. 9:27; 23:29-30; 2 Cr. 35:20-24), por lo que vino a ser símbolo de duelo nacional (cf. Zac. 12:11). Allí murieron los reyes Saúl, Ocozías y Josías. Es mencionada aquí porque será el área central del conflicto (cf. coment. a 14:20). Dice W. W. Wiersbe (*o.c.*, p. 610, col. 2ª): «Las naciones paganas verán en Armagedón una bata-

lla, pero para Dios sólo será una “cena” para las aves del cielo (Ap. 19:17-21)».

6. Para no confundirse con lo que vemos en 9:14 ss., recordemos que gran parte del Apocalipsis se desarrolla «en espiral» y que, muy tempranamente, se apuntan prolépticamente detalles que se rellenarán después. D. Pentecost (*Eventos del Porvenir*; pp. 261-272) apoya con argumentos sólidos la siguiente secuencia de acontecimientos: (a) Federación de los diez Estados del nuevo imperio romano, con la Bestia a la cabeza; (b) Federación de Estados del Norte (Rusia y sus aliados); (c) Invasión desde allende el Éufrates; (d) Intervención desde el Sur (potencias del norte de África).

8) El gran terremoto y el pesado granizo (16:17-21)

«17 *Y el séptimo derramó su copa en (gr. epi = sobre) el aire, y del interior (gr. ek) del santuario salió desde (gr. apo) el trono una gran voz, que decía: ¡Hecho está! (gr. Gégonen).* 18 *Y hubo relámpagos y voces y truenos, y hubo un gran terremoto, tan grande cual no lo hubo desde que existió un hombre sobre la tierra.* 19 *Y la gran ciudad se dividió (lit. se hizo) en tres partes, y se derrumbaron las ciudades de las naciones. Y Babilonia la grande fue recordada ante Dios para darle la copa del vino del furor de su ira.* 20 *Y toda isla huyó, y los montes no fueron hallados.* 21 *Y cayó (lit. cae) del cielo sobre los hombres un enorme granizo como de un talento; y los hombres maldijeron (lit. blasfemaron) a Dios por la plaga del granizo, pues su plaga era (lit. es) una plaga grande sobremanera.»*

Entre la apertura del 6º sello y la del 7º hubo un gran paréntesis (6:12–8:1). Igualmente hubo un gran paréntesis entre el toque de la

6ª trompeta y el de la 7ª (9:13–11:18). Pero entre la copa 6ª y la 7ª no hay ningún intervalo, porque hemos llegado al final. Se está acabando la «espiral».

1. Vimos que la 4ª copa (vv. 8, 9) tuvo un efecto indirecto sobre la atmósfera (el «filtro»). En cambio, el efecto de la 7ª copa no se produce en el aire *en cuanto atmósfera*, sino *en cuanto lugar* en el que se sitúan el diablo y sus ángeles (cf. Ef. 2:2). Aunque ya fue arrojado a la tierra (12:9), domina el aire desde abajo, como antes lo dominaba desde arriba (Ef. 6:12). Este dominio se acaba con el derramamiento de la 7ª y última copa (v. 17), con lo que llegamos al final, pues la frase final del v. 17 equivale a «*¡Se acabó!*» Todo lo que sigue, hasta el final del cap., son fenómenos extraordinarios que acompañan a las solemnes intervenciones de Dios. La magnitud de esta intervención se muestra por la magnitud de los fenómenos registrados en los vv. 18-21.

2. Aparte de los fenómenos comunes a otros acontecimientos similares, se menciona aquí (v. 18) “*un terremoto tal* (gr. *oîos*)...*un terremoto tan potente* (gr. *telikoûtos*) *así de grande*» (gr. *houîto mégas*). Nótese el gran énfasis que muestra este v. Es, pues, muchísimo más fuerte que los de 8:5 y 11:19, que siguieron respectivamente a la apertura del 7º sello y al toque de la 7ª trompeta.

3. «*La gran ciudad*» (v. 19) es, para algunos (Walvoord, Davidson, Carballosa) Jerusalén (a la vista de 11:8 y Zac. 14:1-7); para otros (Bruce, Morris) es «símbolo de la ciudad mundial». En mi opinión, es Roma, «*la gran ciudad*» de 18:10, con lo que se establece un paralelismo entre la 1ª frase y la 3ª del v. 19. «*Las ciudades de las naciones*», según la conjetura más probable, son las capitales de las distintas naciones bajo el imperio del Anticristo. La metrópoli central, «*la gran Babilonia*», merece castigo especial (v. 19d): «*la copa del vino del furor de la ira de Él*» (lit.).

4. Probablemente, como una indicación de la magnitud del terremoto del v. 18, «*toda isla huyó, y los montes no fueron hallados*» (v. 20), ¡desaparecieron de la vista! Hay aquí un simbolismo «para indicar la inconsistencia de algo, la fuerza de un castigo o la gravedad de una situación» (Bartina, *o.c.*, pp. 773-774 —cf. Sal. 46:4; Ez. 26:18; 38:20; Nah. 1:5). En la plaga del 6º sello, las islas sólo se mueven (6:14). Aquí, *huyen*, y los montes *desaparecen*.

5. No se ha acabado aún el efecto de la plaga (v. 21). ¡Granizo del peso de un talento! (aprox. 45 kilogramos —comp. con Éx. 9:23-25) «*que cae procedente del cielo sobre los hombres*». Como puede verse por 8:11; 9:4, 10; 16:8, 21, «*los hombres*» son los que se describe como «*los que habitan sobre la tierra*» en 11:10 (dos veces); 13:8; 13:12; 13:14 (dos veces); 17:2 y 17:8; en total, 8 veces en Ap. En lo que atañe a este v. 21, el hecho de que diga «*los hombres*» y no «*los que habitan sobre la tierra*» es, en mi opinión, una indicación de que la plaga se abate *sobre las cosechas*, más bien que *sobre las cabezas* de los seres humanos, los cuales de seguro morirían bajo el impacto de un sólido bloque de hielo de 45 quilos, sin tener tiempo ni para maldecir a Dios. En cambio, W. W. Wiersbe (cf. *o.c.*, p. 611, col. 1ª) es explícito a favor de que mata a los hombres, pues dice: «¡Blasfeman de Dios! No es extraño que caiga granizo, pues los blasfemos habían de morir por lapidación (Lv. 24:16)». Lo que Wiersbe no explica es por qué *solamente* estos blasfemos son castigados con muerte por lapidación.

6. En muchos detalles, tenemos que movernos a interpretar por conjeturas, pero el mensaje mismo, el núcleo de lo que Dios nos quiere *revelar* aquí, es totalmente cierto y seguro. Cuatro puntos emergen como verdades teológicas fundamentales:

- (a) El justo juicio de Dios en todo lo que acontece;
- (b) La salvación, enteramente, gratuita, de los creyentes;
- (c) La protección segura de los fieles hijos de Dios;

(d) La intrínseca perversidad de la humanidad inconversa, la cual no se arrepiente (en general, ahora; en especial, en la 2ª mitad de la Gran Tribulación) ante ningún juicio divino, por severo que sea éste; y, peor aún, aunque le sea presentado vívidamente el lago de fuego y azufre, que es el Infierno eterno.

Capítulo

17

En los tres capítulos (17 al 19) que quedan hasta llegar al Milenio (cap. 20), todo el sistema de Satanás va a ser juzgado ahora por Dios: su sistema religioso (la ramera –Ap. 17), su sistema político y económico (Babilonia –Ap. 18) y su sistema militar (los ejércitos enemigos de Israel y de Cristo –Ap. 19). (cf. W. W. Wiersbe, *o.c.*, p. 611, col. 2ª).

Este cap. 17 trata del poder y de la caída de la «Babilonia religiosa». Lo divido en dos secciones: (a) Descripción de la Gran Ramera (vv. 1-7), (b) Interpretación de la visión (vv. 8-18).

(c) La caída de Babilonia (17:1–19:10)

1) El juicio (caps. 17 y 18)

«1 Y vino uno de los siete ángeles que tenían las siete copas y habló conmigo, diciendo: Ven, te mostraré el juicio de la gran ramera que está sentada sobre muchas aguas, 2 con la cual fornicaron los reyes de la tierra y se embriagaron los habitantes de la tierra del vino de su fornicación. 3 Y me llevó en espíritu a un desierto. Y vi una mujer sentada sobre una bestia roja escarlata, llena de nombres de blasfemia, que tenía siete cabezas y diez cuernos. 4 Y la mujer estaba vestida de púrpura y escarlata, y enjoyada con oro, y piedra preciosa y perlas y tenía en la mano un cáliz de oro lleno de abo-

minaciones y de las inmundicias de su fornicación, 5 y sobre su frente un nombre escrito:

*MISTERIO
BABILONIA LA GRANDE
LA MADRE DE LAS RAMERAS
Y DE LAS ABOMINACIONES DE LA TIERRA.*

6 Y vi que la mujer estaba embriagada con la sangre de los santos y con la sangre de los mártires de Jesús. Y, al verla, me asombré con gran asombro. 7 Y me dijo el ángel: ¿Por qué te asombraste? Yo te diré el misterio de la mujer y de la bestia que la lleva, que tiene las siete cabezas y los diez cuernos» (vv. 1-7).

1. Antes de entrar en materia, recordemos algunos puntos:

(a) Los sucesos referidos en los caps. 4 al 18 inclusive no guardan orden cronológico estricto, sino que avanzan en espiral (tres pasos adelante y dos atrás, para seguir avanzando); se solapan los acontecimientos y se anticipan los finales. Pero hay un avance en los juicios de Dios, que cada vez son más severos.

(b) Gran parte de los sucesos del cap. 17 ocurren antes del vaciamiento de las copas, y una ojeada a 6:9 ss.nos confirma en la opinión de que estamos en la 1ª mitad de la Gran Tribulación.

(c) En este cap. 17 –como ya apunté– Roma aparece como centro de la religión apóstata, según veremos en el comentario al v. 5.

2. Uno de los siete ángeles de las copas (v. 1) le va a mostrar a Juan, en su éxtasis («*en espíritu*» –v. 3), una nueva visión. El ángel *viene* (gr. *élthen*) a Juan, pero Juan no se mueve. El adv. gr. *deúro* no requiere movimiento físico; equivale a «*Mira para acá*». El gr. *kríma* = *juicio*, significa en realidad, como lo da a entender la terminación en *-ma*, la sentencia. «*La gran ramera*» (v. 1d) no tiene connotación sexual, sino que ha de entenderse en sentido de contubernio de la religión apóstata con los poderes políticos de todos los tiempos; en

especial, con los de este periodo de la historia. Las «*muchas aguas*» sobre las que está sentada la gran ramera, lo mismo que el «*mar*» de 13:1, representan la muchedumbre de las naciones de la gentilidad. Como puede verse en el v. 2, la corrupción ha ido de arriba (*los reyes*) hacia abajo (*los habitantes* –gr. *katoikouîntes*, término bien conocido).

3. La mujer nos es presentada (v. 3) «*sentada sobre una bestia de color escarlata*», es decir, sobre el Anticristo: sostenida y apoyada por él, mientras ella, durante la 1ª mitad de la Gran Tribulación, dirige y controla, hasta cierto punto, al Anticristo, del mismo modo que un jinete dirige, espolea o frena a su cabalgadura. Lo de «*que tenía siete cabezas y diez cuernos*» nos confirma en la identificación de esta bestia con la de 13:1, es decir, con el Anticristo. Nótese que el original no dice (v. 3a) «me llevó *al* desierto», sino «me llevó *a un* desierto»; no es el mismo lugar de 12:6. ¿Por qué? Para que, fuera del ruido de la gran urbe, pudiese contemplar tranquilo la descripción que le va a hacer el ángel. Nuestra primera madre, Eva, cuando aún era inocente, fue colocada en un hermoso Edén. Esta ramera inmunda, en un desierto (cf. W. W. Wiersbe, *o.c.*, p. 612, col. 1ª).

4. El atuendo de la ramera (v. 4) es parecido al de los altos dignatarios de las iglesias oficiales de la llamada «Ortodoxia» grecorrusa, de la Iglesia anglicana y, por supuesto, de la Iglesia de Roma. Debo rectificar una errónea información que refiero en mi comentario de M. Henry, vol. final, p. 515, líns. 7-11. La correcta información, que me pasó el hermano E. Danyans, es: En 1995, la Real Casa de la Moneda de Bruselas acuñó, en cupro-níquel y plata, una moneda que tiene en el anverso EURO ECU, debajo de las distintas monedas europeas y, en el reverso, una mujer montada en un toro, con la leyenda EUROPA 1995. Es un recuerdo del mito de Júpiter que, bajo la figura de un toro, raptó a la mujer Europa, nombre dado a nuestro continente. Si se compara con la descripción que Apocalipsis 17 hace de la gran ramera, el parecido es muy escaso y la coincidencia de significado no existe.

5. El detalle más sorprendente es «*el cáliz* (gr. *potérion* = *copa*) *de oro que lleva en la mano, lleno de abominaciones*», esto es, mezcla de religión e idolatría, de símbolos espirituales y ritos paganos, de evangelio y superstición más o menos culta. Todos los amilenaristas ven aquí representada a la Roma pagana del tiempo de Juan, pero eso no hace justicia al sentido realmente «misterioso, que provoca un asombro sobrecogedor», como se desprende del lenguaje del ángel a Juan. La «*escarlata*» con que el v. 3 describe al Anticristo, y el v. 4 el atuendo de la mujer, tiene un simbolismo peyorativo: «*escarlata*» es, en la Biblia, el color de Satanás (Ap. 12:3) y del pecado (Is. 1:18), como advierte W. W. Wiersbe (cf. *o.c.*, p. 612, col. 2ª).

6. Lo de «MISTERIO» (v. 5) no significa que eso forme parte del título de la mujer, sino que el título mismo es *misterioso*, es decir, *secreto*. En el N.T., «misterio» es una verdad oculta que sólo los iniciados espiritualmente pueden entender. *Bab-el* significa «la puerta de Dios», pero, tras la confusión de las lenguas en Génesis 11, vino a significar en hebr. «confusión» (cf. W. W. Wiersbe, *o.c.*, p. 612, col. 2ª). El misterio está, pues, aquí en que lo de «BABILONIA, LA GRANDE» (así las tres veces: 16:19; 17:5 y 18:2) no representa una ciudad como capital de una nación ni de un grupo de naciones, sino *una organización religiosa correspondiente a lo que la Babel histórica fue en el sentido religioso, desde Nimrod, bisnieto de Noé por la línea de Cam*. Como puede verse por Génesis 10:8-12, la palabra de Dios atribuye a Nimrod rasgos caracteriales e históricos muy expresivos: él fue el fundador de *Babel* (nombre hebr. de *Babilonia*) y fue «*cazador*», no «*pastor*» como los patriarcas de Israel. «LA MADRE DE LAS RAMERAS» apunta a la multitud de falsas religiones que la mujer ha dado a luz en el decurso de la historia, emparentando así con Babel. La historia de Babel ha sido descifrada en miles de tablillas cuneiformes, donde se nos dice que Semíramis, la mujer de Nimrod, fue ya suma sacerdotisa de la religión misteriosa, llena de secretos («la disciplina del arcano») religiosos y, por tanto, *sagrados*, que formaban

parte del culto a los ídolos (para más detalles, cf. mi coment. de M. Henry, vol. citado, pp. 515-516). Finalmente, fue Babilonia la que conquistó el reino de Judá y, así, con Nabucodonosor, comenzaron «*los tiempos de los gentiles*» (cf. Jer. 27:1-11; Dn. 2:37-38).

7. En el v. 6, se nos da a entender que todos los poderes políticos y religiosos ligados de algún modo a Roma, ya sean los emperadores romanos, o la Inquisición y las dictaduras apoyadas por el Vaticano (Hitler, Mussolini, Franco, etc.) han contribuido a la embriaguez de la gran ramera. No es extraño el *asombro grande* de Juan, al ver esto (v. 6b). Nótese los dos grupos que el texto distingue muy bien: (a) «*los santos*», es decir, los mártires del pueblo judío, y (b) «*los mártires* (gr. *tôn martúron = de los testigos*) *de Jesús*», es decir, *cristianos*, tanto judíos como gentiles. En el v. 7c, la mención de *las siete cabezas y los diez cuernos* nos sirven de nuevo para identificar mejor al Anticristo de 13:1.

«8 *La bestia que viste, era y no es, y está a punto de subir del abismo e ir a perdición; y los que habitan sobre la tierra, cuyo nombre no está escrito en el rollo de la vida desde (la) fundación de(l) mundo, se asombrarán al ver la bestia que es y que no es y aparecerá* (lit. *se hará presente*). 9 *Aquí, la mente que tenga sabiduría. Las siete cabezas son siete montes, sobre los que está sentada la mujer. Y son siete reyes. 10 Los cinco cayeron, el uno está, el otro aún no vino y, cuando venga, debe permanecer por breve (tiempo). 11 Y la bestia que era y no es, también es un octavo y es de entre los siete y va a perdición. 12 Y los diez cuernos que viste son diez reyes, los cuales todavía no recibieron reino, pero recibirán autoridad como reyes durante una hora con la bestia. 13 Estos tienen un mismo designio y están dando* (gr. *didóasin = dan –en pres. continuo*) *a la bestia su poder y su autoridad. 14 Estos lucharán contra* (lit. *con*) *el Cordero, y el Cordero los vencerá, pues es Señor de señores y Rey de reyes, y los que (están) con Él, llamados y elegidos y fieles. 15 Y me dice:*

Las aguas que viste son pueblos y multitudes y naciones y lenguas. 16 Y los diez cuernos que viste y la bestia, éstos aborrecerán a la ramera y la dejarán (lit. harán) desierta y desnuda, y se comerán sus carnes y la abrasarán con fuego. 17 Porque Dios puso (lit. dio) en sus corazones llevar a cabo (lit. hacer) su designio, y que llevaran a cabo (lit. hacer) un solo designio y dar su reino a la bestia hasta que se hayan cumplido (lit. se cumplirán) las palabras de Dios. 18 Y la mujer que viste es la gran ciudad que tiene autoridad regia (lit. reino) sobre los reyes de la tierra» (vv. 8-19).

1. En el v. 8, el ángel hace una descripción que parece un resumen del cap. 13. «*Era y no es*» significa que, durante mucho tiempo, ese poder romano dejó de existir en la mitad del siglo V de nuestra era, con la caída del imperio de Occidente, después de seis siglos de dominio; pero volverá a hacerse presente en el futuro (cf. Dn. 9:26b). Se dice que «*va a subir del abismo*» en doble sentido: (a) del fondo del mar (cf. 13:1, comp. con Dn. 7:3 y Gn. 1:2); y (b) porque se presentará en el escenario del futuro por el poder recibido del rey del abismo (cf. 9:11), el dragón de 12:3 y 13:2. Pero «*irá a la perdición*» sin tardar mucho, porque, en fin de cuentas, será derrotado y destruido por el Cordero (v. 4 y 19:19-21). La parte central de este v. 8 nos ayuda a poner en orden 13:8. El verbo final (gr. *párestai* = *se hará presente*—de donde el vocablo «parusía») da a entender que hará su aparición cuando, y donde, menos se espere, lo que explica el «*asombro de los que habitan sobre la tierra*».

2. El v. 9 requiere “*mente que tenga sabiduría*”. La cual se necesita especialmente para distinguir el primer grupo de *ocho* reyes (vv. 9-11) del segundo de *diez* reyes (v. 12). *Las siete cabezas* (v.9b) *son siete montes*. Roma ha sido llamada siempre «la ciudad de las siete colinas». Walvoord (*o.c.*, pp. 251-254) y Carballosa (*o.c.*, pp. 334, 335), siguiendo a Seiss, toman *montes* en sentido metafórico: «siete montes regios», desde Nimrod, pasando por Egipto, Asiria, Babilonia, Persia, Grecia y

Roma. Prefiero personalmente la explicación de F. F. Bruce (*o.c.*, p. 1704), que resumo a continuación: *Cinco de los cuales han caído* (v. 10a): Augusto, Tiberio, Gayo, Claudio y Nerón. *Uno está*, Vespasiano; *el otro aún no vino... ha de permanecer por breve tiempo*, Tito (reinó sólo dos años). *La bestia* (v. 11) *que era, y no es, es un octavo*, el Anticristo, *que es de entre los siete*, «posiblemente —dice Bruce— en el sentido de ser como una reencarnación de uno de ellos». El v. 12 es definitivo. Son diez reyes futuros (*que aún no recibieron reino* —v. 12b) y que reinarán *simultáneamente durante una hora* (breve tiempo, aunque no tan breve como el de 8:1) *con la Bestia* (v. 12c). Ello se debe: (a) a que no es la bestia, sino Dios, quien concede tal poder (cf. Jn. 19:11; Ro. 13:1); y (b) a que no es la bestia quien los ha entronizado.

3. Viene después (vv. 13-14) un resumen de la futura batalla de Armagedón. Los *diez reyes* (v. 13) que hemos visto en el v. 12 van a servir de puente entre el pluralismo nacional anterior a la Gran Tribulación y la dominación exclusiva del Anticristo. Esta fase de transmisión de poderes, relativamente breve, es la que parece expresarse en la frase «*por una hora*» del v. 12. Por unanimidad, *entregan* (gr. *didóasin* = *dan*, en pres. continuo) *a la bestia*, el Anticristo, *su poder*: sus fuerzas militares y económicas, *y su autoridad*: su potestad política nacional e internacional. Con el Anticristo a la cabeza, *pelearán* (v. 14) *con el Cordero*. Pero, al contrario de 13:7, *el Cordero los vencerá*. Bartina (*o.c.*, p. 786) interpreta así la última frase del v. 14: «Porque los llamados a filas que están con él son todos escogidos guerreros y fieles a su señor». No es, con todo, lo selecto de las tropas lo que cuenta para la victoria, sino porque el Jefe es «*Señor de señores y Rey de reyes*» (cf. 19:16), títulos propios de la Deidad (cf. 1 Ti. 6:15, 16, de Dt. 10:17 y Sal. 136:3).

4. En el v. 15 vemos dos detalles bien conocidos:

(a) Las aguas representando la multitud de naciones, especialmente en su oposición a Dios y a su Ungido (cf. coment. a 13:1);

(b) El poder sincretista de la gran ramera, con su influencia espiritual, moral, política, social y económica. Dice Ryrie: «La iglesia apóstata será ecuménica» (Biblia de estudio Ryrie, ed. Portavoz, 1991).

5. El apoyo que el Anticristo y los reyes de las naciones a su servicio han prestado a la religión apóstata se torna de pronto (vv. 16-18) desprecio, odio y persecución. Dice W. W. Wiersbe (*o.c.*, p. 613, col. 2^a): «El maridaje entre la Iglesia y el Estado no es feliz, y ha sacado adelante hijos que han creado serios problemas. Cuando los dictadores son amigos de la religión, de ordinario es señal de que quieren aprovecharse de la influencia de la religión para destruirla después. La iglesia de Jesucristo ha influido más en el mundo cuando se ha mantenido apartada». En su odio a la religión apóstata, *los diez cuernos y la bestia* (v. 16) *la dejarán convertida en un desierto*, es decir, despojada de sus riquezas y de su influencia, *y desnuda*, esto es, despojada de sus joyas y suntuoso atuendo; *se comerán sus carnes*, hebraísmo, que es símbolo de persecución sañuda, *y la abrasarán con fuego*, consumiéndola por completo. Llegamos así al comienzo de la 2^a mitad de la Gran Tribulación, de acuerdo con Daniel 9:27; 11:36-39. Todo ello (v. 17), como lo de Hechos 2:23, ha sido controlado, y hasta planeado, por Dios. La 1^a mitad del v. 17 dice lit.: «*Porque Dios dio en los corazones de ellos hacer el designio de Él y tomar una sola decisión*» (¡otra vez, la misma unanimidad del v. 13!), pero en este v. 17 se matiza, al añadir que la decisión de los impíos la controla y dirige Dios para acabar con la gran ramera (comp. su final con el de Jezabel en 2 R. 9:30-37).

6. La frase final del v. 17 «*hasta que se cumplan* (lit. *se cumplirán*) *las palabras de Dios*» indica el límite que Dios pone al triunfo arrogante de la bestia sobre la gran ramera. El ángel resume todo el cap. 17, diciendo (v. 18 –lit.): «*Y la mujer que viste* (no hay otra mujer que la gran ramera en todo el cap. 17) *es la ciudad la grande* (recordar que es “*misterio*” –v. 5) *que tiene reino sobre los reyes de la tierra*», es decir, dirige la estrategia de la bestia y de sus reyes a escala mundial.

Capítulo 18

Juan oye cuatro voces que dan cuatro anuncios importantes: (a) la voz de la condenación (vv. 1-3); (b) la voz de la separación (vv. 4-8); (c) la voz de la lamentación (vv. 9-19); y (d) la voz de la celebración (vv. 20-24). Es la división que hace W. W. Wiersbe (cf. *o.c.*, pp. 614-616) de este capítulo 18.

«1 *Después de esto, vi otro ángel que bajaba del cielo teniendo gran autoridad, y la tierra fue iluminada con su gloria.*

2 *Y clamó con voz potente (lit. fuerte), diciendo:*

Cayó, cayó Babilonia la grande,

y se convirtió en habitación de demonios

y en guarida de todo espíritu inmundo

y en guarida de toda ave inmunda y aborrecible,

3 *pues del vino del furor de su fornicación*

han bebido todas las naciones,

y los reyes de la tierra fornicaron con ella,

y los mercaderes de la tierra se enriquecieron

con el poder de su fastuosidad»

(vv. 1-3).

1. «*Después de esto*» (v. 1) indica, como siempre, cierto intervalo de tiempo entre la caída de la Roma apóstata y la de la Roma político-comercial. No se dice a cuánto se extiende la *autoridad* del ángel,

pero por la frase final (v. 1b) se adivina que es muy grande. A mayor gloria corresponde mayor luz y mayor excelencia en el ser. «*Toda la tierra*» es la que Juan contempla; no es, por supuesto, todo el orbe.

2. Las metáforas con que se expresa la ruina de la Babilonia mercantil (v. 2) se han de entender a la luz de lugares como Isaías 13:21 ss.; 34:11-15; Jeremías 50:39; 51:37; Sofonías 2:14-16; Mateo 12:43-45; 13:32; Marcos 5:1-13; Lucas 11:24-26. Nótese el énfasis que comporta (v. 2b) la repetición del aor. puntual *épesen = cayó, cayó*. Los demonios aparecen habitando sitios desamparados, como encadenados a un lugar malo, feo y limitado. Lo mismo ocurre con las «*aves inmundas*», inmundas, no sólo por no ser comestibles, sino también por su equivalencia con los demonios (cf. Mt. 13:4, 32).

3. El v. 3 ha hecho pensar a muchos expertos que sigue aquí el tema de la ramera del cap. 17, pero hay que tener en cuenta el triple sentido del vocablo gr. *porneía = fornicación*: (a) sexo; (b) idolatría; (c) comercio. Y el creyente ha de tener cuidado con las tres. Es, pues, la Babilonia político-mercantil la que aquí nos es presentada. Hay otra diferencia notable con respecto a la del cap. 17: Aquí, hay una larga lamentación (vv. 9-19) por la caída de la Babilonia comercial. No aparece en el cap. 17 ninguna lamentación por la caída de la Babilonia religiosa. La frase final del v. 3 resume con una soberbia pincelada lo de los vv. 9-19: La enorme importación (v. 11) de la gran urbe enriquecía a los mercaderes de todas las naciones, mientras que ella exportaba sus cultos idolátricos y sus nefandas inmoralidades.

«4 *Y oí otra voz procedente (gr. ek) del cielo, que decía:
Salid, pueblo mío, de ella,
para que no os hagáis cómplices de sus pecados
y para que no recibáis
de sus plagas;*

- 5 *pues se apilaron sus pecados hasta el cielo
y se acordó Dios de sus iniquidades.*
- 6 *Pagadle como también ella pagó,
y dobladle el doble conforme a sus obras:
en el cáliz con que escanció (lit. mezcló), escanciadle (lit.
mezcladle) doble;*
- 7 *Cuanto ella se glorificó y se dio a vivir fastuosamente,
otro tanto dadle de tormento y lamentación,
pues dice en su corazón:
Estoy sentada como reina,
y no soy viuda,
y de ningún modo he de ver lamentación.*
- 8 *Por eso, en un solo día vendrán sus plagas:
muerte y lamentación y hambre,
y será abrasada con fuego,
pues poderoso es el Señor Dios que la juzgó»*
(vv. 4-8).

1. Cronológicamente, la exhortación de estos vv. es anterior a la caída que se anuncia en los vv. 1-3. Nótese que ahora no dice: «*Después de esto*», sino «*Y oí otra voz*» (v. 4a). Dios mismo («*procedente del cielo*») hace la apelación a *salir* a los creyentes que hayan sobrevivido a la persecución de la Bestia. Y da dos razones: (a) Porque los que se queden se harán cómplices (gr. *sunkoinonésete* = *tengáis comunión* –cf. 2 Co. 6:12-18) de los pecados de la Roma idólatra e inmoral; (b) Porque les alcanzarán también a ellos (v. 4b) las plagas que van a ser derramadas sobre ella. Como siempre, antes de la dedicación ha de ir la separación. Como observa W. W. Wiersbe (*o.c.*, p. 614, col. 1ª), cuando Dios llamó a Abram, le mandó salir de su país. Igualmente llamó a Israel a salir de Egipto.

2. El castigo (v. 5) le viene porque *sus pecados se han apilado* (gr. *ekolléthesan* = *se pegaron* –el mismo vb. de Gn. 2:24 y Lc. 15:15)

sin solución de continuidad, formando una pila impenetrable que llega *hasta el cielo*, es decir, hasta la presencia de Dios, pues tenemos aquí un antropomorfismo que da paso al «*se acordó Dios*» (v. 5b), ya que, en realidad, Dios no recuerda ni olvida –no tiene memoria– pues lo tiene todo presente en su eternidad intemporal. ¡Tanto más terrible es esa visión eterna, que nunca cesa!

3. La orden celestial a los agentes destructores (v. 6) aparece en tres formas: «*abonadle como ella abonó*», «*dobladle el doble*», «*mezcladle el doble*». Sigue una lista detallada (v. 7) de cargos (pecados y arrogancias): (a) Su autoglorificación; (b) Su lujo desmesurado; (c) Su jactancia de ser autosuficiente en tres cosas: (1) ser emperatriz universal e incommovible; (2) no ser viuda ni desasistida; (3) estar segura de que no ha de hacer duelo como quien ha perdido los parientes, los bienes o la corona.

4. En castigo de esta jactancia (v. 8), la voz anuncia que todo lo que ella tiene por seguro (vida larga, ayuda segura y prosperidad prolongada) se acabará «*en un solo día*» (v. 8a). La Palabra de Dios nos tiene acostumbrados a juicios rápidos (cf. Dn. 5:5 «*en aquella misma hora*»; Lc. 12:20 «*esta noche*»). Y el castigo será cuádruple (v. 8b y c): *muerte, luto, hambre e incendio total*. A veces, Dios tarda en castigar (cf. 2 P. 3:9), pero, como dice Caird (*o.c.*, p. 224), «cuando es el tiempo del juicio de Dios, baja sin avisar». Y, como hace notar W. W. Wiersbe (*o.c.*, p. 615, col. 1ª), el juicio de Dios viene a veces como «*polilla*» (Os. 5:12) y otras veces, como «*león*» (Os. 5:14).

«9 *Y llorarán y plañirán (lit. se golpearán el pecho) sobre ella los reyes de la tierra y los que con ella fornicaron y vivieron fastuosamente, cuando vean el humo de su incendio, 10 parados de pie desde lejos a causa del miedo de su tormento, diciendo:*

¡Ay, ay, la ciudad grande (lit. la ciudad la grande –y así en los demás lugares);

*Babilonia, la ciudad poderosa (lit. fuerte),
pues en una sola hora vino tu juicio!*

11 *Y los mercaderes de la tierra llorarán y se lamentarán sobre ella, pues nadie compra ya su cargamento: 12 cargamento de oro y de plata y de piedra preciosa y de perlas y de lino fino y de púrpura y de seda y de escarlata, y toda madera olorosa y todo objeto (lit. vaso) de marfil y todo objeto de madera preciosa, y de bronce y de hierro y de mármol, 13 y canela y especias aromáticas y perfumes y bálsamo e incienso y vino y aceite y flor de harina y trigo y bestias de carga y ovejas, y de caballos y de carruajes y de cuerpos, y almas de hombres.*

14 *Y el otoño del deseo de tu alma
se alejó de ti,
y todo lo exquisito y espléndido
se te perdió*

y de ningún modo lo hallarán ya.

15 *Los mercaderes de estas cosas y los que se enriquecieron a costa de ella, se pararán de pie a lo lejos por el miedo de su tormento, llorando y lamentándose,*

16 *diciendo:*

*¡Ay, ay, la ciudad grande,
la vestida de lino fino
y de púrpura y escarlata,
y enjoyada (lit. dorada) con oro
y con piedra preciosa y con perla!*

17 *pues en una sola hora quedó desolada tanta riqueza. Y todo piloto y todo el que navega haciendo escala, y los marineros, y todos los que comercian por mar (lit. los que trabajan el mar) se pararon de pie a lo lejos 18 y clamaron al ver el humo de su incendio, diciendo: ¿Quién (había) semejante a la ciudad grande?*

19 *Y echaron polvo sobre sus cabezas y clamaban llorando y lamentándose, diciendo:*

¡Ay, ay, la ciudad grande,

*en la que se enriquecieron de su opulencia (o, de lo elevado de sus precios –NTT)
todos los que tenían los barcos en el mar,
pues en una sola hora quedó desolada» (vv. 9-19).*

1. «*Los reyes de la tierra*» (v. 9) son los del v. 3 y 17:2, pero en mucho mayor número que los *diez* de 17:12, 16, que son los que acabaron con la Babilonia religiosa. Sus lamentos se parecen a las endechas sobre Tiro en Ezequiel 26:16 ss. y 27:35. Los que opinan que la Babilonia antigua –literal– será reedificada (hay quien dice que Sadam Hussein, el dictador de Irak, ya lo está haciendo) lo aplican a ella, sin tener en cuenta que la futura comunidad europea va a ser mediterránea en su núcleo. El vb. gr. *klaúsousin* = *llorarán*, significa «llorar a gritos» y *kópsontai* = *plañirán*, «se golpearán el pecho», como ya lo puse, en paréntesis, en el texto; es siempre una señal de duelo.

2. Los repetidos *ayes* del v. 10 equivalen al “ulular” que vemos en los profetas, como parte del ritual de lamentación. Pero aquí son lamentos egoístas, como se percibe por los siguientes detalles: (A) «*apò makróthen hestekótes*» = *parados a larga distancia...* (¡no sea que nos llegue su fuego!); (B) «*hóti tòn gómon autôn oudeis agorázei oukétì*» = *pues nadie compra más sus mercancías* (¡las de ellos! -gr. *autôn*). La lista es larga y detallada. Para aliviar el posible aburrimiento del lector al leer el texto de los vv. 12 y 13, las agrupo del modo siguiente:

- (a) Todo lo que servía para la ostentación (comp. Ez. 27:12 ss.).
- (b) Al lujo en el atuendo sigue el lujo en el mueblaje.
- (c) Siguen las especias, los ungüentos y lo mejor del trigo, del vino y del aceite.
- (d) Después, el ganado y, luego, los caballos para las carreras y la guerra.

(e) Finalmente, los esclavos (“*cuerpos y almas de hombres*” –frase final del v. 13). Para los amos paganos, los esclavos se dividían en dos clases: 1) eran «*cuerpos*» (así en Gn. 36:6, –gr. *sómata*– en la versión de los LXX) los que, por su escasa formación técnica, sólo servían para el trabajo, el circo o el burdel; 2) eran «*psujá*» = *almas* los que, por su cultura, eran dedicados a las artes y las ciencias: pedagogos, literatos, artistas (cf. Bartina, *o.c.*, p. 796). Según información de W. W. Wiersbe (*o.c.*, p. 615, col. 2ª), se cree que la 3ª parte de la población de Roma eran esclavos, 60 millones en todo el Imperio; en un solo día podían entrar 10.000 esclavos, procedentes de todo el Imperio, en las transacciones del mercado.

3. El v. 14 comienza lit. como va en el texto: «*y el otoño (es decir, los frutos de la mejor estación del año) del deseo de tu alma (esto es, lo que más deseabas) se alejó de ti*», huyó de ti como el sueño del rey Asuero en Ester 6:1. Y continúa lit. «*y todo lo pingüe y espléndido se te perdió (gr. apóleto = ha perecido –el mismo vb. de Jn. 3:16) y ya no lo hallarán (gr. heurésousin) de ningún modo*». Ese plural de 3ª persona está respaldado por todos los mss. ¿Por qué no dice «*lo hallarás*»? En mi opinión, por dos razones: (a) Para dar idea de lo inútil de la búsqueda, por muchos que sean los buscadores; (b) Porque ella, acostumbrada a la buena vida, como una reina, no era quien tenía que buscar, sino sus servidores, que eran *todos los demás*.

4. El v. 15 repite la lamentación del v. 10. A continuación (vv. 16, 17a), viene la lamentación de los mercaderes en otra endecha que se parece a la de los vv. 10 y 11, pero ésta tiene otros elementos específicos, conforme a los objetos preciosos que se han enumerado en los vv. 12 y 13. La elegía de los comerciantes se fija especialmente en aquellas cosas en las que más puesto tenían el corazón. ¡Y que todo se haya perdido en un instante! (v. 17a). Como contrapunto a los lamentos del v. 16, deben escucharse las palabras del Señor en Mt.

6:19-21: «*No atesoréis tesoros sobre la tierra, donde (la) polilla y (el) orín destruye, y donde (los) ladrones perforan y roban; atesoraos más bien tesoros en (el) cielo, donde ni (la) polilla ni (el) orín destruye, y donde (los) ladrones no perforan y roban; porque donde está tu tesoro, allí está también tu corazón*» (lit.). ¿Estás de acuerdo, lector, con estas palabras de la divina sabiduría? (cf. también Lc. 12:16-21). Me parece que hasta los creyentes tenemos que recordarlas con frecuencia. ¡Es tan fácil pegar el corazón a las cosas de la tierra! Hay quienes, en lugar de desear ir al cielo y desprenderse de las cosas de la tierra, preferirían que el cielo bajara a la tierra para no tener que desprenderse de lo uno ni de lo otro.

5. A las lamentaciones de los mercaderes siguen (vv. 17b-19) las de la marina mercante (comp. Ez. 27:28-29, donde en los LXX se mencionan 4 clase de marineros, según su rango: (a) el timonel, (b) los subalternos, (c) los marineros rasos, y (d) los cargadores y pescadores. Todos ellos, dice el texto, *apò makróthen héstesan = se pararon a lo lejos*. Y lo único que se les ocurre decir es que *no había ninguna otra ciudad como aquélla*, por los beneficios que las transacciones con Roma les habían reportado, no porque fuera un remedio contra el paro. Como señal de gran duelo, *arrojan polvo* –o ceniza– *sobre sus cabezas* (v. 19a) como en Job 2:12.

«20 *Haz fiesta sobre ella, cielo,*

y los santos y los apóstoles y los profetas,
pues juzgó Dios vuestro juicio a costa de ella.

21 *Y un ángel poderoso* (gr. *isjuròs = fuerte*) *levantó en alto una*
pedra, grande como una piedra de molino,
y la arrojó al mar, diciendo:

Así, de un golpe (gr. *hormémati = con un impulso* –de donde el cast. «hormona») *será arrojada*
Babilonia, la ciudad grande,
y nunca jamás será hallada.

- 22 *Y voz de citaristas y de músicos
y de flautistas y de trompeteros
nunca jamás se oirá en ti;
y ningún artesano de ningún arte
jamás será hallado en ti;
y voz de molino
nunca jamás será oída en ti;*
- 23 *y luz de lámpara
nunca jamás resplandecerá en ti;
y voz de novio y de novia
nunca jamás será oída en ti;
pues tus mercaderes eran los magnates de la tierra,
pues con tu brujería fueron engañadas todas las naciones;*
- 24 *y en ella fueron halladas sangres (el pl. *aímata* tiene suficiente
respaldo) de profetas y de santos
y de todos los que han sido degollados sobre la tierra»*
(vv. 20-24).

1. En agudo contraste con las lamentaciones de los vv. 16-19, la Palabra de Dios nos presenta ahora (vv. 20-24) la voz de la celebración. Es el propio Juan quien habla. El objeto directo de su alegría no es la ruina de la ciudad, sino el cumplimiento de la justicia de Dios. Dice F. F. Bruce (*o.c.*, págs. 1.705, 1.706): «En los juicios de Dios, rectamente considerados, el pueblo de Dios puede regocijarse de modo apropiado, pero se regocijarán *temblando*, al recordar que Sus juicios comienzan por los de Su propia casa (1 P. 4:17, siguiendo a Ez. 9:6 y Am. 3:2)» (el énfasis es suyo). Y W. W. Wiersbe (*o.c.* p. 616, col. 1ª y 2ª) comenta admirablemente: «No debemos pensar que esta voz de celebración nos invita a alegrarnos porque son juzgados los pecadores. El hecho del juicio divino debiera siempre quebrantar nuestro corazón, al saber que son condenados al castigo eterno pecadores perdidos. En esta sección, el gozo se centra en el justo juicio de Dios, en el hecho de que se ha hecho justicia. Es fácil para cómodos

estudiosos de la Biblia discutir estas cosas en sus casas. Si tú y yo hubiéramos estado con Juan en Patmos, o con los santos sufrientes a quienes él escribía, tendríamos una perspectiva diferente... Pero la pregunta importante es: “¿Somos ciudadanos de Babilonia o ciudadanos del cielo?” ¿Puedes regocijarte de que tu nombre está escrito en el cielo? Si no, entonces ha llegado para ti el momento de confiar en Jesucristo y “salir de Babilonia” y entrar en la familia de Dios».

2. En su invitación al regocijo, Juan se dirige primeramente (v. 20a) a los moradores del cielo. Como hace notar Carballosa (*o.c.*, p. 358), «el verbo “*alégrate*” (*euphrainou*) es el presente imperativo, voz media de *euphrainomai*... El presente imperativo sugiere la continuación de una acción que está en progreso (“continúad alegrándoos”). Después de esa invitación genérica, Juan detalla (v. 20b) tres clases de salvos, ya en los cielos, que tienen motivos especiales para esta celebración: «*los santos* (los martirizados por ser judíos) *y los apóstoles* (perseguidos por predicar el evangelio –cf. 1:9) *y los profetas* (los que amonestan de parte de Dios y sufren por ello –cf. 11:18; 16:6)».

3. A continuación (v. 21), Juan ve «*un ángel forzado*» (gr. *isjuròs = fuerte*), que toma una gran piedra en acción simbólica. La escena es parecida a la de Jeremías 51:61-64, con la diferencia de que, en Jeremías, la piedra es arrojada al Éufrates, mientras que ésta es arrojada (v. 21b) al mar. Pero, además, el ángel pronuncia un oráculo (v. 21c) y expresa las razones que han motivado la destrucción de Babilonia (vv. 22-24). Ryrie (*o.c.*, p. 1803 de la edic. cast.) resume así los vv. 22, 23: «Ni música, ni artesanía, ni trabajo útil, ni maquinaria, ni luz ni felicidad se hallará ya jamás en Babilonia (comp. Jer. 7:34; 16:9; 25:10; Ez. 26:13)». ¡Silencio y desolación en el emporio del jolgorio, de la prosperidad, de la idolatría y de la inmoralidad! Quiero llamar la atención del lector a un detalle gramatical. En los vv. 21-23, se halla tres veces el vb. *eurethé*, otras tres veces el vb.

akousthé, y una vez el verbo *pháne*, todos ellos en aoristo pasivo de presente, pero, como hace notar Carballosa (*o.c.*, p. 367, nota 61): «La doble negación *ou mè* se usa con el aoristo subjuntivo...El aoristo subjuntivo acompañado de las mencionadas negaciones toma la función de un futuro indicativo enfático».

4. El mismo ángel aduce (vv. 23c-24) los motivos de la destrucción de la ciudad:

(a) Con su explotación, los mercaderes se habían hecho *magnates* sin Dios.

(b) Con sus hechicerías (gr. *pharmakeía* –¡farmacia!), había drogado al mundo entero.

(c) Con su odio a Dios, había vertido «*las sangres* (más probable que *la sangre*) *de los profetas* (como en el v. 20) *y de los santos* (como desde 13:7) *y de todos los que han sido muertos en la tierra* (cf. Jer. 51:49)». El texto usa el ptc. de pf. pas. *esphagménon* = *degollados*, como lo hace Juan desde 5:6, por ser la forma más cruel de asesinato a la sazón y aparece como sinónimo de la «decapitación» que vemos en 20:4.

Capítulo

19

Al llegar aquí, el Apocalipsis cambia otra vez de escenario, como se ve por la conocida expresión *Metà taûta = Después de estas cosas*. Juan *oye* dos veces (vv. 1 y 6) y *ve* tres cosas (vv. 11:16, 17, 18 y 19-21). Divido el cap. en cuatro partes: (a) Júbilo celeste por el juicio que Dios ha ejecutado sobre Babilonia (vv. 1-6); (b) Anuncio del banquete de bodas del Cordero (vv. 7-10); (c) Se abre el cielo y aparece el Rey de reyes y Señor de señores (vv. 11-16); (d) La batalla de Armagedón (vv. 17-21).

2) La victoria (19:1-10)

«1 *Después de estas cosas, oí como una voz grande de mucha gente en el cielo, que decían:*

¡Hallelouïá!

La salvación y la gloria y el poder (son) de nuestro Dios,

2 pues verdaderos y justos (son) sus juicios;

pues juzgó a la ramera la grande,

la que corrompía la tierra con su fornicación,

y vengó la sangre de sus siervos

de la mano de ella.

3 Y por segunda vez han dicho:

¡Hallelouïá!

- Y el humo de ella está subiendo por los siglos de los siglos.*
- 4 *Y se postraron (lit. cayeron) los ancianos los veinticuatro y los cuatro seres vivientes, y adoraron a Dios que está sentado en el trono, diciendo:*
¡Amén! ¡Hallelouïá!
- 5 *Y una voz salió desde el trono, diciendo:*
Alabad a nuestro Dios
todos sus siervos,
los que le temen,
los pequeños y los grandes.
- 6 *Y oí como una voz de mucha gente y como una voz de muchas aguas y como una voz de truenos potentes (gr. isjurôn = fuertes), que decían:*
¡Hallelouïá!
Pues ha comenzado a reinar (lit. Pues reinó –aoristo ingresivo) (el) Señor
nuestro Dios Todopoderoso» (vv. 1-6).

1. Es tal la importancia del giro que toma aquí el libro del Apocalipsis, que la 1ª frase (gr. *Metà taúta = Después de estas cosas*), más bien que un lapso de tiempo, indica un cambio radical de decoración. Dice J. Vernon McGee (cit. por Walvoord, *o.c.*, p. 268): «El capítulo 19 marca un cambio dramático en el tono del Apocalipsis. La destrucción de Babilonia, capital del reino de la Bestia, señala el final de la Gran Tribulación. Lo sombrío da paso al cantar. Hay un pasar de tinieblas a luz, de negro a blanco, de terribles días de juicio a espléndidos días de bendición. Este capítulo hace una definida bifurcación en Apocalipsis y desemboca en el mayor evento para el mundo: la Segunda Venida de Cristo. Es el puente entre la Gran Tribulación y el Milenio». El gozo que aquí se ve expresado se debe, según W. W. Wiersbe (*o.c.*, pp. 616, 617) a tres hechos: *a) Dios juzgó a Sus enemigos; b) Dios reina; y c) la Esposa está preparada.*

2. Las alabanzas de la 1ª parte (vv. 1-8) están llenas de frases y motivos ya conocidos, especialmente en 7:9-10, 12, por lo que es muy posible que estemos ante la misma multitud. Las tres cosas que le atribuyen a Dios (v. 1c) son *salvación* (en este contexto, liberación), *gloria* (que resplandece especialmente en la salvación de Su pueblo –cf. p.ej., Is. 42:8, ¡no es egoísmo, sino celos de amor!) y *poder* (la capacidad para actuar con eficacia). «El cántico –dice W. W. Wiersbe (*o.c.*, pp. 616, últ. línea y 617, 1ª línea)– enfatiza los atributos de Dios, que es el modo correcto de honrarle.»

3. La razón (v. 2) es *porque sus juicios son verdaderos y justos* (cf. 15:3; 16:7). Aunque el castigo fue durísimo, fue merecido de sobra. Las otras tres frases de este v. 2 nos dicen: (a) qué juzgó; (b) por qué, y (c) con qué provecho. Después (v. 3) Juan oye la repetición del Aleluya y una frase tomada de Isaías 34:10 y ampliada con base en Ap. 14:11. Se indica de esta forma que Babilonia nunca se recuperará de su destrucción (cf. Gn. 19:28, comp. con la frase final de Jud. v. 7).

4. La escena del v. 4 nos recuerda la de 4:4-10, pero nótese la diferencia: Los 24 ancianos y los 4 seres vivientes adoran a Dios y repiten «¡Amén! ¡Aleluya!», ya que el grupo que tiene el protagonismo en la alabanza es el de 7:9 ss., como ya sabemos. La voz que *sale del trono* (v. 5) evidentemente no es de Dios, sino de un ángel cercano al trono; es decir, sale *del altar* (cf. 14:18; 16:7). Las palabras de alabanza están sacadas de los salmos (cf. Sal. 113:1; 115:13; 135:1, 20) e invitan a *todos los siervos de Dios* a continuar alabándole, pues el vb. gr. *aineîte* = *alabad* está en presente continuo.

5. A esta invitación responde (v. 6 –como uniendo 1:15b y 10:3, y ambos, de Ez. 1:24) un inmenso coro, a juzgar por los símiles que Juan usa. Comienza con el 4º y último «*aleluya*» y sigue con un aoristo ingresivo (gr. *ebasileusen* = *ha comenzado a reinar*), que ya apareció

en otra finta de la espiral (cf. 11:15). Sal. 93:1; 97:1 y 99:1 comienzan con «*Yahwéh reina*», porque son salmos de tono escatológico, que apuntan hacia el futuro reino mesiánico.

«7 *Gocémonos y alegrémonos*

y démosle la gloria,

pues llegó la boda del Cordero,

y su esposa se atavió a sí misma;

8 *y le fue dado que se vista*

de lino fino, resplandeciente, puro,

porque el lino fino son las acciones justas de los santos.

9 *Y me dice: Escribe: Bienaventurados los que han sido llamados a la cena de la boda del Cordero. Y me dice: Estas son las palabras verdaderas de Dios.*

10 *Y me postré (lit. caí) a sus pies para adorarlo. Y me dice: ¡Mira, no! Soy consiervo tuyo y de tus hermanos los que retienen el testimonio de Jesús. A Dios adora; porque el testimonio de Jesús es el espíritu de la profecía.»*

1. La gran multitud anuncia ahora algo más grandioso: «*Las bodas del Cordero*» (v. 7). Como especifica el v. 9, es «*el banquete (lit. la cena) de la boda del Cordero*». Para que el lector no se confunda, debo aclarar que *la ceremonia de los desposorios* se celebró en el cielo (antes de 4:1), después que la Iglesia salió –fue arrebatada– al encuentro del Esposo en el aire (cf. 1 Ts. 4:17). Aquí la vemos (v. 7c) «*preparada*» (gr. *hetoímasen heautén* –construcción reflexiva). Esto nos hace ver claramente que no se trata aquí de la *justicia imputada*, en la que somos meros «receptores», sino de la *justicia practicada*. De ahí, la frase final del v. 8 «*las acciones justas de los santos*» (¡la «dedicación» de los ya «consagrados»! –comp. Ro. 12:1-2). Ya se ha quitado *las manchas y arrugas* de Efesios 5:27.

2. Las bodas, entre los judíos, se hacían del modo siguiente:

(A) Cuando todavía eran niños los contrayentes, sus padres respectivos solían arreglar el contrato matrimonial y se pagaba la dote.

(B) Cuando la pareja llegaba a la edad adulta conveniente para ambos, el novio y sus amigos («*los hijos del tálamo*» –Jn. 3:29) iban a la casa de la novia para escoltarla a la casa del novio (cf. Mt. 25: 1-13).

(C) Después, el novio introducía a la novia en su propia casa y se celebraba el banquete con la asistencia de los invitados (cf. Jn. 2: 1-12).

3. Todo esto se cumple simbólicamente en la Iglesia del modo siguiente: (a) el contrato matrimonial fue firmado cuando Cristo *redimió* = *compró de nuevo*, a su Iglesia (cf. Ef. 5:26-27); (b) la 2ª etapa se cumplirá cuando Cristo venga a recoger a su Esposa en el «arrebataamiento»; (c) la 3ª es la que vemos aquí. Es significativo que el texto gr. no la llame *numphé* = *novia*, sino *guné* = *mujer*; dando a entender que la ceremonia nupcial ya se había celebrado.

4. El caso de Israel es diferente: *pertenece al pasado*. Véase en Oseas la «esposa infiel», que será restaurada, en el Milenio, a la condición de «esposa fiel». Todos los demás convertidos (los del A.T. y los de la Gran Tribulación) *no pertenecen a la Esposa de Cristo, sino que son invitados* (gr. *kekleménoi* –participio de pret. perfecto) *al banquete*. El propio Bautista se presenta a sí mismo (cf. Jn. 3:29) como «padrino del novio». De ahí que las vírgenes necias de Mateo 25:1-12 se queden fuera, lo cual no puede sucederle a la novia: No sólo como Esposa, sino también como Cuerpo de Cristo, es necesario que entre *toda*. Dice W. Newell (*Revelation*, p. 297): «Ninguna novia necesita invitación para su propia boda».

5. W. W. Wiersbe (*o.c.*, p. 617, col. 1ª) hace notar que «lo ordinario en una boda es que la atención se centre en la novia, pero aquí (cf. v. 7a) el centro de la atención es el Novio». Lo cual no debe extrañarnos por una razón muy sencilla: En las bodas que se celebran entre

los seres humanos, tanto la novia como el novio se hallan al mismo nivel y, en ese nivel, es normal que la novia sea el centro principal de interés. En cambio, en esta boda, el Novio trasciende infinitamente el nivel de la novia y, además, la boda es *exclusivamente obra Suya*.

6. El ángel del v. 9 podría ser el mismo de 14:13, pero distinto del de 21:5b, pues éste da mandamiento de Dios. La última frase se repite, con ligeras variantes, en 21:5; 22:6, y sirve de énfasis. Quizás el vocablo gr. *lógoi* = *palabras*, como el hebr. *debarím*, haya de tomarse, no sólo como lo dicho, sino también como lo oído y lo hecho, englobando todo lo que Juan ha visto y oído. Ante tal revelación, Juan (v. 10) se prostra, no porque creyera que el ángel era un ser divino, sino por representar a Dios en calidad de embajador suyo. Conviene advertir que el verbo gr. *proskuneín* no siempre significa *adorar*; sino también *rendir homenaje*. Como veremos, Juan repite este gesto en 22:8. El ángel (v. 10b) le ataja rápido: «*¡Mira, no!*» (lit.). Y le explica por qué: «*Soy consiervo tuyo*» = *Soy tan siervo de Dios como tú*. Y, ¡naturalmente! nadie adora a un siervo (comp. Hch. 10:25, 26).

7. La intimación «*¡a Dios adora!*», en medio del v. 10 (cf. Dt. 6:13; Mt. 4:10; Lc. 4:8), es un inciso que el ángel ha creído oportuno añadir de inmediato, pero para entender bien la frase siguiente es menester leerla con el inciso en paréntesis. Además, téngase en cuenta que la oración gramatical está al revés, pues el orden ha de ser el siguiente: «*porque el espíritu de la profecía es el testimonio de Jesús*». En esta frase, «*el espíritu de la profecía*» es, como parafrasea Walvoord (*o.c.*, p. 273), «la intención espiritual que el Espíritu Santo ha puesto en la profecía» (cf. 1 P. 1:21 «*siendo llevados por el Espíritu Santo*»). «*El testimonio de Jesús*» no es el testimonio que da Jesús, sino *el testimonio que se da de Jesús*, como es obvio por la frase anterior al inciso: «*Soy consiervo tuyo y de tus hermanos los que retienen (= los que continuamente dan) el testimonio de Jesús*» (v. 10c). Los ángeles, lo mismo que los profetas del A.T. y del N.T. y

los apóstoles, son legados de Dios (cf. 2 Co. 5:18-20), formando así una especie de corporación que tiene el encargo de *dar testimonio de Jesús*, porque *el espíritu de la profecía = la intención espiritual que el Espíritu Santo ha puesto en la profecía* (y «profecía» es todo lo que Juan ha visto y oído en las visiones de este libro), «tiene por objeto poner ante nuestra vista la belleza y el encanto de nuestro Señor y Salvador Jesucristo» (Walvoord, *o.c.*, p. 273).

III. La visión de la gloria (19:11–22:5)

1) *El reino milenar* (19:11–20:15)

(a) Antes del milenio (19:11–20:3)

«11 *Y vi* (1º de los 3 “y vi” de este cap. –vv. 11, 17 y 19) *el cielo abierto, y he aquí un caballo blanco, y el que lo montaba se llamaba Fiel y Verídico, y con justicia juzga y guerrea. 12 Sus ojos (eran) como llama de fuego, y (había) en su cabeza muchas diademas y tenía* (lit. *teniendo*) *escrito un nombre que nadie sabe sino él mismo; 13 y estaba vestido de una ropa teñida en sangre, y su nombre es* (lit. *y ha sido llamado su nombre*): *el Verbo de Dios. 14 Y los ejércitos celestiales lo seguían (montados) en caballos blancos y vestidos de lino fino, blanco, puro. 15 Y de su boca sale una espada aguda, para herir con ella a las naciones, y él los pastoreará con vara de hierro, y él pisa el lagar del vino del furor de la ira del Dios Todopoderoso. 16 Y tiene escrito sobre su manto y sobre su muslo un nombre: Rey de reyes y Señor de señores»* (vv. 11-16).

1. Estos seis vv. están dedicados a describirnos la persona y la figura del jinete que monta el caballo blanco. Ya dijimos en el comentario a 6:2 que este jinete no debe confundirse con el que monta allí el caballo blanco. Es llamado «*Fiel*», en especial, a la misión que se le ha confiado ahora, y «*Verídico*» = *Veraz*, es decir, consecuente y constante en el cumplimiento de su misión. La justicia (v. 11c) campea

en lo que juzga y en lo que hace (comp. Jer. 1:12). Como hace notar W.W. Wiersbe (*o.c.*, p. 617, col. 2ª. y 618, col. 1ª), es *Fiel* en contraste con el Anticristo de 6:2, que es *infiel* al romper los pactos (cf. Dn. 9:27); y es *Veraz*, en contraste con el Anticristo, que es *falaz*, pues reina mediante engaño e idolatría.

2. La 1ª frase del v. 12 apareció ya en 1:14 y, con ligeras variantes, en 2:18 (mensaje a Tiatira). Significa que atraviesa los secretos del corazón (cf. He. 4:12) y tiene poder para consumir como el fuego (cf. He. 12:29). Las *muchas diademas* (v. 12b) *en su cabeza* es una frase que da a entender que son mucho más numerosas que las del dragón y que las de la Bestia (cf. 12:3; 13:1), pues, como *Rey de reyes*, le pertenecen todas. Ese *nombre* (v. 12c) que *sólo él sabe* es *el Verbo de Dios* (v. 13b, comp. con Jn. 1:1, 14). Quiero aclarar el sentido de esa frase: *Se puede leer, pero no se puede comprender* (cf. Mt. 11:27). El agente de Dios en la creación (cf. Jn. 1:3), lo es también en la consumación.

3. Va *vestido* (v. 13) *de un manto* (gr. *himátion* = *la clámide del general romano*) *rociado* –o *salpicado*– *alrededor* (gr. *perireram-ménon*, como variante más probable) *de sangre*. Así cuadra mejor con la descripción de Is. 63:3 (cf. coment. a 14:20). El versículo 14 tiene que leerse a la luz de 17:14: son *sus llamados, escogidos y fieles*; de ahí, su atuendo (comp. con v. 8). Con todo, no pueden ser excluidos los ángeles como escolta (cf. Mr. 16:27; 25:31; 2 Ts. 1:7). Ya conocemos (v. 15) *la espada larga aguda, de dos filos*, que es su palabra poderosa y eficaz, tanto para gracia como para juicio (cf. 2 Ts. 2:8). La frase central: *«y él los pastoreará con vara de hierro»*, que ya hemos visto en 2:27; 12:5, se entiende a la luz de Salmos 2:9; Isaías 11:4. La frase final (v. 15d), ya mencionada en 14:19-20, consta de vocablos cuya significación ha sido estudiada a lo largo de este comentario.

4. Referente a lo de «*muslo*» (v. 16) dice W. Newell (*o.c.*, p. 311): «El mismo “Fuerte de Jacob” (Sal. 132:2, 5 –este paréntesis es mío), que viene llevando escrito sobre el muslo “REY DE REYES”, en aquel Gran día de Ira, para establecer su reino, es el que le tocó a Jacob en el muslo la noche en que luchó con él (*Génesis 32*), quitándole la fuerza carnal». Efectivamente, en el manto del jinete brilla la Santidad, y en el muslo la Potencia. La frase final del v. 16 «*Rey de reyes y Señor de señores*» apareció ya en 17:14 en orden inverso.

«17 *Y vi un ángel puesto de pie en el sol, y gritó con voz potente (gr. megále = grande), diciendo a todas las aves que volaban en el cenit (gr. en mesouranémati = en medio, es decir, en lo más alto, del cielo): Venid, reuníos para la gran cena de Dios, 18 para que comáis carnes de reyes y carnes de tribunos militares y carnes de potentados y carnes de caballos y de los que están montados en ellos y carnes de todos, tanto libres como esclavos, de pequeños lo mismo que de grandes. 19 Y vi a la bestia y a los reyes de la tierra y a sus ejércitos reunidos para hacer la guerra con el que estaba montado en el caballo y con su ejército. 20 Y fue apresada la bestia y con ella el falso profeta que había hecho las señales prodigiosas en presencia de ella, con las cuales engañó a los que recibieron la marca de la bestia y a los que adoraban su imagen. Vivos fueron arrojados los dos al lago de fuego que arde con azufre. 21 Y los demás fueron muertos con la espada del que estaba montado en el caballo, con la que salía de su boca; y todas las aves se hartaron de las carnes de ellos*» (vv. 17-21).

1. Discuten los expertos sobre el sentido de la expresión (v. 17a) «*en el sol*». Unos, como Walvoord, piensan que es símbolo de la gloria de Dios, la cual se manifiesta en el mensaje del ángel. Otros, como Bruce, a cuya opinión me adhiero, como a la más probable, ven simplemente «un buen punto de vista, desde el cual pueda ser obser-

vado por todas las aves del aire». El ángel *clamó con voz potente* (v. 17b). Siete veces se repite en Apocalipsis la expresión «*a gran voz*»: 6:10; 7:2; 7:10; 10:3; 14:15; 18:2 y 19:17. Es, pues, señal de que viene algo importante. El ángel invita *a todas las aves que vuelan en el cenit* (por eso, está él colocado en lo más alto –*en el sol*–) a que acudan a un gran banquete: «*a la cena, la grande, de Dios*» (lit.). Es la batalla decisiva de Dios contra el mal, y es Dios mismo quien ha preparado el festín para las aves del cielo. La invitación supone la seguridad de la victoria, pues nadie que esté en su sano juicio invita a una celebración cuyo motivo está todavía inseguro.

2. Los derrotados (v. 18) aparecen por orden del rango que ocupan, de más a menos, y sin acepción de personas. Como dice Walvoord (*o.c.*, p. 279): «El juicio divino sobre los malvados... es el gran igualador de todos». En cuanto al significado de la palabra «*carnes*», que ocurre cinco veces en el v. 18, y una más en el v. 21, dice W.W. Wiersbe (*o.c.*, p. 618, col. 2^a): «Aunque la referencia inmediata de Juan es al cuerpo humano, comido por los buitres, hay ciertamente aquí un significado más profundo: el hombre fracasa porque es carne y se apoya en la carne».

3. No se nos describe la batalla, sino la posición de las fuerzas contendientes (v. 19) y el resultado (vv. 20-21). La Bestia de 13:1-10, etc., los reyes sometidos a ella –por supuesto, los primeros *los diez* de la confederación europea– y sus ejércitos, «*reunidos para hacer la guerra con el que va montado sobre el caballo y con su ejército*» (v. 19:9, lit.). El resultado (vv. 20, 21) es la captura de la Bestia y del Falso Profeta, cuyas actividades se mencionan con detalle (v. 20, comp. con 13:11 ss.), para que no se olviden.

4. La frase final del v. 20 nos ofrece dos datos de interés:

(a) La Bestia y el Falso Profeta son los primeros en ir al Infierno, que había sido «*preparado para el diablo y sus ángeles*» (Mt. 25:41).

(b) Son arrojados *vivos* (sin juicio previo) al Infierno, el cual aparece en Apocalipsis cinco veces, con ligeras variantes, bajo la imagen del *«lago de fuego que arde con azufre»* (cf. Ap. 19:20; 20:10; 20:14; 20:15 y 21:8).

5. Del resto del ejército del Anticristo, sólo se nos dice (v. 21) que *«fueron muertos con la espada del que estaba montado (gr. katheménou = sentado) sobre el caballo, con la que salía de su boca, y todas las aves se hartaron de las carnes de ellos»*. Éstos, a diferencia del Anticristo y del Falso Profeta, resucitarán, mil años después, para ser juzgados en el Juicio Final de 20:11 ss.

6. Quiero terminar este capítulo con un resumen devocional, extraído de Walvoord (*o.c.*, p. 281): *«La Palabra de Dios deja bien claro que Dios amó de tal manera al mundo que dio a su Hijo, y que todos cuantos se apropian la gracia de Dios serán bendecidos inmensamente en el tiempo y en la eternidad. Por otra parte, la misma Palabra de Dios afirma claramente que los que desprecian la misericordia de Dios han de experimentar Su juicio sin misericordia. Qué locura es descansar en las porciones de la Palabra de Dios que hablan del amor de Dios, y rechazar las porciones que tratan de Su justo juicio»*.

Capítulo 20

Divido este capítulo en cuatro partes: (a) Reclusión de Satanás durante mil años (vv. 1-3); (b) el Milenio (vv. 4-6); (c) la lucha final (vv. 7-10); (d) el juicio final (vv. 11-15).

Al llegar a este punto, debo presentar los diferentes puntos de vista, sostenidos todos ellos por expositores evangélicos fundamentalistas (conservadores, en buen sentido) acerca del Milenio. Se dividen en tres grandes grupos:

1) **Amilenaristas**. A este grupo pertenecen la inmensa mayoría de expositores no dispensacionalistas. Su enseñanza a este respecto puede resumirse en cuatro puntos:

- (a) *La 1ª resurrección* de 20:4c y 6a es espiritual (el nuevo nacimiento); la 2ª es la resurrección física, para todos al mismo tiempo.
- (b) El Milenio comenzó con la primera Venida de Cristo.
- (c) Satanás fue atado cuando Cristo triunfó sobre él en la Cruz.
- (d) El reinado de los creyentes con el Señor será en el cielo (la eternidad feliz), no en la tierra.

La posición amilenarista triunfó en la Iglesia oficial, especialmente por la influencia de Agustín de Hipona, hasta mediados del siglo XIX. Debo añadir que Agustín entendió el Milenio en sentido literal. Si se negó a defenderlo fue por los grupos de milenaristas que, en su tiempo, entendían el Milenio en sentido carnal.

2) **Postmilenaristas**. A este grupo pertenecen Ch. Hodge, A. H. Strong y Lorraine Boetner, como líderes más representativos. Esta posición recibió un golpe mortal en el siglo XX con las dos guerras mundiales y el final del romanticismo. Su enseñanza puede resumirse igualmente en cuatro puntos:

(a) El evangelio será predicado en todo el mundo. Con más y mejores conocimientos, el hombre mejorará progresivamente.

(b) Con esta buena preparación, entramos en el Milenio.

(c) La segunda Venida de Cristo se lleva a cabo después del Milenio.

(d) El reino es espiritual e invisible; su poder es el Espíritu Santo.

3) **Premilenaristas**. A este grupo pertenecen especialmente los Hermanos de Plymouth y muchos de otras denominaciones; sobre todo, en los Estados Unidos de Norteamérica. Sostienen: Que el Milenio es el cumplimiento real, literal y perfecto del reino teocrático, por la promesa hecha a David de que su reino y el trono davídico sobre Israel había de ser perpetuo (cf. 2 S. 7:13; 1 Cr. 17:14; Is. 9:6-7; Lc. 1:32, 33). Se dividen en:

(a) *Pretribulacionistas* (la inmensa mayoría). Según ellos, la Iglesia será arrebatada *antes* del comienzo de la Gran Tribulación. Es la línea que he seguido en este libro.

(b) *Mediotribulacionistas* (han comenzado a pulular desde el año 1970 aproximadamente). Sostienen que la Iglesia será arrebatada después de la primera mitad de la Gran Tribulación.

(c) *Posttribulacionistas* (una pequeña minoría). Sostienen que la Iglesia será arrebatada *visiblemente* después de la Gran Tribulación.

Solamente los *premileneristas pretribulacionistas* pueden ser *dispensacionalistas* (no todos lo son, puesto que los conceptos son distintos).

El *dispensacionalismo* puede resumirse en estos tres puntos complementarios:

1) La historia del mundo (la historia de la salvación) se divide en *siete* épocas distintas, en las que Dios pone a prueba al hombre con referencia a cierta revelación específica de la voluntad de Dios en un ámbito diferente. En *todos* se muestra la condición pecaminosa del hombre (cf. Jer. 17:9).

2) Los pactos de Dios con Israel se mantienen firmes a lo largo de todas las distintas dispensaciones.

3) Israel *no es* la «Iglesia» del A.T. La Iglesia es una realidad totalmente nueva, antes desconocida, dentro de una situación específicamente distinta (cf. p.ej., Ef. 2:11–3:3-7).

Después de esta necesaria introducción al estudio del Milenio, vamos ya con el análisis del texto.

«1 Y vi un ángel que bajaba del cielo teniendo la llave del abismo y una gran cadena en su mano. 2 Y sujetó al dragón, la serpiente antigua, que es el Diablo y Satanás, y lo ató por mil años, 3 y lo arrojó al abismo y cerró y puso un sello por encima de él para que no engañara más a las naciones hasta que se cumplan los mil años; después de esto, es menester que sea suelto por breve tiempo» (20:1-3).

1. «*Y vi un ángel*» (v. 1a). Aquí, Juan *ve* cinco cosas (cf. vv. 1, 4—dos veces—, 11 y 12). Juan ve un ángel en Apocalipsis catorce veces: 7:2; 8:1; 10:1; 14:6; 14:8; 14:9; 14:15; 14:17; 14:18; 17:1; 18:1; 19:17; 20:1 y 21:9. Este ángel tiene, por delegación de Dios, «*la llave del abismo*» (cf. 9:1, 2, 11, comp. con Lc. 8:31), cuyo sentido es de «profundidad subterránea que sirve de habitación a espíritus inmundos».

2. A este ángel Dios le encomienda seis funciones: a) Prender al dragón; b) Atarlo para tenerlo encadenado durante mil años; c) Arrojarlo al abismo; d) Usar una llave para encerrarlo; e) Sellar la prisión; y f) Soltar al diablo pasados los mil años. No cabe un modo más apto para dar a entender la incapacidad del diablo en orden a hacer daño

durante ese tiempo. En este momento, conviene recordar que el diablo fue arrojado del cielo a la tierra (cf. 12:9). Ahora, es arrojado de la tierra al abismo. Finalmente (v. 10), será arrojado al Infierno (cf. W. W. Wiersbe, *o.c.*, p. 619, col. 1^a). Este mismo autor, en la misma página y en la misma columna, al mencionar a quienes dicen que el diablo está atado ya desde que Cristo lo derrotó en la Cruz, dice así: «Creo que fue el Dr. Jaime M. Gray el que sugirió que, si Satanás está atado hoy, tiene que ser con una cadena terriblemente larga». No hay más que leer 1 Pedro 5:8 para convencernos de su libertad actual de movimientos, con un movimiento de *traslación*, que alcanza a cualquier lugar del orbe donde esté un creyente, y otro movimiento de *rotación* alrededor de cada creyente individual, para ver por dónde le puede entrar y hacerle daño.

3. Como en 12:9, se le atribuyen al diablo (v. 2) los cuatro epítetos que lo identifican perfectamente. Seis veces se repite en seis vv. (2-7) la expresión «*mil años*», lo cual es suficiente testimonio para que sea creído como Palabra de Dios y entendido en sentido literal. El vocablo «milenio» viene del latín *millennium* = *mille anni* = *mil años*.

4. Notemos tres detalles en el v. 3:

(a) «*selló por encima de él*» (lit.), hebraísmo para indicar que la puerta del abismo estaba colocada en la parte superior (cf. Dn. 6:17).

(b) El fin de este encarcelamiento es «*para que no engañara más a las naciones*» (v. 3b). Más sobre esto, en el comentario al v. 8.

(c) Al final del milenio (cf. v. 3c), «*tiene que ser desatado por poco tiempo*». El gr. original usa para «tiempo» el vocablo *jrónon* que, como sabemos, es el tiempo lineal de nuestros relojes. Esto explica que el diablo (vv. 8, 9) se dé prisa en su tarea (comp. con 12:12c). Pero Dios se apresurará más todavía en deshacer la conjura.

(b) Durante el milenio (20:4-6)

«4 Y vi unos tronos, y se sentaron en ellos, y les fue dada potestad de juzgar, y (vi) las almas de los que habían sido decapitados a causa del testimonio de Jesús y a causa del testimonio de la palabra de Dios, y los que no adoraron a la bestia ni a su imagen y no recibieron la marca en su frente y en su mano; y volvieron a vivir y reinaron con Cristo durante mil años. 5 (Los restantes de los muertos no volvieron a vivir hasta que se cumplieran los mil años.) Esta es la primera resurrección. 6 Bienaventurado y santo el que tenga parte en la primera resurrección; sobre éstos la muerte segunda no tiene potestad, sino que serán sacerdotes de Dios y del Cristo, y reinarán con él mil años.»

1. Juan ve a continuación (v. 4a) «tronos» (cf. Dn. 7:9) y a los que sientan en ellos para juzgar. El original dice que «les fue dado veredicto judicial» (gr. *kríma* = *sentencia*, como p.ej. en 17:1). No es la primera vez que se menciona este poder delegado para juzgar (cf. Mt. 19:28 y Lc. 22:29-30, a las 12 tribus de Israel; 1 Co. 6:3, para juzgar ¡a los ángeles!) Recuérdese el orden de los juicios: (a) a Israel (Mt. 25:1-30); (b) a las naciones (Mt. 25:31-46); (c) a los ángeles caídos (2 P. 2:4; Jud. v. 6). Juan ve también (v. 4b) «las almas de los decapitados, etc.», los mismos de 6:9; 12:11; 13:15-17, que no se sometieron a la Bestia. Ahora está ya completo su número y Juan los ve (v. 4d y 5b) *resucitar* (lit. *vivieron*) para reinar con Cristo en el milenio. A primera vista, «los que no adoraron a la bestia, etc.» parecen ser un grupo aparte, pues no están en acus. de ptc. de aor., pero luego se ve que son los mismos, pues: (1) el gr. *hoítines* = *los cuales* se refiere obviamente al grupo anterior; y (2) los detalles con que se describen los *decapitados* (v. 4b) nos indican que el grupo engloba a *todos los mártires de la persecución del Anticristo*.

2. Como los juicios han de ser en el cielo, ya que son personas resucitadas las que juzgan, hay quienes piensan (F. F. Bruce) que «no se dice, ni quizá se insinúa incluso, que la tierra es el lugar donde reinan con él (Cristo)». Sin embargo, no veo inconveniente en que los tronos estén en el cielo, para que, una vez llevados a cabo los juicios, cumplan sus servicios en la tierra, «administrando el reino universal durante mil años» (Davidson, *o.c.*, p. 397). Como es evidente, el v. 4 empalma con la última frase del v. 5. Con todo, la 1ª frase del v. 5 debería figurar en paréntesis en nuestras Biblias, para no confundir a ningún lector.

3. La 1ª resurrección es «*para vida*» (cf. Dn. 12:2; Jn. 5:29) y consta de las siguientes etapas:

(a) Primero «*Cristo, las primicias*» (cf. 1 Co. 15:23, 24), en lo que se incluyen probablemente los mencionados en Mt. 27:52, 53, ya «perfectos» (cf. He. 11:40, en virtud de la obra del Calvario).

(b) Después, los que participan en el arrebatamiento (cf. 1 Ts. 4:15-17).

(c) Luego, los convertidos y muertos durante la Gran Tribulación, los cuales se especifican en Apocalipsis 20:4.

(d) Finalmente, según algunos, los que, siendo creyentes, hayan muerto durante el Milenio. Como muy bien dice W. W. Wiersbe (*o.c.*, p. 619, col. 2ª): «La frase “resurrección general” no se halla en la Biblia».

4. El v. 6 contiene la 5ª de las 7 bienaventuranzas que figuran en el Apocalipsis. Cinco cosas muy buenas se dicen de «*los que toman parte en la primera resurrección*». De cada uno de ellos (particularizando para mayor bendición), se dice en singular lo siguiente:

(a) Son *bienaventurados* = *dichosos*, es decir, se hallan en estado de felicidad perfecta e imperecedera, en plena comunión con Dios.

(b) Son *santos* (gr. *hágios* = *sagrado*), ya que su relación íntima con Dios es también perfecta para siempre. Estas bendiciones caerán

en especial sobre los «santos» de Israel, conforme a las profecías acerca del Milenio (cf. Is. 2:1-5; 4:1-6; 11:1-9; 12:1-6; 30:18-26; 35:1-10).

(c) «*Sobre éstos la muerte segunda no tiene autoridad*» (v. 6b), ya que la muerte 2ª es *el lago de fuego* (v. 14), es decir, el Infierno, y «*para los que están en Cristo no hay ninguna condenación*» (Ro. 8:1), ¡ya aquí en la tierra!

(d) «*Serán sacerdotes de Dios y de Cristo*» (v. 6c). Dice W. Newell (*o.c.*, p. 325): «Su reino participa del carácter de Melquisedec del trono de Cristo. La expresión *de Dios y de Cristo* es muy notable. Quizás Apocalipsis 1:6 arroja luz sobre ello... Es oficio de los sacerdotes administrar para otros *las cosas pertenecientes a Dios* (cf. He. 2:17; 5:1). ¡Esto nos pone ante un tema maravilloso!»

(e) «*y reinarán con él durante mil años*». Ya sería bastante ser *súbdito* de tal Rey como es el Mesías. Pero, además, serán *reyes*. Esto añade nueva fuerza a favor de la interpretación premilenarista.

(c) Después del milenio (20:7-15)

«7 *Y cuando se cumplan los mil años, será soltado de su prisión Satanás, 8 y saldrá a engañar a las naciones que (están) en los cuatro ángulos de la tierra, a Gog y a Magog, con el fin de reunirlos para la batalla; el número de los cuales es como la arena del mar. 9 Y subieron a la anchura de la tierra y cercaron el campamento de los santos y la ciudad amada. Y descendió fuego (procedente –gr. ek) del cielo y los devoró. 10 Y el diablo, que los engañaba, fue arrojado al lago de fuego y azufre, donde también (están) la bestia y el falso profeta, y serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos*» (vv. 7-10).

1. Cumplidos mil años, se da suelta a Satanás (v. 7). Ya vimos en el v. 3 que es «*por poco tiempo*». Y, siempre que le queda poco

tiempo (cf. 12:12), se da prisa para aprovecharlo al máximo. ¡Si tan diligentes fuéramos nosotros para el bien! En pocos días, reúne un ejército colosal, mucho mayor que el del Anticristo. Si la Biblia no nos asegurara (cf. Jer. 17:9) que el corazón del hombre es «*engañoso más que todas las cosas y perverso*», resultaría increíble, inexplicable, que después de un reinado de paz y justicia, con Cristo mismo en el trono, pudiera el diablo reclutar (v. 8a) a tanta gente para su causa. No olvidemos que han estado bajo un «*cetro de hierro*», de palo y tinte tieso, sometidos por las buenas o por las malas.

2. A esta inmensa horda, Juan los llama «*Gog y Magog*» (v. 8b). Los términos están tomados de Ezequiel, caps. 38 y 39 (cf. especialmente 38:9-12), pero la batalla mencionada en Ezequiel es distinta de ésta. Dichos nombres fueron usados en la tradición rabínica como símbolo de los poderes mundanos opuestos a Dios (cf. Bruce, *o.c.*, p. 1708, col. 1^a). Barchuk (*o.c.*, p. 372) hace notar que «mientras en 16:14, los demonios van a engañar a los *reyes*, ahora el diablo angaña a las *naciones*. ¿Por qué? Porque en el reino milenial, las naciones son regidas por santos».

3. Concisamente (v. 9) se nos dan los preparativos de este ejército diabólico. La «*llanura*» es –lo más probable– la de Esdrelón = *Armagedón* (16:16). La *tierra* (como en 13:11), Palestina. Para «*campamento*», el gr. del original tiene *parembolèn* = *cuartel* o *fortaleza armada*, más bien que un conjunto de tiendas de campaña en campo abierto. En otras palabras, lo más probable es que signifique la propia «*ciudad, la amada*» (lit. –v. 9c. comp. Sal. 78:68b; 87:2), teniendo en cuenta que «*los santos*» son aquí los israelitas. Todos los demás han desertado, uniéndose al ejército del diablo.

4. Pero la victoria, como en Armagedón (cf. 19:17-21), se obtiene sin lucha (v. 9d). En este caso, mediante «*fuego bajado del cielo*». Sólo un menguado número de mss. minúsculos favorecen la añadidura

ek tou theou = (procedente) de Dios. El colosal ejército del diablo es devorado (gr. *katéphagen* = fue comido totalmente) por el fuego celestial, lo mismo que Sodoma y Gomorra (cf. Gn. 19:24-25). ¡Qué contraste con 11:8, donde Jerusalén es llamada «simbólicamente Sodoma y Egipto»! Pero ahora había vuelto a ser «la ciudad amada», «porque los dones y el llamamiento de Dios son sin remordimiento» = ¡Son irrevocables, irreversibles! (Ro. 11:29). ¡Dios es inmutable! ¡No puede cambiar! ¡Qué consuelo para los escogidos! ¡Qué terrible para los pecadores impenitentes!

5. En el comentario a 14:11, enfatiqué la frase «el humo de su tormento» como mucho más fuerte que «el humo de su fuego». Pero la última frase de 20:10 es todavía más fuerte, pues están explícitos los que sufren el tormento: «y serán atormentados día y noche (sin pausa) por los siglos de los siglos (eternamente)». No se puede decir de manera más clara que las penas del Infierno son *eternas*. Es necesario recalcar esto en una época en que están aumentando los partidarios del aniquilacionismo (E. Powell, F. F. Bruce, J. Stott, etc.) y aun de la *apokatástasis* = reconciliación universal (Papini, Barth, etc.).

«11 Y vi un gran trono blanco y al que estaba sentado en él, de cuya faz huyó la tierra y el cielo, y no se halló lugar para ellos. 12 Y vi a los muertos, a los grandes y a los pequeños, de pie ante el trono, y fueron abiertos unos rollos; y otro rollo fue abierto, el cual es el libro de la vida. Y fueron juzgados los muertos por (gr. *ek*) lo que estaba escrito en los rollos, según (gr. *katà*) sus obras. 13 Y dio el mar los muertos que (había) en él, y la muerte y el Hades dieron los muertos que (había) en ellos. 14 Y la muerte y el Hades fueron arrojados al lago del fuego. Esta es la muerte segunda: el lago del fuego. 15 Y el que no fue hallado escrito en el libro de la vida, fue arrojado al lago del fuego» (vv. 11-15).

1. Llegamos a la escena final del drama de la Historia Universal: El paso del tiempo a la eternidad sin fin. *El que está sentado en el Gran Trono Blanco* (v. 11a) es el mismo de todo el libro, el Padre; pero ahora, ya está sentado el Cordero en el mismo trono (cf. 22:1, como un eco de 3:21. Cf. también Dn. 7:9; Mt. 19:28; 25:31; Jn. 5:22, 27; Hch. 10:42; 17:31). El «blanco» es aquí color de *santidad*, antes que de ninguna otra cosa. La desaparición de la tierra y del firmamento (v. 11b) indica lo tremendo y solemne del momento (cf. 6:14; 16:20). Es un hebraísmo y ha de entenderse a la luz de lo que diré en 21:1.

2. Antes de analizar los vv. 12 ss., tengamos en cuenta que la Palabra de Dios menciona cinco juicios escatológicos:

(a) El juicio de obras del creyente ante el tribunal (gr. *bêma*, no *thrónos*) de Cristo, inmediatamente después del arrebatamiento de la Iglesia (cf. Ro. 14:10; 1 Co. 3:12-15; 2 Co. 5:10).

(b) El juicio de Israel, previo al de las naciones (Mt. 25:1-30). Una parte de Israel, la que ha recibido al Mesías y tiene el Espíritu Santo, es invitada a las bodas; son las vírgenes sensatas. Otra parte, la que ha rechazado al Mesías y no tiene el Espíritu Santo, en vano llama a la puerta; son las vírgenes insensatas.

(c) El juicio de las naciones (Mt. 25:31-46 —¡nótese que los grupos no son dos, sino tres! ¿Cuál es el 3º? No tardará el lector en hallarlo: los «hermanos» del Rey-Mesías). Todos estos juicios (A), (B) y (C) se celebrarán antes del Milenio.

(d) El juicio de los ángeles caídos, después del Milenio (cf. 2 P. 2:4; Jud. v. 6: Ap. 20:7-10).

(e) El juicio final (éste es el único «Juicio Final») ante el Gran Trono Blanco (cf. Ap. 20:11 ss.). En Juan 12:48, el Señor Jesús da a entender que la Biblia misma es testigo suficiente contra el que rechaza el evangelio; no es necesario que el Juez abra siquiera la boca.

3. El v. 12 no ofrece dificultades de interpretación. Se abre el pliego de cargos para determinar el grado de castigo que cada uno ha de sufrir en el Infierno. Por si algún lector ha estado equivocado en esto, debo aclararle que, así como en el Cielo habrá distintos grados de bienaventuranza conforme a la *calidad* de las obras que haya hecho en esta vida (cf. 1 Co. 3:12-15; 2 P. 1:11; 1 Jn. 2:28), así también en el Infierno habrá distintos grados de castigo conforme a la cantidad y, sobre todo, conforme a la *gravedad*, de los pecados que haya cometido en esta vida (cf. Mt. 11:20-24; Jn. 19:11). Al final del v. 13, se repiten los cargos, para que no haya dudas a este respecto.

4. El mar (v. 13a), la muerte (el sepulcro) y el Hades (v. 13b) aparecen personificados *entregando* (lit. *dio, dieron*) lo que se les había confiado. Y, a continuación, como *enemigos* de la humanidad (cf. 1 Co. 15:26), son también *arrojados al lago del fuego* (v. 14a) *la muerte y el Hades*. El hecho de que la *muerte* desaparezca para siempre en el Infierno es una bendición para los salvos, pero es una nueva maldición para los condenados, porque buscarán la muerte como única escapatoria de una existencia miserable, y no la hallarán ¡Es difícil imaginar lo que eso significa, pero bien hará el lector inconverso en ponderar lo terrible de la situación, sea cual sea la naturaleza del fuego infernal!

5. El v. 15 declara expresamente que «*si alguien no fue hallado escrito en el libro de la vida, fue arrojado al lago del fuego*» (lit.). Es una enseñanza terrible, pero es una enseñanza bíblica; el propio Señor Jesús la enseñó claramente (cf. Mt. 18:8; 23:15, 38; 25:46; Mr. 9:42-46) y cuantos, desde cualquier flanco, tratan de rebajarla, olvidan que el amor de Dios es un amor santo y celoso. En realidad, Dios no envía al Infierno. Cada réprobo se va allá por su propio pie, pues el Infierno fue *preparado para el diablo y sus ángeles* (Mt. 25:41; cf. tamb. Jn. 3:16-21; Ro. 2:4-6; 9:22-23; 1 Ti. 2:4). Por otra parte, Dios es inmutable en sus normas, en sus promesas y en sus amenazas; no

va a rebajar sus normas ni alterará sus demandas. Ha provisto un medio de salvación (cf. Hch. 4:12) y el que no se acoja a él, a nadie tiene que echar la culpa, sino a sí mismo. Así que el juicio final ante el Gran Trono Blanco (cf. 20:11-15) no tendrá ningún parecido con nuestras causas ante los tribunales, pues en él no habrá jurado, porque Dios no necesita consejeros (cf. Ro. 11:34). Para fiscal, valdrá la Palabra de Dios (cf. 20:12; Jn. 12:48). No habrá apelación contra la sentencia, porque ya no quedará abogado para los que rechazaron al *abogado que tenemos junto al Padre* (cf. 1 Jn. 2:2). ¡Qué escena tan pavorosa! En lugar de quejarnos del juicio de Dios como si fuera arbitrario, deberíamos caer en adoración ante la profundidad de su sabiduría, como Pablo en Romanos 11:33: «*¡Oh profundidad de la riqueza y de la sabiduría y del conocimiento de Dios! ¡Cuán inescrutables son sus justos veredictos* (gr. *krímata* = *sentencias judiciales*) *e irrastreables sus caminos!*» (lit.).

6. Entre las muchas cosas para las que *toda la Escritura es útil* (cf. 2 Ti. 3:16) está «*para corrección*» (gr. *pròs epanórhosin*). El vocablo griego comporta la idea de «volver a poner recto desde arriba lo que se había torcido». No hay nada como la perspectiva de una eternidad en los tormentos del Infierno, para adquirir, o recuperar, el recto concepto de la fealdad del pecado, de la santidad y justicia de Dios y de la seriedad de la muerte del Hijo de Dios en la Cruz del Calvario.

Capítulo

21

El Apocalipsis no termina con la espantosa suerte de los réprobos, sino con la bendita felicidad de los elegidos. Por eso, los dos últimos capítulos de este libro están dedicados enteramente a la descripción del Cielo. El Señor Jesucristo se dignó revelar la gloria de la Jerusalén celestial a su *discípulo amado* Juan (cf. Jn. 21:20; Ap. 1:1), así como se había dignado revelar a su profeta *muy amado* Daniel (cf. Dn. 10:11, 19) los designios secretos de Dios para los tiempos postreros.

Divido el capítulo en cinco partes: (1) Presentación de los nuevos cielos y de la nueva tierra y descenso de la nueva Jerusalén (vv. 1, 2); (2) La perfecta comunión con Dios en la nueva ciudad y la renovación final de todas las cosas (vv. 3-6); (3) Las bendiciones de los victoriosos, en contraste con el funesto destino de los malvados (vv. 7-8); (4) La descripción de la Novia celestial (vv. 9-21); (5) La luz de una Ciudad celestial, en la cual no hay templo, y el libre acceso a la Ciudad (vv. 22-27).

2) La nueva Jerusalén (21:1–22:5)

(a) Descenso de la ciudad (21:1-8)

«1 *Y vi un cielo nuevo y una tierra nueva; porque el primer cielo y la primera tierra pasaron, y el mar no existe ya.* 2 *Y vi la ciudad*

santa, la nueva Jerusalén, que descendía del cielo, desde Dios, ataviada como una novia engalanada para su esposo» (vv. 2, 1).

1. En 20:11, vimos desaparecer el primer cielo y la primera tierra, que habían sido creados en el principio y preparados para Adán y Eva y sus descendientes (cf. Gn. caps. 1 y 2). Nuestros primeros padres pecaron, y así entró en el mundo la muerte (cf. Ro. 5:12) y se deterioró la belleza del Universo (cf. Ro. 8:18-23). En lugar de una vida feliz, la humanidad tuvo que soportar una vida llena de fatigas, miserias, sobresaltos y toda clase de corrupción espiritual, moral y física. Pero Dios prometió (cf. Is. 65:17; 66:22) una nueva creación.

2. Los vocablos «*nuevo*» y «*nueva*» del v. 1, así como «*nueva*» del v. 2, y «*nuevas*» del v. 5, son respectivamente en el original «*kainòs*» (acus. masc. sing.) y «*kainém*» (acus. fem. sing.), «*kainèm*» (acus. fem. sing.), y «*kainà*» (acus. neutro pl.). Este adjetivo no significa una cosa *enteramente nueva* = que de ningún modo existía antes, sino una cosa *hecha nueva* por transformación de la ya existente (comp. Ro. 12:2 «... *sed transformados mediante la renovación de la mente*»). Por eso, me adhiero a la opinión de los que sostienen que los antiguos elementos no fueron aniquilados, sino transformados.

3. Vemos (frase final del v. 1) que «*ya no hay mar*». Pero la desaparición del mar (con el simbolismo peyorativo que en Apocalipsis comporta –de él sale la Bestia, él simboliza la rebeldía de multitudes agitadas) no significa la desaparición del agua, como vemos por 22:1 ss. Nos es difícil imaginarnos la nueva Jerusalén, pero Juan la llama (v. 2) *santa, preparada y hermosa, «como una novia engalanada* (gr. *kekosmeméne*n –de ahí el cast. “cosmético”) *para su esposo*». Notemos algunos detalles:

(a) La ciudad es *santa* (v. 2a), no sólo por ser la morada especial de Dios, también porque *sin la santidad nadie verá al Señor* (cf. He. 12:14), y porque *nada inmundo, profano, puede entrar en ella* (cf. v. 27).

(b) Juan la ve *descendiendo del interior* (gr. *ek*) *del cielo, desde* (gr. *apò*) *Dios*, es decir, del lado de Dios y enviada por Él. El vb. está en ptc. de pres., dando a entender que es un hecho que está sucediendo ante sus propios ojos.

(c) Juan la ve *preparada* (gr. *hetoimasménen* –ptc. de pret. pf). El verbo ocurre 41 veces en el N.T., pero las que más hacen a nuestro caso son Juan 14:2-3; 1 Corintios 2:9; Hebreos 11:16; Apocalipsis 12:6; 19:7 y ésta.

(d) Dice también que la vio *como una novia engalanada para su esposo*, donde hay un notorio contraste entre el gr. *númpfen* (*novia*) y el dativo gr. *andri* (*esposo*). ¿Cómo se compagina esto con 19:7, donde la novia es llamada *gunè* = *mujer*, dando a entender que la ceremonia nupcial ya se había celebrado? La solución depende de cómo se responda a esta pregunta: ¿es la misma mujer? En mi opinión, la novia de 21:2 es la ciudad *de todos los redimidos*, como se ve claramente por Hebreos 12:22-24, mientras que la novia de 19:7 es, exclusivamente, la Iglesia. Citando a Grant, dice Walvoord (*o.c.*, p. 313): «¿Por qué no ha de ser (la nueva Jerusalén) la novia-ciudad, tomando prestado el nombre de la novia-iglesia, cuya mansión es, aunque haya también en ella otros ocupantes?». El hecho de que ahora no se repita ninguna ceremonia nupcial ni el banquete de bodas de 19:7-9, me hace pensar en que el papel preponderante que la Iglesia ha de ocupar en la nueva Jerusalén excluye un *nuevo casamiento*.

«3 *Y oí una gran voz procedente* (gr. *ek*) *del trono, que decía: He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y acampará con ellos, y ellos serán pueblos suyos, y Dios mismo estará con ellos. 4 Y enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos, y la muerte no existirá más, ni habrá ya más lamento, ni llanto a gritos ni trabajo penoso; las primeras cosas pasaron. 5 Y dijo el que estaba sentado en el trono: He aquí que hago nuevas todas las cosas. Y dice: Escribe que éstas son las palabras fieles y verídicas. 6 Y me dijo: Hecho está. Yo (soy)*

el Alpha y la Omega, el principio y el fin. Al que tenga sed, Yo le daré de la fuente del agua de la vida gratis» (vv. 3-6).

1. Es (v. 3a) ésta la última de las 21 veces que en este libro ocurre la expresión «voz grande» (gr. *megále*) o «voz potente» (gr. *isjurá = fuerte*). Como siempre, indica que es muy importante la revelación que viene a continuación. Pero lo principal (v. 3b) es que Dios *acampará* (gr. *skenósei = pondrá su tienda de campaña* –el mismo vb. de Jn. 1:14) allí con su pueblo. No quiero que el lector se pierda el detalle de la expresión «*el tabernáculo de Dios con los seres humanos*» (gr. *metà tón anthrópon*). No dice «con los santos»), con lo que se infiere claramente que incluye, como he dicho anteriormente, *a todos los redimidos* (cf. He. 12:22-24). Muchos mss., aunque no los más importantes, añaden al final del v. 3, «(siendo) *Dios de ellos*». Notemos los distintos lugares que han servido de morada de Dios en la tierra:

(a) En el Paraíso, con nuestros primeros padres; allí se paseaba con ellos (cf. Gn. 3:8).

(b) En el Tabernáculo y, después, en el Templo, en medio de Israel: presencia simbolizada y señalada en la nube (cf. p.ej. Éx. 40:34-38).

(c) En la humanidad de Cristo (cf. Jn. 1:14; Col. 2:9), entre su pueblo.

(d) En los creyentes, que ahora son su Templo (cf. 1 Co. 6:19, 20; Ef. 2:21-22; 1 P. 2:5 ss.).

(e) En la nueva Jerusalén (cf. Ap. caps. 21 y 22).

Para nosotros, el velo del templo se rasgó (cf. He. 10:20, comp. con Mt. 27:51), pero queda otro velo por quitar: el velo de la fe (cf. He. 11:1).

2. Al ser ya perfecta la comunión con Dios, bajo un mismo techo, desaparecerá de la escena, enteramente y para siempre, todo eso (v. 4) que era resultado de la 1ª ruptura de la comunión con Dios: aflicciones, penas, dolores, molestias. La ciudad santa es tan maravillosa,

que Juan sólo acierta a describirla (v. 4) por lo que *no habrá* allí: «*toda lágrima*» (gr. *pân dákruson* = *todas, una por una*), que ya están en la “redoma de Dios” (cf. Sal. 56:8), sin *muerte*, ni *enfermedad* (pues es prólogo para la muerte), ni *lamentación* por un muerto, ni *aflicción a gritos*, ni *trabajo penoso* (gr. *pónos*).

3. «*Escribe*» (gr. *grápson*, en aor. puntual –de urgencia– de imper.), la 12ª y última vez que Juan recibe la orden de escribir (v. 5b). La frase siguiente «*estas son las palabras fieles y verídicas*», la vimos más concisa en 19:9, y saldrá por última vez en 22:6. Aparece aplicada a Cristo en 3:14 «*el testigo fiel y verdadero*» (o, *verídico*) y en 19:11 «*Fiel y Verídico*».

4. En el v. 6, Dios añade: «*¡Hecho está!*» (gr. *Gégonan* –en pret. pf.), expresión ya vista en 16:17 con una ligera variante «*Gégonem*» (es tamb. 3ª pers. del sing. del pret. pf. de *gínomai* = *hacerse, llegar a ser*). Las dos frases siguientes indican prácticamente que Dios gobierna la historia de punta a cabo y que no tiene predecesor ni sucesor. Parece ser que Juan fue condenado a trabajos forzados (las minas romanas) en Patmos y conocía bien el valor del agua para calmar la sed. Esa frase última del v. 6, lo mismo que en 22:17, es una invitación del Evangelio ¡al final de la Biblia! Es una promesa que nos hace a la memoria lugares como Isaías 55:1 y Juan 4:10, 13, 14; 7:37-39.

«7 *El que venza poseerá en herencia* (lit. *heredará*) *todas estas cosas, y seré para él Dios, y él para mí será hijo. 8 Mas para los cobardes, e infieles, y abominables, y asesinos, y fornicarios, y hechiceros, e idólatras y para todos los mentirosos, su porción (estará) en el lago que arde con fuego y azufre, el cual es la muerte segunda*» (vv. 7, 8).

1. «*El que venza*» (v. 7) es frase clave en las cartas a las siete iglesias, como puede verse. Nótese también 12:11, así como 1 Jn. 5:4, 5.

2. En contraste con esos *vencedores*, Juan describe (v. 8) a los *vencidos* por el pecado y por la incredulidad, que es el peor de los pecados. ¿Quiénes son los «perdedores»? ¡Cómo se equivoca el mundo! Es la misma equivocación que los mundanos sufren frente a las «bienaventuranzas» de Mt. 5:3 ss. «Dichosos *los ricos* –dicen–, no *los pobres*». Y así sucesivamente, de las demás bienaventuranzas. Yo suelo decir que esos ocho grupos del v. 8 son «como las ocho puertas por las que se entra en el infierno». Veamos quiénes son:

(a) «*los cobardes*», en el contexto de Ap., son los que prefieren conservar la vida, antes que ser perseguidos por confesar a Cristo. Exactamente lo contrario que los de 12:11c.

(b) «*los infieles*» (mejor que «incrédulos») son los que fueron infieles a la palabra que dieron un día de que eran «creyentes» (es una variante de los «cobardes» –inestables por cobardes, que nos recuerda lo de Mt. 13:20, 21).

(c) «*los abominables*» están señalados de diversas maneras en la Biblia (cf. Job 15:16; Sal. 14:1; Lc. 16:15; Tit. 1:16; Ap. 17:15).

(d) «*los homicidas*»: los asesinos. Ya desde Génesis 4:8, gravísimo pecado (cf. Gn. 9:6), que se puede cometer por omisión (cf. 1 Jn. 3:11-15, a la luz de Gn. 4:9, al final «¿soy yo acaso guarda de mi hermano?»).

(e) «*los fornicarios*» = los que se entregan a cualquier clase de inmoralidad sexual.

(f) «*los hechiceros*» = los que practican la magia con drogas (gr. *pharmákois* –de donde «farmacia», como ya sabemos). De seguro que aquí entran los drogadictos de nuestros días.

(g) «*los idólatras*» de toda clase: del dinero (cf. Ef. 5:5), del rango social, de la carne, etc.

(h) Cerrando la «procesión», «*los mentirosos*» = aquellos cuya vida entera es una «mentira» = pura «fachada»: «*todo aquel que ama y hace mentira*» (Ap. 22:15); en contraste con los que *siguen y practican la verdad y andan en la verdad* (cf. Ef. 4:15; 1 Jn. 1:6; 2 Jn. v. 4; 3 Jn. v. 4).

¡Basta una sola de esas ocho puertas para ir al Infierno! ¿Y no tiemblas, pecador impenitente?

(b) Descripción de la ciudad (21:9-21)

«9 Y vino uno de los siete ángeles que tenían las siete copas, de las llenas de las siete plagas postreras, y habló conmigo, diciendo: Ven, te mostraré la novia, la esposa del Cordero. 10 Y me llevó en espíritu (es decir, en éxtasis) a un monte grande y alto, y me mostró la ciudad santa, Jerusalén, que descendía del Cielo desde Dios, 11 teniendo la gloria de Dios. Su fulgor era semejante a una piedra preciosa, como a piedra de jaspe, diáfana como el cristal. 12 Tenía (lit. teniendo –y así en el v. 14) un muro grande y alto, con doce portones, y sobre los portones doce ángeles, y nombres inscritos, que son los de las doce tribus de los hijos de Israel. 13 Del lado de oriente, tres portones; y del lado del norte, tres portones; y del lado del sur, tres portones; y del lado de poniente, tres portones. 14 Y el muro de la ciudad tenía doce cimientos, y sobre ellos (los) doce nombres de los doce apóstoles del Cordero. 15 Y el que hablaba conmigo tenía (como) medida una caña de oro, para medir la ciudad y sus portones y su muro. 16 Y la ciudad se asienta (como) un cuadrado, y su longitud es tanta como su anchura. Y midió la ciudad con la caña sobre doce mil estadios: su largura y su anchura y su altura son iguales. 17 Y midió su muro de ciento cuarenta y cuatro codos, medida de hombre, que es la del ángel. 18 Y el material de construcción de su muro (es) jaspe, y la ciudad oro puro, semejante a vidrio limpio (es decir, cristalino, transparente). 19 Los cimientos del muro de la ciudad adornados (gr. *kekosmeménoi* –el mismo vocablo del v. 2, aunque ahora en nominativo masc. plural) con toda piedra preciosa: el primer cimiento (era) jaspe; el segundo, zafiro; el tercero, calcedonia; el cuarto, esmeralda, 20 el quinto, sardónice (u, ónice); el sexto, coralina; el séptimo, crisólito; el octavo, berilo; el noveno, topacio; el décimo, crisopraso (o, ágata); el undécimo, jacinto; el duodécimo,

amatista. 21 Y los doce portones (eran) doce perlas; cada uno de los portones era de una sola perla. Y la avenida de la ciudad, oro puro, como vidrio transparente (o, transparente como vidrio).»

1. El lector perdonará lo largo de esta sección, pero es difícil entenderla bien si se fragmenta. Muchos de los detalles no necesitan comentario, por lo que me atenderé a lo que requiere alguna aclaración. En primer lugar, es menester percatarse de que *la santa ciudad* (v. 9c) no es sólo el domicilio de la novia, ¡es la novia! (cf. vv. 10 ss.). La mención de las copas es únicamente para identificar al ángel.

2. Lo del «*monte grande y alto*» (v. 10) es para poner de relieve el carácter celestial de la ciudad que desciende; «*teniendo la gloria de Dios*» (v. 11), la cual brilla dondequiera que Dios tiene su morada (cf. coment. al v. 3). Todo es aquí (v. 11b) belleza y transparencia; no hay nada que ocultar ni noche que oscurezca la visión.

3. Como era costumbre al describir una ciudad, Juan (vv. 12-14) nos habla de «*cimientos, muros y puertas*». Los cimientos indican estabilidad y *permanencia*, en contraste con las tiendas de «*peregrinos y extranjeros*» (cf. He. 11:8-10). Los muros y las puertas indican *protección*; doce ángeles para las doce puertas (v. 12) servirán de centinelas. Sólo en los vv. 12-16, se repite siete veces el número 12. Además, todas las medidas son múltiplos de 12. Veo dos razones para esta insistencia en el número 12:

(a) Los 12 apóstoles eran israelitas. Así se pone de relieve que la Iglesia se sostiene sobre Israel, no viceversa.

(b) Comp. con el v. 3, la gran tienda de campaña lleva a cualquier israelita a recordar la disposición del campamento y del tabernáculo en la peregrinación por el desierto.

No quiero dejar de advertir la diferencia que hay entre *themélios* = *cimiento*, y *akrogoniaïos* = *piedra angular*. Sólo Jesucristo es «*la*

pedra angular», mientras que «*los apóstoles y profetas*» son «*cimiento*» (cf. Ef. 2:20). Sin «*la piedra angular*», el edificio perdería su carácter esencial y su consistencia.

4. En el v. 15, vemos que la medida que el ángel usa es una *caña de oro*, como convenía para medir una *ciudad de oro*. En el v. 16, se nos dice que «*la ciudad se asienta*» (lit. *se recuesta* –es el mismo vb. de 1 Jn. 5:19) en *cuadrado* (gr. *tetrágonos* = *cuadrilátero*). Tanto para los griegos y romanos como para los israelitas, el cuadrado era una figura perfecta. Además, a Israel le repugnaba el círculo, por los símbolos idolátricos de Egipto y de Mesopotamia, que rendían culto a la luna y al sol.

5. Por lo que se infiere de las medidas del v. 16b, la ciudad es un gigantesco cubo, más bien que una pirámide. Entre otras razones, la estética pide que unos muros de unos 64 mts de altura (v. 17) no desaparezcan de la vista frente a una pared altísima. Con todo, el texto no da las medidas de largura, anchura y altura; sólo dice que *son iguales*. Por lo que la medida 12.000 estadios = 2.400 kms se refiere al «*cuadrado*» y, en este caso, tendríamos esa medida como perímetro de la ciudad. Pero es más probable, incluso por Juan 14:2a, que sea de lado, es decir 2.400 x 2.400, con lo que la superficie del cuadrado vendría a ser de más de cinco millones de kms cuadrados. Sólo en la base, sería una ciudad mayor que toda la Rusia europea.

6. Si, al hablar de la «*multiforme*» gracia de Dios, usa Pedro (cf. 1 P. 4:10) un adjetivo que significa «*policroma*», ¿quién podrá describir la policromía de esta ciudad celestial? No es la esencia física de los materiales de los vv. 18-20 lo que debe retener nuestra atención, sino más bien su significado espiritual. *El material de construcción* (v. 18) *del muro es jaspe*, lo cual indica la belleza valiosa de toda la ciudad (comp. con v. 11); el *oro* indica su pureza y suntuosidad; y el

aspecto cristalino del oro tiende a poner de relieve la transparencia, por la cual, como dice Walvoord (*o.c.*, p. 325), «la ciudad está diseñada para transmitir la gloria de Dios en la forma de una luz sin obstáculos».

7. Una mirada a lugares como Éx. 28:17-20; Is. 54:11-12; Ez. 28-33 nos ayudará a entender el significado de las piedras preciosas que se mencionan en los vv. 19 y 20. Govett, citado por W. M. Smith (*o.c.*, p. 1523) ha intentado, sin éxito, una comparación con los colores del arco iris. En cambio, Caird dice que cada piedra era símbolo de un signo del zodiaco y que, para desprestigiar la astrología, Juan los pone al revés. Aparte de lo arbitrario de esta suposición, queda siempre el peligro de que los lectores del Apocalipsis acudiesen a la astrología, al menos, por curiosidad, lo cual estaba muy lejos de la intención del autor sagrado. Partiendo de la base de que desconocemos totalmente la naturaleza precisa de los materiales celestiales de la ciudad, sólo podemos asegurar que el texto sagrado trata de presentarnos un espectro de colores que añade nueva belleza a la ya grandísima belleza de la nueva Jerusalén.

8. *Y los doce portones, doce perlas* (v. 21a). Mientras la ostra cierra su concha a causa de la irritación causada por un grano de arena, y así se forma la perla, tan apreciada por reyes y reinas, estas puertas del cielo, que son perlas, no se cierran jamás (cf. v. 25). La última frase del v. 21 podría parecer innecesaria a la luz del v. 18, pero la intención de Juan es poner de relieve que no sólo los muros y los interiores son de oro, sino también el pavimento de la calle principal. Dice Robert L. Thomas, citado por Carballosa (*o.c.*, p. 436): «Debido a que la calle será continua aun cuando cambie de dirección o se una con otra avenida que proceda de otra puerta, es solamente una calle y no muchas».

(c) Delicias de la ciudad (21:22–22:5)

«22 *Y santuario no vi en ella, porque el Señor Dios Todopoderoso es su santuario; también el Cordero.* 23 *Y la ciudad no tiene necesidad del sol ni de la luna para que brillen sobre ella, porque la gloria de Dios la ilumina y su lámpara (es) el Cordero.* 24 *Y andarán las naciones mediante su luz; y los reyes de la tierra llevan a ella su gloria.* 25 *Y sus portones nunca jamás se cerrarán de día, porque no habrá noche allí;* 26 *y llevarán a ella la gloria y el honor de las naciones.* 27 *Y de ningún modo entrará en ella nada impuro o que hace abominación y mentira, sino solamente los que están inscritos en el libro (lit. en el rollo) de la vida del Cordero»* (vv. 22-27).

1. Leyendo los vv. 22 y 23, dice Tucker: «A esta ciudad se la reconoce por las cosas que faltan en ella: ni templo, ni sacrificio, ni sol, ni luna, ni oscuridad ni abominación». Y Anderson Scott, citado por W. M. Smith (*o.c.*, p. 1523), dice: «Lo que ahora hay que apartar del mundo para Dios... allá se ha expandido hasta abarcar todo el ámbito de la experiencia y actividad humanas. La presencia de Dios ya no ha de buscarse; se conoce y se percibe... penetrándolo todo como la luz del día». Así que ya no existe lo «profano» = lo que tiene que estar fuera del templo.

2. No hay en el Cielo nada «profano». Y tampoco puede entrar allá nada profano: ni ladrones; por eso estarán las puertas abiertas siempre (v. 25), ni cosa (v. 27) que sea *ceremonialmente impura* (lit. *común*) ni quien haga abominación y mentira (cf. v. 8). Sólo entrarán cosas buenas (v. 26) y personas *registradas en el libro de la vida del Cordero* (v. 27b). No sé por qué tienen los expertos tanta dificultad para entender los vv. 24 y 26 (el v. 25 es sumamente fácil). A mi juicio, lo que se nos declara en esos vv. es que todo lo que en este mundo tiene un valor imperecedero (arte, sabiduría, literatura), tendrá cabida –purificado y sublimado– en el Cielo. En efecto,

el v. 27 nos dice claramente lo que no entrará y lo que entrará «*en ella*». Lo que cada uno de nosotros (el autor y los lectores) hemos de preguntarnos es lo siguiente: *¿Voy vestido de lino blanco, puro y resplandeciente?*

Capítulo

22

Con este capítulo se cierra el Apocalipsis y, con él, la revelación especial de Dios; nada falta ni sobra (cf. vv. 18 y 19). Lo divido en cuatro secciones: (1) Las bendiciones con que culmina la vida eterna en el cielo (vv. 1-5); (2) Unas palabras de consuelo (vv. 6-17); (3) Unas palabras de admonición (vv. 18, 19); (4) Un anuncio final de la pronta Venida del Señor, seguido de la bendición con que Juan cierra su relato de la gran Revelación (vv. 20, 21).

«1 Y me mostró un río de agua de vida, resplandeciente como cristal, que procedía del trono de Dios y del Cordero. 2 En medio de su avenida, y a uno y otro lado del río, un árbol de vida que da (lit. hace) doce frutos, rindiendo cada uno su fruto mes por mes, y las hojas del árbol son para sanidad de las naciones. 3 Y ya no habrá allí ninguna maldición. Y el trono de Dios y del Cordero estará en ella, y sus siervos le rendirán culto; 4 y verán su rostro (el de Dios), y el nombre de Él (estará) en sus frentes. 5 Y no habrá ya noche, y no tienen necesidad de luz de lámpara ni de luz de sol, pues el Señor Dios irradiará luz sobre ellos, y reinarán por los siglos de los siglos» (22:1-5)

1. En el Paraíso había cuatro ríos (cf. Gn, 2:10-14). Aquí (v. 1) hay un solo río, pero ¡qué manantial! «¡Sale del trono de Dios y del

Cordero.» Léanse Jn. 7:39 y Jn. 15:26 (donde ocurre el mismo verbo que aquí; sólo que en Juan 15:26 está en pres, de indic., y aquí está en participio de pres.) y se verá que este río celestial representa al Espíritu Santo, que «*procede del trono de Dios y del Cordero*», es decir, *del Padre y del Hijo*.

2. Al ser expulsados del Paraíso nuestros primeros padres, les quedó cerrado el acceso al árbol de la vida (cf. Gn. 3:22-24). Pero ahora todos (v. 2) tendrán acceso al árbol de la vida. Dice Bartina (*o.c.*, p. 844): «El árbol de la vida da fruto continuo, del cual todos pueden fácilmente comer. Es símbolo de la inmortalidad. Ha vuelto el Paraíso». La última frase del v. 2 ha confundido a muchos. Se comprende bien si lo de «*sanidad*» se entiende en sentido «preservativo», más bien que «curativo». Quizás es solamente un simbolismo, puesto que el cuerpo de resurrección es *incorruptible* y es *espiritual* (cf. 1 Co. 15:42-44). De esta forma se pone de relieve que no habrá allí ninguna enfermedad (cf. comentario a 21:4).

3. Lo de «*no habrá maldición*» (v. 3), es decir, ni ocasión ni objeto de maldición, nos lleva a Génesis 3:14-19, donde comenzó la maldición. En el cielo, todo es *bendiciones*, porque es la suma de todos los bienes sin mezcla de mal alguno, así como el infierno es la suma de todos los males, sin mezcla de bien alguno.

4. El verbo de la última frase del v. 3 (gr. *latreúsousin*) ha de entenderse, como lo exige su etimología (cf. el sust. en Ro. 12:1), en el sentido de *rendir culto de adoración a Dios*, en calidad de *siervos* (gr. *doúloi* = *esclavos*, es decir, siervos a tiempo completo). Esto da lugar a varias reflexiones devocionales; p.ej.:

(a) Son *siervos* que tienen por única ocupación *adorar a Dios* (cf. v. 3). Si el centro de donde brota toda adoración genuina es el *corazón*, comprenderemos que, si nuestro corazón está dirigido a Dios, pode-

mos realizar otros servicios, mientras cantamos alabanzas a nuestro Dios (lo hemos visto repetidamente en este libro).

(b) Son *siervos* que están *reinando* mientras *sirven* (v. 5), porque son, a la vez, *sacerdotes* por el culto, *y reyes* por el dominio. Como Cristo será eternamente «*Rey de reyes*», sus redimidos correinarán con Él también por toda la eternidad. Dice Walvoord (*o.c.*, p. 332): «La idea de que el reino de Cristo debe cesar con el Milenio, basada en 1 Corintios 15:24, 25, es un malentendido. Lo que cambia es el carácter de Su reino».

(c) Son *siervos* que están sirviendo siempre *cara a cara con Dios* (cf. v. 4a). No quiere decir que estén contemplando directamente la esencia divina, como es dogma en la Iglesia de Roma (la «visión beatífica»). Sí que ven a Dios en Cristo (cf. Jn. 14:9) y saben que el Padre los ve, que gozan para siempre del favor de Dios, y eso les basta (cf. 1 Ti. 6:16). Si el Padre es feliz conociendo al Hijo, ¿seremos nosotros más exigentes, no conformándonos con ver, oír, amar y abrazar a nuestro Salvador?

(d) Dice W. W. Wiersbe (*o.c.*, p. 624, col. 1ª): «¿Qué servicio será éste? No se nos dice, ni necesitamos saberlo ahora. Es suficiente saber lo que Dios quiere que hagamos *hoy*. Nuestra fidelidad en esta vida nos prepara para un servicio más alto en el Cielo... ¡No sólo seremos siervos, sino también reyes por los siglos de los siglos!» (el énfasis es suyo).

(e) Sobre el v. 4b, dice Bartina (*p.c.*, p. 845): «El nombre divino lucirá en sus frentes, porque siempre serán posesión de Dios (cf. 13: 16, 17)».

5. No cabe duda de que todo esto es extraordinariamente precioso y digno de ser deseado y buscado. Sólo hay un medio para ello. ¿*Has creído en el Señor Jesús?* (cf. Hch. 16:31). Entonces, todo eso es ya tu heredad.

Epílogo (22:6-32)**1) Palabra de ánimo (vv. 6-17)**

«6 *Y me dijo: Estas palabras son fieles y verídicas. Y el Señor, el Dios de los espíritus de los profetas, envió su ángel para mostrar a sus siervos lo que ha de suceder en breve.* 7 *Y he aquí que vengo presto. Bienaventurado el que guarda las palabras de la profecía de este libro (lit. de este rollo).* 8 *Y yo, Juan, soy el que oía y veía estas cosas. Y cuando las oí y las vi, caí ante los pies del ángel que me las mostraba, a fin de adorarlo.* 9 *Y me dice: ¡Mira, no! Soy consiervo tuyo y de tus hermanos los profetas y de los que guardan las palabras de este libro (lit. de este rollo); ¡A Dios adora!* 10 *Y me dice: No selles las palabras de la profecía de este libro (lit. de este rollo), porque el tiempo (gr. *kairós* = oportunidad) está cerca.* 11 *El que es injusto, sea injusto todavía; el sucio, ensúciase todavía; y el justo, practique la justicia todavía; y el santo (gr. *hágios* = separado, consagrado para Dios), santifíquese todavía.* 12 *He aquí que vengo presto, y mi recompensa (está) conmigo, para retribuir a cada uno según es su obra.* 13 *Yo (soy) el Alfa y la Omega, el primero y el postrero, el principio y el fin.* 14 *Bienaventurados los que lavan sus túnicas para que sea de ellos la autoridad sobre el árbol de la vida y entren por los portones en la ciudad.* 15 *Fuera (estarán) los perros y los hechiceros y los fornicarios y los homicidas y los idólatras y todo el que ama y practica mentira.* 16 *Yo, Jesús, envié mi ángel para atestiguaros estas cosas sobre las iglesias (es decir, con destino a las iglesias). Yo soy la raíz y el linaje de David, la estrella resplandeciente de la mañana.* 17 *Y el Espíritu y la novia dicen: ¡Ven! Y el que escucha, diga: ¡Ven! Y el que esté sediento, venga; y el que (lo) desee, reciba agua de vida gratis.»*

1. La 1ª frase del v. 6 salió ya en 19:9 y 21:5. «*El Dios de los espíritus de los profetas*» (v. 6b) significa el que en los tiempos pasados comunicó a sus siervos el espíritu de profecía; «*envió su ángel*» (v. 6c) *para mostrar*; con el mismo espíritu profético, *a sus siervos*

(= a todos los redimidos) *las cosas que deben suceder presto*» (gr. *en tájei* = *en breve, rápidamente*).

2. Y para los que están escuchando la lectura del libro (comp. 1:3), va la admonición con que comienza el v. 7, la cual se repite también en los vv. 12 y 20. A continuación, viene la 6ª bienaventuranza del libro (v. 7b). «*Guardar*» significa, como siempre, «observar». El vb. gr. (*terôn*) no puede entenderse de «preservar intactas las palabras» (W. W. Wiersbe, *o.c.*, p. 624, col. 2ª), sino de observación interna, práctica, como en Sal. 119:9.

3. Juan presenta (v. 8) su propia «tarjeta de identidad», como garante de lo escrito en el libro. El v. 9 se entiende según lo dicho en el comentario a 19:10. El v. 10 ha de leerse con el 11 y significa que, puesto que la revelación ha terminado y la Venida de Cristo está tan cerca, no es menester sellar el libro. Y, por eso mismo, la opción que cada uno haya hecho en circunstancias que no admiten el gris, es la que permanecerá. Como dice W. W. Wiersbe (*o.c.*, p. 625, col. 1ª): «La decisión determina el carácter, y el carácter determina el destino». No obstante, hablar de «imposibilidad para el cambio, por no haber oportunidad para el arrepentimiento» (Walvoord, Swete, W. M. Smith) va contra la enseñanza clara de la Biblia de que mientras hay vida, hay oportunidad de convertirse. Estoy de acuerdo con Caird, que interpreta así el v. 11: «No hay ningún determinismo en esas palabras. Más bien, es una clara llamada al lector para que ponga su vida en orden mientras hay todavía oportunidad para el cambio». Con todo, debo advertir que las contriciones de última hora suelen ser, como decía Lutero, «la contrición del patibulario». Advierto seriamente al lector inconverso *que se ponga a bien con Dios cuanto antes*.

4. «*Mi galardón viene conmigo*», dice Jesús (v. 12a). No hay nada que se haga en vano por Él, no se le olvida. Trae las *coronas* consigo, no las ha dejado en el trono. Decía D. L. Moody: «Algunos tienen

una mentalidad tan celestial que no sirven para nada». Así les había pasado a cierto número de miembros de la iglesia en Tesalónica (cf. 2 Ts. 3:6-12). Habían dejado sus empleos, vendieron sus bienes y se sentaron a esperar la Venida del Señor. Más aún, se dejaron engañar como si Pablo hubiera dicho: «¡Ya estamos en el día del Señor!» (cf. 2 Ts. 2:2, frase final). En Filipenses 4:5, frase final, dice Pablo: «*El Señor está cerca*», pero no dice: «El Señor ha venido».

5. El v. 13 nos muestra la Deidad de Cristo, pues se le aplican los mismos epítetos que se atribuyen al Padre en 1:8. Dice hermosamente W. W. Wiersbe (*o.c.*, p. 625, col. 2^a): «Los títulos del Señor en Apoc. 22:16 son de lo más interesante. La “raíz” se entierra en el suelo donde nadie la puede ver, pero la “estrella” está en el cielo donde todos la pueden ver. En “Raíz y Linaje de David”, tenemos el nombre judío, nacional, de Jesús, pero en “la estrella resplandeciente de la mañana”, tenemos Su nombre universal. El uno nos habla de humildad; el otro, de majestad y gloria. Como “Raíz de David”, Jesús trajo a David a la existencia. Como “Linaje de David”, Jesús vino al mundo, naciendo judío de la descendencia de David».

6. En el v. 14 tenemos la 7^a y última bienaventuranza del Apocalipsis. No son un grupo especial; son los “vencedores”. La obediencia a la Palabra de Dios es marca segura de salvación. En contraste con los del v. 14, tenemos en el v. 15 los que rechazan la Palabra de Dios y son excluidos de la Ciudad (cf. tamb. 21:8, 27). Cinco de los grupos de 21:8 coinciden con los de aquí. «*Perros*», grupo que no está incluido en los de 21:8, no son animales, por supuesto, ni paganos o gentiles, sino los homosexuales; en especial, los dedicados a la prostitución masculina (cf. Dt. 23:17-18), que entre los paganos de los países limítrofes con Israel se practicaba como culto sagrado a los ídolos.

7. En el v. 16, Cristo mismo asegura el origen divino del mensaje del Apocalipsis. Los títulos que aquí se atribuye a sí mismo los hemos

visto en 2:28 y 5:5, y estaban profetizados en Números 24:17 e Isaías 11:1. Por única vez, desde el final del cap. 3, sale el vocablo «*iglesias*». El original dice lit.: «*Yo, Jesús, envié mi ángel para atestiguaros estas cosas sobre (gr. *epi*) las iglesias*», es decir, **con destino a las iglesias**. ¿Y qué hacen las iglesias con este libro dirigido especialmente a ellas? ¡El libro menos leído, menos estudiado y menos predicado de toda la Biblia!

8. Finalmente, el v. 17 no ofrece ninguna dificultad. Nótese lo de la «*novia*», suplicando, al unísono con el *Espíritu*: ¡*Ven!* y exhortando a todo el que escuche la lectura de este libro a que suplique también a Jesús: ¡*Ven!* Todo el v. es conmovedor. Tres veces dice Jesús en este cap. 22 «*Vengo presto*» (vv. 7, 12 y 20). Ya han pasado cerca de 2.000 años y no ha vuelto. Pedro nos dice por qué (cf. 2 P. 3:1-9). Entretanto, la Palabra de Dios permanece para siempre. El Espíritu, por medio de la «*Esposa*», ruega a Jesús que venga. También nosotros debemos invitar a los pecadores perdidos a creer en Jesús y *beber gratis del agua de la vida* (v. 17b). En efecto, es curioso hallar esta invitación al final del libro. La vida eterna es regalo de Dios (cf. Ro. 6:23); no se merece ni se gana con esfuerzos humanos, pero Dios no la niega a nadie *que quiera tenerla*, supuesta la previa iluminación del corazón (cf. Ef. 1:18). Y cuando la Iglesia se mantiene realmente a la espera del retorno del Esposo, esa actitud provoca espontáneamente el ejercicio del ministerio evangelizador, tanto como el afán de pureza en el corazón. Así como los vasos del templo tenían que estar completamente limpios, de nada servirá la predicación y la pesca de hombres si nuestro corazón está manchado de impurezas.

2) *Palabras de advertencia (vv. 18-21)*

«18 *Yo testifico a todo el que oiga las palabras de la profecía de este libro (lit. de este rollo): Si alguien añade (algo) a ellas, Dios*

añadirá sobre él las plagas escritas en este libro (lit. en este rollo); 19 y si alguien quita (algo) de las palabras del libro (lit. del rollo) de esta profecía, Dios quitará su parte del árbol de la vida y de la ciudad santa, de las cosas que están escritas en este libro (lit. en este rollo)» (vv. 18, 19).

1. No es la única vez que leemos en la Biblia advertencias contra las añadiduras y omisiones en lo que respecta a la Palabra de Dios (cf. Dt. 4:2; 12:32; Pr. 30:6; Is. 8:20), pero Apocalipsis 22:18-19 contiene una severísima amonestación. En cuanto a falsificaciones, recordemos las palabras de Jesús contra los fariseos en Mateo 15:6 y de Pablo en Gálatas 1:6-9. Las Sagradas Escrituras se quebrantan (cf. Jn. 10:35) de dos maneras: (A) Por parte de *menos*, como hace el liberalismo y el modernismo; (B) Por parte de *más*, como hace la Iglesia de Roma. El *sola Scriptura* de la Reforma debe ser, en esto, el lema de todo creyente cristiano.

2. Algún hermano, después de oírme discutir sobre las añadiduras del *Textus Receptus* (VRV09 y VRV60), me ha preguntado si cometieron este pecado los copistas que añadieron, omitieron o alteraron palabras del texto original de la Biblia. Dado que la mayoría de los copistas obraron así por inadvertencia o por pensar que el texto *había sido alterado previamente*, no puede decirse que obraran pecaminosamente, pero sí imprudentemente en la medida de su conocimiento de la grave responsabilidad que comporta incluso una versión de los originales.

3. Como advierte Walvoord (*o.c.*, p. 338), sacaría una conclusión falsa quien de esta porción dedujera que un sincero cristiano puede perder su salvación si quita algo de la Palabra de Dios; eso equivaldría a sacar el texto de su contexto. Además, la misma Palabra de Dios «supone que un hijo de Dios no va a entremeterse en estas Escrituras».

«20 Dice el que da testimonio de estas cosas: *Sí, vengo presto. ¡Amén! ¡Ven, Señor Jesús!* 21 *La gracia del Señor Jesús (sea) con todos»* (vv. 20, 21).

1. En la 1ª parte del v. 20, Juan nos dice que el propio Jesús testifica de su pronta Venida, como lo ha hecho en los vv. 7 y 12. Aquí, añade un *Sí* que equivale a una declaración de seguridad. Y, a esta declaración, Juan mismo, como gran representante de la Iglesia, añade (v. 20b) la conmovedora súplica: «*¡Amén!»,* es decir, «*¡Así sea, Señor! ¡Ven presto!*» Seiss, citado por Walvoord (*o.c.*, p. 339), lo expone bellamente así:

«La fantasía lo ha descrito bajo la imagen de una doncella cuyo prometido la dejó para ir de viaje a Tierra Santa, con la promesa de que, a su regreso, la haría su esposa amada. Muchos le decían a ella que jamás volvería a verlo. Pero ella creía en la palabra de él y, tarde tras tarde, bajaba al solitario puerto y encendía una luz frente a las rugientes olas, para dar la bienvenida al navío que había de devolverle a su amado... Así también, aquel bendito Señor que nos ha amado hasta la muerte, se ha marchado a la misteriosa Tierra Santa de los cielos, prometiendo que, a su vuelta, nos tomará como a su dichosa y eterna Esposa. Algunos dicen que se ha ido para siempre y que nunca más lo veremos aquí. Pero su última palabra fue: «*¡Sí, vengo presto!*» ... Y alguna de esas noches, mientras el mundo está ocupado en sus alegres frivolidades, riéndose de la doncella del puerto, una forma se levantará de las turgentes olas, como otrora en Galilea, a vindicar para siempre toda esa espera y devoción, y traer a ese fiel y constante corazón un gozo, una alegría y un triunfo que nunca tendrán fin».

Confieso sin rubor a los lectores que, tras esta bellísima fantasía de Seiss, escasamente puedo ver lo que escribo porque las lágrimas me nublan la vista. Espero que también tú, lector, te conmuevas ante este pensamiento que, con el refrendo de Apocalipsis 22:20, es una

maravillosa realidad. La consecuencia práctica nos la ofrece también la Escritura por medio del apóstol Pedro (cf. 2 P. 3:11, 12).

2. En el v. 21, tenemos la bendición final del escritor sagrado, escueta, sin las añadiduras que, ¡una vez más! se leen en la RV09 y RV60, por obra del TR. Como dice Bartina (*o.c.*, p. 865): «aunque parezca otra cosa, el libro del Apocalipsis tiene forma epistolar y, según el uso corriente, ha de acabar con una bendición». Y, en efecto, con una *bendición* acaba el N.T., mientras que el A.T. acaba con la palabra *maldición*. Así acaba en nuestras Biblias, pues la Biblia hebrea acaba en el 2º libro de Crónicas, y con unas palabras que suenan muy bien como anhelo de *subir a Jerusalén*; aquí, *a la nueva Jerusalén*. Que el Señor conceda esta dicha a todos los lectores de este breve comentario.

Bibliografía

- Alonso Schökel, Luis –jesuita–, *Biblia del Peregrino*, vol. III, (Ed. Verbo Divino, Estella, 1998) págs. 633-669.
- Barchuk, Iván, *Explicación del Libro del Apocalipsis* (trad. de J. A. Holowati, La Voz de la Amistad, San Francisco, 1975).
- Bartina, Sebastián, –jesuita–, *Apocalipsis de san Juan* (en *La Sagrada Escritura*, B.A.C., Madrid, 1967).
- Bruce, F. F., *The Revelation to John*, en *A Bible Commentary for Today* (Pickering and Inglis, Glasgow, 1979), págs. 1675-1712.
- Caird, G. B. *The Revelation of Saint John (Black's New Testament Commentary)*, Peabody, Hendrickson Publishers, 1966).
- Carballosa, Evis L., *Apocalipsis, La consumación del plan eterno de Dios* (Editorial Portavoz, Grand Rapids, Michigan, 1997).
- Chafer, L. S., *Teología Sistemática*, vol. II (trad. de varios aa., Publicaciones Españolas, Dalton, 1974), págs. 259-450.
- Darby, J. Nelson, *Estudio sobre el libro de Apocalipsis* (Valence, Francia: La Bonne Sémence, 1976).
- Davidson, I. E. *Readings in Revelation* (Barbican Book Room, Chislehurst, 1969).
- Feinberg, Ch. L. *Millennialism. The Two Major Views* (Chicago, Moody Press, 1980).
- Grau, José, *Estudios sobre Apocalipsis* (Barcelona, Ediciones Evangélicas Europeas, 1977).
- , *Escatología I, en Curso de formación teológica evangélica* (Terrassa, CLIE, 1977).
- Hendriksen, W. *More than conquerors* (Tyndale Press, London, 1962). Hay versión cast. *Más que vencedores* (Grand Rapids, Libros Desafío, 1965).
- Henry, Matthew, *Comentario exegético devocional a toda la Biblia*, trad. y adaptación de F. Lacueva, vol. final (Terrassa, CLIE, 1981), págs. 298-589. Es de mi entera responsabilidad.
- Lacueva, Francisco, *Escatología II, en Curso de formación teológica evangélica* (Terrassa, CLIE, 1983).

- Ladd, G. E., *A Commentary on the Revelation of John* (Grand Rapids, Eerdmans, 1972).
- MacArthur, *The MacArthur Study Bible* (Word Publishing, Nashville-London-Vancouver-Melbourne, 1997), págs. 1989-2025.
- Martínez, José M. *Hermenéutica bíblica* (Terrassa, CLIE, 1984).
- Morris, Leon, *Revelation, Tyndale New Testament Commentaries* (London, The Tyndale Press, 1971).
- Newell, W. R., *The Book of Revelation* (Moody Press, Chicago, 1978).
- Pentecost, J. D., *Eventos del Porvenir* (trad. de L.G. Galdona, Edit. Libertador, Maracaibo, 1977).
- Ryrie, Ch. C., *Biblia de Estudio Ryrie* (trad. de varios aa., Ed. Portavoz, Grand Rapids, Michigan, 1991), págs. 1778-1808.
- , *Biblical Theology of the New Testament*, Moody Press, Chicago, 1978).
- , *Dispensacionalismo, hoy* (Portavoz Evangélico, Barcelona, 1975).
- Salguero, J. —dominico— *Apocalipsis, en Biblia Comentada*, VII (B.A.C., Madrid, 1965), págs. 293-547.
- Sauer, E. *De eternidad a eternidad* (trad. de G. Serrano V., Portavoz Evangélico, Barcelona, 1977).
- , *El Triunfo del Crucificado* (Ed. Moody, 1951).
- Scott, Walter, *Exposition of the Revelation of Jesus Christ* (Grand Rapids, Kregel Publications, 1982).
- Smith, W. M., *Revelation*, en *The Wycliffe Bible Commentary* (Moody Press, Chicago, 1980), págs. 1491-1525. Hay ed. castellana, *Apocalipsis*, en *Comentario bíblico Moody*, redactado por Everett F. Harrison (Grand Rapids, Editorial Portavoz, 1987).
- Speed-Andrews, J., *The Fulfilling of a Plan. A Study in the Second Coming of Christ* (The Chronicle Press Ltd., Ilfracombe, 1964).
- Strong A. H., *Systematic Theology* (Pickering and Inglis, London, 1958), págs. 981-1056.
- Tatford, F. A., *El Plan de Dios para las edades* (trad. de S. Vila, Outreach Inc., 1971).
- Trenchard, E., *Estudios de Doctrina Bíblica* (Lit. Bíblica, Madrid, 1976).
- Turner, Donald D., *Doctrina de las Ultimas Cosas* (Academia Cristiana del Aire, Quito, 1965).
- , *Exposición del Apocalipsis* (Academia Cristiana del Aire, Quito, 1967).
- Vila, Samuel, *Cuando Él Venga* (CLIE, Terrassa, 1967).
- , *La Nada o las Estrellas* (CLIE, Terrassa, 1980).

-
- Walvoord, J. F., *Daniel, The Key to Prophetic Revelation* (Moody Press, Chicago, 1980).
- , *The Rapture Question* (Zondervan, Gran Rapids, 1978).
- , *The Return of the Lord* (Zondervan, Gran Rapids, 1980).
- , *The Revelation of Jesus Christ* (Moody Press, Chicago, 1978).
- Wiersbe, Warren W., *The Bible Exposition Commentary, N.T., vol. 2* (Victor Books, Wheaton, Illinois, U.S.A., 1989), págs. 565-626.
- Zoller, J. E., *Heaven* (New Era, Michigan, CLIE, 1972). Hay edición en castellano, *El Cielo*.